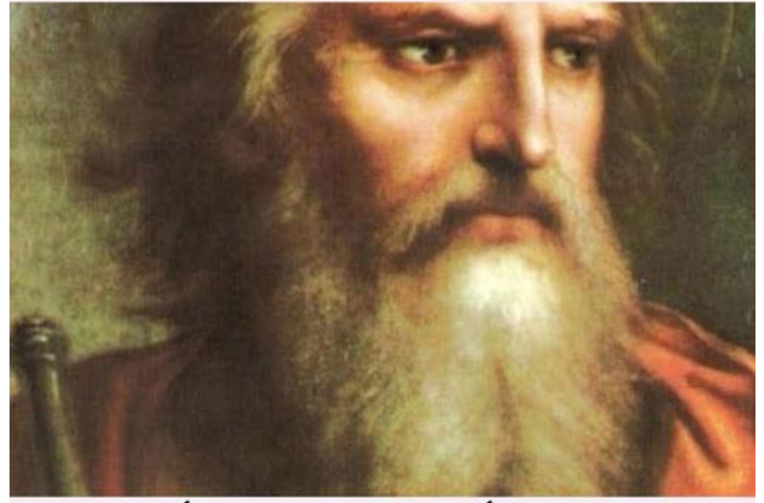

El Evangelio de
Cristo Según
San Pablo
ANÁLISIS BIOHISTÓRICO DE LA
EPÍSTOLA
A LOS ROMANOS
CRISTO RAÚL Y & S

EL
EVANGELIO DE CRISTO
SEGÚN SAN PABLO

Análisis biohistórico de la Carta a los Romanos

CRISTO RAÚL
Y&S

"Esta es la Voluntad presente de Dios
"Unifíquense todas las iglesias en una sola y única"

PRÓLOGO

Libro Primero DOGMATICA

Libro Segundo DOGMATICA

Libro Tercero DOGMATICA

Libro Cuarto MORAL

EPÍLOGO

Prólogo biohistórico

La necesidad de aplicarle a la Epístola a los Romanos de San Pablo el método biohistórico que ya le aplicara anteriormente a las famosas 95 Tesis de Lutero surge de la relación entre esta Carta y la confesión por antonomasia de la Reforma, su ley madre: "La Fe sola", al parecer tomada de esta Epístola. Digamos que yo no soy quien para juzgar a nadie, pero en cuanto hijo de Dios sí me considero capacitado para poner sobre la mesa el juicio de Dios sobre quien manipula la Sagrada Escritura, por las razones subjetivas que fueren, sea añadiendo o quitándole parte al Texto o desfigurando mediante la parte el todo.

Si mal no recuerdo creo que es el propio Dios, en boca de su Hijo, quien al final de su Libro, por la mano de San Juan, dio a conocer su juicio contra todo el que se atreviera a quitarle o se atreviese a añadirle palabra al Texto de la Sagrada Escritura, diciendo:

"Yo atestiguo a todo el que escucha mis palabras de la profecía de este Libro que, si alguien añade a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas descritas en este Libro; y si alguno quita de las palabras del Libro de esta profecía, quitará Dios su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, que están escritos en este Libro".

Personalmente entiendo por "este libro" el Libro de Dios, en su conjunto, de principio a fin, de Génesis a Apocalipsis, de manera que, acabándolo, el Autor da a conocer su sentencia contra todo el que se atreviera o atreviese a manipular su Libro, todo él, se entiende, una profecía de principio a fin. Sobre lo cual hay mucho que decir pero en cuyo tema no nos entretendremos más de la cuenta; de hacerlo lo haría únicamente en la medida que lo exija este Análisis de la Carta a los Romanos, en cuyas páginas el Apóstol de los Gentiles dejó escritas las líneas maestras de su Evangelio, que hombres indoctos pervirtieron contra el consejo de San Pedro, profeta, quien viendo venir lo que habría de pasar con el fruto de la inteligencia de Pablo ya lo anunciara, diciendo:

"Por esto, carísimos, esperando estas cosas, procurad con diligencia ser hallados en paz, limpios e irreprochables ante Él, y

considerad la longanimidad de nuestro Señor como salvación, según nuestro amado hermano Pablo os escribió conforme a la sabiduría que a él le fue concedida. Es lo mismo que, hablando de esto, enseña en sus epístolas, en las cuales hay algunos puntos de difícil inteligencia, que hombres indoctos e inconstantes pervierten, no menos que las demás Escrituras, para su propia perdición".

Hablando sobre puntos de difícil inteligencia San Pedro se refería a puntos de difícil interpretación, entendiendo esta dificultad desde el abismo que separa la inteligencia del Creador de la de la Criatura, abismo que "personas indoctas" -incluyendo San Pedro en esta categoría a los sabios según los títulos académicos por los que el mundo reconoce a sus hombres doctos- pervierten; es decir, manipulan: para mediante la perversión del sentido divino de la Escritura reclamar para sí la santidad del espíritu del Autor del Libro. Manipuladores que no faltaron entonces ni habrían de faltar hasta nosotros, cosa que se demuestra dando un paseo por la memoria histórica del Género Humano, pero que dejaremos para otro momento pensando en el acceso público que todo el mundo tiene a las memorias de la Humanidad en general y del Cristianismo en especial.

La acción perversora a la que se refiere San Pedro debemos nosotros entenderla como la manipulación que tiene lugar cuando se saca un texto de su contexto, se traslada este texto a un contexto ajeno y se interpreta el texto original desde el contexto extraño al texto original. En realidad todo el mundo puede realizar una operación vírica de este tipo. Es una operación que en la vida diaria es el pan de cada día. Desgraciadamente no debiera ser así, se entiende, pero es lo que hay. Ciertos políticos y ciertos periodistas son maestros en este arte de perversión de un texto, de donde se demuestra que cualquiera es capaz de sacar adelante con éxito una operación de trasplante de contexto.

De todas formas, para no perderme en retóricas y demagogias destinadas a marear la perdiz y ganarme la atención del lector mediante imágenes inconscientes, innatas, es bueno poner los puntos sobre las íes. Quiero decir, el éxito de una operación de manipulación de un texto, de una frase o de cualquier mensaje depende de un factor clave, sin cuya presencia todos los intentos, incluso el intento del más genial de los genios, no pasaría de ser un aborto mal alumbrado. Esta condición es la ignorancia del destinatario de la operación manipuladora. Para engañar, pervertir o manipular a alguien hay que contar con la ignorancia de ese alguien. No se puede engañar ni pervertir ni manipular a alguien que conoce perfectamente el texto del mensaje y la identidad del mensajero. Tomemos el caso de Adán y la Serpiente.

En toda la historia de la Creación no encontraremos un caso de manipulación tan básico. Tal vez por esto, independientemente de que "*ése toro ya había acorneado con anterioridad*", las consecuencias de aquella manipulación han cambiado de un forma tan revolucionaria la estructura de la relación entre Dios y su Creación.

Entremos en los intríngulis del caso. Adán estaba a la espera del regreso de Dios. Dios estaba poniendo a Prueba la Obediencia y Fidelidad de Adán. No abrir la Caja de Pandora, en términos clásicos, era la Prueba. La confianza entera puesta en su creación Dios descansó de todas sus obras, Día séptimo de la creación del Universo.

Desde la teología de los reformadores, especialmente la calvinista, Dios le dio la espalda a su hijo para que pasara lo que en su presciencia y omnisciencia había predispuesto: la Caída de Adán. Según la teología de la Reforma, siendo Dios Omnisciente y Presciente las dos partes en el conflicto, Satán y Adán, estaban predestinadas a interpretar en sus carnes el guión de antemano escrito por el Creador de ambos: Adán, la Caída, y Satán, la Traición.

Desde la Teología que Jesucristo puso en marcha Dios es omnisciente y presciente y la posibilidad de la Traición y de la Caída entraban en el contexto del futuro del Edén. Pero si Dios no nos dejara a sus hijos la libertad para decidir por nosotros mismos la puerta de qué futuro queremos abrir, en este caso no habría libertad ni creación a imagen y semejanza de Dios; y la filiación divina del hombre sería una gigantesca farsa.

Las puertas de la Vida y de la Muerte estaban delante de Satán y de Adán. Sí, la caja de Pandora estaba ahí. Pero entre el tentador y el tentado había una diferencia letal. El primero conocía por experiencia la naturaleza de lo que guardaba la caja; el segundo sólo sabía lo que le había dicho Dios, que el día que la abriera, moriría. Amando, conociendo y creyendo en Dios, Adán se limitó a elegir, entre la vida y la muerte, la vida. En cuanto a la caja, Adán no conocía la naturaleza de lo que escondía. Ni le preocupaba. El fruto mataba al que lo comía. Con qué tipo de veneno mataba no era su problema, al muerto la forma de morir una vez muerto ¿qué le importa?

Esa era la prueba que Adán tenía que superar, permanecer solo en el Edén durante un tiempo equis. A Su regreso se le daría la corona del mundo y bajo su reinado la Sabiduría se abriría en flor, expandiendo su gobierno hasta los confines de la Tierra. Más sencillo imposible. Y para que el tiempo le fuera más leve le dio Dios por compañero una mujer.

Así estaban las cosas cuando entró en el escenario, con pleno conocimiento de causa, en posesión de todas sus facultades mentales e intelectuales, uno de los hijos de Dios, uno de aquéllos hijos a los que Dios les confiara el proceso de civilización de las razas humanas, aquél que se llamaba Satán.

"*Cuando el Altísimo distribuyó su heredad entre las gentes, cuando dividió a los hijos de los hombres, estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Dios*"- dejó escrito Moisés en su cántico (*Deuteronomio*).

Satán sí conocía qué había detrás de la puerta de la Ciencia del bien y del mal. Abrirla y empujar a Adán al infierno que había al otro lado era una decisión exclusivamente personal. Dios, conociendo a Satán, conocimiento que luego dejó traslucir en la relación Jesús-Judas, sabía que la posibilidad de la Traición estaba ahí. "*Aquel toro había acorneado ya con anterioridad*". Existía la posibilidad. Y porque existía, para apartar a Satán de la tentación, Dios levantó la pena de destierro eterno de su Reino para cualquiera que osase intervenir en los acontecimientos del Edén. Aquí, en este aspecto de la Ley, estaba la Ignorancia de Adán. Adán creía que la Ley lo miraba sólo a él, y desconocía este aspecto de la Ley. Satán, que conocía este talón de Aquiles de Adán, despreciando al Cielo en preferencia al Infierno, y sabiendo que Adán nunca desconfiaría de un hijo de Dios, sólo tuvo que hacerse pasar por el mensajero que venía a anunciarle la buena nueva. ¿No es sutil Dios recompensando con aquello que prohíbe? es argumento satánico

Así pues, hubo ignorancia, y porque la hubo Dios levantó su puño al Cielo jurando por su Cabeza vengarse de sus enemigos, Satán la cabeza. La cuestión, volviendo ahora al tema, es la siguiente, ¿hubo ignorancia en los tiempos de la Reforma? ¿Estuvieron todos los actores de la Reforma: Lutero, Calvino, Enrique VIII, la iglesia romana, al corriente de la naturaleza de todas las fuerzas que estaban en movimiento en el universo? ¿Nadaban los pueblos: alemán, inglés, suizo, holandés, español, francés e italiano, en la abundancia de sabiduría?

¡¡¿¿La Fe sola salva??!! ¿Y esto lo dijo San Pablo? ¿Están seguras todas las ramas de las iglesias protestantes que se dividieron del árbol de la Iglesia Católica que San Pablo dijo alguna vez que "la Fe sola salva"? ¿Sin las obras de la Sabiduría, sin la Iglesia de Dios? ¿Y esto lo dijo San Pablo? ¿Entonces es verdad que fue Dios quien envió a Satán para que le clavara el puñal a Adán por la espalda?

¡Qué cosa más curiosa, la Teología de la Reforma! Porque claro, si Dios es Omnisciente y Presciente y nada sucede sin su conocimiento por lógica Él tenía que conocer lo que iba a pasar, y si sabiéndolo no hizo nada es porque no quiso hacer nada, y si no quiso hacer nada tal vez sería porque creara a ambos actores del Edén para protagonizar el espectáculo de la Caída. ¿O me equivoco? Y si me equivoco ¿en qué me equivoco?

¿Dios es omnisciente?

Sí.

¿Dios es presciente?

Sí.

¿Significa que Dios puede ver todo lo que va a pasar?

Sí.

¿Entonces por qué no hizo nada para detener a Satán?

Obviamente -se respondió la Teología de la Reforma- porque a unos los crea desde su nacimiento para el Infierno y a otros para la Gloria. De manera que sin haber hecho nada malo los malos ya están condenados al Infierno en razón del conocimiento de Dios, quien de antemano ya conoce los delitos que los harán merecedores del castigo del Infierno. Y al contrario, los predestinados al Cielo, los buenos, no tienen de qué preocuparse en vida porque ya están salvados en razón de quien antes de cometerlos ve sus actos y, pesados en la balanza de su justicia, ya tienen por premio la Gloria. "La fe sola por tanto" -concluye la Reforma- "es la medida del juicio de Dios, pues aunque el hombre lo quiera ninguna acción que de su voluntad propia ponga podrá abatir el platillo del juicio final a su favor o en su contra". De aquí que Lutero aconsejara no tenerle miedo a ser un pecador más grande que el propio Judas, pues aunque un protestante violase a la misma Virgen quedaría absuelto de su crimen *"por la preciosa sangre de Cristo".*

Este tipo de teología -si teología puede llamársele a semejante Apología del Diablo- peca de absolutismo racional. Al querer glorificar a Dios hasta el infinito se olvida de un detalle crucial, no lo glorifica sino que lo demoniza, no lo ensalza sino que lo bestializa; para afirmar a Dios, niega el principio básico con el que abre su marcha la Sagrada Escritura: "*al Principio Dios creó al hombre a su imagen y semejanza*".

Lanzadas estas consideraciones jesucristianas previas es hora de devolver el texto que Lutero extrajera de su contexto paulino a su verdadero contexto sagrado. Y negarle al protestantismo, sin afirmarle al

vaticanismo, el derecho a manipular la Sagrada Escritura en nombre de la necesidad de combatir la Idea de la Iglesia Romana contra Cristo impuesta por algunos de sus siervos. Perversión de la Idea Jesucristiana establecida por un obispado medieval, que contra la voluntad de Dios resucitara lo que Dios condenó: el Imperio. Voluntad Divina contra cuya Juicio se rebelaron el Patriarca de Bizancio, escondiendo al emperador de Constantinopla bajo su manto, y el Patriarca de Roma, resucitando lo que Dios ya había enterrado.

A pesar de estos delitos de rebelión contra Dios, y como ya se demostrara en “Lutero, el Papa y el Diablo”, es un delito aún más grave el delito de quien en su ceguera confunde un obispado metropolitano, sea romano o moscovita, con la Iglesia Católica. La Iglesia Católica era antes del nacimiento del obispado romano y seguirá siendo después, sempiternamente, independientemente de la existencia o la desaparición de la ciudad de Roma, de Moscú y de todas las demás ciudades de la Tierra

Saludos a los fieles de Roma

Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado al apostolado, elegido para predicar el evangelio de Dios, que por sus profetas había prometido en las Santas Escrituras

Y entramos en materia.

El primer punto a considerar será la naturaleza y extensión de las Santas Escrituras a las que se refiere el Apóstol. Cuando el Apóstol habla de Santas Escrituras se refiere a unas en concreto. Pero nosotros sabemos que la historia del mundo ha visto circular escrituras sagradas de muchos tipos y clases. El mundo entero está lleno de sagradas escrituras. El número y los nombres no vienen a cuento. Lo importante es, pues se deduce de lo que se ve, que aquí cada cual es libre para inventarse las que él quiera.

No es nada nuevo ni revolucionario pero es algo que funciona. Ha funcionado desde siempre y sigue funcionando. Sólo hacer falta saber escribir, tener imaginación, conocer a la gente para la que se escribe, publicarlas, y siempre saltará alguien dispuesto a morir por el nuevo profeta. Es asunto que se toma a broma, máxime viendo las escrituras sagradas que algunos se inventan y ponen en alegre circulación. Pero si uno se lo plantea, y se para a pensarlo, la risa se le corta al filo de los

hechos. ¡Cuántos ríos de sangre no han hecho circular las santas escrituras de los distintos pueblos y civilizaciones que han llenado la faz de la Tierra desde la Caída de Adán hasta nuestros días! Es mejor ni contar las atrocidades que, engañados por los demonios que un día fueron nuestros dioses, los pueblos humanos hemos cometido a lo largo de estos últimos seis mil años pasados. El hecho es que la causa remota para inventarse unas nuevas sagradas escrituras ha cambiado con los milenios.

Desde la ambición de poder absoluto de los Antiguos a la pasión por el dinero de los tiempos modernos ha corrido mucha agua. Si se levantara un adorador de Marduk o de Zeus de la tumba y viera cómo está hoy día el panorama religioso... Pero no seamos pesimistas por deporte ni fatalistas por hobby. Las sagradas escrituras de los demás no nos interesan ahora, ni las que fueron ni las que son, sólo y exclusivamente las que para el autor de esta Carta eran Sagradas. A saber: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, y ya está.

Esto sentado, digamos que a la altura desde la que San Pablo escribió esta Epístola podía verse dos realidades converger hacia un punto en el horizonte del Siglo de Cristo. Una cosa empezaba su camino y la otra lo acababa. La que lo empezaba lo hacía en el punto donde la otra acababa el suyo. Una era la Iglesia y la otra era la Biblia. La Iglesia empezaba su camino y la Biblia terminaba el suyo. El fin de una cosa era el principio de otra. Cristo Jesús le había arrancado la Sagrada Escritura de las manos al pueblo que la había escrito con su sangre, sus sudores y sus lágrimas, y se la entregaba a otro pueblo que la heredaba al precio de más sudores, más sangre y más lágrimas. Independientemente de que el pueblo desheredado se revolviera matando al pueblo que heredaba, cosa natural desde la lógica de la ignorancia que lo arrastrara a pedir la muerte para el Hijo de Dios, el hecho es que los Discípulos de Jesucristo, todos judíos de nacimiento, fueron conscientes del origen de la violencia del judaísmo contra el cristianismo, le plantaron cara al tema con la misma firmeza que lo hiciera su Maestro, y vieron - a raíz de la expulsión de los cristianos de Roma, en el 48 o el 49 - el encuentro a muerte que se avecinaba entre el Imperio y el Cristianismo. Tarde o temprano, pero a la vuelta de la esquina, el Imperio lanzaría todo su poder contra la Nueva Religión. ¿Y quiénes serían los primeros en caer? Los cristianos de la capital, por supuesto. A estos mártires de una crónica anticristiana anunciada le dirigía el más pequeño de todos los apóstoles esta Carta. San Pablo no les dirigía esta Carta a los alemanes del siglo XVI ni a los ingleses del siglo tres mil.

El “*Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado al apostolado, elegido para predicar el evangelio de Dios, que por sus profetas había prometido*

en las Santas Escrituras", al escribir esta Carta tenía en mente a los Romanos, y sólo a los Romanos de la generación de los sesenta. En aquel momento, a dos pasos del Incendio de Roma y de la Primera Gran Persecución, el siervo de Cristo miraba a los primeros mártires en masa del mundo cristiano. Como desde el alba del verano se mira la nieve del invierno, y se huele la lluvia de primavera desde finales del otoño, el elegido para predicar el evangelio de Dios le dirigía a una muchedumbre de criaturas al borde de la matanza sus palabras de fe y esperanza. *Como corderos llevados al matadero*, mientras trotaban alegres por las calles a las que volvieron creyendo haber pasado el temporal, los Romanos eran los destinatarios de esta Carta, no los feroces protestantes ni sus terribles inquisidores. Los destinatarios de esta Carta era la muchedumbre de ciudadanos romanos nacidos para ser próximamente conducidos al matadero de los circos del Imperio. Y pues que nada ni nadie podía evitar que se celebrara aquella orgía (que luego los obispos romanos, herederos de aquel Imperio, quisieron simplificar para salvar lo que Dios sentenciara: el Imperio Romano) viendo y sufriendo en sus carnes la matanza, San Pablo se abrió y les legó las líneas maestras de su evangelio.

Acerca de su Hijo, nacido de la descendencia de David, según la carne, Constituido Hijo de Dios, poderoso según el espíritu de Santidad a partir de la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor.

Si todos los hombres fuéramos ignorantes no habría ni un solo sabio. Si todos fuésemos sabios no habría ningún ignorante. Si no hubiera ningún ignorante no cabría la posibilidad de la manipulación de unos por otros. La meta de la Sabiduría, por consiguiente, es la extinción de la ignorancia.

En este campo, la ignorancia de Adán era la inocencia del niño que ignora el pasado del mundo que le rodea y mira su futuro desde la filosofía del soñador que ve el mundo desde su infantil romanticismo. El hecho de volver a nacer significa el rescatar aquella inocencia original sin la ignorancia que le permite al otro manipular nuestra inteligencia.

Volver a nacer es volver a empezar con la experiencia de quien por el mundo ya ha sido aniquilado interiormente. Volver a nacer es heredar la posibilidad de empezar el camino de la vida de nuevo, pero no desnudo como en la primera ocasión, sino vestido con las armas que da el conocimiento. Volver a nacer a la verdadera Realidad que llena el cosmos es verse el rostro en un nuevo espejo, vivo, cuyo reflejo nos muestra al hijo de Dios que hay en nosotros y contra quien el mundo se alza para

crucificarlo. Mejor que nadie aquel Pablo que vivió en sus carnes la experiencia vivificante sin la cual no hay creación a la imagen y semejanza de Dios, ese Saulo de Tarso supo por experiencia propia qué significa volver a nacer.

Se vuelve a nacer, pues, al conocimiento de Dios, que era el conocimiento al que estábamos muertos. Desde este conocimiento aquel que antes perseguía al Hijo de David después le servía sin ningún complejo, sabiendo mejor que nadie que sólo por eso se merecía la misma pena de muerte que él pidiera para los que fueron lo que él vino a ser entonces: un Cristiano.

Si antes dije que este criminal a los ojos de los que antes fueron los suyos les hablaba a los Romanos para fortalecer su ánimo y su fe el día antes de la Gran Matanza de los inocentes, ahora digo que quien escribió esta Carta fue alguien que volvió a nacer en razón del Poder heredado por Aquel que Resucitó.

Saulo de Tarso NO volvió a nacer fruto de la predicación de hombre alguno, con independencia de su filiación eclesiástica; Saulo de Tarso NO llegó a la Justicia de Dios partiendo de una cadena de razonamientos teológicos o filosóficos; Saulo de Tarso NO nació a la Filiación Divina como resultado del terror a los fuegos del Infierno, ni fruto del que se muere de miedo porque se ha perdido en medio de una tormenta y hace un voto suicida, meterse en un convento; Saulo de Tarso llegó al Apostolado NO por remordimiento de conciencia siquiera; Saulo de Tarso llegó a ser hijo de Dios en razón del Poder de Quien había Resucitado, y por su Resurrección si ya antes de su Encarnación era poderoso por ser quien Él era, después de su Resurrección su Poder se vio multiplicado. Por este Poder se realizó lo que le era imposible a los hombres hacer, que Saulo se hiciera "cristiano". Un Poder de hacer santos a los criminales que, como dice el propio Pablo, heredó el Hijo de Dios después de su Resurrección:

Poderoso en el espíritu de Santidad a partir de la Resurrección de los muertos. Por el cual hemos recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe, para gloria de su nombre en todas las naciones.

Pero si, como dicen algunos, especialmente los Ortodoxos, el Espíritu Santo "NO" procede del Hijo, naturalmente San Pablo está mintiendo en este versículo. Pero si el Espíritu Santo "SÍ" procede del

Padre y del Hijo en este caso San Pablo no es ningún mentiroso. De manera que o bien mienten los ortodoxos al llamar Santo a Pablo o mienten los católicos al decir que el espíritu santo del apostolado le fue concedido a los Apóstoles por Jesucristo.

Quiero decir, quien no tiene … no puede conceder lo que no posee. Y, ciertamente, a nadie jamás se le ha ocurrido llamar santo a Jesús. Nunca. Ni existe un San Cristo a la manera que existen miles de santos, San Pancomio, San Leonardo, San Buenaventura, San Pancracio… San Pedro y San Pablo... El hecho de no aplicársele al Señor la santidad que se les aplica a sus siervos se entiende desde el mundo Ortodoxo a la luz del Filoque. Mas desde esta misma luz: que los siervos sean santos y no lo sea el Señor, si a nadie le choca, a mí, personalmente, me parece una manipulación letal de la verdad.

El Pablo que firmara esta Epístola no lo duda: *Poderoso en el espíritu de santidad… por el que hemos recibido el apostolado*. ¿Está Pablo hablando del mismo que resucitó? Si lo está, entonces el que eligió es el que santificó. Dijo de sí mismo Jesús que su Padre lo santificó dándole a conocer su Palabra. De donde se entiende que haciendo con sus Apóstoles lo mismo que Su Padre hizo con Él, no hay manera de seguir sosteniendo la negación al Filoque, es decir: que el Espíritu Santo procede del Padre, y por la gracia del Hijo, devenido poderoso en el espíritu de santidad después de su Resurrección, se comunica a todos los hombres.

Entre los cuales os contáis también vosotros, los llamados de Jesucristo

Y otra vez, el que llama y el que hace santo es el mismo, para gloria de su nombre en todas las naciones. Ahora bien, si alguno no es *llamado por Jesucristo*, sino por el Padre directamente, sin mediación del Hijo, en ese caso ¿para qué envió Dios a su Hijo? ¿Para hacer gala de una crueldad inhumana al ver cómo le crucificaban?

Al quitar de en medio al Hijo y apartarlo de la relación directa entre el Altísimo y el hombre, el patriarcado ortodoxo pecó de orgullo al no creer necesaria la elección del Hijo para acceder al sacerdocio. Y sin embargo el Hijo es el que llama y es el Hijo quien concede la gracia del apostolado*; es el Hijo* el que derrama su Espíritu Santo sobre los elegidos. A no ser, se entiende, que alguien no tenga el espíritu de Cristo.

Negar que quien pertenece a Cristo recibe de Cristo su espíritu es negarse a aceptar la gloria que el Padre le diera al Hijo. ¿Por qué no eligió Dios a un griego para ser crucificado en lugar de darle la gloria a quien sumándole esta a la que tenía sólo podía ser igualada a la del Dios que lo enviara? Siendo Jesús el Cristo, y Cristo la Encarnación viva del Espíritu Santo del Padre, que estaba en el Hijo, por quien por Obra y Gracia del Espíritu Santo del Padre fue engendrado ¿cómo el Espíritu Santo que le es concedido a los llamados de Jesucristo para promover la fe en todas las naciones no va a proceder del Hijo?

Pero si alguno es llamado al sacerdocio por el emperador, o por el rey tal o cual, o ha comprado el Oficio, ése no es de los llamados de Jesucristo. A no ser, claro está, que el Espíritu Santo se compre y se venda al mejor postor, en cuyo caso el amor del que ama al hombre que ha de nacer de las cenizas del que ha de morir no tenga parte ni entre a consideración.

A todos los amados de Dios, llamados santos, que estáis en Roma, la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Pero Dios sólo ama a los que viven en la Fe de Cristo. Y no se puede vivir en la Fe de Cristo si no se tiene el Espíritu de Cristo. ¿Y cómo se tendrá el espíritu de Cristo si no es la fuente eterna el propio Cristo? Pero si no se tiene el espíritu de Cristo no se es de Cristo. Luego el Espíritu Santo que se encarnó en Cristo ¿cómo podrá proceder del Padre sólo y no del Hijo?

Es obvio que quien alcanza el apostolado comprando el Oficio o vendiendo su alma al diablo, es lógico que afirme que el espíritu de Cristo y el Espíritu Santo del Padre no tengan nada que ver con el Espíritu del Hijo. En este caso, quien así se manifiesta no puede afirmar ser “cristiano”, pues no puede serlo quien niega que el espíritu de Cristo procede del Hijo, que es Cristo. ¿Quién si no llamó a Saulo de Tarso al apostolado? ¿Y el que llama no es el que da? ¿Para qué murió entonces el Hijo?

Los Romanos a los que Pablo dirigía esta Carta lo tenían tan claro como quien la firmaba. No pudiendo mantenerse ninguna criatura de pie ante la presencia de Dios, nos envió Dios a su Hijo para hacer lo imposible, que el Amor no sólo nos levante sino que nos haga correr a sus brazos clamando, en palabras del Apóstol: *Abba, Padre*.

Al parecer los Griegos, herederos de la Hélade, padres de la Filosofía y de la Cultura Clásica, no necesitaban este milagro; los Griegos se sobraban solos para mantenerse de pie ante Dios y mirarle a la cara sin complejo de ninguna clase. Aunque claro, si el Espíritu Santo y el espíritu de Cristo son la misma y sola cosa y sin embargo ellos no recibían el espíritu santo del Hijo, ¿de quién recibía el espíritu la iglesia de Bizancio?

Los Romanos a los que Pablo dirigió esta Carta sólo sabían una cosa, que el espíritu de Cristo y el Espíritu Santo son una sola y misma cosa. Y siendo una sola cosa sólo tiene una sola voluntad

Pablo deseó mucho venir a Roma

Ante todo doy gracias a mi Dios por Jesucristo, por todos vosotros, de que vuestra fe es celebrada en todo el mundo.

A finales de los años 50, fecha aproximada de composición y primera lectura de esta Carta, la comunidad cristiano-romana era conocida en todo el orbe y su fe era celebrada por todos los demás cristianos. Tenemos una confirmación de la existencia de una comunidad cristiana en el decreto de finales de los 40 por el que los cristianos de la capital fueron obligados a abandonarla o a perder sus bienes. En otra Carta Pablo habla de algunos de los que siguieron el decreto y entre darles a los hermanos lo que les pertenecía o al César prefirieron la primera opción. Esta otra Carta es importante porque nos da noticias sobre la naturaleza social en la que el cristianismo empezó a hacerse sitio en la capital, razón de la que le venía la fama a los romanos. Si los que tenían poco se cacheaban los bolsillos para ayudar a los hermanos que tenían menos, los que tenían mucho, los romanos de la capital, cuando se metían las manos en los bolsillos sacaban en abundancia para calmar las necesidades de los hermanos que les rodeaban, y hasta para socorrer las necesidades de otras comunidades cristianas más alejadas. ¿De qué otra parte podía venirles la fama a los cristianos romanos, esa fama reconocida en todo el mundo? Fama que harían excelente al demostrar con el martirio lo que ya habían demostrado largamente con los hechos de una generosidad admirada y celebrada por todas las comunidades cristianas de la época.

Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu mediante la predicación del Evangelio de su Hijo, que sin cesar hago memoria de vosotros

Hay muchas formas, como vemos, de servir a Dios. Sobre esto hay un episodio hermosísimo que lo dice todo. Me refiero al de las dos hermanas, Marta y María, en cuya casa parara un día Jesús, y, mientras la Marta no paraba la pobre de moverse y atender a todo el mundo, viendo que la María no se movía de los pies de Jesús se quejó la Marta pidiéndole a Jesús que le ordenara a la María que se levantara y le ayudara a hacer algo.

"*Marta, Marta, tú te inquietas y te turbas por muchas cosas*- le respondió Jesús-*; pero pocas cosas son necesarias, o más bien una sola. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada*".

De las maneras de servir a Dios, como la María, los romanos habían elegido la mejor. Y Pablo la más dura. ¿Cuál de todos los apóstoles fue entonces el primero que pisó Roma y sembró en la capital la semilla de la fe? ¿Cómo se formó la primera comunidad cristiano-romana?

No nos queda sino componer la imagen del puzle mediante las fotos sueltas. ¿La conjugación de las persecuciones judías anticristianas y el decreto de expulsión de la capital romana de judíos y cristianos, especialmente de éstos, no nos permite ver el nacimiento de la comunidad cristiano-romana como la consecuencia final de la emigración de los primeros cristianos hacia la capital del Imperio?

Perseguidos a muerte por el fundamentalismo judío, de cuyas filas saliera el Saulo que fuera enviado a Damasco para comprar el decreto de Solución Final contra todos los cristianos, ¿adónde mejor que a la propia capital podían ir y en qué otra ciudad mejor que en la propia Roma podrían encontrar refugio contra la tormenta de las persecuciones judías? La ley de tolerancia religiosa que los Césares ejercían sobre el imperio rota en Palestina por el fundamentalismo integrista judío, el destino natural de los cristianos no podía ser otro que Roma.

Estas emigraciones de cristianos huyendo del terror integrista judío estuvieron sin ninguna duda en el origen de aquella "fe celebrada en todo el mundo". Fama que nos da cuenta de la importancia numérica que había alcanzado la comunidad cristiana en la capital, y explica la naturaleza de los disturbios en el origen del decreto de expulsión del César contra todos los judíos y cristianos de la capital.

Suplicándole siempre en mis oraciones que por fin algún día, por voluntad de Dios, se me allane el camino para ir hacia vosotros.

Hay un episodio en la Vida de Jesús, "la madre de los hijos de Zebedeo", absolutamente revelador de lo que Jesús entendía y entiende sobre la Primacía y el Primado. "El más grande que sirva a los demás, el primero que sea el último". Pero no de palabra, no conformándose con monopolizar el título siervo de los siervos, para luego alzar la voz y decir: "Un legado suyo, aún de grado inferior, en un Concilio está por encima de todos los obispos, y puede pronunciar contra estos la sentencia de deposición". ¿Estas son palabras de uno que sirve o de uno que aplasta? ¿Y si aplasta como puede ser el que sirve?

Difícilmente el Pablo que le suplicaba a Dios en sus oraciones llegar a tiempo a Roma, para estar con los Romanos cuando la Hora de la Verdad les llegase, podía imaginarse que la iglesia romana pudiese en el futuro caer en tales abismos de demencia.

Porque a la verdad, deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, para confirmaros

Las persecuciones judías habidas hasta la fecha habían sido un juego de niños. La destrucción de Jerusalén una crónica anunciada, el testigo del anticristianismo sólo podía ser recogido por el César. La locura de los últimos Césares un escándalo incesante en continuo grado ascendente de violencia no había que ser profeta para adivinar de qué mar iba a salir el monstruo que devoraría una generación entera de cristianos, las primicias europeas, lo más exquisito de la Viña del Señor en el Nuevo Mundo del momento.

A él, Pablo, menos que a nadie podía cogerle por sorpresa la capacidad humana para lanzarse sobre sus congéneres y, anteponiendo el amor a la patria al amor a la Humanidad, devorar mujeres y niños, padres e hijos, jóvenes y ancianos. A otros podría parecerles imposible que la tolerancia religiosa clásica de los romanos pudiera dar un giro tan brusco contra las leyes del Derecho Imperial. A Pablo, no. La expulsión de los cristianos de Roma le daba la razón. Esta vez había sido sólo eso. La

próxima vez no sería sólo eso. ¿Quién iría a Roma a confirmar en la fe al rebaño que caminaba había el matadero?

Es decir, para consolarme con vosotros en la mutua comunicación de nuestra fe.

En breve la demencia del César dejaría libre a la Bestia y convocando a las fuerzas del Infierno las lanzaría contra las fuerzas del Cielo en la Tierra.

La apariencia de relajación política, producto del regreso del exilio a Roma de los cristianos, no podía confundir al espíritu profético que se movía en la comunidad romana. Muy pronto los romanos iban a tener necesidad de la fuerza de los Apóstoles, esa fuerza innata al alma hebrea que tantas veces se expusiera al martirio antes que negar a Dios, su Señor.

Como quien cultiva una propiedad y la implanta en otro árbol, de la Vida en este caso, lo más bello del alma hebrea: su fidelidad a Dios, por obra y gracia de ese Dios acababa de ser trasplantada a una naturaleza humana que se había hecho cristiana para gloria de Abraham y maravilla de todas las naciones.

No quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces me he propuesto ir hacia vosotros, pero he sido impedido hasta el presente, para recoger algún fruto también entre vosotros, como entre las demás gentes.

La apostolicidad de un cuerpo sacerdotal implica, como se ve, movimiento. Desgraciadamente, andando el tiempo, que no perdona a nadie, los jerarcas prohibieron cualquier movimiento del cuerpo eclesiástico a instancias del Espíritu Santo, anatematizando y excomulgando a cualquiera que antepusiera la obediencia a Dios a la obediencia a los patriarcas ... de Roma, Constantinopla, o de Jerusalén, Alejandría o ... Tiranía contra la libertad sacerdotal que el papado, como el que más, legitimó mediante los cánones que los cardenales romanos se sacaron de la manga. Afortunadamente los Apóstoles vivieron antes que naciera el colegio supremo de los obispos y pudieron obedecer al Espíritu Santo que movía sus personas para la gloria de su Señor y Rey nuestro sin caer en la desgracia de la jerarquía. Se dirá que la prohibición de movimiento vino como reacción a la vacancia de las sedes. La justificación

no nos interesa. Las medidas que aprovechando esos defectos se tomaron, edificando sobre esas debilidades un monumento a la opresión, sí nos interesa. ¿De cuándo le prohibió San Pedro a los Obispos el movimiento? ¿O los puso bajo excomunión por obedecer antes a Dios que a su santa palabra? ¿Cómo se sembrará para recoger fruto si los sembradores no se mueven libremente por el campo?

Me debo tanto a los griegos como a los bárbaros, tanto a los sabios como a los ignorantes.

¿Estaba hablando a lo humano? ¿O lo hacía neciamente?

San Pablo propone la fe como un campo que se siembra, se ara, se vuelve a trabajar y siempre se está sobre él para evitar que la cizaña tire, para impedir que la mala hierba crezca; cuidar de los árboles, cortar las ramas secas, curar, injertar. En fin, el trabajo que le encomendara Dios a Adán, cultivar el Edén. Trabajo que volvió a encomendarles a los Apóstoles y puesto que los obispos son sus sucesores, a los obispos.

¿Pero cuándo los sucesores de los Apóstoles les prohibieron a los demás obispos entregarse al apostolado y les ordenó dedicarse a recaudar dinero en nombre de Cristo, transformando el cultivo de la fe en un negocio y los palacios obispales en oficinas de recaudación del dinero extraído de las naciones cristianas?, este cuándo es un misterio.

Así que en cuanto a mí está, pronto estoy a evangelizaros también a vosotros los de Roma.

Primero dice el Apóstol que va al encuentro de cristianos para consolarse en la mutua fe. Cristianos cuya fe es celebrada en todo el mundo; y ahora dice que está presto a evangelizarlos a ellos también. ¡Qué inteligencia más sutil y fina la del Apóstol número trece! Confiesa sin prejuicio, declara sin complejos: va a evangelizar a cristianos ya nacidos. ¡Oh rubor, oh cielos crueles, la cristianización no acaba en el bautismo, empieza el día después de las aguas! La fe es el fruto de la Palabra, engendra para formar, dar la vida y mantenerla.

¿Dónde está el malvado que convirtió el bautismo en el principio de un negocio? Mientras más bautizados más dinero se recoge. Se predica la

palabra, se convierte, y el bautizado paga por la fe en metálico. Hay muchas formas de sacarles los billetes. Después de todo la fe es el fruto de la Palabra, de manera que quien la administra tiene derecho a poner tasas. ¡Oh cielos, oh cruel rubor, por qué se me enrojecen los huesos! Convertir a Dios para hacer del hombre una mina de plata. ¿De qué te escandalizas, alma mía? Es lo que hizo la Humanidad desde el día que cayó Adán. ¿Qué malo tiene que las iglesias edificaran a imagen y semejanza del modelo pagano al uso en todas las épocas? ¿Existía en contra prohibición alguna?

Argumento de la Epístola

Sólo los tontos escriben por escribir. Únicamente los locos se meten en la cueva del león hambriento para domar con una nana a la fiera. San Pablo no era ni lo uno ni lo otro. Él sabía, con la misma seguridad que lo sé yo, que el hombre es un árbol, un árbol vivo, cuya savia es la fe y el agua de la que depende para vivir es el Conocimiento de Dios. Pero claro, cada cual cree conocer a Dios mejor que nadie. Y en verdad no se equivocan. Los adoradores de Marduk conocían a Marduk mejor que nadie. Los que adoran a Alá lo conocerán mejor que nosotros. Cada cual conoce a su dios. Los adoradores del Padre de Jesucristo conocemos al verdadero Dios y de EL hablamos, y siendo nuestras manos la boca con la que la Sabiduría glorifica a su Señor, el hijo a su Padre, sin este Conocimiento el árbol de la fe se corrompe, se seca y acaba por ser cortado y quemado para que deje sitio a otro.

¿Encontrará fe en la Tierra el hijo del Hombre cuando venga?, preguntó Jesucristo. *La fe, que se corrompe*, dijo Pedro, su Discípulo. Palabras de las que se ve que el Edén era figura del jardín de la vida en el que cada criatura somos un árbol del paraíso de Dios.

Dios no cultiva naranjos y almendros, cultiva árboles vivos, que le adoran y tiene en su Amor por su Paraíso su lluvia, la fuente de agua que le da vida a la tierra, el vapor que vuela en el aire y vivifica hojas y ramas, tronco y raíces. ¡Bendito sea Dios, Padre de Jesucristo, y bendito su Hijo, el Jesús que nos amó y no dudó en compartir nuestra naturaleza, aún siendo quien con su Todopoderosa Palabra hizo brillar la Luz en las Tinieblas!

Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es poder de Dios para la salud de todo el que cree, del judío primero, pero también del griego

¡Quién más que el cristiano romano, ciudadano de una Babilonia entre cuyas murallas todas las religiones del mundo se habían dado cita y convivían en armonía sincretista, qué cristiano con más urgencia y fuerza necesitaba de una labor constante de reevangelización! ¿No era entre los dioses del universo imperial romano, venidos desde todas las partes del mundo, entre quienes la Verdad, la Idea del hijo de Dios hecho hombre encontraba por respuesta la carcajada más ofensiva, la que da por terminado el asunto por locura del que así ve el Universo? ¡Cómo avergonzarse de la Divinidad del Hijo! ¿¡Bajar la cabeza porque Dios es Padre!? ¿Entonces Dios tiene que ser lo que nosotros queramos que sea y si no es así nos negamos a ser criaturas salidas del fuego de las Manos de su Hijo, Arcilla Primordial de la Vida?

¿Quién es el loco, el que se inventa una realidad a la medida de su deseo o el que mira a la Realidad con los ojos de la Realidad?

La tolerancia convertida en espada. "Déjalo creer lo que quiera, está loco; es inofensivo, pero está loco".

¡Cómo no iban a tener los romanos necesidad de la fuerza revivificante e invencible del espíritu de un hijo de Dios! ¿Acaso había sembrado Dios el árbol de la fe para abandonarlo a la intemperie sin Hortelano que se cuidara de cultivar su Jardín en la Tierra?

¿Quién mejor que un hijo para trabajar el campo que es de su Padre? ¿Quién lo trabajará con más dedicación y cariño? El siervo se limita a cumplir y lo hace todo de acuerdo al salario. El hijo se levanta al alba y antes que los siervos despierten él ya está presto a "*evangelizaros a vosotros también los de Roma*".

Porque en él se revela la justicia de Dios, pasando de una fe a la otra, según está escrito: "El justo vive de la fe".

Declaración básica que será el sustrato ideológico cavando en el cual Lutero halló la espada con la que separar la cristiandad en norte y sur, levantando entre las dos el muro de la enemistad. Hubo una fe, es cierto, entre cuyos principios no figuraba la existencia de Dios Hijo Unigénito, nuestro Amado Rey, Señor y Padre Nuestro. Con Él vino la Nueva fe, en la que su existencia en el Padre transfigura la Idea de la Creación y abre el futuro de todas las cosas a la luminosidad de un Amor eterno e infinito. En

el Padre se completó Dios; en el Hijo halló Dios su vida. Dios y el Padre devinieron una sola realidad, indivisible, indestructible, maravillosa, perfecta, alegre, joven, llena de fuerza, soñadora, amadora de todas las cosas, loca por vivir y seguir viviendo. En su Hijo Primogénito encontró Dios la voluntad de vivir que había perdido en alguna parte del Infinito y la Eternidad. ¡Cómo separar al Padre del Hijo! Padre e Hijo son la misma cosa, una sola cosa: Dios. Esta es la Nueva Fe. Fe eterna. Fe indestructible. Fe perfecta. El que la ama vive en ella y de ella recibe en herencia la vida eterna. Morimos para resucitar. Amén.

La gentilidad desconoció a Dios

Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres, de los que en su justicia a aprisionan la verdad con la injusticia.

Entramos en el templo vivo de la sabiduría divina, derramada en los hombres, tal cual se dispuso al Principio de la Creación de los Cielos y la Tierra, antes de la Caída de Adán, y por las circunstancias de la Traición de una parte de la Casa De Yavé desplazada hasta la Plenitud de los Tiempos.

Así es, en ninguna cabeza cabía que una criatura se atreviese a alzarse en guerra contra su Creador. Pero así fue. La Palabra es, sin embargo, la Roca sobre cuya indestructibilidad ha forjado Dios su Reino, de manera que diciendo: *"Hagamos al Hombre a nuestra imagen y semejanza*", es decir, hijo de Dios, y siendo Adán la cabeza de ese Hombre, hasta que el Universo entero alcanzase esa Forma nada ni nadie podría impedir que la Voluntad de Dios se realizase, aún cuando el propio Hijo Unigénito de Dios tuviese que bajar al Infierno a rescatar al Hombre de su Castigo por adhesión a los planes malignos del Diablo.

Ahora bien, esta adhesión por la que el Hombre se ganó la condena y su expulsión del Paraíso no fue ejecutada con pleno conocimiento de causa, según vino a demostrar nuestro Padre, Cristo, sino que el Diablo se sirvió de la ignorancia de Adán respecto a sus planes malignos para empujarnos a todos lejos de la Obediencia a Dios nuestro Creador. Es decir, desde el Principio Dios le ha manifestado al Género Humano, de muchas formas y en muchas lenguas, la posición de su Justicia sobre quien negando Su existencia anula la Ley Universal para imponer la suya propia, abriendo de esta manera un agujero negro en el seno del Universo, puerta

que da directamente a su destrucción y conduce a los transgresores al suicidio eterno.

Obviamente la posición desde la que los hijos de Dios de la Plenitud de las Naciones observamos y vivimos la Justicia Divina frente a la injusticia humana está fundada en la experiencia. En el espíritu y en la experiencia. Por el Espíritu sabemos sin necesidad de vivirlo que el fin de todo Reino dividido en sí mismo es la destrucción. Por la Experiencia lo sabemos porque lo hemos vivido y lo estamos viviendo en las carnes de nuestro mundo: la injusticia de quienes odian la Justicia de Dios se viste de ciencia para, negando la existencia de Dios, imponer su ley de opresión y esclavitud de los pueblos.

La sentencia divina contra quienes niegan la existencia de Dios, permitiendo en el Universo la instauración de un régimen infernal es, ciertamente, conocida. Su fin, como se ha visto en los últimos tiempos, es la caída; lo cual no quiere decir que, enloquecidas por la negación de Dios, otras naciones sigan persistiendo en el camino que las conduce a la ruina.

No hay más Justicia Divina, en efecto, eterna y perfecta, que la de Dios, por la cual todos somos hermanos y todo nos pertenece a todos. Desde este Principio de Igualdad todas las cosas están sujetas a la satisfacción de la necesidad de toda la Familia Humana, siendo un delito contra la Humanidad la Propiedad sobre lo que es de Dios, Único Señor de todos los bienes de la Tierra.

En efecto, lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó;

Todas las religiones de todos los tiempos y lugares conocieron lo cognoscible de Dios: su todopoder y omnipotencia. Los archivos de las civilizaciones, perdidas o muertas, y de las que aún persisten, bien en sus sistemas idolátricos bien en sus monoteísmos a la carta, dan testimonio de la cognoscible de Dios: su eterno Poder y su infinita Sabiduría. Aún la religión de la Ciencia, el ateísmo científico, declara con su Razón que tales son los atributos naturales cognoscibles de Dios.

Es, pues, universal el conocimiento de lo cognoscible de Dios, que se manifiesta en la Naturaleza a la manera que la savia forma parte del árbol y lo alimenta. Y es que la Idea de Dios en tanto que Ser Supremo, Gran Espíritu, Dios de dioses, Creador del Cielo y la Tierra, le es innato a todos los pueblos desde los orígenes del ser humano. Negar esto es negar la

Historia del Hombre. Entrar en la polémica sobre la relación entre esa Idea y el comportamiento del Género Humano tras la Caída de la Primera Civilización es un debate que se incluye en la Teología del Cristianismo; hacerlo desde una Antropología de la Sociedad es falsificar la Naturaleza del Universo.

El efecto de esta manipulación esquizofrénica de los Orígenes del Mundo -poner donde una vez hubo un Paraíso... un Infierno- ya ha campeado alegre por el siglo XX. No es que no lo hiciera antes, lo que pasó es que en el siglo XX el árbol de la ciencia del bien y del mal extendió sus ramas a la Plenitud de las Naciones de la Tierra. Todas conocían lo cognoscible de Dios, empero todas caminaron hacia el campo de batalla de Gog y Magog.

Porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras. De manera que son inexcusables...

La Historia de las Civilizaciones habla por sí sola sobre la relación entre la Idea de Dios y los Orígenes del Mundo. La falsificación esquizoide del ateísmo científico -tocando el tema de la naturaleza religiosa de los primeros pueblos del Género Humano- es un clásico a estas alturas. Nada más contrario a la verdadera línea del tiempo evolutivo de las sociedades humanas que esa serpiente venenosa que, para explicar la conducta criminal de las naciones, la ciencia puso por útero y placenta en la que se criara el ser humano. Desplazar la línea filogenética humana desde el Homo Sapiens al Simio Antropos y de éste al Anfibio sólo podía complacer a la Serpiente del Edén, pero en ningún caso reflejar la verdadera línea que siguiera la Vida en la Tierra desde el Barro a aquel hijo de Dios llamado Adán.

Por cuanto conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios.

Lo inexcusable al término del párrafo anterior procede de la relación entre el hombre y su conducta. Es de derecho y ley que el Apóstol se

refiere a quien conociendo a Dios se alza contra su Reino. Pues de no ser así San Pablo estaría condenando a Cristo por excusar en la ignorancia de Adán los crímenes de todos aquéllos que en su Sangre encontraron el Perdón, es decir, todos nosotros. En lo demás, su afirmación es tan verdadera y cierta como que todos los días sale el sol. Conociendo la existencia de un Dios de dioses, Creador del Cielo y de la Tierra, todos los pueblos se abandonaron a los razonamientos tortuosos que proceden de la experiencia solamente. Pero si la experiencia es la madre de la ciencia, la ciencia no es la madre del hombre; es la religión. Mas como el hombre deja por su mujer a sus padres, así la ciencia a la religión, con la variante errónea de poner en el horizonte del hombre una bestia donde la Naturaleza puso un hijo de Dios. La sabiduría de esta bestia, así pues, es la consagración de la necedad como cabeza rectora de la Academia de las Ciencias.

Y trocaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles.

Ayer, muy lejos en el tiempo… Ayer, a la vuelta del milenio que acaba de nacer, los sabios trocaron la imagen del Hombre que el Dios incorruptible concibiera al Principio de la Creación por la de un Superhombre... Ellos -los sabios del siglo XX- sí que son inexcusables pues que conociendo a Dios por las obras de Cristo trocaron la semejanza de Dios en la bestia que eligieron por modelo de conducta.

El castigo de la gentilidad

Por esto los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la impureza con la que deshonran sus propios cuerpos

Las puntualizaciones conducen a los extremos. El extremismo desata la violencia. Y la violencia es el recurso de la ignorancia a la hora de imponer su locura asesina.

Hay, en efecto, muchos grados de ignorancia. Y muchas formas de travestirla. El evangelio de la justificación de la violencia como consecuencia natural de la evolución de las especies según el ateísmo

científico demuestra, a no ser que sea mentira lo dicho anteriormente, que la violencia es el fruto de la ignorancia, demuestra -decía- que el ateísmo científico es una locura.

A diferencia de las patologías de la mente, la de la inteligencia es la más sutil por cuanto sabe vestirse de omnisciencia, y la más letal pues que arrastra en su caída a toda la especie. Y sin embargo el derecho a la libertad es connatural a la Creación; es decir, la Creación a imagen y semejanza del Creador implica el Derecho a la libertad por el que la Criatura puede rechazar a su Creador. Y viceversa, el derecho implica el deber por el que el Creador acepta las consecuencias de la libertad de su Creación.

Dios no obliga pero tampoco puede ser obligado. Si el deseo del corazón de la Criatura, conociendo el deseo del corazón de su Creador, es volverle la cara y comportarse acorde al modelo contrario de conducta que para sí y por sí tiene por natural la Creación...

Pues trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron a la criatura en lugar del Criador, que es bendito por los siglos. Amén

La Verdad de Dios es la verdad Universal y Eterna en cuya tierra las galaxias y los mundos tienen bien alimentadas sus raíces. Es el reflejo puro de una Realidad Cósmica que despliega su Sabiduría por el Infinito y establece un Modelo de Pensamiento imperecedero e indestructible. Y volvemos a lo mismo. La Creación de vida inteligente a imagen y semejanza de esta Verdad implica la libertad de elección que procede de una Voluntad, reflejo de la Voluntad del Creador.

El hombre, como cualquier criatura inteligente, es libre para darle la espalda a la Verdad de Dios y crearse, aunque esa verdad hunda sus raíces en el infierno de una locura autodestructiva, una realidad propia. Pero lo que ni el hombre ni ninguna criatura pueden hacer es borrar del Infinito y la Eternidad su Verdad, que es la Verdad de Dios. Y es que la inteligencia en tanto que órgano, de la misma manera que cualquier otro órgano del cuerpo humano, está sujeta a una patología característica. La Ciencia, por contra, aún estudiando el cerebro humano y habiendo localizado el soporte material de la inteligencia en el cerebro, jamás ha sujetado el cerebro intelectual a la naturaleza general. Jamás se la oído hablar de una sujeción del cerebro intelectual a cualquier patología. Muy al contrario la Ciencia ha divinizado el cerebro intelectual, mediante esta locura divinizando su

pensamiento, por el que la locura de la violencia que procede de la ignorancia del ateísmo científico impuso su evangelio criminal sobre las naciones de la Tierra.

Enferma la mente, enferma el cerebro físico, enferma el cerebro genético, pero ¿quién jamás de los jamases le ha oído hablar a los sabios de la Academia de los Nobeles de una patología del cerebro intelectual? Y con todo y a pesar de ellos la inteligencia cerebral: existe.

Por lo cual los entregó Dios a las pasiones vergonzosas, pues las mujeres mudaron el uso natural en uso contra naturaleza

El cerebro intelectual implica, pues, una estructura orgánica y como tal se sujeta a las leyes generales a las que se sujeta el resto del cuerpo humano. La negación de esta realidad universal es la cuna donde el ateísmo científico conoció sus primeros días. La cuestión es ¿de quién era la mano que mecía la cuna?

Pero nosotros nos contentaremos con determinar que la negación de este principio implica la degeneración del sistema natural y su transformación en un virus maligno con capacidad para destruir la estructura lógica del cerebro intelectual, por esta negación de la Realidad estableciendo un sistema de comportamiento contrario al establecido por la propia Naturaleza. Fenomenología patológica que opera sus nefastos efectos en todo espacio y tiempo donde la reacción haya procedido a desencadenar sus síntomas. Aquí, entonces, en la enfermedad del cerebro intelectual tenemos que ver la génesis de la tendencia suicida de una especie que queriendo vivir sólo se produce a sí misma la muerte.

E igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío

La Naturaleza sólo reconoce una Verdad y sólo tiene una Ley. A saber, un organismo sujeto a la Muerte lo está en todas sus partes. Aquella teoría patológica del nacimiento de las ideas en un mundo exterior al ser humano es la afirmación de una locura por la que el cerebro intelectual no existe y el pensamiento humano procede, como decía Descartes, del Ser en

cuanto ser, y no del cerebro. Alucinada la Ciencia por semejante Método de locura gracias al cual la Razón se hizo infalible y el Ateísmo devino una Religión Omnisciente, los sabios de la Academia se elevaron a la condición de los dioses, todos más allá del bien y del mal, y en consecuencia, como los locos, ajenos a la responsabilidad que procede y le conviene a los pensamientos, las palabras y los actos de todos los seres en tanto que seres.

Es cierto, cómo no, que a un loco no se le puede pedir responsabilidad por sus actos, y es natural que se le conceda este beneficio a todo enfermo mental, pero que una persona cuerda quiera hacer privativo y extenso a su ser este derecho de la locura es un delito contra natura que, obviamente, debe hacer sufrir sus efectos sobre la sociedad obligada a vivir bajo el pensamiento y las obras de semejantes sabios enloquecidos por sus pensamientos, entontecidos por sus razonamientos a la manera que un mono que hablase y se sorprendiese a sí mismo ante el espejo admirándose del milagro: soy un mono que habla. Y hablando se creyese todopoderoso y omnipotente para imponerle a la Naturaleza nuevas leyes.

Y como no procuraron conocer a Dios, Dios los entregó a su réprobo sentir. Que los lleva a cometer torpezas

La lógica de la Naturaleza habla con una sabiduría que a un cerebro intelectual en plena ebullición patológica no le puede resultar lógica. Queriendo conocerse a sí misma en tanto que inteligencia divina esclavizada en un cuerpo mortal, en su ateísmo demente la Ciencia abandonó la búsqueda de la Verdad en beneficio del conocimiento de su propia estructura ontológica. Pero como su principio era la negación de estas dos realidades la única salida que le quedaba era la Duda. Y es que después de haberse maravillado contemplándose a sí misma en el espejo se impuso por objetivo obligar a todas las demás bestias de su selva a admirar el objeto de su admiración, o sea, ella misma, empleando para alcanzar esta meta no importaba qué sistema de manipulación de la verdad universal.

Y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos.

La manipulación de la Verdad de la que se nutre el cerebro intelectual le afecta, como es de comprender, al Ser que depende de esa información para establecer su comportamiento en y dentro de la Naturaleza, la Obediencia a cuya Ley determina la extinción o evolución de su especie. Rota la existencia del Pensamiento como fruto del cerebro humano, pues en virtud de la religión de la Ciencia fue transformado en un cuerpo inmune a la Muerte, la Ciencia devino la Ley. Y dado que la Ciencia no existe independientemente de la realidad creada, siendo esclava la Ciencia de la Ley, la Ciencia devenida en Ley implica la elección por la cual la Criatura determina la elección de la Naturaleza sobre su evolución o extinción. Es decir, negando a Dios, ignorando su Existencia, la Ciencia se estableció como Ley para bendecir la extinción de la especie humana en nombre de su victoria sobre Dios. ¡Si judíos y romanos mataron al Hijo ¿por qué no iba la Ciencia a matar al Padre?!

...calumniadores de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres...

Las consecuencias de la rebelión están escritas, la génesis de la misma también, lo que aquí nos interesa determinar es en qué medida existe el cerebro intelectual y en qué medida aquélla divina ciencia, cuyas ideas procedían de un ignoto lugar llamado Duda, se veía afectada por la naturaleza material de ese cerebro sin cuya existencia no podía darse ciencia en el ser humano. Obviamente este discurso tiene su razón de ser en la necesidad de establecer un diálogo con un enfermo, las particularidades de cuya enfermedad lo convierten en el demente más peligroso que existe, como se ve en sus ejemplares del siglo XX. Dentro de esas particularidades de la enfermedad conocida por ateísmo científico la más temible y peligrosa es aquella por la cual el sabio ateo se creía infalible y a salvo de cualquier pensamiento objetivo externo que pudiera activar los recursos de la naturaleza para vencer la enfermedad que le afectaba; el loco en el genio estaba tan bien instalado en su patología que no veía el sabio por qué había de renunciar al loco que llevaba dentro.

Insensatos, desleales, desamorados, despiadados

Ninguno de estos síntomas, efecto de su enfermedad sobre la sociedad y sí mismo, podía convencer a los obispos de la Academia de los Nobeles de la necesidad de desprenderse del loco connatural al genio...

Los cuales, conociendo la sentencia de Dios, que quienes tales cosas hacen son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen.

Determinar el grado de enfermedad es siempre el primer paso hacia la recuperación de la salud. Hacia ese punto caminaremos sin desviarnos ni a la izquierda ni a la derecha.

Tampoco los judíos están camino de la salvación

Por lo cual eres inexcusable, ¡oh! hombre, quienquiera que seas, tú que juzgas; pues en lo mismo en que juzgas a otro, a ti mismo te condenas, ya que haces eso mismo que condenas.

La Sabiduría es la consejera de los valientes; y las leyes la de aquéllos que se escudan en sus oficios para cometer impunemente los delitos que en otros condenan. Pues todos sabemos que desde la Caída de Adán, es decir, desde el principio de este mundo, los mayores criminales se refugian en los palacios de justicia y los mayores sacrílegos en el templo de Dios. La naturaleza infernal de este mundo procede de esta relación entre el crimen y la ley, en la que la ley sirve al crimen y es su mejor mecenas. Pues nadie ignora que la religión es el refugio de los mayores criminales de todos los tiempos, como se ve en los tiempos presentes.

La fuerza que anima el brazo y la mente de semejantes delincuentes procede de su natural desprecio a la existencia de Dios, de cuyo nombre se sirven para empujar a otros a mancharse de sangre hasta el cuello mientras ellos lucen al sol la camisa blanca de sus delitos secretos. De manera que si los valientes tenemos en la sabiduría nuestra fuerza, los cobardes y sus gemelos en el infierno tienen en la ley su mejor arma de defensa. Ignorar esta realidad, independientemente de la nación y el credo, es abrirle la puerta al infierno y permitir que el terror sea el maestro de los cachorros de

los aspirantes a tiranos, dictadores, asesinos, criminales, estafadores, genocidas, en suma, criaturas a imagen y semejanza de los demonios.

Pues sabemos que el juicio de Dios es, conforme a verdad, contra todos los que cometen tales cosas.

La Justicia Divina se mantiene incólume e inmarcesible frente y delante de toda criatura, del Cielo o de la Tierra, que pretenda fundar su delito en la filiación o amistad con Dios, cual si Dios les perdonare a unos el crimen en razón de su parentesco y a otros los condenara al infierno por ese mismo delito en orden a la distancia de parentesco entre el delincuente y el Juez eterno.

Quien así hace acusa a Dios de ser el Padre del Maligno, en virtud de cuya paternidad se jactan de sus crímenes los demonios en el infierno. Obviamente Dios no puede ser engañado, pero los hombres sí, de aquí que el hombre que cierra sus ojos y perdona en su raza y pueblo lo que condena en sus vecinos se hace partícipe de los delitos cometidos por su pueblo. No hay, pues, mayor cobarde y suicida que quien bendice en su pueblo y parentesco lo que condena en aquellos contra quienes se alza criminal el brazo de sus hermanos. Y esto hablando lo mismo para el judío que para el cristiano, para el musulmán que para el ateo, quien bendice en sus hermanos lo que condena en los extraños es un delincuente y es reo de la Justicia de Dios, ya se siente en el trono de san Pedro ya en la Casa Blanca, en el Kremlin o en el mismo trono del infierno.

¡Oh hombre¡ ¿Y piensas tú, que condenas a los que eso hacen, y con todo lo haces tú, que escaparás al juicio de Dios?

La sabiduría de todo criminal, según se ve, tiene un norte y una meta. Para llegar a imponer su propia ley y transformar la sociedad en una jungla maligna la necesidad le exige vestirse de sacralidad, rodearse de impunidad, igualarse a los dioses del infierno, elevarse sobre los demás hombres y golpear sin miedo contra todo aquel que se atreva a contestar su voluntad. Mas esa necesidad en razón de la cual excusan los santos criminales sus infernales crímenes tienen en la Justicia Divina su final, y ante Dios responderán de la Fe que pisaron en el interior de su Templo ante los ojos de toda la Humanidad. Quien peca no tiene Fe, aunque se siente en

el mismísimo trono de Dios, cosa, como se comprenderá, imposible, aunque lo intentó con todas sus fuerzas el mismísimo Satán. ¿El Pecado y la Fe unidos a un mismo tronco como los brazos al cuerpo humano? Quedándonos en la disputa Protestantismo-Catolicismo, Lutero verá que no miento el día que Dios lo juzgue por bendecir en los suyos lo que condenó al infierno en los otros. Y viceversa.

¿O es que desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, desconociendo que la bondad de Dios te trae a penitencia?

¿De dónde procede esta paciencia y longanimidad que misericordiosamente distribuye sus dones entre nosotros Dios sino en la justicia que procede de la Fe? ¿No fuimos todas las familias del mundo condenadas y entregadas al fuego por la ignorancia del príncipe que el propio Dios nos eligiera para ser nuestro Rey sempiterno? ¿Acaso no sabía Dios que al condenarnos a todos por el pecado del Primer Hombre nuestros crímenes clamarían al Cielo pidiendo para todos el Infierno? Porque hubo Ignorancia, la Sabiduría se apiadó de nosotros, y, aún dándonos la espalda por un tiempo, con lágrimas en los ojos caminó a nuestro encuentro. Y si éramos ignorantes, lo mismo judíos que gentiles, -siempre hablando antes de Cristo- ¡cómo hubiera podido nadie comprender el Pensamiento de quien tenía en la Sabiduría su Esposa Omnisciente!

Pues conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón, vas atesorando ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios

De aquí que habiendo estado sujetos todos a la esclavitud de la Muerte todos nosotros hallásemos en Cristo quien nos defendiese y, separando crimen de criminal, arrojando el delito al fuego eterno doblase sus rodillas ante el Juez Eterno pidiendo para nosotros la clemencia y la misericordia reservada a quien fue empujado al pecado sin conocimiento de causa. La petición de Aquel que se alzó en nuestra Defensa delante del Tribunal de Dios y su Corte fue oída en la Creación entera, cuando antes de morir abrió por última vez su boca, diciendo: "*Perdónalos porque no saben lo que hacen*".

Que dará a cada uno según sus obras

Pues si los hombres hubiéramos sabido desde siempre todas las cosas jamás la mano de Eva se hubiera estirado para arrancarle al árbol de la maldición su fruto de muerte.

A los que con perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción, la vida eterna

Pero el Maligno, sabiendo que sin comer el hombre descubriría las leyes de esa Ciencia, nos sirvió su veneno dantesco envuelto en el frasco de la leche materna, engañándonos con la blanca dulzura de la apariencia el mortal líquido que habría de cerrarnos el camino a la gloria de la libertad de los hijos de Dios.

Pero a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia, ira e indignación.

Sobre su cabeza su crimen, sobre su alma sus infinitos delitos, sobre sus huesos la condena que buscó para una criatura inocente que apenas si acababa de salir de su Infancia. El Juicio de Dios contra el asesino de su hijo Adán se mantiene firme: Destierro de su Reino por la eternidad de las eternidades.

Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal, primero sobre el judío, luego sobre el gentil

Sabiendo nosotros que tal es el Juicio de Dios contra quien odia la Ley, una vez conocida la Ciencia que al Principio debiéramos haber conocido no por la experiencia en nuestras carnes, sino por el poder de la teoría que le es natural a la inteligencia, el Juicio pesa sobre todo hombre, cristiano o judío, musulmán o ateo, idólatra o no, que conociendo la Justicia Divina persista en sus crímenes, dado que procediendo el Conocimiento de todas las cosas ya no opera la Ignorancia.

Pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el gentil

Cristiano o judío, musulmán o ateo, la Justicia Divina recoge en sus cestos las obras de quienes aman sus frutos, ya que como bien dice el Apóstol:

Pues en Dios no hay acepción de personas

La ley de los gentiles

Cuantos hubiesen pecado sin Ley, sin Ley también perecerán; y los que pecaron en la Ley, por la Ley serán juzgados

Vamos entrando en el Pensamiento de Cristo, pues quien no tiene el Pensamiento de Cristo no es de Cristo, según confiesa en alguna otra parte el mismo Pablo. Y digo que entramos en el pensamiento de Pablo porque por fin tocamos la llaga hurgando en la cual la Reforma supo abrirse entre las aguas de la ignorancia un paso al otro lado de la corrupción romana y su cuerpo cardenalicio: "la Ley". En otra parte dijo San Pablo también que la Ley sólo sirvió para descubrirnos la naturaleza del Pecado, es decir, qué es el pecado. Ciertamente si la Ley no hubiera dicho: No robarás, no sabríamos que robar es pecado. Sabríamos que es un delito, pero no que es Pecado. Punto que nos lleva a investigar la naturaleza del Pecado. O lo que es lo mismo, ¿qué diferencia al Pecado del delito? ¿Conducir sin licencia es un pecado? Decimos que no, pero sí es un delito. De donde se ve que el delito y el pecado son dos cosas diferentes. Esto de un sitio, y del otro que a diferencia del delito, que si hoy es y mañana no es no le quita ni le añade nada a la estructura social, el Pecado mantiene su malignidad eternamente en todos los tiempos y lugares. Así, robar un pan por hambre puede ser un delito, pero no un pecado, porque lo que define al Pecado es la voluntad de su ejecución mirando al daño implícito en el acto. O sea, robo para hacer daño, no para saciar una necesidad que se me niega por una sociedad delincuente en su estructura y que me empuja a delinquir para lavar sus delitos en mi necesidad. Peco si soy obligado a robar lo que necesito lo que robo se le imputa al que establece mi robo como necesidad invencible. Así pues, yo no he robado por malignidad, pero por necesidad. Y existiendo la necesidad nacida del delito maligno que opera mi obligación mi acto no es pecado.

Tenemos, pues, un delito que es maligno y un delito que es benigno. Delito benigno es, como hemos visto, el que nace de la necesidad; y delito maligno el que nace de una mente perversa y asesina que bendice su crimen en razón del Poder que maneja y por éste causa la obligación invencible. El delito benigno no implica correlación secuencial, pero el maligno opera en reacción en cadena y su crecimiento tiene por fin la destrucción de la sociedad en la que se aloja como virus. Entonces, existiendo la Ley existe el Conocimiento del delito maligno, es decir, del Pecado. Y de aquí que unos conociendo su existencia y otros en su ignorancia, pero todos cometiendo esos actos, todos seamos reos ante el Tribunal Divino.

Porque no son justos ante Dios los que oyen la Ley, sino los cumplidores de la Ley; ésos serán declarados justos.

Lo dicho, existe el Pecado antes que la Ley. Conocimiento por el que se nos dice lo que es bueno y lo que es malo ante los ojos de Dios; y existiendo el bien, el bien existe en la justicia.

Y existiendo la conciencia humana antes de nacer Moisés era solo natural que San Pablo diga que por sus obras cada cual será declarado justo. Pues la Ley no a los puede hacer mejores hombres; sino sólo por el Temor al Dios que nos dio a conocer el Pecado mediante la Ley. Dios, en efecto, dio la Ley, pero no inmunizó al hombre contra el Pecado. El Judío, en este capítulo, estaba más adelante que el resto del mundo por cuanto conocía lo que era Pecado, pero se movía al mismo ritmo ante el delito que el resto de sus vecinos al no haber dotado aún Dios a su Creación del espíritu de Cristo; la Necesidad que empujaba al resto del mundo empujaba al Judío a hacer en privado aquello por lo que en público denigraba en el gentil. La diferencia estaba en la ignorancia, pues si el gentil ignoraba la naturaleza del Pecado y se legislaba por el delito, el Judío conocía la existencia del Pecado y la Ley era su Código de Justicia.

En verdad, cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin Ley, cumplen los preceptos de la Ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos Ley.

La relación entre la Genética y la Estética del Universo es cosa probada desde los albores del mundo. Su existencia implica una Razón Natural. Forjada la Razón Natural en un Universo sujeto a un Origen Divino, la Vida lleva en sus genes la estructura que le imprime el Orden a su Cuerpo. Gracias a ella la estructura mental de los pueblos de la Humanidad, desde sus orígenes remotos en el Tiempo, ha manifestado una tendencia universal hacia un concepto de Delito y Justicia similar en todos los lugares.

Esta tendencia genéticamente innata pone sobre la mesa una estructura-prototipo acorde a cuya naturaleza se ha desarrollado la mente de las Civilizaciones, hasta finalmente converger en la Estructura del Mundo Actual. Ni que decir tiene que el camino dejado atrás por cada una de las partes de nuestro mundo es una epopeya digna de un libro. El caso es que superando las diferencias observamos en todas las partes del Mundo una Razón Universal desde cuya plataforma se han articulado, contra viento y marea, sus códigos de justicia, que, si no siguen alterados por las influencias psicóticas de los fundamentalismos religiosos, coinciden en lo general y básico con los códigos del resto de los pueblos y naciones vecinas.

Y con esto muestran que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, siendo testigos su conciencia y las sentencias con que entre unos y otros se acusan o se excusan.

Sin la existencia de esta Razón Universal operando lo mismo en el Comunismo que en el Capitalismo, lo mismo en la Democracia Cristiana que en la Socialista, la Idea de un Juicio Divino sería infernal. Otra cosa será que en su demonismo el Pecado pretenda negar esta Razón Natural. Ahora bien, siendo el Pecado un acto consciente contra Dios y la Naturaleza del Universo, que al no poder hacer caer su malignidad sobre la Creación y su Creador derrama su veneno sobre la Criatura ¿a quién le sorprende que en su malignidad el Pecado niegue la existencia de una Razón Natural por la que la criatura, sin Dios, reconoce el Bien y el Mal?

Así se verá el día que Dios por Jesucristo, según mi evangelio, juzgará las acciones secretas de los hombres.

¿Pero por qué un Juicio Divino cuando el delito tiene en este mundo su castigo? ¿O no lo tiene? Según la respuesta el Juicio Final será un acto de demonismo o un acto de Santidad. El evangelio de San Pablo no admite dudas ni divagaciones y lo declara Santo, Justo, Bueno y Necesario, declarando de esta manera que la justicia de los hombres y el delito son las dos caras de una misma moneda, de aquí que el juez se ponga la venda en los ojos y allá que la espada de la injusticia del Poder caiga sobre quien ose levantar su voz para gritar: ¡Asesinos!

El judío violador de la Ley es más culpable

Pero si tú, que presumes de llamarte judío y descansas en la Ley y te glorías en Dios

Hemos distinguido dos conceptos: delito y pecado. El delito se refiere a las normas de los tiempos y evoluciona de acuerdo a la inteligencia de los pueblos. El Pecado se refiere a una conducta eterna, el alejamiento de la cual conduce a la Muerte. Dos tipos de leyes se dan pues. Una es la circunstancial, y la otra es la Divina. La ley circunstancial tiene por objeto la convivencia social entre individuos de un mismo Género. La Ley Divina abarca la relación de la Sociedad entre el Creador y su Creación. Las dos son vitales para las naciones del Reino de Dios. Por la ley circunstancial articulamos el sistema de relaciones dentro de nuestro mundo; por la Ley Divina se articula la relación de nuestro mundo con los demás de la Creación. Lo que el Apóstol dice del judío podemos referirlo ahora al cristiano:

Conoces su voluntad, e instruido en la Ley, sabes estimar lo mejor

Y donde se lee “Ley” ponemos Evangelio, es decir, la Ley de Cristo, la Nueva Ley por la que el espíritu de la Justicia del que procede la Ley se abre el pecho y descubre su Corazón a los ojos de toda su Creación, a fin de que todos los Pueblos del Universo vean con los ojos y entiendan que no la Ley que procede de la Fuerza sino la Justicia que procede de la Sabiduría es el alma de la que el Creador extrae el material con el que articula su Reino y nos dota de vida eterna...

El judío, en efecto, sólo se relacionaba con la Ley, y caía ante Dios cuerpo a tierra como quien es amenazado por un criminal armado hasta los dientes con el hacha del terrorismo; pero el cristiano va más lejos, entra en el ser de esa Ley y ve la fuente de la que mana, bebe de ese Agua y descubre en su propio ser la bondad, la misericordia, la magnificencia, la inteligencia, en una palabra, que Dios es Amor, y este Amor es la Roca de la que Cristo Jesús, nuestro Rey y Salvador, extrajo el manantial que nos salvó cuando ya nos devoraba el desierto. Dios, en suma, no crea para vanagloriarse haciendo gala de su Poder delante de sus propias criaturas; Dios es Creador, o lo que es lo mismo, ama la Creación, ama la Vida con la fuerza y pasión que el artista ama su arte y el fruto de su espíritu creativo.

El judío, ignorante del espíritu de Dios, en quien sólo veía el Poder y la Fuerza, se relacionaba con la Ley en base al terror que le inspiraba ese Poder y esa Fuerza, pero el cristiano, adorador de ese Dios Creador, corriendo se lanza a sus brazos, con los labios clamando "Padre Nuestro", porque no el terror sino el Amor es la fuente de esa Ley contra la que se estrelló el judío. Y con todo la Ley es la misma: No robarás, no matarás, no adulterarás...De manera que no porque Dios se declare Padre y sobre toda su Creación extienda sus Brazos tenemos su bendición para cometer toda clase de delitos contra la Tierra y pecados contra el Cielo. ¿Quién entonces se atreverá a presumir de ser lo que dice el Apóstol del judío:

Y presumes de ser guía de ciegos, luz de los que viven en las tinieblas

¿Quién y dónde está el hombre libre de todo pecado y delito? ¿Quién sino sólo Dios puede alzarse como luz en nuestras tinieblas y guiarnos a los que estamos ciegos? Y sin embargo los judíos primero y los cristianos luego olvidándonos de que sólo Dios tiene la Primera y la última Palabra declararon infalibles sus palabras y sus pensamientos. Así que ¿qué diremos? ¿de qué podrán presumir quienes teniendo el ejemplo de aquéllos a quienes su presunción los condujo a la ruina presumen de ser luz de los ciegos? ¿Se corresponden las obras de los cristianos con el conocimiento de quienes tuvieron en la Teología un circo y en la Verdad un campo de batalla?

¿Si el fruto del Conocimiento son las obras se puede medir por la calidad de las obras la luminosidad de ese Conocimiento?

El Protestantismo, la Ortodoxia, el Papado... el que esté limpio de pecado que tire la primera piedra... Conociéndose por las obras la naturaleza de la doctrina y por el fruto al maestro ¿cómo puede la luz inmaculada del Conocimiento Verdadero de Dios engendrar el fruto de la Muerte, que es el Pecado? Pero si el Protestantismo, la Ortodoxia y el Papado están limpios de pecado... entonces...

Preceptor de rudos, maestro de niños, y tienes en la Ley la norma de la ciencia y de la verdad

Eso era en verdad el judío al que hacía referencia el Apóstol, y de eso precisamente se jactaba y presumía el judío delante de los suyos y delante de los gentiles. Obviamente el judío de nuestros días ni es preceptor de rudos, ni es maestro de niños, ni tiene en la Ley la norma de la ciencia y de la verdad. La Historia le ha enseñado cuál es su sitio en el mundo y bastante tiene con defenderlo. Al cristiano, más que al judío, debemos aplicarle el cuento:

Tú, en suma, que enseñas a otros, ¿cómo no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se debe robar, ¿robas?

El espejo ha sido hecho para reflejar la verdadera imagen del original. ¿Se mira el cristiano en el espejo de la Verdad o en su presunción se mantiene lejos para no ver cuál es la imagen que se refleja en su rostro: la de Cristo o la del mundo? ¿Puede ser cristiano quien hace lo contrario de lo que predica? ¿Ser cristiano no consiste en agradar a Dios, según lo dicho: "*En Ti tengo mi complacencia*"? ¿Desjarretó Dios el carro de la Antigua Alianza por capricho o porque entre la doctrina y los hechos del judío se había levantado un abismo? ¿Si el cristiano opera la misma obra renunciará Dios a su espíritu por amor a quienes un día amó? ¿Pero Satán no fue hijo suyo antes de adherirse al Infierno y preferir la Corona del Imperio de la Muerte a la de un Príncipe sin Corona en el Reino de Dios? ¿No cayeron los judíos es esta trampa: Creerse que por amor a Abraham les iba a perdonar Dios lo que Dios no le perdonara a un hijo? ¿Porque el cristiano sea de Dios tiene un cheque en blanco para transformar su Reino en un infierno mediante obras hechas en el espíritu del Diablo?

Tú, que dices que no se debe adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿te apropias de los despojos de los templos?

Luego la ley humana mira al delito y la Divina al Pecado. Por el delito no nos hacemos odiosos a los ojos de Dios, o su Hijo no hubiera bendecido a los que son perseguidos por la justicia. Pero por el pecado sí nos hacemos odiosos a nuestro Creador. El delito procede de la necesidad causada por la injusticia humana; pero el Pecado es una violación consciente de un sistema social contra y en el que se siembra la semilla maligna de la guerra en pro de su destrucción. El delito es una rebelión instintiva contra un sistema social fundado en la injusticia de unos pocos contra la voluntad de la mayoría; el Pecado es la rebelión contra un sistema social que defiende a la mayoría contra esos pocos. Por esto Dios condena el Pecado y bendice el delito que procede de la lucha contra la injusticia. Por esto condenó al judío y bendijo a Cristo. Y en fin

Tú, que te glorías en la Ley ¿deshonras a Dios traspasando la Ley?

Buena pregunta. ¿Se la preguntamos al Papado? ¿Se la hacemos al Consejo Mundial de las iglesias Reformadas? ¿Se la enviamos al Patriarcado Ortodoxo?

Cuando con su obra de división de las iglesias negaron al Señor al que juraron servir ¿deshonraron a Dios?

Pero pudiera ser que la gloria de Dios y el volumen de pecado de sus siervos no se encuentren bajo ninguna ley de relación... En este caso los pecados del Protestantismo y de la Ortodoxia no tiene por qué imputársele a cargo y cuenta de quienes despreciaron al Señor por sus siervos y siguiendo el ejemplo de esos siervos no hicieron sino imitar al “señor” que vieron en sus siervos. Pudiera ser también que el Apóstol, en su celo, se pasase una legua infinita y condenase a la honra de Dios y al pecado del cristiano a mantener una relación de correspondencia, relación sin vigor delante del tribunal Divino.

¡Allá cada cual con su conciencia! Y con todo Dios no perdonó al pueblo judío en razón del pecado de sus preceptores y maestros; y aún más, le imputó con infinita más severidad eterna a sus príncipes los pecados del pueblo, como se ve por los hechos, ya que el pueblo ha sobrevivido una

vez pagado su crimen, pero de sus príncipes aaronitas no se sabe que exista uno.

Pues escrito está: "Por vuestra causa es blasfemado entre los gentiles el nombre de Dios"

Dios no puede mentir. Ni puede permitir que su gloria sea pisada por quienes se dicen sus siervos. A los pecados de las iglesias se les debe imputar los de aquéllos que fueron apartados de la Salvación por esos pecados cometidos por quienes se vistieron las ropas de los siervos de Dios para cometer sus crímenes y evitar pagarlos ante la justicia. Así se verá el Día del Juicio.

¡Ay de aquélla iglesia que no corra a hacer la Voluntad Presente de su Señor sumándole a sus pecados el Pecado de los pecados: Rebelión contra la Voluntad de Dios!

LIBRO PRIMERO

PARTE DOGMATICA

La Verdadera Circuncisión

Hemos visto hasta aquí dos cosas. Primero, que la comunidad romana a la que Pablo le dirigía esta Carta se encontraba a las puertas de su Martirio, y el Apóstol en tanto que profeta -según la Escritura: "*El espíritu de Jesús es el espíritu de la profecía*"- se dirigía a la comunidad cristiana romana para recordarles lo que era y le es y le será sempiternamente natural a la doctrina apostólica del Reino de Dios, a saber: se es de Cristo antes que de Pablo o de Pedro, y cristiano antes que romano u ortodoxo o protestante. Y segundo: como hay dos justicias, la humana y la Divina, hay dos actos contrarios a sus mandatos, que son el delito circunstancial y el pecado. Por el pecado rompemos valores eternos sobre los que se basa la Sociedad entre el Creador y su Creación; y por el delito circunstancial rompemos con la injusticia de quienes abolen el pecado despreciando a su Creador para alzarse ellos como fuente de legislación. En la lucha entre estas dos justicias hallamos el campo de batalla sobre el que nuestro mundo se ha estado moviendo en el infierno de sus guerras y desgracias desde la Caída de Adán hasta nuestros días.

En este capítulo II el Apóstol da un paso adelante y reflexiona sobre la Caída del Muro entre judíos y cristianos que Dios derribó por amor a su Hijo. Pues está claro que la no aceptación divina a la alianza entre el Cielo y el Infierno, es decir, dar luz verde a la transformación de su Reino en un Olimpo de dioses más allá de la Ley, meta de la Rebelión de una parte de su Casa contra su Justicia, tuvo y tiene en su Hijo la razón sempiterna de ese No.

Como Padre, Dios no quería criar a su Hijo en un mundo sujeto a las leyes del Bien y del Mal; no estaba dispuesto a hacerlo, y no lo hizo. Las circunstancias impuestas por la Traición, que otros llaman Rebelión,

encontró en su propio Hijo el No de su Padre, de aquí que dijera Jesucristo, y con toda propiedad: “*El Padre y yo somos una sola cosa*”. Y seguimos

Cierto que la circuncisión es provechosa si guardas la Ley; pero si la traspasas, tu circuncisión se hace prepucio

El origen de este análisis era, es y sigue siendo descubrir la conexión luterana. Vamos centrando el problema con la intención de poner el texto en su contexto y evitar cualquier manipulación. Ya sabemos que la manipulación es el arte de sacar el texto de su contexto con la idea de pervertir el espíritu del autor. ¿Es lo que hizo Lutero? Esto es lo que vamos a descubrir.

Así pues, si primero el autor se dirige a los cristianos de Roma, enseguida apunta a los cristianos de origen judío, como él mismo, en cuya comunidad específica se había levantado el debate del judeocristianismo, que al propio Pedro le causara tantos dolores de cabeza y al cristianismo en general una crisis profunda cuyas consecuencias fueron la violencia en el origen del Incendio de Jerusalén en el 64, según unos, en el 66, según otros, pero en cualquier caso siempre anterior al Incendio de Roma. Pensemos que la acusación neroniana contra los cristianos encontró buena tierra a causa de la propaganda de la comunidad judía romana que, absolviendo la rebelión de los suyos, culpó a los cristianos de haberse rebelado contra el Imperio, al que profesaban un odio tan grande como para meterle fuego incluso a la ciudad santa. El humo del Incendio de Jerusalén aún se olía en la atmósfera cuando la chispa que saltó el Mediterráneo arrasó Roma. Nerón sólo tenía que dirigir su dedo contra los inocentes a los que la comunidad judeorromana acusara de ser los pirómanos de Jerusalén para hacer hervir el odio y desatar el huracán de las Persecuciones.

Será a esta comunidad cristiana amenazada de muerte a la que, viendo su martirio, el Apóstol le dedicará su mejor Carta, su Evangelio. ¡Y quién mejor que un asesino de cristianos y perseguidor de hijos de Dios para ver en las profundidades del terror la mano del hombre al servicio del Diablo!

¿La circuncisión hace la raza? se pregunta. ¿Se es judío por la extirpación de un pedazo de pellejo o por la adhesión del ser humano a la Ley de la que procede toda Justicia? ¿Si se arrancara el Diablo ese trozo de pellejo sería judío? ¿No la obediencia y el amor a la Justicia Divina sino un

prepucio abandonado a los perros tras su extirpación es lo que diferencia al hombre de Dios de los demonios malditos que sembraron el terror en la Tierra y lo cultivan con tanto esmero desde la Caída a nuestros días?

San Pablo da un paso adelante en este capítulo, desgaja raza y hombre de Dios y sujeta al judío lo mismo que al cristiano a la obediencia a la Justicia Eterna, de manera que si el prepucio solo no hace al judío tampoco la fe sola, como se verá, hace al cristiano. Porque si el prepucio era la señal del judío y la fe es la del cristiano, y sin embargo sin las obras de la Ley no había judío, tampoco sin las obras de la fe hay cristiano, punto al que llegaremos caminando sobre las letras de un texto que en su contexto se abre al pensamiento de Cristo, origen y raíz del Evangelio de San Pablo.

Mientras que si el incircunciso guarda los preceptos de la Ley, ¿no será tenido por circuncidado?

La reflexión es importantísima, más que si la hiciera un Orígenes o un San Agustín. Quien la hace y la plasma es un judío de nacimiento que no reniega de sus orígenes hebreos pero sí se sujeta a la ley de la vida: Transformarse o morir, evolucionar o perecer. El judío, ayer como hoy, predica un estado humano final en el que la inteligencia y la mente se plantan y se le niega al Hombre cualquier participación en la Vida Divina, excepto la de vivir cuerpo a tierra como si se estuviera delante de un criminal llamado Dios. La materialización perfecta de ese judaísmo es el islamismo. Los judíos, obligados a vivir entre las naciones tuvieron que adaptarse contra su propia ley de raza, que predica el inmovilismo y el mamutismo social. Los musulmanes, teniendo su propia tierra, pudieron materializar esa sociedad sin futuro de la que fueron sacados por la dinamicidad natural del cristianismo. La pregunta por tanto no es gratuita: si el incircunciso guarda los preceptos de la Ley ¿no será tenido por circuncidado?

Por tanto, el incircunciso natural que cumple la Ley te juzgará a tí, que, a pesar de tener la letra y la circuncisión, traspasas la Ley

Y la respuesta no menos exacta y justa. Respuesta que se encuadra en la palabra de Jesucristo refiriéndose al castigo de las ciudades de su

tiempo y Sodoma y Gomorra. Y en las del propio Moisés cuando dijo que al principio Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Si lo creó la potencia de ser se había hecho acto, de manera que aunque cayera, como cayó, la impronta de aquella Imagen permanecería viva y se convertiría en la fuente de donde procede la razón natural desde la que el gentil, sin conocer a Moisés, era para sí mismo Decálogo, pues el decálogo devino Ley de Naturaleza. E igualmente, lo que se aplica al judío se aplica al cristiano.

San Pablo, sirviéndose de los sucesos hace lección y mediante el ejemplo predica sabiduría. Si eso le pasó al judío por convertir el prepucio en signo de salvación y no la Ley, ¿qué le ha de pasar a quien convierte la Fe en signo de salvación y le niega su obediencia a la Ley de la libertad de Cristo? Si el fruto de la Ley es una Sociedad justa y buena a causa de las obras de los creyentes, el de la Fe es esa misma meta y fin. El prepucio y las obras de la Ley es lo que hace al judío; la Fe y las obras de la Ley es lo que hace al cristiano. Jesús no vino a abolir la Ley, sino a perfeccionarla engendrando en el hombre el espíritu divino sin el que la Ley no puede ser cumplida. Renunciar a este cumplimiento y tirar la toalla agarrándose "al prepucio solo" es lo que hizo el judío al determinar su relación con su Dios mediante la ley del prepucio, ofreciéndole a Dios por única adoración un trozo de pellejo que se tira a los perros. Es lo que hizo Lutero con la Fe al determinar al cristiano no por los frutos de Cristo en el Hombre sino por "el prepucio de la fe sola".

Porque no es judío el que lo es en lo exterior, ni es circuncisión la circuncisión exterior de la carne

La doctrina divina de los apóstoles, representados en este momento por San Pablo, no admitía dudas ni admite desviaciones en razón de los tiempos. El Hombre que Dios creó a su imagen y semejanza es una realidad interior. ¿O acaso puede la materia engendrar a Dios? Pero si todo lo que diferencia al Hombre de las bestias es un trozo de piel arrancado de su cuerpo ¿por qué respondió Dios a su Caída acorde a la reacción que se merece un semejante? (Va por los judíos de origen cristiano a fin de que no miren atrás y conviertan la fe en prepucio). La Ley es la misma para cristianos y judíos: No matarás, no adulterarás...etcétera... Y por esa misma Ley tan antijudío es quien pisa la Ley y se agarra al prepucio para revocar el Juicio de Dios contra los transgresores a su Justicia, como anticristiano es quien convierte la fe en fuego contra la sentencia del Tribunal Divino

sobre quien hace lo que la Ley ordena no hacer, ¡cometer pecado! Desde esta Doctrina Evangélica mal consejero fue el Lutero que le predicara a sus fieles -si eran de Lutero no eran de Cristo- pecar a destajo: "*peca, peca, pace, porque todos los pecados los lava la sangre preciosa de Cristo*", es decir, la Fe. Veremos que semejante sabiduría no podía venir de Dios. Dios no puede legislar y al mismo tiempo decretar la inmunidad para todos los transgresores en razón de ser cristianos.

Sino que es judío el que lo es en lo interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la letra. La alabanza de éste no es de los hombres, sino de Dios

En efecto, ¿no proceden del corazón todas las cosas? ¿Quién será más perfecto: el que pone su corazón en las manos de Dios o el que en las manos de Dios pone un trozo de pellejo? ¿Entonces el judío que asesina es menos criminal que el palestino que mata? ¿Y el cristiano que destroza es menos asesino que el ateo que destruye? ¿Cuántas justicias y varas tiene Dios? ¿Una para todos, judíos y cristianos, o una ley según quien se acerque a su Tribunal? ¿Por cuántos dracmas se dejará sobornar Dios? ¿Cuánto quiere por hacerle la vista gorda al que -en palabras de Lutero- viola a su propia Madre? Le entregaron los judíos de los días de San Pablo a Nerón los cristianos como chivo expiatorio ¿y son santos? Los alemanes hicieron lo mismo con ellos ¿y son demonios? Que "el prepucio solo" es desprecio de la Ley, y "la fe sola" desprecio de Dios se está viendo y se verá en los capítulos que siguen.

Los Judíos reos ante el tribunal de Dios

¿En qué, pues, aventaja el judío o de qué aprovecha la circuncisión?

Traslademos a nuestro mundo la cuestión: ¿En qué aventaja al cristiano el bautismo? Porque sabemos que el bautismo se reparte sin acepción de personas mirando a la tradición y no a la fe. Igualmente el judío circuncida a sus semejantes en razón del rito hecho cuestión nacional. ¿De qué vale la tradición y en qué mejorará al hombre un rito que no está fundado en la fe de aquéllos que lo cumplen? Al devenir en tradición el rito

hizo de la Ley papel mojado sin más propiedad que ser título nacional de referencia. Mismamente lo que pasa con la fe, en razón de lo cual San Pedro declarara -antes de que la tradición naciera- que la fe se corrompe. Y no es que la fe se corrompa sino que al unírsele el rito la fe deviene en tradición y la tradición hace con el Evangelio lo que hizo la tradición con la Ley de Moisés: convertirlo en papel mojado por el agua del bautismo administrado a quienes sin fe se adhieren al bautismo por la tradición. La tradición, pues, se alza como muralla entre el hombre y el Evangelio, no aventajando en nada a sus vecinos quienes no por la fe sino por la tradición ponen la gloria de Dios en sus manos. Y sin embargo en algo tiene que aprovecharle la fe a quienes han sido bautizados.

Mucho en todos los aspectos, porque primeramente les ha sido confiada la palabra de Dios

Ciertamente los Primeros Cristianos fueron todos hebreos de nacimiento, de esta manera aventajando el judío a todos los paganos de su tiempo. Ventaja que permanece y nos descubre donde esos hijos de Dios "tan ansiosamente esperados por la creación entera" habrían de abrir su Era. Pues aunque corruptible por la Tradición, la Fe es indestructible por su Naturaleza.

¡Pues qué! Si algunos han sido incrédulos, ¿acaso va a anular su infidelidad la fidelidad de Dios?

Por supuesto que no, pues la Palabra de Dios es eterna, expresión de su Gloria, manifestación de su Poder. ¿O acaso no le fue infiel Adán y todo su mundo y obviando esa infidelidad se mantuvo Dios en su Fidelidad: "*Hagamos al Hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza*"? ¿No volvieron a serle infiel a su Gloria y Poder los hijos de Abraham según la carne y con todo Dios se mantuvo firme en su Promesa: "*En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la Tierra*"? ¿Por nuestros pecados va a renegar Él de su Espíritu y desterrar su propiedad el ser Santo a fin de justificar nuestros delitos y mediante la condena de su Ser absolvernos en el Día del Juicio? ¿Cómo pues hubieran podido los pecados de las iglesias y sus pastores anular la Fidelidad Divina a su promesa de suscitarle Descendencia a su Hijo? ¿Pues quién es el que recibe Esposa sin esperanza de traer al mundo Descendencia? ¿No recibió en

matrimonio Cristo a la Iglesia? ¿Quién unió no fue Dios? ¿Y habiendo unido Dios cómo podría eliminarse del futuro de ese Matrimonio el nacimiento de una Descendencia? ¿O puede mentir Dios?

No ciertamente. Quede asentado que Dios es veraz, y todo hombre falaz, según está escrito: "Para que seas reconocido justo en tus palabras y triunfes cuando fueres juzgado"

La veracidad Divina demostró su naturaleza infinita cuando asentó su Fidelidad contra la montaña de delitos y crímenes a la debida fidelidad del judío a su Salvador, aquel Yavé Dios que los salvara de la esclavitud y le regalara una Patria entre las demás naciones de la Tierra. ¿Toda la Historia Sagrada qué es sino el recuento de la creación de esa montaña de infidelidades contra una Promesa que miraba a todo el Género Humano, contra quien se alzaba el judío con sus crímenes despreciando nuestra condición de hermanos en el mismo Creador? Hubiera sido injusto que por el pecado de los hijos del pecador hubiésemos sido entregados todos al infierno al que nos enviaban los judíos mediante el fruto de sus infidelidades constantes contra su Dios. La Ignorancia mediaba, según está escrito: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Pero esos pecados por los que haciéndose aborrecibles a su Dios ganaban para nosotros la condenación en cuyo abismo nos arrojó su padre carnal, Adán, esos pecados existían. Injusticia contra el resto del género humano era la que cometía el judío al amontonar pecado sobre pecado convirtiendo a su Dios, en razón de esos pecados, en un dios despreciable a los ojos de todas las demás naciones.

Pero si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿No es Dios injusto en desfogar su ira? (hablando a la humano)

Dios sería injusto si incitase al pecado y fundase su Poder y Gloria en los delitos de sus criaturas. Creados a su imagen y semejanza, con voluntad personal, libre albedrío y juicio propio, todas las criaturas estamos sujetas a la ley de la libertad. Judíos y cristianos, ángeles y demonios, todos tenemos la facultad de elegir entre el Cielo y el Infierno, entre la justicia y la corrupción, entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira. Esta es la ley de la libertad del Evangelio. Dios sería mendaz y su justicia una burla si realizada la elección dejase crecer aquello que odia y

es causa de odio entre todas sus criaturas. ¿O acaso la ley se hace injusticia cuando alza su brazo contra el delincuente?

De ninguna manera. Si así fuese, ¿cómo podría Dios juzgar al mundo?

Ni Dios ni ningún juez. La verdadera gloria de la justicia no está en la abundancia del delito sino en su ausencia. ¿Qué juez busca la reproducción en serie del delito mirando a glorificar su justicia persiguiendo y castigando al delincuente? Ahora bien, si Dios ha engendrado la Fe para anular su juicio a la manera que el prepucio fue convertido en abolición de su tribunal de justicia... en este caso sí tendría razón el grito de "la fe sola"... "*y pequemos que la preciosa sangre de Cristo lava todos nuestros delitos*". ¿No es esto lo que el Diablo hizo en el Edén, pecar en razón de ser un hijo de Dios? ¿Fue Dios un mal padre por tanto al castigar a un hijo suyo mediante la aplicación a su delito de una ley escrita para ser obedecida por toda su creación? ¿Cómo podría ser juez quien absuelve a su hijo y condena a muerte a un extraño por el mismo delito del que absolviera a su hijo? ¿Bautizados, por el prepucio o por el agua, quedamos inmunizados contra el juicio debido a nuestros delitos?

Pero si la veracidad de Dios resalta más por mi mendacidad, para gloria suya, ¿por qué voy a ser juzgado yo pecador?

Si Dios buscara su Gloria a través de una creación convertida en un teatro de justicia, efectivamente. Mas quien antes de abrir camino da a conocer la Ley lo limpia de trampas. La trampa de la ley está en la ignorancia. Ignorante el mundo de esa ley no podíamos ser juzgados por ella. Al no hacerlo y justificar nuestra conducta delictiva en el prepucio de la Fe, hablando a lo humano, Dios demostró que su gloria no reside en su Poder, sino en su Espíritu, que ama la justicia y defiende la verdad, madre de la paz, madre de todo bien.

¿Y por qué no decir lo que algunos calumniosamente nos atribuyen: Hagamos el mal para que venga el bien? La condenación de ésos es justa

Y la perversión de todos los valores básicos del espíritu social de la creación, también. Quien hace el mal con conocimiento de causa, sea judío o cristiano, esté sujeto a la Ley o al Evangelio, se hace reo de juicio ante el Tribunal de quien llamó a judíos y cristianos a ser santos a su imagen y a su semejanza. Ser cristiano para cometer sin miedo el mal contra el que el Juez de la Creación levanta su Trono de Justicia y ante el que tiemblan quienes conocen su Juicio es imitar a ésos que tiemblan ante el Espíritu Santo que anima al Tribunal de Dios. Sacerdote o pastor, Papa o teólogo, todo hombre sujeto al prepucio, de la carne o del espíritu, responde ante Dios en razón de la Ley a la que se acogió, sea la de Moisés o la de Cristo. La condenación de quienes usan el signo de la Fe para cometer diez veces más delitos que aquéllos que sin la Ley y el Evangelio viven como bestias era justa ayer y sigue siendo justa hoy, y por la eternidad.

¿Qué, pues, diremos? ¿Los aventajamos? No en todo. Pues ya hemos probado que judíos y gentiles nos hallamos todos bajo el pecado

Judíos, gentiles y cristianos, todos, en efecto, nos hallamos bajo el imperio del pecado. Vivimos en un mundo creado por el pecado y en plena batalla de liberación hacemos nuestro camino hasta la victoria final contra su ley. Caminamos en el día a día contra el pecado, que nos acecha y nos tienta, venciendo siempre pero nunca acabando de bajar la guardia como quien por fin vive en el Reino de Dios. La diferencia entre unos y otros, siendo todos hermanos, es que unos renunciaron a la lucha y creen que incluso pecando hacen su camino, "porque la sangre preciosa de Cristo los lava", convirtiendo así el cristianismo en una lavadora de conciencias y las iglesias en el secadero donde la ropa "que estaba roja como la grana sale blanca como la lana". El que vence permanece en pie, armado hasta los dientes con las armas de la Fe; el que renuncia y se queda con la "fe sola" se arrastra de pecado en pecado imputándole a Cristo sus crímenes y delitos.

según está escrito: "No hay justo, ni siquiera uno

Si lo hubiera habido, en efecto, ¿qué necesidad hubiera habido de elegir a su Unigénito como Cordero de expiación a favor de nuestra ignorancia? ¿En qué y por qué fue declarado justo Abraham a los ojos de su Dios sino porque alzó su brazo alegando su sabiduría en defensa de

nuestra ignorancia como origen y causa de nuestras injusticias y delitos? ¿Qué judío estaba por justificarnos a las demás naciones en el pecado de su padre carnal, Adán? ¿Para alejar esa cruz de sus espaldas no prefirieron la locura de creer que todos los hombres, blancos y negros, asiáticos y europeos, americanos y australianos, procedemos de la unión de Adán y Eva? ¿Puede venir justicia de la locura?

no hay uno sabio, no hay quien busque a Dios

¿Puede haber sabiduría fuera de Dios? ¿Puede la sabiduría humana vestida de sacralidad hermenéutica y ornamentos de santas teologías suplir la Sabiduría que emana de Dios y con ella eleva a sus hijos de la ignorancia a la ciencia del conocimiento de todas las cosas? ¿No se deja encontrar Dios por quien le busca? ¿No aleja de ir a su encuentro quien cierra la puerta con la llave de los dogmas y la infalibilidad que procede del miedo a dar a luz a la edad avanzada de Sara e Isabel?

Todos se han extraviado, todos están corrompidos...

¿Y cuál es el término de la corrupción? ¿No hizo Dios ejemplo de la desgracia del pueblo judío para enseñarnos con su ruina el término al que conduce la corrupción a toda sociedad y mundo que se entrega a su ley, que es la del pecado? ¿Y cuál es la ley del pecado sino: pecar y pecar y pecar ...” que la sangre preciosa de Cristo los lava todos, amén”, traducido al camino cristiano. “Paga y lava tu delito con el brillo de tu oro” ¿no era la ley del judío objeto de esta sentencia?

no hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno"

El futuro del mundo abandonado en las manos del judío condujo a su nación a la destrucción. Creer que por ser cristiano la sujeción a la misma ley, travestida de fe sola donde antes se puso oro puro, le cierra la boca a Dios y le arranca de los labios la sentencia que dictara contra los hijos de Abraham es hacer ejercicio de locura. La corrupción, irremediablemente, engendra el mal y aparta del bien, por imitación, a todos los que ven cómo

el malo prospera y el bueno se extingue despacio pero sin pausa. La Condenación de los que renuncian a la victoria sobre el pecado es justa.

Sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas urden engaños; veneno de áspides hay bajo sus labios

¿Podría decirse con mejores palabras? ¿En la forma no se deja ver el contenido y por el contenido la profundidad y vastedad del compromiso de Dios contra la Corrupción y la Mentira que le sirve de propaganda?

su boca rebosa maldición y amargura, veloces son sus pies para derramar sangre, calamidad y miseria abundan en sus caminos, y la senda de la paz no la conocieron; no hay temor de Dios ante sus ojos".

Esto hablando sobre el mundo llamado a desaparecer en la tumba de Aquél que salió por su pie del imperio de la Muerte.

Ahora bien, sabemos que cuanto dice la Ley lo dice a los que viven bajo la Ley, para tapar toda boca y que todo el mundo se confiese reo ante Dios.

Efectivamente. La Ley de Moisés sólo podía tener jurisdicción sobre los hijos carnales de Abraham, y es a ellos a quienes encerró en el pecado buscando el arrepentimiento que procede del Conocimiento del delito cometido por Adán, padre carnal de Abraham, ancestro de Israel, padre de los judíos.

De aquí que por las obras de la Ley nadie será reconocido justo ante El, pues de la Ley sólo nos viene el conocimiento del pecado.

Verdad que se basa en los Hechos, donde vemos cómo el Conocimiento solo no fue suficiente para evitar que el pecado se consumase y engendrase la muerte. Siendo verdad y nunca mentira que por la Ley de Moisés los judíos tenían un Conocimiento pleno del Pecado y su Naturaleza, no es mentira y sí una verdad eterna que la Historia Antigua de los Judíos es una repetición, o si se quiere, la continuidad de una Caída de la que jamás la Casa de Adán se levantó por completo. Debiendo nosotros

concluir de lo que vemos porque lo leemos que el Conocimiento solo del Pecado no procede a la justicia que engendra la santidad, sino a la corrupción generadora de la destrucción.

El fin de este análisis biohistórico de la Carta a los Romanos es, recordemos, demostrar que la Fe sola está sujeta a la misma Ley de reacción. Pues si por la Ley de Moisés nos vino a todos el Conocimiento del Pecado -una vez abierta la Puerta a todas las familias de la Tierra- por la Fe de Cristo nos es descubierto el Conocimiento de Dios. Pero, como en la relación Ley-Judaísmo el Conocimiento solo fue incapaz de alejar al judío del pecado, el Conocimiento que viene de la Fe sola es inoperante para alejar al cristiano de la muerte.

Dios ha otorgado a la humanidad la salvación por Cristo

Hemos alcanzado el punto en el que hemos centrado el tema en la identificación de la Ley objeto de este análisis. El Apóstol está hablando de la Ley de Moisés, jamás de la Ley del Evangelio. Ley de Moisés por la que la Justificación de la Humanidad era imposible, primero porque la excluía y extendía su salvación al pueblo carnal de Abraham exclusivamente y únicamente en condiciones de esclavitud al converso. Y segundo porque, como hemos visto, el Conocimiento solo del Pecado no aleja al hombre de cometer aquellos mismos delitos que gracias a la Ley nos son presentados en su naturaleza destructora universal por oposición frontal con la Naturaleza del Espíritu de Dios. Que la Ley diga: No robarás, no implica que el hombre no robe, la ley es sólo el anuncio de las consecuencias de un acto respecto al cual se nos descubre su naturaleza delictiva. Sea humana o divina toda ley es inoperante de por sí sola para inmunizar al individuo y a la sociedad contra el acto respecto al cual se alza dando a conocer sus efectos. De aquí que por la ley nos venga el conocimiento del delito, pero no el del delincuente, por así decirlo.

Pero ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la Ley y los Profetas;

La Ley, en verdad, determinó un juicio de condenación universal como respuesta a la Transgresión del Mandato Original. “Polvo eres y al polvo volverás”, e impuso su Ley en el mundo de los hombres desde la

Caída hasta el Final dictado: la Destrucción de la Humanidad, su desaparición de la faz del Cosmos. Pero Dios, no pudiendo olvidar la Ignorancia del Transgresor, ni pudiendo absolver al delincuente en base a su Parentesco, determinó que en razón de la imperfección en el estado de conocimiento del ser humano, más allá de la Ley, sin abrogarla pero sin eternizarla, la Humanidad encontrase en la Ignorancia del Transgresor la Puerta hacia su salvación. Moisés y sus sucesores en el espíritu de profecía, línea que concluiría en Jesús, el Último Profeta, viendo la naturaleza del Delito y la ignorancia del Transgresor penetraron en el Santuario de la Justicia Divina y desde sus principios Incorruptibles e Indestructibles saludaron la Salvación que extendería su Nueva Ley sobre todas las familias de la Tierra en Nombre de la Sabiduría de Jesucristo, Aquel que con su Todopoderosa Voz hizo brillar la Luz en medio de las Tinieblas, la misma Puerta de la Salvación hecha carne...

la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, sin distinción;

Fe en Jesucristo en la que observamos el núcleo del problema en el origen de la Caída.

En la Tercera Parte de la Historia Divina dije que el tema básico en la raíz del enfrentamiento entre el Paraíso y el Infierno centraba su fuerza en la naturaleza del Hijo Unigénito de Dios. Las fuerzas del Infierno, Satán su Campeón, negaron que ese Hijo fuera engendrado y no creado. La arbitrariedad Divina fue la que encumbró a ese Hijo al trono de su Padre, pero no su Igualdad en la Naturaleza Eterna, según el criterio maligno del Príncipe de las Tinieblas. En consecuencia siendo el Rey de reyes una criatura como otra, aunque procedente de una creación particular, su Corona podía ser traspasada previa conquista de su Reino. Obvio lo demoníaco de este argumento, siendo la negación a creer en la Naturaleza Divina de su Unigénito quiso Dios que la superación de esa negación imposible de acepar por El fuera la Llave que le abre a todos los que creen, sin distinción, la Puerta del Paraíso. Hecho que determinó haciendo que su propio Hijo fuese esa Puerta.

pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios;

Entendamos que habiendo sido atrapado el Género Humano en medio del fuego cruzado entre dos ejércitos que llevaban acorneándose desde antes de la Creación de nuestro Mundo, una vez que por el Pecado de un solo hombre todos los hombres, sin distinción, fueron privados de la gloria de la libertad de los hijos de Dios, privados de la Sabiduría todos, como se ve por los Hechos de la Historia Universal, todos iniciaron un descenso hacia los abismos del Pecado, en todas sus formas, formas que se regeneraban durante los siglos haciéndose por su regeneración el Pecado más maligno.

siendo justificados donosamente por su gracia mediante la Redención que se realizó en Cristo Jesús,

Y si privados, el Género Humano entero fue entregado a la Cruz de su Destino, y abandonado de su Creador en las manos de quien buscaba nuestra mal a fin de por nuestra destrucción ganar la salvación suya. Recordemos que siendo la palabra de Dios y su Verbo una sola y misma cosa la salvación de la Serpiente y su Cuerpo Maligno estaba en matar al Hijo de la promesa, Aquel que había de nacer para aplastarle la Cabeza al Traidor a Dios, cuando haciéndose pasar por su Enviado le ofreció a Eva la Guerra como medio de llevar el Reino de Dios a la Plenitud de las naciones de la Tierra. Profetizado el Duelo entre el Hijo de Eva y el Príncipe del Infierno éste esperaba destruir la Naturaleza Divina del Verbo, de la que la palabra de Dios recibe su carácter de Ley, sobre la Cruz del Elegido para enfrentarse al maligno en el Día de Yavé. Porque si Cristo no le aplastaba la Cabeza a la Serpiente la Omnipotencia y el Todopoder de Dios para cumplir su palabra le obligaría a abolir la relación entre su Palabra y la Ley, por medio de esta renuncia obteniendo para sí el Maligno la abolición de la Condena de Destierro Eterno de la Creación que le ganó al Eje del Mal su Traición al Plan de Formación del Género Humano a la Imagen y Semejanza de del Hijo de Dios.

a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, por la tolerancia de los pecados pasados,

La naturaleza del Dilema en el que fue atrapado Dios durante el Día de la Caída creo haberlo expuesto en la Historia Divina. Resumir diciendo

que Dios levantó la estructura de la inteligencia humana sobre los cimientos de la fe. La Palabra de Dios es Ley y el Hombre cree en su naturaleza sin necesitar someter su Verdad a la experiencia. Dios dice y así se hace. Siendo el Amor a la Verdad sobre todas las cosas la fuente de la que emana esta Declaración: “Yo soy la verdad”, la criatura y la Creación en general se abandonan en las manos de su Creador conscientes de ser la Bondad y sólo la Sabiduría la causa primaria en el origen de todas las Acciones Creadoras. Formado en estas premisas eternas la Astucia del Maligno estuvo en levantar entre el Hombre y la fe el Muro de la Duda.

en la paciencia de Dios para manifestar su justicia en el tiempo presente y para probar que es justo y que justifica a todo el que cree en Jesús.

Muro que echó abajo Aquel contra la fe en cuya Naturaleza Divina fueron dirigidas todas las armas del Infierno desde los Principios de la Creación, según conté en la Historia Divina. Muro que, como el propio Pecado, se regenera a través de los siglos para dirigir el curso de las naciones al cementerio de su autodestrucción. La Duda de los últimos tiempos sobre la Bondad de la Sabiduría Creadora no es más que la mutación maligna de aquella cepa vírica homicida en el fondo del desastre que, iniciando su andadura, enterró bajo las aguas de un Diluvio el mundo que acogió entre sus fronteras el Dilema de Dios.

Toda gloria humana queda excluida

¿Dónde está, pues, tu jactancia? Ha quedado excluida. ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.

¿Y cómo podría ser de otra forma estando todos en que la Ignorancia -a imagen de aquella Madre que ignoraba la Cruz que traía consigo el Hijo de su Virginidad- es la Madre del Cordero? Y aún en la Ley no había expiación, o sea, perdón de los delitos cometidos, sin reconocimiento previo de haber sido la causa la ignorancia. Dice la Ley: “Si pecare alguno por ignorancia, haciendo algo contra cualquiera de los mandatos prohibitivos de Yavé...” Y de nuevo: “Si alguno por ignorancia prevaricase, pecando contra las cosas santas que son de Yavé”.

Estableciendo Dios de esta manera el Perdón en la Ignorancia sobre la naturaleza del delito cometido. Razón del todo natural si se tiene en cuenta que quien comete un delito con pleno conocimiento de causa sobre la naturaleza y las consecuencias del delito acometido sólo pervirtiendo la esencia y la impronta de la Justicia puede reclamar para sí gracia. Esto del lado humano. Del lado divino, la fe en el Dios que sentenció a Adán por su delito, cometido en la Ignorancia, sin la cual no hubiera podido darse Redención, esa fe estableció de ley, antes de la Ley, que Dios acogería en su infinita Justicia el grito de esa ignorancia y en su misericordia extendería su Gracia sobre todas las naciones de la Tierra. En esta Esperanza vivieron Abraham y sus padres y luchando por ella despreciaron coronas y glorias humanas. El grito desgarrador de su padre Adán pidiendo de rodillas justicia para su Pueblo, el Género Humano, aún retumbaba en sus almas, y haciendo del sonido hoja se materializó en Abraham en espada afilada dispuesta a sacrificar a su propio hijo para mantener viva esa Esperanza. ¡Gloria pues a Abraham por la eternidad entre los pueblos del Género Humano! Su nombre será una bendición entre los hijos de los hombres por la eternidad, y el pueblo nacido de su muslo, Oh Israel, nuestra alegría, porque si su padre carnal en el tiempo, Ay Adán, nos hundió a todos en la tragedia, el Hijo de su dolor nos elevó a todos hasta los pináculos de la gloria más excelsa, en donde con la fuerza de los dioses le respondemos a aquella Serpiente homicida lo que el Hijo de Dios pusiera de sus labios en nuestra boca: “Vete al Infierno, Satanás, tu gloria es polvo y tu esperanza, ruina. La Maza está presta y el Brazo es Todopoderoso para separar la cabeza del tronco, y allá el cuello a los perros”.

pues sostenemos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley

¿Y cómo podría ser de otra forma? ¿O qué tipo de obras hubiera podido hacer que el Juez del Universo acogiera el grito de Misericordia por Adán clamado en el día de su desgracia? ¿No fue acaso la fe en la Justicia Divina que Adán y sus hijos, los llamados Patriarcas, cobijaron en sus mentes y protegieron como si se tratase del tesoro más grande del mundo -el grito de Adán reclamando Venganza y Piedad ante el tribunal del Eterno en lágrimas encendidas- la fe que nos ganó para todos la Gracia de Cristo? ¿Qué judío o gentil puede levantar su cabeza de entre los muertos y con voz orgullosa decir: “Yo, con mis caridades y mis migajas de pan enternecí el corazón del Eterno”? Nadie, ni vivo, ni muerto, puede reclamar para sí

arte ni parte en aquella “fe sola” que sin las obras de la Ley existía en sus corazones. Moisés aún no había nacido cuando el Altísimo firmó dos juramentos todopoderosos entre cuyos extremos tiene el Hombre su gloria, su dicha y su Esperanza: “Yo alzo mi mano el Cielo...” contra Satanás y su infierno fue uno; “Por mi nombre juro...” bendiciéndonos a todos nosotros, fue el otro. ¿No fueron pronunciados y escritos antes de nacer Moisés? Así que sin la Ley ya existía la fe en el Hombre.

¿O acaso Dios es sólo Dios de los Judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Sí, también lo es de los gentiles.

Ciertamente Dios creó a todo el Género Humano y lo hizo un sólo hombre, cuya Cabeza fue Adán, a quien constituyó por rey del mundo que había nacido en las tierras del Edén. La Arqueología está ahí, contra los arqueólogos, para dar testimonio de la localización original de la Civilización. Contra los arqueólogos, la Arqueología dobla sus rodillas y se pone al servicio de quien creó la Primera Civilización para venir y hacerse una con el testimonio de las Escrituras, haciendo que se cumpla el dicho: “Sobre el testimonio de dos, y sólo sobre el testimonio de dos será tu juicio”. La Arqueología, liberándose de sus esclavos, vino en socorro de la Biblia para dar testimonio, contra quienes callaba la voz de la Biblia, para afirmar que el Primer Hombre y la Primera Civilización fueron una sola cosa. Hombre y Sociedad unidos en un Todo Universal Perfecto, una Civilización engendrada por Dios entre todos, por todos y para todos los hombres. Ese fue el Edén, tal fue el principio, eso fue lo que perdimos, todos, judíos y gentiles. Si Dios no hubiera sido ya entonces Dios de Todos, su extensión de la Sentencia a Todos por el Pecado de Uno hubiera sido un acto de injusticia infinita explicable sólo desde la lógica de quien no rige su Juicio por la verdad sino por su Poder. Porque la extensión tuvo lugar Dios se manifestó el Dios de Todos antes, durante y después de aquellos días, en virtud de cuya extensión todos los hombres quedamos sujetos a la Justicia de la Fe de Abraham, en la que todos estábamos comprendidos en la Gracia que por la Victoria del Hijo de Eva derramaría su Dios sobre todas las familias de la Tierra.

puesto que no hay más que un sólo Dios, que justifica a la circuncisión por la fe, y al prepucio por la fe.

Y esa Justicia en la Ignorancia del Primer Hombre sobre los fundamentos de la Declaración de Guerra del Maligno contra el Dios de todos los hombres. Ignorancia manifiesta a los ojos de todos recreada en el Episodio del Sacrificio Expiatorio de Cristo, cuando sin saber lo que hacían los hijos carnales de aquél por cuyo delito fue condenado su cuerpo, todos nosotros, esos hijos se hicieron objeto de maldición para la bendición de todos los que fuimos privados de Dios por su padre sin conocimiento de causa por nuestra parte.

¿Anulamos, pues, la Ley con la fe? No ciertamente, antes la confirmamos

¿Y cómo podría ser de otra forma? ¿El Conocimiento del pecado no nos viene por la Ley, tal que si la Ley no dijera no matarás yo no sabría que matar es un delito ante los ojos de Dios? Y lo que es más profundo y eterno: ¿Desde cuándo la Palabra de Dios ha dejado de ser Ley?

La justificación de Abraham

¿Qué diremos, pues, haber obtenido de Abraham, nuestro padre Según la carne?

He aquí una buena pregunta. Después de dedicarnos a buscar dónde pudiera hallarse una conexión entre la famosa proclama luterana: La salvación “por la fe sola sin las obras de la fe”, nos encontramos cara a cara con la puerta que da entrada a la mente del hombre que tiene la culpa de todo. Sin Abraham no hubiera conocido la luz de la Historia el Judaísmo, ni el Cristianismo, ni el Islamismo. Vemos sin embargo que siendo Abraham la piedra de referencia milenaria más universal que existe todos se refieren al hombre sin importarles su cabeza; al parecer la importancia de aquel Abraham de Ur, hijo y heredero de una de las casas principales de la Ur de la tercera Dinastía, esta importancia reside en el espacio que va del ombligo al suelo, se detiene más arriba de las rodillas y se queda colgada del prepucio. La pregunta de San Pablo no es ociosa: ¿A eso y sólo eso se reduce el fruto de la relación entre el Dios Todo-Creador de un Cosmos de indescriptibles dimensiones y belleza y una criatura de barro vivo vagando por las llanuras del Oriente Medio Antiguo? ¿Tal es la

profundidad de referencia más allá de cuyo tope los pulmones del pensamiento de cristianos y judíos revientan y deben salir a flote o perecer? Históricamente hablando lo que sabían los cristianos es poco, pero lo que saben los hijos carnales del hombre era aún menos. Y menos supieran si los pueblos cristianos y sus emprendedores científicos, sin buscar glorificar al Dios de aquél Abraham, no hubiesen desenterrado de su fosa de barro diluviano la Ur de la III dinastía y su mundo. Ni la Historia del Hombre ni el Hombre, sino sólo el Nombre. Un placer comunicarse con tres mil millones de mentes que dicen tener como punto histórico de referencia a un hombre del que nada saben excepto su Nombre. Y no es que no sepan, es que no quieren saber. ¿Por qué entonces preocuparse del fruto para todos conseguido por aquel Hombre? Porque claro, siendo Dios omnisciente y todopoderoso es El quien actúa y determina todos los movimientos de sus criaturas, de manera que privado de libertad el hombre es sólo una marioneta sin voluntad entre los hilos divinos de esas manos omnipotentes ante cuyos dedos sólo cabe tirarse al suelo y morirse de miedo. El día que el teólogo, cristiano o judío, desterró al historiador del círculo de la fe, ese día fue un hito suicida crucial en la historia de ambas religiones.

Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no delante de Dios

Quien hace lo que debe no hace algo excepcional. Nada nuevo. Si yo me limito a las cosas que sugieren la propia estructura de una relación no hago nada extraordinario por lo que merecerme más que el conjunto de mis semejantes que hacen eso mismo todos los días desde que se levantan hasta que vuelven a levantarse al día siguiente. Hacer lo que se debe en razón de la estructura de la relación cualquiera en la que uno se enzarza es lo general, no lo especial. Nadie puede presentarle una queja de reconocimiento al Estado, por ejemplo, por cumplir con sus obligaciones y no ser recompensado para gloria suya delante de todo el mundo por hacer lo que debe. Para que el Dios Todo-Creador del Génesis tuviera glorificado a aquel hombre delante de sus ojos, aquel hombre hubo de haber superado la estructura de comunicación normal típica entre el creyente y el dios de su credo. Debía ser la estructura de una nueva relación única, especial, extraordinaria, libremente adoptada por aquel hombre la base de su gloria a los ojos de su Dios. Es decir, no en el Nombre sino en el Hombre está el Misterio

Pero ¿qué dice la Escritura? "Abraham Creyó en Dios, y le fue computado a justicia"

¿Qué tenía que creer Abraham, que Dios existe o en la Inocencia Divina en el asunto de la Caída? Recordemos que en aquéllos tiempos la Divinidad era la causa de todos los males de la Humanidad, ya que con su todopoderosa existencia era la que había decidido crear el mundo tal cual. Esta actitud era una condena de Dios, al que se le hacía culpable de ser el padre de todos los males del mundo, como también de los buenos. Abraham rompe aquella estructura y justifica a Dios delante de su Creación entera, proclama su Inocencia contra el cuello de su hijo unigénito. Proclamando su Inocencia defiende a Dios en la esperanza de ser Dios el Padre amante de aquéllos hijos contra cuya Voluntad se había entrado en Su Casa y se le había dado muerte a su hijo menor, Adán, y desde entonces rugía como un león a la espera del Día de la caza del asesino, Día de Venganza, Día de satisfacción, "el Día de Yavé". Loco de alegría porque en un hombre había encontrado Dios un Amigo entre los pliegue de cuya Amistad endulzar los dolores del Corazón, el Padre de Adán extendió sus brazos, despegó sus labios y en nombre de la dulzura de esa esperanza de Abraham, su Amigo, juró que por Campeón nos daría a su propio Hijo Unigénito, su Isaac Divino, nuestro Rey, Jesucristo. Hey Man, Aleluya.

Ahora bien, al que trabaja no se le computa el salario como gracia, sino como deuda

Efectivamente. Si hago lo que debo en razón de la naturaleza de mi relación con alguien no puedo pedir más de lo que el contrato precisa. Los hebreos eran acreedores a una vida feliz y larga siempre que sus deberes justificasen sus obras delante de la Ley. Pero eso era todo lo que podían pedirle a Aquel con quien la Ley los relacionó. Si en el bien para lo bueno, si en el mal para lo malo. Porque el mismo contrato que garantizaba el pago de la deuda en el todopoder de la parte divina, por este mismo poder la renuncia a esos deberes hacía de Israel acreedor a su destrucción. Cosa que se vio muchas veces. Y esto sin poder la parte humana encontrar ningún tipo de satisfacción ni haber lugar a reclamaciones y quejas. Dios, por tanto, no cometió ningún delito al romper el Contrato de la Ley por el que los Hebreos y los Judíos recibían vida por los deberes cumplidos y

muerte por los haberes acumulados contra el Contrato suscrito. En todo caso hubieran debido leer bien sus términos el día que lo firmaron y no poner la firma al pie de un Contrato cuyas obligaciones, porque no eran santos, acabaría aplastando a cualquiera que por naturaleza no fuera santo a la Imagen y Semejanza de Aquel que puso la Suya a la cabecera del Contrato entre Dios y los descendientes de Abraham. Moisés, a diferencia de Abraham, el Amigo de Dios, fue Siervo de ese Amigo de Abraham, y como Siervo se limitó a poner el Contrato de la ley ante los Hebreos. El Siervo tenía la obligación de llevarle ese Contrato a su pueblo y como Profeta la de advertirles sobre las consecuencias en caso de incumplimiento. Pero el Siervo hace la voluntad de su Amo y Señor, y hablar cuando se le dijera y callar el resto del tiempo era parte de su trabajo. De todos modos tan hombre era el Siervo como el firmante hebreo para entender que el cumplimiento de aquel Contrato implicaba ser santo, y el "ser" no es algo que se compre y se venda en el mercadillo de las vanidades humanas.

Mas al que no trabaja, sino que cree en el que justifica al impío, la fe le es computada por justicia.

Difíciles palabras de entender cuando corren tantos vientos de opresión y fanatismo. ¿Haremos lo que dicen algunos que hacemos, el mal para que venga el bien? En la dificultad, a pesar del lamento, está la gracia. ¿Qué es la Historia sino el registro de un lamento ininterrumpido que halló consuelo en las entrañas de Cristo? ¿Qué es nuestro mundo sino el campo de batalla donde el Infierno y la Muerte libran su última Guerra contra el Cielo y la Vida? Quien tiene ojos es libre para no ver. El ciego no puede permitirse ese lujo. No se trata de imitar al sabio, es cuestión de arrancarse la venda que ha cegado la inteligencia humana durante tantos milenios y, duela lo que duela la primera luz, aunque parta como un rayo, ver la estructura de la Realidad tal cual. Somos testigos de la Reestructuración Cósmica que se ha llevado a cabo tras la necesaria reconfiguración de la relación entre Dios y su Creación. No podía haber Futuro para nadie si la misma Realidad Universal Divina no se sometía a un proceso de evolución revolucionaria. Aunque el campo de batalla entre las fuerzas opuestas encontró en la Tierra su escenario los actores principales no eran hijos de hombres. Todos, por tanto, fuimos atrapados en la Guerra de otros y todos, sin excepción, hemos sufrido las consecuencias. Lo mismo judíos que indios, africanos que europeos, cristianos y musulmanes, todos los habitantes de la Tierra fuimos expulsados del Templo de la Inteligencia

Divina y entregados a la Ignorancia del que no sabe qué está pasando y por su desconocimiento, sin saber lo que hace, no importa lo que haga, todo lo que hace se sujeta a la ley de la ciencia del bien y del mal tan perfectamente descrita por este Pablo: “Quiero hacer el bien pero es el mal el que se me apega”.

Así es como David proclama bienaventurado al hombre a quien Dios imputa la justicia sin las obras:

La diferencia entre el sabio y el ignorante se despeja y acaba cifrándose en este terreno del conocimiento de la Verdadera Realidad Universal Divina entre cuyas fronteras nuestra Historia se ha movido a contragolpe, verso a verso, movida palo sobre palo por la carretera de los siglos. A la altura del siglo XX de la primera Era de Cristo la Civilización ya estaba quemada. El fuego de sus guerras mundiales fue la proyección al exterior del estado en que se encontraba su alma. ¿Quién mejor que un guerrero nato, sus brazos articulados para destrozar y destruir, para comprender el grito de desesperación de una Humanidad vendida por treinta monedas de plata a la pasión de criaturas nacidas en otros mundos y entregadas *ad infinitum et ad eternum* a imponerle a la Creación su concepción del Universo? El Dios de dioses que había de legitimar semejante revolución infernal y bendecir la transformación de su reino en un Olimpo de Príncipes más allá de la Ley, ese Amigo de Abraham, Señor de Moisés y Padre de este guerrero nacido para ser él mismo rey y llevar sobre sus hombros la carga de la Soberanía, Ese Dios se negó a bendecir semejante locura y encontró entre nuestro Pueblo, el de los Hombres, quienes se sumaron a su Guerra contra el infierno poniendo sus vidas a sus pies, sin condiciones y sin consideraciones de salario. Gloria a ellos, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre.

Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido velados.

Gloria a ellos. Sus faltas y sus defectos,, como un Amigo oculta los de su mejor amigo, un Padre los de su hijo amado, y un Señor las de su fiel siervo, fueron silenciadas por Aquel a cuyo lado se pusieron aunque eran barro y Él es Dios Eterno.

Venturoso el varón a quien no tomó el Señor cuenta de su pecado.

¿No fueron ellos hombres entre hombres? ¿No fueron tanto más difíciles y duras sus vidas cuanto fueron excepcionales sus existencias y debieron hacer sus caminos en la soledad de quienes no tienen igual entre sus semejantes? El Juez del Universo supo valorar sus errores en razón de la naturaleza de las circunstancias y, perdonando por la soledad que a su Silencio les debían, absolver de sus faltas a los pecadores, con tanto más derecho a gracia cuanto por su silencio la soledad que el Infierno aprovechaba para intentar destruirlos los hacía blanco de fuerzas para los demás mortales desconocidas.

Ahora bien, esta bienaventuranza ¿es sólo de los circuncidados o también de los Incircuncisos? Porque decimos que a Abraham le fue contada su fe por justicia.

¿Y cómo le hubiera podido ser computada por justicia su fe en la Inocencia de Dios sino porque en ella se resolvía la Ignorancia por la que el mundo entero se hacía acreedor a la Redención? Ya hemos visto que por la Ignorancia venía la Gracia, gratuita por parte de Dios hacia el pecador, príncipe o pueblo, operada por el sumo sacerdote en persona. La bendición de esta manera devenía universal en beneficio de todo el que justifica a Dios no en el Poder sino en el Amor, no por Terror sino por la Verdad, independientemente del quién, pues Dios nos creó a todos para hacernos partícipes a todos de la vida eterna.

¿Pero cuándo le fue computada? ¿Cuando ya se había circuncidado o antes? No después de la Circuncisión, sino antes.

De otro modo, como hemos visto, hubiera sido computado por salario. Y si por salario no por justicia, y la justicia de la fe en este caso hubiera sido fruto de las obras de la Ley. Es decir, la liberación hubiera venido de la servidumbre, al contrario de lo que debiera ser y fue, el libre libera al siervo. Pues si el libre, sin obligación, hace lo que el siervo por incapacidad no hace, su acción no queda sujeta a salario sino a la bendición de aquel que por la falta de su siervo sufriera la esclavitud de su pueblo.

Y recibió la señal de la circuncisión como sello de la justicia de la fe, que obtuvo aún siendo incircunciso, para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, de forma que también a ellos les fuera atribuida la justicia;

En verdad quiso Dios en su Justicia que la Libertad fuera glorificada sobre la servidumbre y la acción que procede de la Libertad ensalzada sobre la que emana del deber del siervo. Pues habiendo creado al Hombre y a todo Viviente para compartir su Vida en la alegría perfecta que procede de lazos familiares eternos... Su Ser ama la Libertad sobre todas las cosas y prefiere los frutos de la verdad nacida libre a la sabiduría esclava de quien hace las cosas no por amor sino por Ley. Como dijo el rey sabio en su Libro: "Que Dios no ama sino al que mora con la Sabiduría", o sea, con la Libertad de un Abraham que sin tener por qué anteponer a Dios y su Santa Esperanza sobre su unigénito Isaac, glorificando a quien se la diera hizo de su Libertad bandera y de su Amor caballo de batalla, la Obediencia por espada y armadura... Y contra las fuerzas del Infierno aquél que no ponga libremente su vida a disposición del Rey de los ejércitos de la Creación que deje pasar o se quite de en medio.

y padre de los circuncidados, pero no de los que son solamente de la circuncisión, sino de los que siguen también los pasos de la fe de nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado.

Concluyendo, como la Libertad es superior a la servidumbre y el hombre libre al siervo, pues Dios no es siervo de nadie y habiendo sido creados a su imagen y semejanza la Libertad es lo que les conviene a todos sus hijos, así es superior la fe que viene del Conocimiento de Dios que la que procede del Conocimiento de la Ley. Pues por la Ley nos viene el Conocimiento del Pecado pero por la fe: el Conocimiento de Dios

La justificación, prenda de la salvación eterna

Por lo que estamos viendo el sentido de esta Carta tiene que ver con el problema histórico vivo que en aquellos días estaba arrasando la

conciencia de una gran parte de la comunidad cristiana naciente. En el 49 los Apóstoles en pleno levantaron la frontera entre el judaísmo que juzgara a Cristo y lo condenara a muerte y el cristianismo surgido de su tumba y nacido con la Resurrección de Jesús. Grosso modo el tema tenía que ver con la convivencia entre la Fe de Cristo y la Ley de Moisés. Los Apóstoles, de cuya doctrina se hace eco San Pablo en esta Carta, dieron un NO sin concesiones a semejante convivencia. ¿Es lógico que los hermanos del asesinado convivan con los asesinos del hermano que les mataron? El miedo de la fe a caer bajo la maldición de la Ley trajo a flote la posibilidad de esa convivencia en razón del parentesco sanguíneo entre los primeros cristianos y los antiguos judíos. Los Apóstoles se levantaron para decir que No, pues la misma Ley que había asesinado en la carne a Cristo acabaría asesinándole en espíritu. Y ese No afirmado en el Concilio del 49 quedó sellado para siempre. Sello que ha permanecido hasta hoy y seguirá permaneciendo eternamente. Pero el Concilio fue una reunión secreta de particulares y su decisión había de expandirse por toda la comunidad cristiana del imperio. Así que sería poco convincente de nuestra parte creer que adoptada la decisión su voz se expandió a la velocidad de la luz por todo el Mediterráneo, y ... sin vencer la consiguiente oposición sencillamente acabaría con el Judeocristianismo, sin más. Será para vencer esta oposición que San Pablo, con los vientos de la Gran Persecución Imperial Neroniana amenazando tormenta, le escribiría esta Carta a los Romanos reafirmando el No al Judeocristianismo adoptado en el Concilio del 49. Cuando habla de la Ley se refiere a la de Moisés y cuando habla de obras de la Ley, mismamente.

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo

Efectivamente, realizada la Redención de la que procede el perdón de todos los pecados cometidos por nuestro mundo bajo el yugo de la Ignorancia, Dios levantó la bandera de su Paz sobre todas las naciones de la Tierra, llamando a todos los pueblos del Género Humano a vivir a la luz de la Justicia del Reino de su Amor, Amor personificado en su Hijo, quien, teniendo Misericordia de todos nosotros, se ofreció a sí mismo como Mediador entre Dios y nosotros para por el Amor obtenernos la Gracia del Perdón que precede a la Paz y la Gloria de la Libertad de los hijos de Dios que procede de la Fe. En nadie más tiene el Hombre esta Libertad y esa Paz, sino en El, Jesucristo.

por quien en virtud de la fe hemos obtenido también el acceso a esta gracia en que nos mantenemos y nos gloriamos, en la esperanza y la gloria de Dios.

¿Dónde está la gloria de Dios sino en el Amor de sus hijos, y cuál es su Esperanza sino que el Hombre lo llame Padre? ¿Y la esperanza de un padre no es que sus hijos convivan por siempre a su lado en el Amor por el que los engendrara a la vida? Siendo Padre ¿qué otra Esperanza puede tener Dios sino que el Género Humano, su Criatura, regrese a su Casa y la Plenitud de sus naciones vivan en su Reino sempiterno? Que Dios tenga esta Esperanza y por ella nos diera como Mediador a su Hijo, a sabiendas que le pagarían su servicio con la Cruz, ¿no es nuestra gloria, lo mismo para los primeros cristianos que para los últimos? ¿O acaso Dios cambia de corazón y de mente con la facilidad que cambia de piel la Serpiente?

Y no sólo eso, sino que nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación produce la paciencia: la paciencia, una virtud probada, y la virtud probada, la esperanza.

Del terreno de la mirada en Dios pasamos al de la mirada al Hombre, en este caso, la de los primeros cristianos. San Pablo se abre el pecho y pone sobre la mesa la naturaleza de la Esperanza de Salvación Universal por la que estaban luchando y por la que estaban dispuestos a sufrir y sufrían las persecuciones. Dios no ofreció su Cordero por los pecados de un grupo de elegidos. El Sacrificio Expiatorio realizado en Cristo extendió su Gracia sobre todos los pueblos de la Tierra. Y fundada la conducta del hombre en la ignorancia, y localizado su origen en el pecado de un solo hombre, Cristo elevó en su Resurrección al Cielo una Petición de Misericordia que incluía entre sus términos a todos los hombres, tanto a los que habían muerto como a los que habían de nacer. Porque tanto los que murieron en el tiempo antes del Nacimiento como quienes nacieron en el espacio después de la Resurrección pero sin Noticias de Cristo, todos pecaron bajo la misma ley. De manera que por esa ley todos quedaban comprendidos bajo la bandera de una Esperanza de Salvación que, por el tiempo y el espacio, no conocieron. Victoria que, al no depender de ellos, pues estaban unos muertos y otros por nacer, quedaba en las manos de

aquéllos cuyas obras, realizadas en Dios, por las obras de la Fe edificaban el Argumento de la Defensa... con las Obras de la Fe.

Y la esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado.

El amor, pues, de un Dios Maravilloso es el que se derrama en su Creación para vestirla de Vida eterna. Obra que fue destruida y enterrada bajo las aguas de aquel Diluvio Universal por el Eje del Dragón, cuya cabeza, la Serpiente Antigua, se alzó en Rebelión contra el Espíritu Santo. Dios, para que juzgásemos por nosotros mismos contra qué se alzó en guerra la Bestia, cumpliendo su juramento de Venganza por un sitio y de Promesa de Salud eterna, por el otro, nos hizo jueces del Diablo al amar lo que el Infierno odia y odiar lo que la Muerte ama.

Porque cuando todavía éramos débiles, Cristo, a su tiempo, murió por los impíos.

...en la esperanza de hallar en nosotros, una vez justificados y congraciados, el Juicio dictado por Dios contra Su enemigo y el nuestro. Victoria conseguida en primera instancia en sus Apóstoles y Discípulos, quienes por su destierro de la ignorancia y entrada en el reino de la Sabiduría conocieron la naturaleza de ese Espíritu y, mediante las obras nacidas de la fe, manifestadas en la paciencia frente a las tribulaciones, por las que le daban a la Esperanza peso, condenando al Maligno en la Imitación del Ejemplo de su Maestro demostraron en nombre de la Humanidad que la esperanza por la que murió Cristo estaba llena de vida y salud, y, cual hasta un ciego puede verlo, no quedaría defraudada en absoluto.

En verdad apenas habrá quien muera por un justo; sin embargo, pudiera ser que muriera alguno por uno bueno;

Hablando siempre en relación a la Salvación. Porque el Justo lo es porque no está sujeto a Ira y Condena, de manera que por él no cabe

sacrificio. Sobre uno bueno pero que vive en la ignorancia y por esa ignorancia su bondad se pierde no dando más frutos, sí. Es Dios mismo quien hablando sobre los días de Cristo declara estar todos corrompidos, ser todos unos impíos, como vimos antes. Mas contra los delitos de nuestros padres no lanzó su Condena sino su Gracia, demostrando El en el Sacrificio Expiatorio de los pecados del Mundo que la Ignorancia era la madre de esos delitos. Y si el sacrificio no fue hecho por Juan ni Juanito sino por todos los pecados del mundo la Expiación descubre ser obra de la Ley, de manera que sin las obras no hubiera podido haber Redención. Y el propio Abraham, como hemos visto, fue justificado por las obras y sin esas obras su fe no se hubiera hecho perfecta ni sin esas obras hubiera ganado para todas las familias del mundo la Bendición Universal que nos ganaron sus obras. Y el propio Cristo fue todo Obras, hasta el punto de declarar: "Si no creéis en mi palabra creed al menos por las obras". De donde se ve que la fe que procede de las obras genera fe en quienes no la tienen. Porque si le fe sola, en tanto que conocimiento, basta para la salvación, el sacrificio de los primeros cristianos y las tribulaciones padecidas por los Discípulos fueron actos innecesarios y, de serlo, declararían a Dios culpable de delito al ser omnipotente y no haber actuado en defensa de sus hijos para salvarlos a todos de la muerte. Había Necesidad de la Muerte de Cristo, mas una vez realizado el Sacrificio por la redención de todos los pecados del mundo, no había necesidad de ninguna muerte más...a no ser...que la Victoria de la fe le abriera el campo a la Esperanza de Salvación Universal mirando a la cual la Cruz devino Necesidad.

pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros.

De donde se ve que el fin de la Obra del Diablo era engendrar en Dios un odio hacia el ser humano, en razón de sus delitos, a tenor de cuya violencia Dios se olvidase de su Justicia y abandonase al Hombre a su suerte. Cuatro milenios tuvo el Maligno y su gente para cultivar el odio de Dios hacia el Hombre. La conducta del género humano durante esos 4 Milenios está recogida en los anales de las historias de los pueblos del mundo. Es cierto que el fruto de esas obras era generar el odio y en otras circunstancias ese odio se hubiera hecho un árbol de ira interminable contra el hombre y su mundo. Sin embargo el Corazón de Dios se mantuvo inaccesible al odio. Las causas las conocemos. Pero aquélla de entre esas causas que derretiría el corazón de sus hijos sería la Esperanza de Salvación Universal que en el centro de su Corazón había hallado

Santuario Perpetuo. Por ella su Hijo dobló sus rodillas y adoró a Dios, y sus hermanos en el Espíritu Santo se enfrentaron a la muerte adorando al ese Dios Maravilloso que su Hijo les había descubierto en el Padre.

con mayor razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por Él salvos de la ira;

Desterrados de la Ignorancia y devenidos ciudadanos del Reino de la Sabiduría en virtud del Sacrificio Consumado, la Ira Divina contra los delitos cometidos con pleno conocimiento de causa, y por ese mismo conocimiento no cometidos, hace Justo a todos los que desterrados, certifican ese destierro mediante la conducta de quien es Ciudadano del Reino de Dios. El Conocimiento, por consiguiente, no define sino la calidad del delito. Porque habiendo conocimiento ya no hay ignorancia, de manera que quien conoce no puede sujetarse a ley expiatoria de ningún tipo. Las obras son lo que definen la naturaleza de Cristo y del Diablo, pues por las obras conocimos a Cristo y por las obras descubrimos al Diablo. Ahora bien, quien cree pero no obra sino que se limita a creer, supera a ambos en que vive la existencia de quien muriendo no puede hacer ni bien ni mal y por tanto no puede ser juzgado por sus obras. ¡Un listo!

porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida.

O sea, en la vida de Cristo. Ahora, si Cristo no hizo nada y se limitó a conocer a Dios y creer que le bastaba este conocimiento para ser declarado Justo... en este caso los Apóstoles fueron todos unos asesinos, porque, satisfecha la Necesidad, la fe sola sin las obras de Cristo les hubiera bastado para crecer y expandirse sin provocar, por causa de las obras de Cristo hechas en ellos, aquel terrible conflicto en el origen de las Grandes Persecuciones. Me explico, únicamente un demonio vería algún sentido en el argumento de la FE SIN LAS OBRAS de Cristo.

Y no sólo reconciliados, sino que nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por quien recibimos ahora la reconciliación.

La Verdad resalta sola y no necesita de las obras ni de la fe de nadie para ser gloriosa, eterna y perfecta. Imposible de ser alcanzada en su Plenitud con las fuerzas solas del hombre, tal cual se demuestra en la lógica original de la Filosofía, quiso Dios en su Maravillosa Paternidad que se hiciese Carne en su Plenitud para en la Persona de su Hijo no sólo viéramos la espalda sino también el rostro y la tocásemos con nuestros sentidos, para con el poder de los sentidos admirar su belleza, su fortaleza, su salud y su gracia. Inútil criticar el Amor del Hijo por su Padre, y del Padre por el Hijo. Nosotros mismos, a quienes nos ha sido descubierta la Maravillosa Esencia del Espíritu de Dios, somos los que repetimos con el autor de estas palabras eternas: Nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo. Pero si alguno no es aún capaz de entender esta gloria ...

La obra de Adán y la de Jesucristo

Posiblemente este sea uno de los capítulos más crípticos de toda la Carta. Sus declaraciones son de una profundidad tan intensa y sus conclusiones de una vastedad tan enorme. Por regla general se tiende a pasarlo por alto. No se procede a una inmersión y despliegue. Su profundidad y vastedad son de una riqueza tan brillante que su resplandor previene y genera el respeto a semejantes aguas. Los judíos no han querido jamás posar sus ojos y abrir sus oídos a este capítulo de la Carta por razones evidentes. Es su padre original, Adán, quien es declarado culpable de la situación del mundo durante los últimos seis milenios. Ellos que se vanaglorian de tener por padre a Abraham se blindan a sí mismos frente al hecho de tener por padre original, y padre de ese mismo Abraham, al hombre cuyo delito arrastró a la Humanidad al infierno. Su blindaje es un escudo propio de locos. Dicen que cuando Adán es declarado el Primer Hombre esto se interpreta diciendo que aquel hombre es el padre carnal lo mismo del hombre de piel negra que el de piel blanca, lo mismo es padre del hombre de piel roja que del piel amarilla, y, no faltaba más, del hombre de piel oliva. Sobra cualquier tipo de discusión con el loco que contra ciencia, sabiduría y razón alza su guerra santa particular a favor de semejante declaración solemne de locura. Es cierto, digámoslo todo, que dos milenios atrás el conocimiento de la civilización no había dado el salto revolucionario que nos aleja de su sistema de visión de la realidad. Juzgar a aquellas generaciones desde este lado del abismo es un ejercicio que no nos compete. Sí, en cambio, ver que lo que ayer era una alternativa cuerda,

hoy es discurso de locura. Cualquiera que mantenga el origen carnal de todas las razas humanas en los muslos del hombre declarado culpable de la tragedia de la Humanidad en esta Carta, cualquiera que pretenda seguir emparentando carnalmente a todos los pueblos en las carnes de Adán comete un ejercicio de demencia. Desgraciadamente aún hay entre los judíos quienes siguen manteniendo semejante visión del Pasado de la Humanidad a fin de no aceptar las consecuencias de la Biblia.

Desde el lado cristiano el dilema que suscita este capítulo es gordiano. ¿Porque bajo qué contexto puede ser justificado el juicio de condenación contra una multitud sin número de inocentes a cargo del delito cometido por un único hombre? ¿Acaso perdió Dios el juicio al condenar por la desobediencia de un sólo individuo a la Humanidad entera? ¿Dónde está el demente asesino que por la falta de un individuo jura destruir toda su nación y su mundo? ¿Es de justicia que por el delito de un individuo, no habiendo tenido parte su familia en su delito sea declarada culpable y sentenciada a muerte? Lo que nos parece demencial y propio de una justicia terrorista e infernal nos es ofrecido en esta Carta como un manjar divino, tanto más hermoso cuanto que otorga a quien lo come la vida eterna. Es comprensible, pues, que el cristianismo haya pasado de largo por este capítulo. El temor a ahogarse en sus profundidades y perderse en su vastedad ha sido de siempre más grande que el deseo de descubrir en la Naturaleza Humana la Imagen Divina acorde a cuyo Modelo fue su Ser concebido, tejido y articulado para gloria de su Creador y admiración de la Creación entera.

Así pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado.

Hemos saltado dentro y nos disponemos a llegar al fondo de la cuestión. Adán vivió unos 4.000 y pico años antes de Cristo, en Mesopotamia, según el cómputo bíblico. La Ciencia, sin fe, ha situado el origen de la Civilización en esa franja de tiempo, justo en el mismo espacio donde dice la Biblia una vez existió el Edén. La Ciencia tiene su propio modelo de evolución histórica y afirma que antes de la Caída los humanos ya se comían vivos, celebraban festines con suculentos niños asaditos, empalados a fuego lento, a la parrilla. La Biblia dice que no, que este tipo de cosas era imposible. Afirma que este tipo de cosas comenzó a darse entre los pueblos justo después de la Caída como consecuencia de la Caída.

Y declara que este tipo de cosas fue costumbre entre los pueblos de la Tierra por culpa de un hombre en concreto. Antes de este hombre la Humanidad no conocía la ciencia del bien y del mal. Es decir, no conocía el concepto de propiedad privada, capital, guerra, y no estaba sacudida por enfermedades. Las familias humanas vivían sin trabajar, cultivando la tierra y alimentándose libremente de la abundancia de árboles frutales, cereales y hortalizas. Todo era de todos y el Templo tenía por misión distribuir gratuitamente el fruto de las cosechas acorde a las necesidades de cada familia. De repente, una buena mañana se levantaron todos para desear no haberse despertado jamás. ¿Cuál fue aquel sueño perdido que al despertar se transformó en una pesadilla? Es importante correr este velo o de otro modo jamás entraremos en la mente de aquellos hombres. En otros tiempos este acceso fue imposible y de no estar viviendo en éstos seguiría permaneciendo vedada sus visiones a nuestra mirada. Desde nuestra posición privilegiada y saturados del conocimiento de la ciencia del bien y del mal nosotros podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el origen de todos los males del mundo estaba dentro de aquella Caja de Pandora en forma de fruta colgando de un árbol. Aquél era el Árbol de la Muerte y su fruto era la Guerra. En consecuencia la visión de futuro que aquella primera civilización tuvo se rigió por una ley de vida y sabiduría desde la que soñó extender su mundo en las alas del Conocimiento y la Paz. El Pecado terrible de Adán, su delito, fue acelerar el proceso y usar la Guerra como medio de Civilización. Es decir, querer imponer por la fuerza su Mundo a los pueblos que aún seguían disfrutando del aquel edénico Neolítico fue el paso, involuntario porque no sabía lo que hacía, que una vez dado levantó entre El y su Dios el Muro de la Enemistad. Y muy bien, todo perfecto, ¿pero por qué Dios no se limitó a quitarle el poder a aquel príncipe de aquella Unión Mesopotámica y entregarle la dirección del Proyecto Civilizador de la Humanidad a un conciudadano suyo? Los judíos no quisieron entrar en este tema jamás porque para ellos Adán era el único hombre por aquel entonces. La Arqueología ya ha demostrado que antes de su nacimiento su tierra estaba habitada por ciudades estados. De manera que unificando las dos verdades es donde se halla la perla de la realidad envuelta. Adán, en efecto, fue hijo de una civilización naciente con vocación de futuro universal cuyo movimiento en el espacio se estuvo realizando al ritmo de las alas de la libertad y la ciencia, los dos brazos de la Sabiduría que desde el principio guiara la evolución creadora de la vida en la Tierra desde el barro a la condición humana. Sin este escenario cualquier intento de comprender el origen de la tragedia de la Humanidad cae en esa selva donde el hombre no es más que una bestia comiéndose a sus propios hijos.

Porque antes de la Ley había ya pecado en el mundo, pero el pecado no es imputable si no existe la Ley.

Aquella perversión del medio a emplear para seguir adelante sin Dios el Proyecto de Formación del Género Humano fue el detonante de la pérdida de un sueño, el primero y más hermoso que vivó en sus carnes la Humanidad. El error de Adán se extendió por todas las ciudades de su mundo. Los Caínes se multiplicaron en una reacción en cadena que regó de sangre aquel paraíso creado por la unión de familias y razas venidas de todos los puntos de Europa, Asia y África. Desconocedores de la ciencia del bien y del mal, ignorantes sobre la avalancha de pasiones que la fuerza como medio de expansión lleva consigo, Abel fue el primero de sus semejantes sobre cuyos cadáveres comenzara su andadura la lucha por el Dominio de las Cuatro Regiones. Tal como se dice en esta Carta aquellos hombres no vivían bajo ninguna Ley. Se unieron espontáneamente, libres y pacíficamente comenzaron a crear sus ciudades. El amor a la vida era la ley sagrada inscrita en sus genes, no escrita en códigos, bajo su estrella sus familias se fundían en una familia universal más grande cada día. Todos eran hijos de todos y todos eran padres de todos. Era su mundo. La tierra explotaba de frutos y cereales, hortalizas, agua, la primavera regaba sus campos, el sol maduraba sus frutos y cosechas, el otoño a disfrutar, el invierno a hacer el amor alrededor del fuego de la felicidad. No tenían ejércitos ni concebían el uso de sus instrumentos de trabajo al servicio de la destrucción. Es así que la Biblia dice que estaban desnudos. Tanto que le bastaba a Caín una simple quijada de asno para matar a Abel. Ciertamente y puesto que Dios no había legislado hechos que no cabían en la naturaleza humana, no habiendo Ley, aunque no por no haberla dejase de ser menos delito el fratricidio cainesco, no existiendo Ley no puede ser llevado ante un tribunal quien no está sujeto a legislación. Lo cual quiere decir que la necesidad de la Ley devino inevitable a fin de que el hombre reconociera la naturaleza de sus actos y su conciencia albergara en su código interno el concepto de culpabilidad. Vemos en la respuesta de Caín a Dios que el fratricida no deja traslucir sentido de culpabilidad de ninguna clase. Quería el Poder, su hermano se interponía entre él y su deseo de conquistar el mundo, y lo eliminó en bien de toda la Humanidad. Sencillo, simple. Con la misma naturalidad, quienes hacía un día se dedicaban a dejar en las manos de Dios el ritmo de crecimiento de la Civilización, un día después alzaban sus brazos para reclamar para sí ese Poder sobre los cadáveres de todos los que se negaron a secundar sus delirios.

Un nuevo nudo sobresale aquí: ¿Cómo pudo producirse un cambio tan brusco en la personalidad de Caín de la noche a la mañana? El Apóstol dice: por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Y nosotros nos preguntamos: ¿Acaso aquellos hombres habían conseguido la Inmortalidad? ¿O será que hablando de la muerte el Apóstol entiende algo más que un simple dejar de respirar? Tengamos en cuenta que el primero en escandalizarse y sufrir el efecto devastador de la Caída no fue Abel, ni el propio Adán, el primero fue el mismísimo Dios. Fue Dios quien sintió la Desobediencia de su hijo pequeño, nuestro Adán, fue Dios quien sufrió la lanza entrarle por el costado y atravesarle el corazón. En suma es lo que en sus carnes nos recordó su Hijo Mayor, Jesucristo, dejándose clavar la lanza hasta lo más hondo de su ser. Porque de lo contrario, de no haber sido así, tendríamos que coincidir con quienes afirman con los judíos, aunque se dicen cristianos, que Dios hace lo que quiere y a unos predestina para la gloria y a otros para el infierno, y bueno, a Adán lo predestinó para el infierno, y al resto para seguirlo en su Caída, entre los que eligió para sí unos cuantos, judíos y cristianos, para la vida eterna. En definitiva, Dios sería un monstruo, un terrorista elevado a la categoría máxima, infinita. Si a los judíos del antiguo orden mundial y a los protestantes de cuño calvinista semejante Dios es el que es, se entiende que vivan la locura de su predestinación como causada por el pecado de un hombre, padre de blancos y negros, amarillos, rojos y olivas. Hemos llegado al punto en que no podemos comprender la Biblia sin la ciencia, ni la Ciencia puede comprender la Historia sin la Biblia.

Pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aún sobre aquellos que no habían pecado, a semejanza de la transgresión de Adán, que es el tipo del que había de venir.

Fue el de Dios, pues, el pecho buscado por la lanza de la traición. El Hombre no fue más que la lanza, un instrumento al servicio de una causa que superaba al propio hombre y lo esclavizaba a sus intereses antidivinos. Pero más allá de la clásica Batalla entre el Diablo y Cristo tenemos que ver la Desobediencia de Adán como trompeta de declaración de guerra apocalíptica. Si Adán era la lanza, y el cuerno era Satán, quien soplaba era la Muerte. En la Tercera Parte de la Historia Divina os introduje a las Memorias de la Increación. Resumiendo podemos decir que la Vida y la Muerte son realidades que existieron en el cuerpo de la Increación sin causar en su curso ningún desequilibrio antinatural. Este desequilibrio comenzó cuando Dios provocó una revolución cósmica que implicaba el

destierro de la Muerte del cuerpo de la Realidad Universal Increada. Pero Dios no fue consciente de esta implicación durante todo el Camino de la Increación a la Creación. Para Él el reto estuvo en coger en sus Manos el origen de la Vida y conducir su evolución desde el barro a la vida a su imagen y semejanza. La Muerte en cuanto entidad increada e indestructible por tanto no entró dentro de su campo de visión sino el Día que cayó Adán. La muerte de su hijo pequeño le abrió los ojos al verdadero enemigo de su Creación. Y era lógico. Para Dios era imposible entender que una simple criatura de barro, formada con sus propias manos, que El podía barrer de la escena con un simple soplo, se atreviera a declararle la guerra. La Creación implicaba el fin de la Muerte como parte natural del proceso de la evolución de la vida, parte que le fue natural a la Muerte desde el Principio sin principio de la Increación. Y era natural que en cuanto Fuerza Ontológica Increada buscara, pues que no podía destruir a Dios, obligar a Dios a integrar en su Idea de la Creación su existencia. Ciertamente Dios hubiera podido haber bajado la cabeza en señal de derrota y reajustado su Idea para integrar la Vida y la Muerte en el cuerpo de la Creación, actuando El como un Dios de dioses sin ley que actúa en el mundo para salvar a quien quiere y abandonar a su suerte al resto. Pero...

Mas no es el don como fue la transgresión. Pues si por la transgresión de uno mueren muchos, cuanto más la gracia de Dios y el don gratuito conferidos por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, ha abundado en beneficio de muchos.

La Batalla Final había comenzado. Ni Adán ni Satán. La Guerra era entre el Cielo y el Infierno. Adán había sido un peón en la guerra particular de Satán y los suyos, y éstos un peón en las manos de la Muerte. La Vida puso su Visión en los ojos de Dios, y también la Muerte puso la suya, el Infierno. Dios amó el Cielo, la visión con la que la Vida lo sedujo, y aborreció la Idea del Futuro con el que la Muerte lo tentara. De ahora en adelante, una vez que había visto la Muerte en su verdadera naturaleza ontológica increada, la cuestión se centraba en "la muerte de la Muerte", por emplear una expresión chocante. De un sitio. Del otro, abrirle los ojos a su Hijo y a toda su Casa sobre el por qué de su No al Infierno de la transformación de su Creación en un Olimpo de dioses sin ley, sujetos exclusivamente a un Dios de dioses, padre de todos ellos que los rige de acuerdo a esa paternidad y no en razón de una Justicia superior a todos los seres. Dicho No Divino sería contemplado en vivo en las carnes de la Humanidad. Una vez y para siempre. Jamás volvería a tener lugar otra

Batalla semejante. Así como fue crucificado Cristo una vez y jamás volverá a serlo.

Y no fue el don como la transgresión de un solo pecador, pues el juicio proveniente de uno solo llevó a la condenación, mas el otro, después de muchas transgresiones, acabó en la justificación.

Efectivamente, si la desobediencia de Adán no hubiese implicado a la realidad cósmica en su totalidad Dios hubiera podido traspasar la Corona reservada a él y haber seguido su Proyecto de Formación del Género Humano a la imagen y semejanza de los reinos que componían su Imperio. Implicada esa totalidad, el futuro de la Creación entera pendiente del hilo de la Respuesta de Dios a la declaración de guerra contra su Espíritu Santo, sobre cuya Piedra se basa toda su Mundo, ese acto tan sencillo de quita y pon rey fue aparcado. Contradiciéndose a sí mismo delante de toda su creación, sujeta a la ley de la culpabilidad centrada en el individuo, Dios extendió la condena contra el pecado de uno a todos sus hijos. Y pues que el mundo que nacía de su delito sería el que sobreviviría a la destrucción de su mundo, toda la Humanidad fue condenada por el pecado de un hombre, sin pecar a la manera de ese hombre. Pues para ese hombre sí constaba ley, pero a ningún otro le dijo Dios: “Si comes, morirás”. Y sin embargo, siendo el rey, y por tanto la cabeza del mundo, ¿si cae la cabeza no cae todo su cuerpo? Es de esta manera que Adán era el tipo del que había de venir, y se nos hace ver mediante lo que vemos lo que no vimos.

Pues como por la transgresión de uno, esto es, por obra de uno solo reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida por medio de uno solo, Jesucristo.

Y aquí llega todo el meollo de la Salvación Universal de la Humanidad. Sacrificada a la Necesidad, Dios, en su Justicia Maravillosa, no podía permitir que satisfecha la Necesidad la Humanidad se quedase sin una Puerta Abierta hacia su Paraíso, con tanta más gratuidad el acceso cuanto más duro ha sido su camino. Dios no podía dejar para el futuro la Necesidad que tenía toda su casa de ver con sus ojos el por qué de su No al Infierno. Tampoco. La Creación entera estaba en juego. Ni podía Dios en su Amor traspuesto fortalecer en su Corazón la Esperanza Universal de Salvación a manifestarse al final de los tiempos, y apuntalada sobre Roca

en la Cruz de Cristo. De manera que si por la Necesidad la Muerte imperó desde Adán hasta Cristo, su imperio comenzó a perder límites y fronteras según fueron las naciones viniendo al Cristianismo. Y aunque el posicionamiento de la Ciencia implicó un contraataque masivo de la Muerte, cuyo Infierno hizo del siglo XX su madera, la Esperanza de Salvación Universal se ha mantenido fuerte y golpea alegre el corazón de la Creación entera al alba de este Nuevo Milenio y Era.

Por consiguiente como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida.

Y cómo podía ser de otra forma. Fuimos transformados en actores inconscientes de una Clase de Historia Universal. Había de llegar el Día y sonar la Hora de la Libertad. Ser dueños de nuestro propio destino, actores conscientes de nuestro propio futuro, libres de las cadenas de la ignorancia, hijos de Dios a imagen y semejanza del Hijo Unigénito, conocedores de todas las cosas, incluida la Ciencia del Bien y del Mal.

Pues como por la desobediencia de un solo hombre muchos se constituyeron en pecadores, así también por la obediencia de uno muchos se constituyeron en justos.

La gloria es de nuestro Salvador, porque también El tuvo en sus manos la decisión cósmica que en su día tuvo su Padre, y, palo de tal astilla, prefirió la Vida a la Muerte, el Cielo al Infierno, y desde su Obediencia hizo sonar los clavos con un Sí a la Vida por todos los rincones de la Creación entera. Somos hijos de ese Grito de Guerra del Hijo de Dios. Lo que fue ya no importa, lo que somos es lo que cuenta, y lo que serán nuestros hijos todo lo que nos interesa.

Se introdujo la Ley para que abundase el pecado; pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, para que, como reinó el pecado por la muerte, así también reine la gracia por la justicia para la vida eterna por nuestro Señor Jesucristo.

Vosotros mismos podéis ponerle la puntilla a este capítulo de la Carta.

LIBRO SEGUNDO

El cristiano, unido a Cristo

Fue San Pedro quien hablando de San Pablo dejó clara la dificultad natural a la hora de la interpretación de la inteligencia sobrenatural de San Pablo. Nada anormal. El espíritu de profecía en el que participaron todos los Apóstoles se enriqueció con el espíritu de inteligencia que Dios derramara en el hasta hacía poco perseguidor de cristianos, desde el punto de nuestra justicia actual: autor de un severo crimen contra la humanidad. Es cierto que este delito permanece vivo en ciertos regímenes del planeta donde el hecho de ser cristiano es causa suficiente de persecución, cárcel y ejecución. Arabia Saudita, Sudán, China, en este terreno son la resistencia anticristiana más palpitante, acosando, destrozando, asesinando.

En este capítulo concreto San Pablo tiene en mente la terrible persecución anticristiana que en breve Roma iba a desatar. La causa específica que le permitiría al Imperio violar su ley de libertad religiosa no podía San Pablo definirla, pero que el Imperio estaba presto a golpear y dar un giro brusco en su política religiosa, que haría del cristianismo el enemigo público número uno de los Césares, esta visión le era tan cierta como que no podía especificar cuál sería el detonante de ese giro de tuerca.

Desde el futuro es fácil ver las cosas. Todos sabemos que el Incendio de Roma fue el gatillo que soltó la bala. Qué parte tuvo en el bulo neroniano de haber sido los cristianos los autores el bulo judío esparcido en Jerusalén, la primavera del mismo año, de haber sido los cristianos los autores del Incendio de la Ciudad Santa, qué parte tuvo un Incendio con el otro es algo en lo que no entraremos pero que echando mano de la biohistoria se puede enlazar y ver el Incendio de Roma como la lógica sucesión del Incendio de Jerusalén.

Si con el primero los judíos y puesto que se vieron impotentes para asesinar el presente quisieron matar el futuro, alguien creyó poder hacerlo, matar el futuro del Cristianismo, aprovechando la locura de los Césares.

No olvidemos que la comunidad judía en Roma había tenido una presencia tan alarmante como para empujar al César de turno a tomar la medida de librarse de su influencia mediante su destierro de la capital. Imposible no ver en el odio judío contra el cristianismo en la capital del Imperio el origen de los tumultos que diera lugar al decreto de destierro de los judíos de Roma, incluyendo el legislador en su ignorancia en el mismo saco a cristianos y judíos.

Aquel decreto abrió la necesidad de un Concilio de los Apóstoles a fin de enfocar el futuro del reino de Dios en la Tierra desde el enfrentamiento a muerte que habría de sucederse a la vuelta de la esquina. En esta ocasión los acusadores habían sufrido ellos mismos el efecto de su maldad, pero en una próxima ocasión las consecuencias darían origen al anticristianismo imperial más virulento.

Reunidos en el 49, para enfocar la resistencia y edificar la victoria final, del Primer Concilio Católico, Cristiano y Apostólico nació la estructura jerárquica universal con los Obispos como columnas de la Fortaleza Divina contra cuyos muros el Infierno lanzaría todas sus fuerzas.

Cuando San Pablo escribe esta Carta el día del traspaso de poder de los judíos a los romanos estaba a punto de realizarse. Con este futuro y su tragedia inmensa pendiente en el aire, el Apóstol le escribe a los Romanos estos capítulos donde, hasta donde hemos visto, toda su preocupación se centraba en fortalecer la fe del pueblo destinado al matadero y encender el fuego de la esperanza con la promesa de vida eterna que les había hecho el propio Dios y Padre de Jesucristo.

Aquéllos que en el futuro, llámense Lutero o cualquier otro nombre, manipularon el espíritu de esta Carta para apoyar sus versiones subjetivas sobre la Fe y su naturaleza, la Iglesia y su sobrenaturaleza, semejantes hombres cometieron una terrible equivocación, y quienes les dieron orejas un terrible error de inteligencia, demostrándose con el error y la equivocación en su base lo que dijera San Pedro hablando de San Pablo, que el espíritu de inteligencia de San Pablo procedía del mismo Dios y sin ese espíritu la dificultad de interpretación era invencible. Nosotros, como quien ha vencido lo imposible, nacidos para ser invencibles según la Promesa: “Tu descendencia se apoderará de las puertas de sus enemigos”, repetimos las palabras del Apóstol:

¿Qué diremos, pues? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia?

Y recordamos para vergüenza y humillación de todos quienes faltos de sabiduría confesaron con su autor las siguientes palabras: “Sé pecador y peca fuertemente, pero confíate y gózate con mayor fuerza en Cristo, que es vencedor del pecado, de la muerte y del mundo. Mientras estemos aquí abajo, será necesario pecar; esta vida no es la morada de la justicia, pero esperamos, como dice Pedro, unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habita la justicia”- Palabra de Lutero. ¿Qué decir? ¿Cómo excusar lo inexcusable? El hombre que niega a Pablo con semejante declaración para seguidores del infierno edifica su gloria sobre el propio Pablo mediante la manipulación diabólica de su Inteligencia. Es el propio San Pablo quien le responde a quien usó su gloria para edificar la suya propia. El que tenga orejas que escuche:

De ningún modo. Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vivir todavía en él?

Si el pecado es adulterar, robar, envidiar, condenar, hacer gala de falso juicio, adorar a dios o mortal... y por el pecado fue destruido Adán ¿bajo qué concepto o patrocinio excepto el del propio Diablo puede un hombre que a sí mismo se llama cristiano negar la Doctrina del Espíritu Santo y afirmar sobre la negación de la Sabiduría Divina la locura humana propia? ¿Acaso no murió una vez y para siempre Cristo por la remisión de todos los pecados cometidos antes del Bautismo? ¿Quién remitirá, pues, los pecados cometidos después del Bautismo? ¿No es esto convertir el cristianismo en el judaísmo contra el que se levantara Cristo por esta misma doctrina? Porque el judío pecaba y pecaba y pecaba pero le bastaba comprar un cordero, sacrificarlo y quedar absuelto. Lutero, infinitamente más listo, pecaba y pecaba y pecaba pero no tenía que pagar nada, porque la preciosa sangre de Cristo “todos los pecados limpiaba”. Hurra, ¡Heil Lutero! No menos diabólica, digamos en descargo del pueblo alemán, era la doctrina del Vaticano de esos días, que vivía exactamente del pecado pero cobrando en metálico... sin necesidad del engorro de matar bichos. Era hasta cierto punto natural que el pueblo alemán y sus vecinos encontraran en la doctrina absolutoria del pecado, enemigo imposible de vencer, una teología infinitamente más graciosa, puesto que les procuraba el mismo fin sin tocarles la bolsa. Ahora bien, nada de esto tiene que ver con la Carta a unos Romanos a dos pasos de la Gran Persecución. Sacar de este contexto histórico y manipular el texto injertándolo en otro contexto,

que es la acción ejecutada por Lutero al fundar su teología del pecado y la salvación sobre esta Carta, será la acusación contra la que tendrá que defender Lutero su alma en el día del Juicio Final. Nosotros sigamos adelante y confesemos con el Autor su declaración:

¿O ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte?

Independientemente de la apología del Mandato: “Sed santos porque yo soy santo” que toma en sus manos San Pablo, apología eterna, independientemente del tiempo y del lugar, apología que reduce a miseria de una mente fracasada la confesión luterana arriba citada, porque arroja la toalla y se entrega al pecado que no puede vencer, así negando a Dios que ha puesto la santidad a nuestro alcance, dando por locura la Sabiduría Divina que pretende la santidad de quien ha de convivir con el pecado “mientras existan estos cielos y esta tierra”, ¡amén!. Independientemente pues de la sobrenaturaleza heredada por el Cristiano, esa misma sobrenaturaleza que lo hace vencedor del pecado, sobrenaturaleza que a los Romanos les recuerda San Pablo como quien ha visto su propio martirio y para nada se acobarda ni huye ni se entrega a sabidurías justificadoras de lo que hubiera sido injustificable, su huida del testimonio Sagrado reservado a los Santos del Primer Siglo. Independientemente de esta apología San Pablo hace de ella Necesidad y les recuerda a los Romanos que si habían sido predestinados para morir la Muerte de Cristo también habían sido llamados a compartir su Gloria sempiterna. En efecto:

Con Él hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la Gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva.

No hay mayor refutación de la confesión de renuncia a la victoria sobre el pecado declarada por Lutero que esta sencilla sentencia apostólica del santo de nuestra devoción. Y es que quien vive la Fe en el pecado por el que el hombre es desechado y llamado a Juicio no sólo aborrece a Cristo sino que si en vida no ha sabido seguir su ejemplo ¡cómo a la hora de la Verdad le seguirá hasta el Testimonio Supremo del Martirio!

Porque si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también los seremos por la de su resurrección.

En esta Esperanza Sagrada los Apóstoles vivieron y caminaron hacia el Matadero al frente de los Primeros Cristianos. De manera que todo hombre duerme, al morir, en espera de la Voz que levantará a los muertos a Día de Juicio, pero ellos alcanzaron la Gloria de su Maestro y según fueron siendo sacrificados para este mundo fueron naciendo para el Mundo del que bajó el Hijo, nuestro Rey sempiterno, Jesucristo.

Pues sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado.

Y de nuevo, de la Esperanza a la Fe. La Fe y el Pecado son el fuego y el hielo, Cristo y el Diablo. No hay ninguna posibilidad de convivencia entre la Luz y las Tinieblas. La doctrina luterana enmarcada arriba es una violación de la Doctrina Divina. Violación connatural al Papado y a los Patriarcados de su tiempo. No seamos indulgentes con unos por cierto delito y absolvamos por el mismo delito a otros. La Justicia Divina no hace acepción de personas. Tanto, que estando vigente la Ley de Moisés, habiendo nacido bajo su imperio, su propio Hijo hubo de sufrir su pecado contra la justicia de la Ley de Moisés, que condenaba al madero a todo hijo de hebreo que osare dar por anulado el Pacto del Sinaí y procediera a uno Nuevo. Es lo que hizo Jesús, hijo de David, hijo de Abraham, hijo de Adán.

En efecto, el que muere queda absuelto de su pecado.

Pero muriendo para que se cumpliera la Ley la ejecución de Cristo fue el último acto de la Justicia nacida de aquel Pacto Antiguo. Su ejecución realizó el Sacrificio Expiatorio Universal por el que el Templo había sido erigido. Resultando de la Caída del Muro de la Enemistad entre Dios y la Plenitud de las Naciones el nacimiento de un Pacto Nuevo. Por este Pacto Nuevo todo hombre muere para volver a nacer a una nueva vida, creada a imagen y semejanza de Cristo. Por lo que dice en otro sitio el Apóstol "Cristo, que es nuestra vida". Siguiendo a su Maestro: "El reino de los cielos está en vosotros". De lo que se entiende que Cristo vive en

nosotros, en quien tenemos nuestra vida. Y en cuyas manos se encuentra nuestra muerte. Y si la nuestra, ¡cuánto más la de aquéllos predestinados a compartir su Sacrificio! Guiados al matadero, todos corderos inocentes. Así que:

Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos en Él;

Lo contrario, vivir en Cristo y vivir en el pecado es irracional, animal, propio de doctrinas incubadoras de monstruos. ¿O acaso, y aunque era hijo suyo Satán, según se lee en el libro de Job, Dios pudo admitir en su vida semejante petición de convivencia entre el Cielo y el Infierno? Nacidos de nuevo a la vida eterna en la esperanza de la Fe de Cristo Jesús, nuestro modelo sempiterno, el pecado y el miedo ya no tienen parte en el Cristiano. Por lo que sin miedo se atreve a decir San Pablo:

Pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte no tiene ya dominio sobre Él.

Por lo tanto quien vive por la Fe y la Esperanza del que tiene en Cristo su vida ni puede admitir el pecado ni acobardarse ante el peligro de la Muerte. El Cristiano no muere, resucita a la manera que el propio Cristo a la vida de Dios.

Porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios.

Ahora bien, San Pablo vuelve al principio, “sed santos porque yo soy santo”, que es el fin de la Fe y el Principio de la resurrección gloriosa de quienes habían de ser conducidos al matadero por el Imperio en breve tiempo. Recalcando siempre el punto de la doctrina apostólica universal en boca de todos los Discípulos de Jesús esparcidos por todas las tierras del Imperio, San Pablo proyecta su visión de la Gran Persecución que se avecinaba sobre la mente de los Romanos, prepara el espíritu de los hermanos de Roma para la Hora de la Verdad que se cernía sobre ellos. Nada les decía de nuevo que no supieran, el mensaje que entre sus líneas

iba secretamente abrazado a sus corazones era el verdadero tesoro por el que esta Carta brillaría por lo siglos hasta el final de los tiempos

Así, pues, haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.

En fin, el que con Lutero quiera pecar que peque.

El servicio del pecado y el de Dios

Parece evidente que quien predica una doctrina sea el primero en aplicarse el cuento y desde la felicidad producto de su práctica el fruto de su veracidad sea el alimento de aquéllos a quienes su doctrina es predicada. Lo contrario, creo, lo llaman hipocresía. Que los romanos de las generaciones futuras que le sucederían a la generación en mente del autor de esta Carta, y especialmente sus jefes espirituales, hicieran de la hipocresía el modus vivendi natural a la iglesia romana, verdad de la que dan cuenta siglos enteros de crímenes, robos, y perversión absoluta de la naturaleza del sacerdocio cristiano, esta verdad no debe cegarnos a la hora de ver con los ojos de la inteligencia la calidad cristiana de la generación romana a la que San Pablo le abrió su mente en esta Carta. Recordemos que criado en el judaísmo ortodoxo más fariseo el abismo revolucionario que el evangelio abrió entre judíos y cristianos, y entre cristianos y paganos, en nadie mejor que en un ex perseguidor de hijos de Dios podía encontrar su verdadera dimensión escatológica. Si para nosotros la definición de lo que la concupiscencia sea es un campo con límites imprecisos para un teólogo cristiano de origen judío esa definición no podía ser más precisa, exacta y definitiva. Establecido en los anteriores capítulos lo que el pecado es en este nuevo capítulo el autor da un paso hacia adelante y descubre la relación de esclavitud entre el pecado y el pecador, figurando el pecado como amo y el pecador como siervo. Si la libertad humana es un objetivo que le corresponde a la Sociedad, la libertad cristiana es una meta dejada en las manos del Individuo.

Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, obedeciendo a sus concupiscencias;

Pero el pecado es, y siempre lo ha sido, un acto cometido en la ignorancia sobre el origen y el efecto final causado por su realización. Lo dijo Jesucristo en su Cruz, "perdónalos porque no saben lo que hacen". Y lo repitió el mismo San Pablo más tarde, diciendo: "Si hubieran conocido al Señor no lo hubieran crucificado". Desde las distancias infinitas que nos separan de aquellos días nosotros estamos preparados para afirmar que el pecado es una ofensa voluntaria contra Dios. "Cometo adulterio no por el adulterio en sí, sino como forma simbólica de escupirle a Dios en la cara. Mato, no por matar, sino para mostrarle a Dios el aborrecimiento que siento por su persona y obra". Obviamente no podemos decir que el ser humano se haya encontrado hasta nuestros días en esta disposición cognoscitiva. Sí sabemos que la rebelión de los hijos de Dios procede desde esta voluntad libre que tiende a ofender a Dios mediante el aborrecimiento de su creación. La concupiscencia, en este orden, es el efecto sobre la naturaleza humana de milenios encadenados a un comportamiento demoníaco contra la voluntad del propio ser humano. Es un comportamiento que heredamos de nuestros padres, y contra el que nuestro deber es luchar desintegrando esa herencia en nuestra propia carne, de manera que seamos los últimos de la línea, y a partir de nosotros comience una descendencia libre de semejante legado antinatural. Desde la ciencia se llama comportamiento heredado.

ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofreceos más bien a Dios como quienes, muertos, han vuelto a la vida, y dad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.

El fin de este comportamiento antinatural heredado desde las circunstancias de esclavitud a que ha estado sujeta la Humanidad es la perpetuación de semejante leyenda no humana. Los siglos y los milenios operando sobre una misma línea genealógica imprimen una conducta interna que se sucede en el tiempo. Vemos en la humanidad actual en qué manera millones de criaturas cuyos árboles genealógicos estuvieron sujetos a religiones esclavistas, aún cuando se les ofrece la libertad, permanecen en estados paternos que desde la muerte los reducen a la condición de criaturas inmundas (casta de los Intocables en el Hinduismo, por ejemplo). El culto a los muertos, sean patrios o ajenos, santos o simplemente considerados santos, es, desde esta realidad divina, una ofensa contra quien ha hecho de la Vida el Origen de la Libertad. Es nuestra responsabilidad

suprema nacer a la Libertad de la Justicia Divina, romper las cadenas de las tradiciones y tener por Estrella del Futuro la Luz de la Vida. Todo hombre muerto sirvió a un propósito centrado en un Plan Eterno, pero el Viviente debe hacer su Camino y no arrodillarse ante el que hicieron quienes hicieron el suyo. Sus vidas son ejemplo de voluntad invencible y obediencia sin condiciones, pero como ellos no pueden vivir nuestra quien vive la vida de ellos renuncia a la libertad y se hace esclavo de la Muerte, aunque ésta se vista de vida. Sólo pues a Dios se le puede ofrecer la vida y quien a otro se la ofrece se hace esclavo de ése ante quien se arrodilla. Cabeza y cuerpo ambos son juzgados por el mismo delito por en cuanto habiéndole dado Dios a su Creación Viva una Cabeza sempiterna, su Hijo, la renuncia a formar parte de su Cuerpo, materializada en juramento, es rebelión contra la Sabiduría de su Padre Eterno. Rebelión hecha en la ignorancia, hemos dicho al principio, pero que una vez desintegrada la ignorancia por la luz de la inteligencia deviene demoníaca por la ofensa voluntaria y libremente asumida que supone darse por cabeza Alguien que no es el Hijo de Dios.

Porque el pecado no tendrá ya dominio sobre vosotros, pues que no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia.

¡Y es que siendo santa la Cabeza cómo su Cuerpo podría estar bajo la ley del pecado! Obra es del Eterno Padre de Jesucristo, para gloria Suya y Salvación de toda su Creación. Y lo contrario, que un hombre se proclame Cabeza de la Iglesia o del Pueblo de Dios es una rebelión abierta contra la Gloria del Unigénito. Rebelión cometida en la ignorancia y por tanto sujeta a la gracia. Pues bajo ningún concepto podemos juzgar a una Humanidad que ha estado sujeta a la corrupción en razón de un Plan de Salvación en cuyo Origen estuvo la Reestructuración del Reino de Dios y la Reconfiguración de su creación entera.

¡Pues qué! ¿Pecaremos porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? De ningún modo.

Y sin embargo las obras hechas en la oscuridad del momento están condenadas a extinción bajo la luz del día. La Gracia nos fue dada y se derrama en la Humanidad para operar en el hombre las fuerzas necesarias que supone la conquista de la propia naturaleza a la imagen y semejanza de

Dios. Sin cuya Gracia el hombre no puede vencer las consecuencias de sus pecados. Ahora bien, la Fe sin la Inteligencia de todas las cosas se corrompe, según está escrito: “Para que vuestra fe, probada, más preciosa que el oro, que se corrompe aunque acrisolado por el fuego”. Verdad que no necesita demostración de ninguna clase, al menos entre quienes tienen ojos para leer.

¿No sabéis que, ofreciéndoos a uno para obedecerle, os hacéis esclavo de aquél a quien os sujetáis, sea del pecado para la muerte, sea de la obediencia para la justicia?

En efecto, quien da su obediencia a otro hombre se hace esclavo de sus intereses y el poder del pecado actúa en él a través de la concupiscencia para producir en él obras de muerte. De lo cual la Historia del Cristianismo, por no meternos en profundidades universales, está llena de ejemplos. El Hijo de Dios vino a liberarnos de toda esclavitud, mediante la unión a su Espíritu en cuanto Cabeza y Cuerpo. De tal manera que siendo Él el espíritu de la Libertad en persona ni ahora ni nunca nadie pueda sujetar nuestra voluntad y obediencia a otro que no sea el mismo Dios, su Padre. Siendo miembros del Cuerpo de su Hijo es Dios quien nos mueve a todos acorde a su Infinita Sabiduría, buscando en todos el bien de todos. ¡Bajo qué autoridad y sabiduría hombre alguna puede reclamar para sí semejante infinito Poder sino en la ignorancia! ¿Habiendo sido engendrados para la Sabiduría cómo renunciar a nuestra Herencia a fin de santificar la Ignorancia de los hombres y siervos de Cristo? ¡Cuánto menos, se entiende, darle crédito alguno a las sabidurías de los demás hombres!

Pero gracias sean dadas a Dios, porque, siendo esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a la norma de doctrina que os disteis, y, libres ya del pecado, habéis venido a ser siervos de la justicia.

Ciertamente el elogio de San Pablo a los Romanos que habrían de seguirle al matadero del circo de los Césares hizo honor a la Palabra de Aquel que los llamara al martirio. “Lo que el Padre me ha dado es lo mejor”, los ojos puestos en sus Discípulos, confesó Jesús en público. Nosotros, vista la cosecha, nos atrevemos a decir: No sembró Dios su Palabra en carne de hipócritas.

Os hablo al modo humano en atención a la flaqueza de vuestra carne. Pues bien, como pusisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad, así entregad vuestros miembros al servicio de la justicia para la santificación.

La llamada a martirio y el anuncio de la Hora de la Verdad a las puertas no puede ser más directo. ¿No se ha dicho siempre que el héroe no se hace por falta de miedo sino por ser valiente y superarlo? ¡Quién culpará a aquellos hijos de Dios, de la descendencia de Abraham, de sentir en sus carnes el horror por el que habrían de pasar! ¡Y con qué gloria no iba Dios a recompensar a quienes liderarían su Rebaño al matadero, con su sacrificio levantando la Imagen del Hombre delante de toda su creación! ¡Cómo dudar que el Hijo subiera a la Cruz! Quien tenía el Poder de resucitar a los muertos no tenía nada que temer nada de la Muerte. La Duda que pesaba en la creación era: ¿pero y los hombres, superarían el miedo a la Cruz, tanto más horrorosa y terrible su visión cuán libres de todo delito estarían los llamados a superar esa prueba? San Pablo no duda, no se deja vencer, y no sólo no se amilana sino que da esperanza, fortalece, anima y se pone en primera fila. Cuando la Hora sonó el Hombre daría la cara. Es la Esperanza por la que murió Jesucristo. Esperanza que como anunciaría el rey sabio “no se vería defraudada”. Y no se vio.

Pues cuando erais esclavos del pecado, estabais libres respecto a la justicia.

La doctrina, el evangelio jesucristiano de San Pablo no es improvisado ni una fabricación al caso. Sus verdades permanecen sempiternas en su valor y su aplicación.

El mundo, independientemente de la zona, no condena a quien sigue su ley, sino a quien tiene por meta criticarla, perfeccionarla, darla por muerta y hacer que su espíritu renazca de las cenizas. Mientras se sigue las reglas de su juego no pasa nada; es cuando el valor de esas reglas se ve con ojos despojados de la venda con la que se nos quiere cuando comienza el verdadero show. En entonces cuando se ve la verdadera naturaleza de las obras frutos de la justicia humana. Muchos han sido quienes han vivido los efectos de esta oposición. El Cristiano más que ninguno y mientras exista

el mundo su espíritu será la fuerza que mantendrá la justicia humana en crecimiento continuo.

¿Y qué fruto obtuvisteis entonces? Aquellos de que ahora os avergonzáis, porque su fruto es la muerte.

Es decir, el provecho propio y no el de la Vida de todos los hombres. Muerto el hombre se acabó el fruto de sus obras hechas en el espíritu de la ley del mundo.

Pero ahora, libres del pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin la vida eterna.

Dos realidades en una. El bien de todos, yo con todos, yo para todos; y la vida eterna como meta de las aspiraciones existenciales del Viviente.

Pues la soldada del pecado es la muerte; pero el don de Dios es la vida eterna en nuestro Señor Jesucristo.

Los cristianos, libres de la Ley

Hasta ahora no hemos encontrado razón que justifique la legalidad de la interpretación de ruptura intercristiana que Lutero hallara en la Carta. Lo que sí estamos viendo es que esta doctrina de ruptura se refiere al judaísmo y al cristianismo. En los días de Lutero la ignorancia y el analfabetismo de los pueblos europeos eran inmensos. Gracias a tal analfabetismo ignorante de las clases bajas las clases cultas en asociación malvada con las clases altas divertían al pueblo con maquinaciones grotescas cuyos efectos repercutían sobre sus cabezas impidiéndoles levantarlas. En el caso específico de Lutero, éste levantó la cabeza de la clase pobre alemana para que la rica se despachase la bandeja a placer y en la Rebelión de los Campesinos se hartase de carne. En la última maravillosa versión de la vida de Lutero, la versión basura que se sigue ofreciéndose al protestantismo, un protestantismo íntimamente traumatizado por la escasa y nula calidad cristiana de sus fundadores, el

historiador hace mutis de la famosa matanza de los campesinos, bendecida por Lutero el Magnífico, un Lutero que llamara a cruzada terrorista a los nobles incitándoles a estrangularlos como si se tratasen de perros, a acuchillarlos como si se tratasen de cerdos. Es natural que unos discípulos que descubren la maldad de su maestro y la poca semejanza con el Modelo Divino, horrorizados por semejante palabras propias de un demonio, siguiendo la ley del infierno en lugar de meas culpas se juren en su ignorancia permanecer ciegos hasta el Juicio Final y por la inmensa cantidad de ciegos que les siguen imponer misericordia hacia ellos en el Tribunal. Yo no soy Juez, así que allá cada cual con sus cataratas. En el Día del Juicio Final nos veremos todos las caras.

¿O ignoráis, hermanos, hablo a los que saben de leyes, que la Ley domina al hombre todo el tiempo que éste vive?

La ignorancia es un mal terrible porque convierte en sabios a verdaderos monstruos y en santos a verdaderos cretinos. Ignorancia es que te arranquen el contexto histórico de un texto y te quedes tan tranquilo. Me imagino que al presente ignorante es el tonto. La libertad de acceso al conocimiento de la Historia Universal, aún en su versión amateur, la Internet, acusa al ignorante de hoy de asesino de su propio intelecto. Al pueblo del siglo XVI no se le podía pedir inteligencia para ver el contexto histórico sobre cuyo cuerpo esta Carta extendió su espíritu. Al hombre de este siglo, sí. Y se le puede juzgar por rebelde a la naturaleza intelectual del ser humano. El Conocimiento es nuestra Herencia, nuestro Poder, nuestra Fuerza, nuestra Alegría. ¿No está claro a quienes se dirige San Pablo, el contexto histórico de lucha entre el Cristianismo y el Judaísmo, la delicada tensión interna propiciada por la corriente judeocristiana contra la que se alzó San Pablo incluso callando -descubriendo la falacia de la Infalibilidad de la Cátedra de San pedro- a San Pedro? Cuando habla de la Ley el hombre se está refiriendo a la Ley de Moisés. ¿O acaso para el judío había otra? ¿No fue respecto a la Ley de Moisés que se produjo la Liberación Redentora del Género Humano? Sabemos que el Judaísmo, impotente para destruir al Cristianismo, se aplicó la famosa norma de "si no puedes con él, únete a él". En los días los Apóstoles y desde el Primer Concilio en el 49 hasta el 64-66 en que la ruptura es formal, el judeocristianismo quiso absorber el cristianismo como medio de integrarlo finalmente en el judaísmo. Incluso San Pedro se mantuvo bajo la Ley. Fue San Pablo quien poniendo a Dios sobre el Jefe de los Apóstoles operó la ruptura desde el cristianismo hacia el judaísmo. Y será esta Ley la que será

dejada atrás por la Fe. Serán los delitos cometidos desde esa Ley, por los que el hombre se hizo merecedor de la muerte, que la Fe extiende su Gracia y limpia el alma haciendo nacer una nueva criatura de las cenizas de la criatura enterrada por el fruto de los pecados cometidos bajo la Ley. Pero de los pecados cometidos en la Fe no puede la Fe por sí sola proceder a la absolución, porque, como San Pablo lo puso, sería volver a crucificar a Cristo, siendo en este caso el pecador el crucificador de su propio salvador.

Por tanto, la mujer casada está ligada al hombre mientras éste vive; pero, muerto el marido, queda desligada de la ley del marido.

Y ligada a la ley de la libertad. Es decir, la nueva criatura es libre para cometer aquellos actos por los que se hiciera aborrecible a los ojos de su Creador. Cometidos en la ignorancia fueron absueltos por el sacrificio expiatorio universal redentor. Con la nueva criatura desaparece la ignorancia del pecado y viene a vida la libertad que da el Conocimiento. El cristiano, no importa su clase social, es libre para matar, adulterar, robar, blasfemar, dar falso testimonio, practicar brujería, acometer todos los actos contra los que la Ley se alzara. Puede porque tiene la libertad de poder hacerlo. Pero si el judío es merecedor de la Gracia de la Fe porque en su ignorancia no sabe lo que hizo, el cristiano, que sí sabe lo que hizo Dios, al acometerlos en su libertad usa su libertad para rebelarse abiertamente contra su Creador, y contra esta ley de la libertad no hay sangre que valga, ni la de Cristo, que se derramó una vez y para siempre. El argumento luterano de actuar esta Sangre sobre los crímenes cometidos después del Bautismo fue una doctrina suicida cuyos efectos, la división de las iglesias, descubre su verdadera naturaleza. Que el Papado contra el que se alzara la rebelión luterana hubiera hecho de esa doctrina infernal su modus operandi et vivendi no justifica su legalidad, pues lo que el Diablo engendró con el Diablo volverá.

Por consiguiente, viviendo el marido será tenida por adúltera si se uniere a otro marido; pero si el marido muere queda libre de la Ley, y no será adúltera si se une a otro marido.

Dos leyes muy distintas pero que proceden la una de la otra. La Ley de la esclavitud, a la que se sujetara el mundo judío, y la Ley de la Libertad a la que está ligado el mundo cristiano. Desde el punto de vista de la

inteligencia de San Pablo, despreciar la Libertad y su Justicia, por la que el pecador es absuelto por el Poder de la Confesión Sacerdotal Cristiana, y regresar a la Ley de Moisés y su Justicia, por la que el pecador podía cometer su delito en mente el precio con el que habría de satisfacer su condena siempre presente, semejante regreso al Pasado era innegociable, imposible y anticristiano. San Pedro no sabía lo que decía ni hacía al seguir sujeto a la Ley de Moisés aún viviendo bajo la Ley de Cristo. Tanto más verdadera esta afirmación de su imposible infalibilidad cuanto mediante un siervo tuvo Dios que cerrarle la boca y liberar sus manos de aquéllas cadenas patrióticas.

Asi que, hermanos míos, vosotros habéis muerto también a la Ley por el cuerpo de Cristo, para ser de otro que resucitó de entre los muertos, a fin de que deis frutos para Dios.

Más claro imposible. Aquella Justicia por la que un hombre podía premeditar su delito contra Dios y los hombres y anticiparse a sí mismo la absolución mediante el precio estipulado por la Ley, aquella Justicia era Historia. Una Nueva Ley entraba en acción, la Ley de la Libertad. Y para que esta Ley opere en su plenitud asombrosa quiso Dios que unidos todos en un mismo Cuerpo todos estuviésemos vivos por el Espíritu de Aquél que se hizo una sola cosa con el Hombre. Y de esta manera la Libertad engendrada tendiese por la sobrenaturaleza de la Fe a las cosas de Dios. Obra asombrosa que sentencia las dos libertades en pugna en los días que estamos tratando. Tanto la libertad de la iglesia romana para asesinar, robar, practicar brujería, y cometer toda suerte de delitos en nombre de la Iglesia Católica, como la libertad luterana para cometer toda suerte de pecados para la gloria de la Sangre de Cristo, tanto una libertad como la otra del Demonio procedían. Como se verá la doctrina luterana del pecado por la Fe y el evangelio de San Pablo son tan opuestos como Cristo y el Diablo. Si es que no lo habéis visto ya.

Pues cuando estábamos en la carne, las pasiones, vigorizadas por la Ley, obraban en nuestros miembros y daban frutos de muerte;

Así es. Abandonados al poder de nuestras fuerzas naturales, hijos de una naturaleza doblegada por milenios de lucha contra las fuerzas del infierno, era imposible, tanto para judíos como para gentiles, que sin la

Gracia del Juez Eterno, encarnada en la Fe, pudiese el Género Humano sacudirse el yugo de su legado. Por inercia su comportamiento era la Guerra, la Corrupción, el Homicidio, la esclavitud y el Mal.

mas ahora, desligados de la Ley, estamos muertos a lo que nos sujetaba, de manera que sirvamos en espíritu nuevo, no en la letra vieja.

Adoptados de nuevo por Dios, pues que fuimos creados para ser sus hijos, la Fuerza invencible de la Fe destierra de nuestra herencia carnal su sino y haciéndonos Suyos heredamos la Fortaleza de su Espíritu, que se manifestó en Cristo Jesús, nuestro Modelo sempiterno, Imagen viva de Dios Invisible, reflejo inmaculado de su Personalidad. Lo que por el Temor a Dios no pudo conseguir el Hombre, lo consiguió Dios por el Amor

La Ley y el Pecado

¿Qué diremos entonces? ¿Que la Ley es pecado? De ningún modo. Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley. Pues yo no conocería la codicia si la Ley no dijera: "No codiciarás".

Aquí tenemos materia para la reflexión. Y al mismo tiempo fuego esclarecedor de qué Ley y de qué Fe está hablando San Pablo. La tergiversación manipuladora respecto a la naturaleza contextual de ambas fue la causa y sigue siendo el origen de la interpretación anticristiana que efectúa una gran parte de las iglesias. Anticristianismo en este orden debe entenderse como proceso destructor de la Unidad Universal entre cuyos nudos fue tejido el Cuerpo de Cristo. Materia cristológica, si se quiere, y argumento ontológico inconfundible que nos abre la conciencia a una realidad moral basada en la actividad de formación de la mente humana acorde al patrón moral del propio Creador. No es la ley humana, que surge de una experiencia o de un interés, el instrumento que moldea y le da forma a la Conciencia cristiana en particular y humana en general. Es el propio Creador del Hombre quien moldea la Moral de Su Creación a imagen y semejanza de la Suya. Lo cual implica que es el Creador el primero que hace suyos los principios de la Ley con los que El moldea la Conciencia Espiritual de su criatura. En efecto, sólo hay Conciencia donde hay Espíritu. Afirmación básica que observamos en toda su operatividad en

el mundo natural no humano. Y nadie duda que definir la caza del león o del lobo desde la Conciencia sería un acto de demencia. No se le puede aplicar el Bien y el Mal, decimos, a la vida no inteligente a imagen y semejanza de la vida Divina. Ni podemos creer que esta Semejanza pueda entenderse fuera de los parámetros de la vida intelectiva. Somos semejantes a Dios en cuanto Inteligencia Viva. No es el Poder ni la Fuerza la que nos hace semejantes de Dios, sino el Espíritu. Y es en este Espíritu que formamos un universo de valores sociales sempiternos. Valores por los que el acto de cazar no se ajusta a la Moral en el mundo animal no intelectivo y ese mismo acto aplicado al ser humano queda inmediatamente transformado en delito. Será pues al Creador a quien le corresponda impregnar a su criatura, nacida para ser su semejante en Espíritu, formar en los Valores Naturales a su propia Inteligencia la Conciencia de la criatura. De manera que si no fuera El quien dijera "No matarás" la Conciencia humana no alcanzaría comprensión de la naturaleza del acto en cuanto delito y su definición se ajustaría a los principios racionales del interés particular. Vemos, en efecto, que la sociedad, una vez privada de la Conciencia, transforma la Ley en artículo impersonal cuya aplicación y trasgresión no tiene ningún valor moral y sólo lo tiene en cuanto medio para alcanzar un determinado fin concreto. Fin desde el que se valora una ley impuesta por el interés arbitrario de un legislador sin Conciencia, es decir, privado de todo Espíritu, siendo el Espíritu por el que la Moral es transfigurada en columna del edificio de una conducta humana, inviolable e indestructible desde Hoy y para siempre.

Ciertamente, entrando ya en otro terreno, esta Ley del Espíritu puede o no puede complacerle al Individuo. La creación a Imagen del espíritu Divino implica esta Libertad Final de decisión personal. Como ya he dicho en otra parte, Dios no puede crear a su Imagen y Semejanza y al mismo tiempo privar a la creación de todos los atributos naturales a su Inteligencia. Entre estos atributos el de la Voluntad Libre es uno de los pilares sobre el que se basa la Relación Sempiterna entre el Creador y la Creación.

Tampoco se puede aceptar por principio que el Creador cometa un delito al impregnar a su creación de su Espíritu, determinando mediante su esencia la sustancia de esa voluntad nacida para ser libre. Quiero decir, aunque la formación de la Conciencia es un acto privativo del Creador, por este mismo Derecho de Creación que tiene todo Creador sobre su Obra, condenar al Creador, en este caso del Hombre, por predisponer su Obra respecto a un Juicio de Asimilación Natural, es una crítica demencial que no le conviene a un espíritu inteligente y sí a una bestia enemiga de los

valores de ese mismo Creador que, mediante su Derecho, predispone la Libertad de la criatura haciendo tender su Voluntad hacia la de su Creador.

Dos tipos de inteligencias son capaces de negar este Derecho de Creación a un Creador: Un idiota y un monstruo.

No sé hasta qué punto sea inteligente discurrir a favor del derecho sagrado natural a todo creador. Sería lo mismo que ponerse a hablar con una bestia. Sí, queda bonito, el hombre hablando con el lobo o con el perro. Pero únicamente alguien fuera de su juicio se pondría a dialogar sobre metafísica con su gato.

Luego todo tiene un límite. Y tan bestia es quien caza por deporte como quien no caza para comer cuando se trata de cazar o morir. Así que, entre hijos de Dios, es de Derecho que la Conciencia sea modelada desde la Conciencia Universal que priva sobre toda la Creación. Lo contrario, que cada raza y sociedad tenga su propia Ley, es bendecir la destrucción como elemento natural de coherencia existencial.

Mas tomando ocasión el pecado por medio del precepto, activó en mí toda concupiscencia, porque sin la Ley el pecado está muerto.

Notemos sin embargo que esta formación de la Conciencia Humana quedó sujeta a una perturbación histórica, por las causas bíblicas conocidas y registradas en el episodio de la Caída de Adán. Y allá donde la Ley hubo de haberse instaurado sobre la civilización en su conjunto quedó de repente abandonada la Ley a las fuerzas humanas solas y, en consecuencia, expuesta a ser pisada por las fuerzas desatadas. Pues la creación por sí sola no puede operar la revolución que la extensión de la Conciencia del Creador a la Realidad Universal implica. Así que privada del Espíritu era natural que la naturaleza humana se sumergiese en una involución dantesca que, aplicada al mundo natural era consecuente, pero proyectada a la Humanidad ya formada adquiría connotaciones demenciales, de las cuales seis milenios en el infierno son suficiente prueba. Y tal cual dice San Pablo no existiendo Conciencia las Sociedades y la Civilización no podían luchar contra el delito que no era apreciado en tanto que tal por quienes lo cometían sin pleno conocimiento de su naturaleza antihumana. De manera que estando el pecado muerto por la inexistencia de la Conciencia que engendra la Ley, la multiplicación del acto homicida devenía la constante y causa de la perversión de la conducta de las sociedades que, andando el tiempo, habrían de hundir la Civilización bajo las aguas. Hundimiento que

puso de manifiesto el efecto contra el que el Creador alzó su prohibición, descubriéndose en la privación de Conciencia el origen de la extinción de todo mundo no formado en los principios del Espíritu de Dios, y que, por efecto final, habría de conducir a la destrucción a las naciones de la Tierra, y al Género Humano a la desaparición de la faz del Universo. Lo que sin la Ley queda muerto, por tanto, es la Conciencia, que podemos definir, sin más, como la personificación del Derecho de Creación que antes aducimos como Natural a Dios en cuanto Creador del Hombre. Y deducir, infiriendo, que todo ataque contra la Conciencia Natural y su existencia es un acto homicida, y no porque sea la Ciencia quien abogue por la destrucción de esta Conciencia Natural mediante la negación de su existencia, el efecto final de esta Anulación ha de ser menos fatal.

Y yo viví algún tiempo sin Ley; pero sobreviniendo el precepto, revivió el pecado

En efecto, la Conciencia del Mal, del pecado, de un acto en tanto que delito, procede de una ley o precepto que define ese acto y descubre su verdadera naturaleza antisocial y antihumana. No hace falta ser un santo para ver esta realidad aplicada al día a día. Mas de lo que aquí se está hablando es de la Conciencia Divina, ésa por la que se rige el comportamiento social de todo el Universo. Pues si la ley humana rige y ordena el comportamiento entre sociedades humanas, la Ley Divina ordena y gobierna el comportamiento de sociedades con orígenes distintos en el Universo y, con todo, llamadas a vivir unidas dentro de un único Reino.

Dios, volviendo al tema, quiso abrogar el precepto, la Ley, a fin de que al ser condenado todo el mundo por el pecado de un sólo hombre, sin participación de ese mundo en su delito, los efectos del Pecado de Adán no arrastrasen a la Humanidad a un Juicio Final acusada de Delito cometido con conocimiento de la Ley y en pleno ejercicio de sus facultades mentales e intelectuales.

Observamos, de hecho, que el mundo de Adán tras la Caída vivió sin más Ley que sus instintos. Libre para actuar y sin Ley Universal respecto a la que medir sus actos, el mundo de después de la Caída resolvió sus propios caminos sin Conciencia del Fin hacia el que tendían sus actos sin ley. Con lo cual Dios predisponía a la absolución de sus criaturas, de un sitio, y, del otro, ponía sobre la mesa la Causa por la que su prohibición respecto a la Ciencia del Bien y del Mal es Eterna. Lo que hacía mediante la visión de sus efectos sobre las Naciones de la Tierra.

y yo quedé muerto, y hallé que el precepto que era para vida, fue para muerte.

¡¡Y cómo hubiera podido ser de otra forma!! No olvidemos que la descendencia de Adán fue abandonada igualmente sin ley en medio de un mundo privado de Ley. El hecho de que Dios relativizara el fratricidio de Caín pone de relieve que la Ley había sido abrogada el día que Dios abandonó al Hombre a su suerte. De otro modo Caín hubiera sucumbido a la pena de muerte que la Ley, en activo, reclama. Por consiguiente, sujeta la descendencia de Adán a la misma ley que las demás familias del mundo, el pueblo hebreo antiguo sufrió en sus carnes los mismos efectos que sufrieran los demás pueblos de la Tierra. Todos ellos muertos en relación a la Ley del Espíritu, pero vivos para la carne al no estar sujeta ésta a la Ley. Cuando, entonces, viene la Ley, el choque entre un comportamiento heredado y uno a heredar se hace tan profundo que ocasiona la muerte de aquéllos en quienes la confrontación estaba llamada a fracasar para el Espíritu y vencer para la carne. La Historia del Pueblo Hebreo y su transformación en Pueblo Judío es la Memoria de aquel fracaso, de un sitio, y de la Victoria de Cristo, acaecida, como todos sabemos, en razón del Derecho de Creación antes suscrito, del otro. Los periodos de idolatría de los israelitas, el asesinato de sus profetas por los reyes judíos... toda la Historia de Israel se convierte en la lucha a muerte entre el Espíritu de un comportamiento natural a Dios y el comportamiento heredado de un pasado carnal que buscaba su perpetuación dentro de la Ley, es decir, ahogándola en un mar de preceptos y tradiciones humanas.

Pues el pecado, con ocasión del precepto, me sedujo y por él me mató.

Inútil establecer la importancia del medio con el individuo cuando es un punto elaborado hasta la saciedad por los sabios de todos los tiempos. Desde la etología, desde la filosofía, desde cualquier ángulo y posición que se contemple esta relación la interdependencia del individuo y el medio es profunda y vasta. En el caso que nos ocupa, y que podemos adaptarlo a la relación entre el cristiano y el mundo, el pecado opera porque existe una Conciencia frente a un mundo gobernado por una conciencia de distinta naturaleza. Si el cristiano y el judío no hubiesen de enfrentarse a un mundo

en el que su Conciencia no es la ley natural la seducción del pecado, es decir, de romper los principios por los que se gobierna su espíritu, no existiría. Pero, existiendo esa confrontación, el fracaso del cristiano, como del judío, provoca la muerte de su conciencia para el Espíritu, y finalmente, digamos, su expulsión del paraíso de su Fe.

En suma que la Ley es santa, y el precepto santo, y justo y bueno.

Y con todo y a pesar de todo, la confrontación está en activo porque sin el Espíritu el Fin de toda Sociedad es la ruina, su extinción y desaparición del Universo. De aquí que, con San Pablo, digamos: la Ley es santa, y el precepto santo, y justo y bueno. De donde se ve claro que no es nuestra Fe la que debe conformarse a la estructura carnal de la ley mundo, sino el mundo el que debe ser conformado a Imagen y Semejanza de la Conciencia del Espíritu la Fe.

La potencia maligna del pecado

Luego ¿lo bueno me ha sido muerte? Nada de eso; pero el pecado, para mostrar toda su malicia, por lo bueno me dio la muerte, haciéndose por el precepto sobremanera pecaminoso.

Lo bueno, indiscutiblemente, es la Ley. No sólo porque sin Ley no encontraría la conciencia natural una dimensión final en la que encontrar su fuerza universal, válida en todo tiempo y lugar. También porque sin Ley la voluntad de todo ser inteligente libre, provocada por la visión de un estado ontológico ajeno a la convivencia natural, no encontraría freno para procurarse su transformación en una bestia asesina contra la cual el único recurso posible es la caza y captura en la forma a como perseguimos a una fiera salvaje que aterroriza a la población y la población entera, unida frente a algo no humano, se lanza a su caza y destrucción inmediata: sin acordarle a la bestia las leyes de la misericordia naturales al mundo de los humanos. La potencia maligna del Mal está, por tanto, en hacer de su rebelión contra la Ley un artículo de superioridad sobre quienes tenemos en la Ley nuestro Bien universal sempiterno. Algo que, desgraciadamente, vemos en carne aún en nuestros tiempos, cuando todavía podemos encontrarnos con aullidos de rebelión contra Dios, el Estado y el Hombre

en base a que la Rebelión es el estadio natural superior del ser humano. Semejante discurso, cuando se arma, empuja a sus seguidores al otro lado de lo humano, haciendo que los actos delincuentes de tal bestia homicida sea comparado a los de la bestia asesina a la que es imposible ajustarle la Ley Humana y sólo cabe su destrucción inmediata. De esta manera es, según el Apóstol y todo cristiano concuerda, cómo el pecado, seduciendo con su fuerza, arrastra al hombre lejos de la condición que le es natural y, creyéndose superior a la Ley, evoluciona hacia un nuevo estado antinatural, propio de las bestias salvajes contra las que sólo cabe, pues que están desprovistas de la Razón Humana, la caza, captura y destrucción. En consecuencia nada ni nadie puede ponerse sobre la Ley. La Ley es el bien supremo, la roca indestructible contra cuyos preceptos sempiternos se estrellan los terremotos que causan las razones salvajes de Partidos y Estados que tienen en una teoría del Poder y la Raza el puente que los aleja de la naturaleza humana y, aún siendo humanos en su orígenes, dando el salto del Hombre a la Bestia, acaban siendo raza de demonios. De donde nosotros vemos que la necesidad de vivir a la luz de la Ley, en este caso la Palabra de Dios, es la garantía sempiterna de convivencia pacífica entre todas las naciones de la creación. Y lo contrario, despreciar a la criatura por su necesidad de la Ley, es un acto criminal que conduce al demente al bestialismo, y acaba invocando contra su voluntaria e irrecuperable demencia la ley que se le aplica a las bestias asesinas.

Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido por esclavo al pecado.

En efecto, las leyes de la creación miran a cada criatura pero sólo Dios puede erigir una Ley Universal cuya Luz gobierne las Conciencias de todas las Naciones del Universo. De aquí que la Ley divina sea la fuente de las leyes de la creación. En nuestro caso, acordando el estado de indefensión al que fuimos expuestos por la Rebelión de un sector de los hijos de Dios, acontecimiento recogido en el Génesis, y que deviene punto de reflexión en este capítulo, la transformación de lo humano en bestia asesina no procedió de un acto voluntario ejecutado, tal que Adán se hubiera unido y libremente a Satán contra Dios. Nada de eso. A no ser que algún demente sea capaz de convencernos de que la esclavitud es un estado hermoso y natural contra el cual nuestra lucha fue el verdadero acto de demencia. La afirmación de San Pablo no puede ser más directa y procurarnos el argumento más sólido a favor de la Ignorancia sobre la que Dios basó la Redención del Género Humano. Si, pues, fuimos vendido al

pecado, fuimos trofeo para un conquistador que alzó su bandera contra Dios y nos ganó como esclavos para su imperio, sobre la naturaleza infernal del cual no tenemos más que abrir los ojos para descubrir la impronta de su malignidad en cada pulgada de nuestra Tierra. Realidad que implica, y demuestra el Cristianismo en su Historia en cuanto encarnación de la Lucha por la Libertad contra semejante Imperio del Mal, que la Batalla del Hombre contra la parte de la Casa de Dios que por cuenta propia quiso pisar la Ley y obligar a Dios, mediante la muerte de su Hijo Adán, a retirar la Ley: Estableciendo sobre ella la Inviolabilidad de la Cámara de los dioses ante la acción de la Justicia Eterna... que esta Batalla está viva y ese acerca a su fase Final.

Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que no quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.

Tal es el estado de la condición humana alejada de la Ley de Cristo. Pone, por tanto San Pablo al desnudo, exponiendo su pasado al juicio de la inteligencia, cuál es la verdadera causa de la impotencia del ser humano para alcanzar su libertad. La causa de nuestra propia destrucción está, no ya fuera, sino en nosotros mismos. Y es lógico y natural que así sea. Nadie ignora que un comportamiento, aún obligado, establecido a lo largo de siglos y milenios acaba provocando en el ser una perversión hereditaria, maligna, que le afecta al propio individuo y a su sociedad en conjunto. Habiendo estado el hombre en general cuatro milenios y el judío en particular dos milenios sujetos a la esclavitud del Imperio del Mal -hablando respecto a la fecha en la que fue firmada esta Carta- creer que semejante comportamiento, aunque obligado, no fuera a generar una herencia es mucho creer. Obviamente la libertad cristiana implica la liberación de este comportamiento heredado, instaurado en la carne de los padres a lo largo, hablando de hoy, de seis milenios interminables. Basta, para ver la razón hereditaria del comportamiento, fijar los ojos en el efecto que sobre la última generación tiene la historia de una rama genealógica durante una corta sucesión de generaciones dedicada a una acción social específica. Esta predisposición genética que se da dentro de una rama humana es sólo una prueba sobre cómo un comportamiento familiar heredado se transforma y da lugar a unas características genéticas específicas. Tanto más fuerte debe ser el sello específico que cientos de generaciones sujetas a un comportamiento específico transmite a la última generación. Cuando este comportamiento es bueno, bendito sea Dios, pero cuando es todo lo contrario el ser humano se halla esclavo de sus padres y

la libertad le es tan necesaria como el agua a la tierra, pues la Naturaleza sirve a su Creador y tiende por inercia, sin Ley Moral de su parte, a eliminar aquella parte de la masa biológica que no se sujeta a la Ley de la Creación. No se trata de ver en la rebelión contra los padres una ley universal, máxime cuando son los propios padres los que vivieron bajo aquella ley de esclavitud y, tal cual vemos a nuestro alrededor, todavía viven esclavos de un comportamiento que tiende a conducirlos a su destrucción. Pero es evidente que más allá de la obediencia, los progenitores no pueden exigir la esclavitud de los procreados en base al respeto a las cadenas paternas. Lo que conviene es la liberación de padres e hijos, pues todos están sujetos a la misma ley de esclavitud impuesta por una herencia milenaria en su origen ajena a la propia ley de la humanidad. Esta liberación total se realiza exclusivamente dentro del Cristianismo. Pues la liberación no cristiana conduce de cadenas a cadenas, de un campo de trabajos forzados a otro campo de trabajos forzados. Es en el Ser Cristiano y sólo en el Cristiano donde el Hombre se libera de toda tutela y se realiza en cuanto Individuo Pleno, es decir, hijo de Dios, Plenitud en la que progenitores y progenizados se miran cara a cara y se encuentran unidos para siempre en la Identidad sempiterna que implica la Paternidad de Dios sobre todos los hombres.

Si, pues hago lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena.

No podía ser de otra forma. Lo contrario, creer que la Ley es mala -entendiendo la ley que procede como río de la fuente Divina- procede de una mente maligna. Toda ley que procede de justicia es buena y la rebelión contra su declaración es un acto de salvajismo que, como se dijo arriba, conduce al rebelde a la negación libre de su humanidad. Y en este sentido lo que valía ayer vale hoy y para siempre. La Ley no es buena Hoy y mala al día siguiente. Lo es en función de aquel que desea hacer el mal y necesita de la conversión del Bien en Mal y del Mal en Bien para cometer impunemente sus delitos. La diferencia, en este orden, viene de la voluntad. Y al mismo tiempo de la libertad. ¿Tiene voluntad un esclavo? Ahora bien, debemos tener en cuenta que San Pablo vivió entre nosotros hace dos milenios. Al presente el Cristianismo y su Doctrina no son realidades ignotas y desconocidas por las naciones. Quien hace el Mal conociendo que existe Cristo no tiene excusa ante la Ley. No sirven nacionalismos, no sirven utopías. La Ley es un camino que conduce al futuro por la senda del Bien. El atajo del Mal, es decir, el terror, el crimen, es propio de demonios. Y lo propio de los demonios es imponer su ley

sobre la Ley Universal, Ley Universal a la luz de cuya Sabiduría y sólo bajo su Paz puede una Civilización hacer el camino durante la eternidad. Resultando de aquí que si la ley que tengo en mis miembros es la ley del terror y del crimen la salida única es Cristo, en quien la Ley que rige su Cuerpo y su Mente es la Ley Universal a cuyos pies debe todo el mundo poner las armas de su ley.

Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí.

En efecto, antes de Cristo y después de Adán el ser humano se halló esclavizado a un imperio de terror contra cuya ley el hombre no tenía ninguna protección y defensa. El paso de los siglos hizo de sus cadenas herencia. Pero viniendo Cristo por la Fe el hombre es liberado de esa herencia y llamado a combatir ese imperio bajo cuyas ruedas es aplastada la Humanidad. Esclavos, pues, de dicha herencia, la Verdad es la Llave que puede liberar a todos los hombres de las cadenas que sus pueblos y su historia arrojaron sobre sus mentes. En cuanto cristianos digamos que San Pablo está analizando la naturaleza de Saulo, y en ella refleja la naturaleza del mundo en su conjunto. Se entiende que en cuanto hijos de Dios, nacidos de Cristo, estamos libres respecto a la ley del pecado que con tanta fuerza nos descubre el Apóstol. El pecado sólo podría operar en nosotros fuera de la Fe. Y si estando fuera de la Fe, fuera de Cristo. En definitiva que todo CRISTIANO SUJETO A DICHA LEY DEBE SER EXPULSADO DE LA IGLESIA: SIN DISTINCION ENTRE SACERDOTE Y OBISPO.

Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer hacer el bien está en mí, pero el hacerlo, no.

La ley que imperaba en el hombre antes de la Fe no puede continuar administrando la voluntad del Cristiano sino para el mal de todo el Cristianismo. La ley que vemos la ajustamos a quienes no han gozado del divino néctar de la Fe y, esclavo de sus padres y sus pueblos, viven bajo el imperio de la Muerte sin más Ley que el terror que su voluntad extiende sobre todos quienes no se sujetan a semejante ley de crimen y terror. Pero el Cristiano, romano en tanto que su Iglesia, o Galo en tanto que la suya, o Americano en tanto que la propia, tiene su Libertad en que quiere el Bien y puede hacerlo.

En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero.

Lo cual no quiere decir que le esté llevando la contraria a San Pablo. En absoluto. En la Casa de Dios no hay división. Una Inteligencia es la que opera su Pensamiento en todos los hijos de Dios. San Pablo les está descubriendo a los cristianos de Roma la ley que dominaba entre sus conciudadanos, en razón de la cual tenían que ser comprensivos con ellos a la par que por el conocimiento del estado del que fueron rescatados ganarlos para la Fe mediante el ejemplo de la Libertad conquistada para todos por Jesucristo. Razón y ejemplo que permanece vivo entre nosotros respecto al mundo que aún vive sin la Fe y por las cadenas de sus padres permanecen lejos de la Verdad.

Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado, que habita en mí.

Saulo, por tanto, estuvo encadenado a la ley de sus padres, en razón de la cual se había convertido en un criminal. Y desde aquella esclavitud eran cometidos sus crímenes, siendo de esta manera el precepto: Honrarás a tus padres, causa de transformación de los hijos en delincuentes contra el otro precepto que dice: No matarás. Pero no era la Ley la mala, sino la interpretación humana de la Ley. Porque la Ley no dice: Honra a tus padres matando a tu prójimo, a tu hermano. Es el hombre el que dice: Matando a tu hermano, a tu prójimo, honras a tu padre. Con lo cual, siendo la Interpretación Humana el foco del Crimen, como se ve en Saulo, el padre deviene delincuente, y en consecuencia quedando fuera de la Ley el hijo queda absuelto de la obligación del precepto que sólo rige a quienes viven bajo su bandera. Mas en el Cristiano semejante relación criminal es imposible por en cuanto la Paternidad es referida a Dios, quien diciendo: No matarás, la Honra que pide es la Obediencia a su Precepto. Me explico: por esta Ley queda todo cristiano libre de cualquier Honra a humano alguno, sea sacerdote u obispo, que implique la esclavitud a su voluntad y conlleve un acto delictivo en razón de la Interpretación de la Palabra de Dios, si esta Interpretación es promotora del crimen. Tal humano, sacerdote u obispo, queda fuera de la Ley y en consecuencia su no expulsión de la Iglesia es una violación de la Fe de Cristo.

Por consiguiente tengo en mí esta ley: que, queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apega;

Ley que se hereda de padres a hijos, como hemos visto, y se desprende de la Historia y la Ciencia. De tal manera que la Libertad del Hombre, aparte de sólo realizarse por Cristo en la Fe, implica, por conocimiento del origen, la lucha constante del Cristiano ante un Mundo sujeto a dicha ley de Voluntad Esclava. Lucha positiva en tanto que se busca la Libertad de nuestros semejantes y conlleva a la batalla frontal únicamente en caso de rechazo libre a la Ley del Bien Universal.

porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior

Conocerse a sí mismo, lo que somos, quienes somos, de donde venimos y a donde vamos es la plenitud del ser. Este Conocimiento en tanto en cuanto plenitud ontológica de la vida del YO es el gozo supremo del Hombre. No hay mayor placer que el ser humano pueda experimentar. Todo placer es nada comparado al gozo del Conocimiento verdadero del Hombre que somos. Este Hombre, Imagen de su Creador, se deleita en la Ley de Dios con toda su mente y su alma porque es esa Ley la fuente de la Libertad sin medida a la que aspira el ser humano desde el principio de su existencia. Es en la Palabra de Dios que se sustenta la Paz, la Justicia, el Derecho, la Igualdad y la Fraternidad entre todas las criaturas del Universo. Es por su palabra que hemos sido hechos herederos de la vida eterna. ¡Cómo no adorar su Verbo y bailar al son de sus ecos! Hijos de Dios de todas las naciones y razas, su bandera es bandera de amor, su estandarte es estandarte de alegría. Batid palmas y alzad el alma porque la Promesa es firme: Se apoderarán tus hijos de las puertas de sus enemigos. Aleluya.

pero siento otra ley en mis miembros que repugna la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros.

Dos son, pues, los frentes desde los que el Mal, en forma de pecado, busca la ruina del cristiano, primero, y del mundo, finalmente. El primero ha sido vencido por la Fe. El segundo se mueve en el mundo y desde él busca sujetarnos a la ley de la que fuimos liberados. Nuestro objetivo es liberar a nuestro prójimo de las cadenas de la Muerte, bajo cuyo peso

vivieron nuestros padres y de cuyo peso por la Gracia de la Fe nacimos libres. En cuanto al mundo:

¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?

Sí, San Pablo, he aquí su santidad, se hace uno con el mundo para pedir desde su carne misericordia y piedad al Juez de todos los Hombres. Quien, oyendo su clamor, antes de salir de sus labios ya tuvo en cuenta nuestra esclavitud y nos dio al Héroe que había de enfrentarse a aquél que hiciera del Hombre su trofeo de guerra.

Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor... Así, pues, yo mismo, que con la mente sirvo a la Ley de Dios, sirvo con la carne a la ley del pecado.

La Vida del espíritu

Seguramente este capítulo y la clásica lucha del catecismo cristiano contra el mundo, el demonio y la carne están en íntima relación. Que el mundo se halle en batalla constante contra el cristianismo no hace falta probarlo; el número de veces que el mundo se ha lanzado contra el cristianismo desde los tiempos romanos hasta los comunistas y los momentos islámicos que estamos viviendo, cuando por ser cristianos son asesinados millones de personas, los últimos dos millones en Sudán ante la impunidad internacional absoluta, la alegría del comunismo chino, la complicidad del Islam y la pasividad total de la ONU; el número de veces que el mundo se ha lanzado contra el cristianismo para destruirlo y erradicarlo de la faz de la Tierra, empezando por la destrucción del propio Cristo Jesús, es una cuenta que se pierde en las páginas de la Historia. La causa del por qué de esta tendencia asesina por parte del mundo contra el Hombre que Dios creara y rescatara de las manos del Infierno para hacer suyo el Universo, es bien conocida. En tanto que cristianos quien más quien menos todos conocemos el Episodio de la Caída. Lo que nos diferencia a unos y a otros es la toma de posición a la hora de determinar el por qué siendo Dios Omnisciente y Todopoderoso, como se ve de la Creación del Universo, tuvo lugar el Acontecimiento de la Traición de Judas. La respuesta del hombre carnal -y así entramos en materia- se reduce a la visión del Hombre en tanto que bestia sin voluntad cuyos movimientos se producen al compás de la Fuerza Divina. Es la posición del Protestantismo Original, especialmente fuerte en el pensamiento

pronazi calvinista. El hombre espiritual contempla el acontecimiento desde la Libertad que en su Sabiduría Dios despliega sobre su Creación, en la que imponer su Fuerza contra la voluntad de la Criatura sería dar pie a una Dictadura, final esencialmente opuesto al sentido íntimo de la propia Libertad Divina. Es sobre este hombre espiritual, realzado en sí mismo, que dice el Apóstol:

No hay, pues, ya condenación alguna para los que son de Cristo Jesús,

Y no la hay porque Cristo Jesús y la Libertad devienen una sola cosa, como se ve del episodio de Judas. Donde vimos cómo siendo Jesús omnisciente y todopoderoso a imagen y semejanza de su Dios dejó a la voluntad de Judas tomar la decisión final sobre el uso de su Libertad en cuanto criatura de ese mismo Dios a cuya imagen y semejanza hemos sido llamados todos. En el uso de esta Libertad podemos tanto alzarnos contra nuestro Creador como participar de su Vida. La respuesta de Cristo Jesús ante esta cuestión, que la propia Libertad trae consigo, fue la participación sin límites en la vida divina, a la que Dios respondió con una apertura sin medida de su propio Ser. La de Judas fue prototipo de la respuesta de quienes rechazaron libremente a Dios y en consecuencia le declararon la Guerra. Prototipo, digo, porque la misma Ignorancia que gobernó el comportamiento del Judío y del Gentil, Ignorancia que nos hizo a todos acreedores de la Justicia Redentora de la Fe, y que fuera recogida por Jesús desde su Cruz, diciendo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”, esa misma Ignorancia fue el núcleo duro desde el que Judas procesó su decisión final. Lejos nosotros de esta Ignorancia, y aún cuando, como hemos visto, en el propio cristianismo la lucha entre el hombre carnal y el espiritual no haya cesado completamente, procediendo a profundas divisiones con efectos de guerra civil, cual se ve en la Historia; libres de esa Ignorancia, nuestra respuesta a la cuestión básica implícita en el Hecho de la Creación es firme, sólida y inequívoca: Participación sin límites en la Vida de Dios según el Modelo que Este nos puso delante de los ojos: Cristo Jesús.

porque la ley de vida en el espíritu de Cristo Jesús me libró de la ley del pecado y de la muerte.

Pues la garantía de la Libertad es el Conocimiento y el caballo de batalla del Mal es la Ignorancia, de la que somos liberados por el espíritu de Cristo Jesús, tierra en la que nuestro Pensamiento echa sus raíces, se alimenta, se hace árbol y crece. De aquí que podamos decir con plenitud de conocimiento: Tenemos el Pensamiento de Cristo. Y si su Pensamiento, su Espíritu. Y si su Espíritu la ley de la herencia a la que se sujeta el hombre salvaje, abandonado a sus propias fuerzas, en quien lo animal priva sobre la inteligencia, no tiene dominio sobre nuestra voluntad, gracias a cuya libertad nuestra voluntad es más fuerte que las tendencias temporales del mundo y nuestro pensamiento más profundo que el de los sabios de este siglo.

Pues lo que a la Ley le era imposible, por ser débil a causa de la carne, Dios, enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado y por el pecado, condenó al pecado en la carne

No podía ser de otra forma. El hombre animal, acorde a la declaración de sus sabios: El hombre es un animal político, se mueve desde impulsos bestiales en los que priva el instinto salvaje de supervivencia y dominio del hábitat, en este caso extendido a su propia especie; su Razón es un arma de dominio que al chocar con la voluntad de sus congéneres se transforma en un instrumento de terror. El Bien Universal deviene la consecución del Poder Personal, y el medio para conseguirlo no tiene límites ni se ajusta a Ley alguna excepto a la del propio bien que se quiere, el Poder, y Poder absoluto. No es algo que haya nacido hoy día, ni porque asistamos a la observación de una especie animal política bajo cuyas pasiones el hábitat terrestre esté siendo destruido, como no podía ser de otra forma cuando se habla del dominio de las fuerzas de la naturaleza por una bestia racional; este comportamiento geocida y homicida viene de lejos, y se computa sus orígenes, es decir, la transformación involutiva de la especie humana desde la condición de los hijos de Dios a la condición de una bestia racional salvaje, en los primeros días de las Ciudades Estados Mesopotámicas, justamente donde tuvo lugar la Caída. Siguiendo la misma ley del comportamiento heredado, con el paso de los siglos y los milenios a la altura del Nacimiento de Cristo Jesús el legado de las naciones a su descendencia fue un testamento de tradiciones religiosas y pasiones nacionalistas totalmente opuestas a la vida del espíritu de inteligencia en razón del cual fuera el Hombre creado. El ser humano, ciertamente, y dándole la razón a los sabios de la época, no era más que un animal, si político en sustancia o esencia no entra en el saco de las consideraciones

que condujera a aquel mundo a su Caída. Aunque nosotros desde nuestra posición privilegiada de observadores del Pasado, actores del Presente y creadores del Futuro, sí podemos corregir al sabio y convenir que más que político lo que le convenía al hombre animal aquél era la naturaleza filosófica, es decir, pensante, algo, el pensamiento, que dista mucho de ser la esencia y sustancia del animal político. Contra aquella Caída del Hombre en la jungla de la selva de la naturaleza animal, que no le convenía, como no le conviene al animal el Derecho Humano, se levantó Cristo Jesús, en quien nos descubrió Dios la Idea del Hombre que El se hizo en su Sabiduría el día antes del Principio y acorde a la cual procediera a abrir la cuenta de la Creación del Género Humano. Así que, pretender seguir comparando al Hombre con una bestia, sea política o científica, es una doctrina homicida, suicida, y esquizoide que dista mucho de hacer de quienes se dicen o son llamados sabios dignos de la Sabiduría.

para que la justicia se cumpliese en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu.

Justicia, entonces, abierta y sin medida para todos los hombres, porque todos fueron condenados por el pecado de uno solo, como hemos visto anteriormente. Justicia sin acepción, volvemos a las disensiones entre los propios cristianos, que le es negada a las naciones por quienes, desde el protestantismo, limitan la Gracia Todopoderosa y Omnisciente de Dios a los elegidos de la providencia. Con lo cual, limitando la Gracia Divina a esos elegidos las ramas protestantes caen en el terrible error de enmendarle la plana a Dios y a su Hijo. Se puede demostrar con la Biblia en la mano que semejante limitación fue una zancadilla del diablo a Lutero y Calvino. Es de creer que el catolicismo jamás manipuló el Texto hasta el punto de donde el Evangelista puso que “Dios amó tanto al mundo que envió a su propio Hijo para que todo el que crea en El viva para siempre”, este Amor no comprenda a todos los hombres y sí y sólo y exclusivamente a la raza humana de ojitos azules, pelito dorado y una altura de seis pies la mínima. Basta el pensamiento más superficial para tirar al fuego semejantes papeles escritos por mentes atrapadas en las redes de su propio orgullo carnal, demostrando en esta declaración fatal la involución del hombre espiritual al animal que el protestantismo a la postre puso en marcha. Y no precisamente porque el catolicismo, exceptuando nombres, hubiese realizado en sí el hombre espiritual. La meta en el horizonte era la realización de este Hombre, hacia la cual puso Dios en movimiento el cristianismo y el cristianismo en cuanto camino hacia este Futuro Perfecto.

Fue en el camino que por obra y gracia de Calvino el protestantismo cayó en el terrible error de enmendarles a Dios y a su Hijo la plana mediante la limitación extensiva de la Redención y su Gracia al círculo selecto de los elegidos. Con Calvino, en efecto, el Protestantismo devino una secta.

Los que son según la carne sienten las cosas carnales; los que son según el espíritu sienten las cosas espirituales.

Qué sean las cosas carnales basta echarle un ojo a la Historia, por no condenar al Presente, para ver qué sean las cosas de la carne. El Poder, las Riquezas y el Placer son las tres grandes tendencias típicas del animal racional. Nada ni nadie detiene estos instintos cuando están desatados. El Crimen, el Delito y la Guerra son simples instrumentos para su consecución. Y el impulso de satisfacción de tales instintos se descubre como fuerza superior a la propia bestia humana, que escapa a su control y al hilo de cuyas corrientes se mueve su voluntad, de la que es esclava su libertad y en tanto que esclava es puesta al servicio de la satisfacción de tales tendencias patológicas. Por supuesto en absoluto delictivas ni criminales en tanto que el bien supremo del animal devenido en bestia se justifica en la consecución del propio fin obtenido o por obtener. Sea, pues, el Poder, las Riquezas o el simple Placer referido al uso del semejante como simple medio de satisfacción sexual, o de los bienes naturales y sociales como medios de elevación del orgullo individual y grupal, privando al ser humano manipulado de toda su componente natural humana y a los bienes naturales y sociales de su sustancia benefactora, estas tres tendencias representan una involución del ser humano en la dirección contraria a la que por su Naturaleza tiende el Hombre desde sus Orígenes. Las doctrinas que en su representación postula y viste de ciencia, religión o ideología no son más que instrumentos de crimen y delito.

Porque el apetito de la carne es muerte, pero el apetito del espíritu es vida y paz.

Vida eterna y Paz Universal, he aquí las dos grandes aspiraciones motrices propias del Hombre. Aspiraciones porque vienen implícitas en su Inteligencia, y motrices porque siendo metas son puntos de partida y camino hacia su consecución. Aspiraciones compartidas por la ciencia, por ejemplo, pero de la que nos separa la Fe al usar el animal científico la

guerra como instrumento y la manipulación de la Naturaleza, incluido el hombre, como camino. Andando por el cual se llega, como estamos viendo, a la destrucción del mundo. Punto que no le molesta, según se observa, sino que en lugar de detener al animal científico lo arrastra más y más en la dirección emprendida.

Por lo cual el apetito de la carne es enemistad con Dios y no se sujeta ni puede sujetarse a la Ley de Dios.

Evidente, pues si la Ciencia conduce a la destrucción del Hombre y la Naturaleza al proclamar la Ciencia la animalidad de la Inteligencia, reduciéndola a la simple Razón de las bestias, y la Voluntad de Dios es que el dominio de la Naturaleza por el Hombre no sea utilizado para el Dominio sobre y contra el Hombre, al hacer la Ciencia que este dominio natural sea propiedad de un grupo de animales humanos, sean políticos o no importa qué clase, y poner en estos grupos las leyes de la Naturaleza para imponer esa Fuerza sobre los demás grupos humanos, la Ciencia no puede aceptar ni sujetarse a la Ley de Dios, a quien tienen que repudiar y desterrar de la conciencia mediante la disolución de toda Moral genética, a fin de alcanzar el fin patológico que le es natural a la ciencia de las bestias, a saber, la transformación de los elegidos de la evolución, los Fuertes, en el superhombre, y de las masas, todos nosotros, en simples bestias sin más derechos que los acordados para su control por el grupo dominante, con el que la clase científica se hace un solo hombre. Imposible, por tanto, que desde la mente animal de la ciencia pueda darse Paz Universal, -pues la Paz Universal repugna las leyes de la propia mentalidad animal científica-, y menos aún Vida eterna

Los que caminan según la carne

Complementamos en este capítulo el muro entre la carne y el espíritu que la propia Fe levanta entre Cielo e Infierno, entre esperanza y vacío de futuro. Tengamos en cuenta que la gran diferencia entre el cristiano y el hombre sin Fe reside, se teje y se articula alrededor y desde la vida eterna que Dios comunicó a su creación entera. Aunque la idea de un juicio final y una vida futura paradisiaca es un legado del mundo de Adán a las naciones antiguas, ese legado encontró en Cristo Jesús su desarrollo final, por el cual supimos que la esperanza de vida eterna se cumple en el

Reino de Dios. En la Tierra existen otras sociedades religiosas que reclaman para sí esta idea del cristianismo, si bien no aceptando la Fe del propio cristianismo. El hecho es que Cristo Jesús fue la encarnación de aquélla Idea, y no aceptar su Evangelio es querer anular su Doctrina de Fe y Esperanza siguiendo la táctica de unirse al enemigo para vencerlo. No miente por tanto San Pablo al afirmar que:

Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios;

Imposible es que el hombre que mira a la muerte y desde la muerte enfoca su existencia pueda actuar acorde a quien camina desde los presupuestos de una vida eterna, que se cumple en espíritu en nosotros y respecto a la cual la muerte no es más que una ley impuesta por circunstancias externas a nosotros como al propio Dios que rociara las aguas del universo con la energía de su propio ser a fin de hacer que la semilla de la vida emergiera desde la Naturaleza así revolucionada. La diferencia que establece la Fe entre hombres y hombres opera en este terreno y tiene en sus dimensiones sus horizontes. Pues quien vive contando sus días disfruta de su tiempo según sus limitaciones y enfoca sus actos en el presente al máximo goce dentro de esas cuatro paredes construidas por la muerte. Hablando sobre este comportamiento antinatural -una vez que la propia Naturaleza ha sido vestida de eternidad- Jesús dijo: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos”. Pues quien vive entre las cuatro paredes de la muerte, aunque respire, está muerto. Ahora bien, lo natural es la respiración en la consciencia de vida eterna, desde la que el futuro abre sus horizontes a la acción sobre los siglos y enfoca el camino del ser acorde a la realidad interna en la que la conciencia de la Fe vive. Es lo que vemos en Cristo Jesús, un hombre cuya respiración no tiene lugar entre las dimensiones de la muerte sino que piensa y se mueve como quien es inmortal. Y es el hombre que vive en el cristiano.

pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que de verdad el espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo.

No puede ser de otra forma. Lo increíble fuera que no fuese así. Ser cristiano y vivir acorde a los principios de una vida mortal, ajustando las acciones y los pensamientos a la vida de una criatura sin futuro eterno, es

la negación del propio Cristo desde el cristianismo. El propio Pablo lo declara y aún cuando habla para cristianos se permite poner en claro que el mal del cristianismo procede precisamente de quienes desde dentro operan y viven como criaturas sin consciencia de la vida eterna a la que hemos nacido y en la que se mueve el Ser cristiano, que es como ser cristiano sin Dios, una cosa muy rara. Pero que no por ser muy rara por ello dejamos de tener las pruebas más claras de su existencia, a todos los niveles del cristianismo, empezando por los obispos y terminando por el pueblo.

Mas si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto para el pecado, pero el espíritu vive por la justicia.

Lo que caracteriza una vida puramente mortal, y de existir esta vida lo contrario sería absolutamente antinatural, es la consecución del propio bien y satisfacción individual. Vemos su encarnación material en el ateísmo científico, padre del materialismo, en el que el hombre, igualado a la bestia, se limita a procurarse su propio placer ¡¡aún sobre el cadáver de sus semejantes!! Y es que al no ser el Otro el Yo, el Otro no puede ser su semejante; Razón que deviene en Ciencia y proclama la necesaria muerte del Débil a los pies del Fuerte en Razón de operar dentro de la Especie dos razas, la del Fuerte y la del Débil. Otra Ley Criminal sería imposible de ser concebida, es verdad, una vez adoptada por la Ciencia el credo de la Razón de la Edad Moderna.

Y será desde esta Ley que, al no ser escrupulosamente seguida, que la Especie se hunda en crisis continuas... por culpa de la debilidad del Fuerte ante el aplastamiento legítimo desde la Ley por el Fuerte. La Muerte, pues, enfoca sus obras y gobierna el pensamiento de quienes viven entre sus planteamientos patológicos lejos de la Verdadera estructura de la Naturaleza Universal, que, investida de Eternidad, hace brotar la Semilla del Árbol de la Vida sobre un Océano fecundado por el Espíritu Creador: para, precisamente, hacer que el Ser de la Creación goce de la vida eterna natural a Dios, el Único y Verdadero Causante de esta Revolución cuyo fruto y mejor prueba somos nosotros, aquéllos en quienes el Espíritu de Cristo es la Raíz del Yo, es decir, del Ser.

Y si el espíritu de aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará

también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu, que habita en vosotros.

En esto está la Fe.

Y de nuevo observamos el planteamiento que San Pablo hace, incluyendo siempre en su juicio la necesidad de no perder el sentido de la realidad en base a la adopción del nombre de “cristiano”. Juicio vigilante y de defensa que se muestra de necesidad para la vida del Yo, y esto incluyendo en el juicio a los propios obispos, independientemente de su lugar en la jerarquía de las iglesias. Porque San Pablo no dirigió esta Epístola exclusivamente al cristiano de a pie, sino que dirigía sus palabras a todos los cristianos en su conjunto, lo mismo sacerdotes que fieles. Y lo contrario, que el sacerdote y el pastor siendo cristianos en ningún caso fueran destinatarios de las palabras del Espíritu Santo sería una aberración diabólica del tipo puesto en marcha por Satán en el Edén, quien, siendo hijo de Dios, utilizó esta Vestidura Divina para enviarnos a todos al Infierno. Creer que el hábito hace al monje es un suicidio. Y creer que por enfundarse una mitra la cabeza queda santificada es un delito contra Dios y el Hombre. Ahora bien, el Juicio mira a las palabras y las obras, permaneciendo ante el Tribunal de los hijos de Dios todo hombre como desnudo en relación a sus palabras y obras. Lo contrario, creer que el hábito hace al monje y por el hecho de ser elevado alguien a cierto puesto queda automáticamente libre, de no haberlo estado antes, del pecado y el crimen, es un suicidio contra la Fe del mismo Cristo Jesús, quien, siendo el Rey del Universo, se desnudó ante Dios para descubrirnos que no las ropas sino el Ser es el que se presentará, sea para bien o para mal, ante el Juez de toda la Creación.

Así pues, hermanos, no somos deudores de la carne para vivir según la carne

Nunca. No fue por las obras de la Muerte que se cumple en nuestro Ser el milagro de Nacer a la vida del Espíritu de la vida eterna. Fue el Brazo de Dios el Autor de esta Obra por la cual los horizontes entre los que la Muerte encerró la Consciencia del Hombre cayeron y la Mente Humana ha sido restaurada en la Libertad de los hijos de Dios, Libertad en orden a la cual fuera creado el Hombre. No es, pues, obra de la reproducción y multiplicación de lo humano que la Fe logró articular su Doctrina entre

nosotros, porque en este caso la Encarnación no hubiera sido necesaria. Al contrario, la Encarnación puso sobre la mesa la imposibilidad fáctica que desde la eternidad existe para el logro de la realización del Misterio de la Creación de vida a Imagen y Semejanza de Dios. Imposibilidad que fue vencida por Dios; sobre cuya Victoria el mejor canto es la Encarnación. Si de alguien somos Deudores, por tanto, lo somos de Aquel que resucitó a Jesucristo, en cuya Resurrección vino a apuntalar Dios, mediante un hecho Histórico, su Victoria sobre la Muerte, que devino un hecho consumado. Hecho por el cual quiso Dios darnos a conocer que la Vida, no por evolución, sino por su Poder, viene a luz para disfrutar de días que no se acaban nunca, a imagen y semejanza de su propia Vida. Y nacidos para disfrutar de vida a su imagen y semejanza lo que le conviene a todo hombre es vivir acorde a esta Nueva Realidad Universal. Por Ley ajena a la Voluntad de Dios tenemos que morir, pero por la Ley del Poder de Dios ese momento es sólo un punto en la línea de nuestra vida eterna. Cerramos los ojos a la Tierra para abrirlos al Cielo.,. si, como dice Pablo, hemos vivido en la Tierra tal cual si ya estuviéramos en el Cielo.

que si vivís según la carne, moriréis; mas, si con el espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis.

Otra cosa no sería natural. Ni desde la óptica de la inteligencia humana ni desde la de la misericordia divina. Es decir, que caminando en este mundo a imagen y semejanza de verdaderos demonios se nos abriesen las puertas del Cielo por el simple hecho de haber cometido esos crímenes... en nombre de Cristo... De donde se ve que mientras más alto sube el hombre más dura es la caída. Y pues que todos estamos sujetos a la estructura de un mundo en constante lucha contra Dios, es decir, contra sí mismo, la paz es sólo para los que están muertos. Pues la paz implica que ya no hay problemas. Pero el que está vivo camina de problema en problema. Y mientras exista este enfrentamiento la batalla empieza en uno mismo. Dejemos, pues, que los muertos entierren a sus muertos, y nosotros a lo nuestro, a contemplar el futuro de los siglos y acordar nuestras acciones en pensamiento, palabra y obra al comportamiento natural a quienes nacen para gozar de la vida eterna. Porque como dijimos antes: La Muerte ya no tiene poder sobre nosotros, ni antes, ni durante, ni después. Vivimos como Inmortales en un cuerpo mortal, cierto, pero la victoria del Hombre sobre la Muerte está en que siendo mortales nos comportamos, en pensamiento, palabra y obra, como Inmortales ¡¡a Imagen y Semejanza de Cristo Jesús!!

A este misterio de vida se reduce la Fe.

El cristiano, hijo de Dios

He aquí que lo que se escribió al Principio, "Adán, hijo de Dios", vuelve a escribirse al Final: Jesús, hijo de Dios. Escrito con el que Dios demostró delante de todas las Naciones del Universo que El jamás sentenció al Hombre al destierro eterno de su Reino. Pero habiendo roto su Mandato la propia fuerza de la Ley juzgó el delito y acorde a sus causas El administró Juicio. La sentencia contra el Género Humano era firme, pero únicamente por un tiempo, cual se correspondía a la naturaleza del propio delito. Habría de llegar el Día de la Libertad; el Día en que una vez penado el Delito, por el que la Mente del Hombre fue encerrada entre los muros de la Ignorancia, la condena satisfecha, la Puerta se abriría y el Hombre entraría en posesión de su Heredad, el Espíritu de Dios, el Espíritu de Yavé: "Espíritu de Sabiduría e Inteligencia, espíritu de Entendimiento y Fortaleza, espíritu de Consejo y Temor de Dios". En fin, el espíritu de Cristo. Pero Dios, en su maravillosa omnisciencia y habiendo sufrido contra su Voluntad la pérdida de su hijo, el Hombre, nosotros, quiso celebrar la Fiesta de la Libertad, estando nosotros aún en el Destierro de su Espíritu, mediante la visión de la Verdadera Naturaleza de su Paternidad Universal, que se manifestó en Cristo Jesús y sus Discípulos: a fin de que no le tuviéramos miedo a la Libertad de la gloria de los hijos de Dios, en razón de la cual el Género Humano fue creado y, en consecuencia, su luz nos es tan natural como el sol, el aire y el agua. La espiritualidad no es por tanto una dimensión extraña a nuestra naturaleza. Al contrario su ausencia es la que causa la imposibilidad fáctica que le impide a nuestra inteligencia una evolución omnisciente sin límites: dentro del espacio de la Ley Divina, siempre- se entiende.

Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

Tal es la razón redentora cristiana bajo cuyo crecimiento la Civilización saltó de la Filosofía a la Ciencia, salto que de por sí sola -como se ve de su muerte bajo los pies de los Bárbaros y su resurrección de manos del Cristianismo- la Civilización no podía realizar, y, gracias a Jesucristo y sus Discípulos, tuvo lugar. La declaración de San Pablo no es,

entonces, gratuita. El reconocimiento de la Filiación Divina del Movimiento Cristiano procede de la glorificación de Aquel que sobre todos extendió su Paternidad, por cuya Voluntad ese salto de la Civilización fue posible y sin cuyo Poder y sabiduría la Civilización jamás hubiera salido de la tumba en la que la enterraron los Atilas de aquellos siglos. Al Cristianismo y sólo al Cristianismo, hablando entre hombres, le corresponde la gloria imperecedera de haber producido el milagro del Renacimiento de la Civilización. Lo otro, sostener que sin el Cristianismo la Civilización hubiera sobrevivido al peso de la Invasión y Destrucción del Mundo Antiguo, es pura demencia. Los efectos de aquella Gesta saltan a la vista. Que ahora quieran algunos deslegitimar los efectos partiendo de los límites puestos en marcha es discurso de la misma raíz demencial anterior, y que entra dentro del discurso natural a la operación de lavado de cerebro que suelen poner en acción los enemigos de la Revolución Cristiana, para quienes antes de ellos era el infierno y con ellos comienza el paraíso a florecer a los pies de sus líderes, nacidos para la eternidad. Lavado de cerebro cuyos efectos esquizoides violentos los tenemos en carne y sangre en el Cementerio del Siglo XX, donde quisieron enterrar al Cristianismo en razón de unas causas revolucionarias universales que, curiosamente, contra la bondad de sus orígenes, hundieron al mundo en el infierno de las guerras mundiales.

Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba! ¡Padre!

Ante nada ni nadie, entonces, tenemos que excusar, justificar o simplemente hacer comprender nuestro derecho a vivir y gobernar nuestra Civilización acorde al reino de la Ley Universal Divina que con su sabiduría mantiene vivas y en constante crecimiento todas las Naciones de la Creación. Que tuviéramos que justificar lo que compramos con nuestra sangre, es una petición imposible de satisfacer porque su discurso implica nuestra renuncia al Gobierno de nuestra Civilización. Nuestro Derecho al Gobierno Universal de la Civilización no puede ser discutido ni sujeto a tela de juicio.

El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios

Y lo contrario, que siendo nosotros, los Cristianos, los fundadores de este Mundo, y por Cristianos hijos de Dios, que nosotros fuéramos gobernados en nuestra propia Casa y Reino por un Poder extraño a quien es el Rey de nuestro Universo, viviendo así bajo una ley ajena a la Justicia sempiterna sobre cuyos Mandatos está articulada la Creación entera, esta opción, no importa el discurso que la proteja, es un suicidio que le afecta a todo el género humano. Siendo nuestro Padre el Rey y Señor de los Cielos y de la Tierra sería un suicidio colectivo vivir bajo la ley no de nuestro Dios y Padre sino la de un enemigo de su Casa y Reino. Que somos lo que somos es un hecho que está más allá de la esfera del diálogo con quienes, una vez ofrecido el diálogo usaron el diálogo para conducir al mundo a la destrucción total, a todos los niveles, de la que hemos salido indemne gracias y exclusivamente sólo a la Sabiduría de nuestro Creador. No hay más diálogo posible sobre nuestro derecho e Identidad.

y si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El para ser con Él glorificados.

La timidez y la caridad hasta el límite de dejarse aplastar por quien usa nuestro entendimiento y deseo de paz para aniquilar la Civilización que fundaron nuestros padres con su sangre y sobre el tesoro de su sacrificio imperecedero aniquila nuestro Derecho al Gobierno de la Civilización, que nos pertenece, por la sangre y el Espíritu; la timidez es, hoy, una confesión de renuncia a la Fe en la que hemos nacido, nos criamos y nos movemos. Hijos de Dios, como dice en otra parte San Pablo, familia de Cristo Jesús por obra y gracia del Espíritu de Dios, todo nos pertenece, lo mismo las cosas de los Cielos que las de la Tierra. Ahora bien, si entre nosotros existe división por cuestiones puramente teologales procedentes de causas ya desaparecidas, ¿¡cómo haremos efectivo nuestro Derecho!? ¿¡Acaso puede Dios Padre admitir semejante discordia entre sus hijos y siervos más allá de un tiempo!? ¿¡No habría de llegar el Día de proceder a dar Fin a semejante División en su Casa y Reino mediante el Anuncio de su Voluntad Unificadora!? Ya veremos en el próximo capítulo que Sí

Los sufrimientos presentes comparados con la gloria futura

Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros;

Nadie que esté en su sano juicio pone su vida a los pies de una causa si esa causa no encierra en su seno una meta cuya realización hace de semejante renuncia a la vida terrestre un acto de indescriptible belleza. Se entiende que se está hablando de una renuncia a la manera jesucristiana, de la que San Pablo es el ejemplo: renuncia a la vida sin acto de terror de por medio, como quien se lleva al infierno a cuantos más mejor. Nosotros debemos diferenciar entre la renuncia del sabio y la del loco. La del loco es la renuncia que pide el Islam; la del sabio es la renuncia que se manifestó en Cristo. Pero no sólo nosotros, los Judíos también deben aprender esta diferencia mediante el ejemplo que vive en su propio territorio. Les basta comparar la renuncia islámica, que exige el terror, con la renuncia cristiana, divina por su naturaleza, en la que el Judío tuvo una parte tan grande durante el acto de la ejecución de los sabios fundadores y edificadores del Cristianismo. Pensar que la Renuncia Jesucristiana fue un acto de locura es en sí mismo un ejercicio de locura cuando se tiene en vivo la Diferencia entre la renuncia Divina, representada por Cristo, y la Infernal, representada por los Mártires del Islam. Los Judíos, en tanto que descendientes carnales y espirituales de aquéllos Verdugos de Inocentes, deben, mediante la Diferencia que les sirve el mismo Dios, abrir los ojos y ver su parte en el Holocausto del Cristianismo, persiguiendo a los primeros Cristianos, a fin de curarse de la locura que aún les afecta al pensar en Cristo. Locura que lleva a la parte exaltada de entre los Judíos del Mundo a negar el Holocausto Cristiano que sus padres cometieron, de un lado, y a la creencia de locos de la elevación mesiánica del Pueblo Judío al Trono de la Tierra, algo que ocurrirá algún día... ¿sobre el cadáver de 2.000 millones de cristianos, 1.000 de musulmanes, 1.000 de comunistas y 1.000 de hinduistas tal vez? Basta comparar las cifras para que el pueblo judío reaccione y comprenda que ese miembro mesiánico de su sociedad es uno de los elementos vitales que mantienen vivo el odio del mundo, y de sus vecinos árabes especialmente, hacia el Judaísmo, confundiendo por su culpa el Estado de Israel con el Sionismo demencial de quienes creen de verdad que Jerusalén está destinada a ser la Capital del Futuro Imperio de la Tierra. Únicamente en boca de un loco cabe semejante discurso. No es de esta naturaleza la Expectación que ha mantenido en vilo a la creación entera.

porque la expectación ansiosa de la creación está esperando la manifestación de los hijos de Dios

Antes del Nacimiento del Cristianismo la Expectación del Judío tenía por visión la Llegada del Rey Universal, Ese que aún esperan los descendientes de aquéllos que crucificaron a Jesús y decretaron la Solución Final contra sus Discípulos, hombres, mujeres, ancianos y niños. Desde la Biohistoria se hace muy difícil creer, por no decir imposible, después de tres persecuciones anticristianas sobre suelo judío, ver una absoluta falta de relación entre la actividad anticristiana judía en la capital del Imperio y la Persecución de Nerón tras el Incendio de Roma. Que Flavio Josefo fuera elevado a la amistad del César, después de haber hecho de Judas de los suyos, entregando Jerusalén tras quemar sus Archivos, y desde esa posición reinventara la Historia de los Judíos, empleando los mecanismos del Poder para borrar de la Memoria de su Pueblo el Holocausto Cristiano que Jerusalén protagonizara y su parte en las Persecuciones Anticristianas Romanas; dicha elevación del Judas de los Judíos a la Gloria del Historiador con Libertad absoluta para reinventar el Pasado, es una cárcel biohistórica entre cuyos muros la Conciencia del Pueblo Judío Actual vive su destierro de la Comunidad Internacional en plenas condiciones de Igualdad y respeto. La Expectación Mesiánica se cumplió. Dios abolió toda Corona en el Universo, y puso su Imperio a los pies de su Hijo Primogénito y Unigénito, haciendo de esta manera de El el Único Rey Sempiterno de su Creación. Lo que tuvo lugar en el Cielo habría de tener lugar en la Tierra. Ahora bien, un Rey Universal en el Cielo y otro en la Tierra contradice el Principio de la Universalidad en la Creación. De aquí que la Esperanza mesiánica fundamentalista judía sea pura locura y la Expectación de la Creación de la que San Pablo habla no tenga nada que ver con el acto de destrucción de la Humanidad que el fundamentalismo sionista representa, aunque no lo implique, como condición previa para que su mesías infernal reine en un mundo convertido en un cementerio nuclear. La expectación de la que habla el Sabio autor de esta Epístola tiene que ver con la Restauración del Proyecto de Formación del Género Humano a la Imagen y Semejanza del Espíritu que dijera: “Hagamos al Hombre a nuestra Imagen y a nuestra Semejanza”. Proyecto Divino que fue abandonado a título universal en razón de la Caída del padre carnal del pueblo Judío, Caída que arrastró a todo su mundo al infierno, y, por efecto, al resto de la Humanidad por nacer. Mas siendo Dios Todopoderoso y siendo su Palabra Ley Eterna es impensable que un contratiempo en su Proyecto pudiera ocasionar la destrucción total de su ejecución. Aquí es donde se equivocó la Serpiente. Cuyo razonamiento homicida y suicida se

manifestó en los promotores del Holocausto Cristiano, cuando se dijeron que si pudieron con el Jefe, cuyos poderes eran inimaginables, lo tenían fácil con “los Once cobardes” que salieron corriendo y lo dejaron solo ante sus jueces. Un proyecto Divino puede sufrir un contratiempo que obligue -como diríamos artísticamente- a Improvisar, pero desde luego lo que no puede pasar es que un Proyecto Divino sea destruido, por nada ni por nadie. La Victoria de “los Once Cobardes” es el mejor ejemplo y Prueba de Dios ante los ojos del Israel de nuestros días. Prueba desde la que debe articular el Mundo Judío su pensamiento a la Hora de reinterpretar la rebelión de la Serpiente. O sea, no se refería Dios a un hombre en concreto ni a un pueblo específico cuando dijera: “Hagamos al Hombre a nuestra imagen y semejanza”, sino que, habiendo creado todo el Género Humano, Dios comprendía en este Proyecto de Formación a todos los pueblos y hombres de la Tierra. Mirando a la realización de dicho Proyecto Universal, interrumpido en el Edén, nunca revocado, recogido por Abrahán y Moisés, y vuelto a encontrar su principio en Jesucristo, no viéndolo consumado -como se podía ver por los hechos- San Pablo se hace eco de la Expectación de la Creación y declara la Vigencia de la Voluntad Divina. El Judaísmo en general cierra los ojos a la Realidad y se niega a ver que ese Proyecto en marcha se llama Cristianismo. El Fundamentalismo Judío, en especial, manipula el estado de odio perpetuo entre Islam y Judaísmo para mantener ciego al Estado de Israel y no ver que la doctrina del fundamentalismo sionista actual representa una agresión contra la Región al declarar que las Fronteras del Estado Mesiánico se extienden desde el Mediterráneo a los grandes ríos mesopotámicos. El enemigo de la Paz, en este aspecto, está entre las fronteras del Estado.

pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta

Otra cosa sería imposible. La Caída fue un delito y su precio fue el debido a la gravedad y naturaleza del mismo. ¿Está acaso por voluntad propia el preso en su cárcel? ¿De poder seguir libre iba a meterse voluntariamente el delincuente entre rejas? Siendo las consecuencias del delito de Adán de proporciones universales en razón del Cómplice al caso, la Humanidad entera fue arrojada entre los muros de la Ignorancia, cuyas cadenas no podría romper el mundo hasta que llegase el Día de su Libertad. Fue en esas condiciones y para mantener viva la Esperanza de Libertad que Dios envió a su Mesías y lo hizo nacer en la misma cárcel para resucitar en el pecho del Hombre la Esperanza ya muerta sobre la

Temporalidad de la Pena Impuesta. Es desde el Conocimiento de esta Temporalidad que San Pablo escribe para el Futuro. Porque si no hubiera nacido Cristo Jesús la Temporalidad de la Pena se habría descubierto infinita, pero viniendo Dios nos reveló la Temporalidad de la misma, proclamando en su Mesías la existencia de un Día, por venir, en que se abriría la Puerta de la Libertad, pues la Pena debida al Delito se habría dado por consumada a título universal. Respecto a este Día "la creación entera se mantenía expectante"

con la esperanza de que también ellas serán liberadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

En efecto, este es el Fin implícito en el Principio del Proyecto Divino de Formación del Género Humano a Imagen y semejanza del Espíritu que dijera: "Hagamos al Hombre a nuestra Imagen y Semejanza", es decir, hijo de Dios. Y como cada hijo de Dios es Cabeza de su Mundo, es de esta manera que Adán nació para ser la Cabeza del Hombre, cuyo Cuerpo, la Plenitud de las Naciones, lo tendría por Rey y Señor. Tocado y hundido el Elegido de Dios, Este restauró el Proyecto y lo hizo Núcleo de la Revolución Universal que la Traición y Rebelión de Satán implicó en la estructura de la futura relación entre Dios y sus hijos. Fue a partir de esta revolución que Dios abolió el Imperio y suscitó la Corona del Gran Rey, su Hijo, Señor Universal de toda su Creación. Y desde esta restauró su proyecto de Adopción del Hombre transformando su Naturaleza entera al darle al Hombre por Cabeza espiritual su propio Hijo. Pues todos los Pueblos tienen por Cabeza un hijo de su Pueblo, carne de su carne y sangre de su sangre, pero el Hombre recibió por Cabeza al mismísimo Unigénito de Dios. De aquí que, emocionado, diga nuestro amado Pablo: Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros. Porque, ciertamente, toda carne es polvo, pero el Hombre, por Voluntad Divina, devino el Cuerpo del Hijo de Dios.

pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto

¡Cómo no, estando la Sabiduría al gobierno de todas las cosas cómo no iba sentir la creación entera la tardanza que la Marcha del Mesías posponía para un Día, tanto más lejano cuando el tiempo no hacía sino empezar, a correr la cuenta de los siglos que separaban a Dios de los hijos, fruto del Matrimonio entre Dios, en Cristo, y la Iglesia, que la creación habría de traer a luz! Desesperación, pues, para el pueblo judío, porque creyendo que había llegado la Hora del Mesías, se encontró perdido en las tinieblas del que se halla abandonado a su suerte y su suerte es la destrucción de su nación. Gloria para el Mundo porque los hijos de Abraham se habían unido en Fraternidad sempiterna a todos los hombres y desde el Amor Divino le anunciaba a la Plenitud de las Naciones la Temporalidad de la Condena debida a la Caída. Dios estaba por el Hombre, y no sólo estaba por nosotros sino que El mismo se había erigido en Cabeza de nuestro Mundo. ¡Cómo olvidarse de sí mismo! ¡Cómo no gemir el propio Dios, en tanto que Padre, por el Día de la Libertad que en cuanto Juez no podía derogar sin causar en la estructura de la Creación un agujero negro infernal!

y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos de nosotros mismos suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo.

Pues el fin de la creación es la vida eterna, Inmortalidad para la que fuera creado el ser humano, según se ve de las Escrituras, y que perdiera el Género Humano en función de la Pena. Pero que siendo Temporal habría de ser restaurada, para que la manifestación del Omnisciencia y el Todopoder Divino se vea por los Hechos y no por las Palabras solamente. Salvación de una pena de muerte, a la que fuimos condenados y entre cuyas rejas hemos nacido, pena de muerte que contradice el Principio de Formación Divina del Hombre, que solamente alcanzará su perfección en la redención del Cuerpo del que se ha hecho Dios su Cabeza, por su Naturaleza Indestructible vistiendo de Inmortalidad su Cuerpo. Salvación que esperamos como manifestación de la propia Gloria de nuestro Creador en nuestro propio cuerpo, no redimido en carne.

Porque en esperanza estamos salvos; que la esperanza que se ve, ya no es esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo esperarlo?;

En esto, como en lo demás, reina la sabiduría. El Fin está ahí, en el Principio, pero el cómo y el cuándo son asuntos que sólo conoce Dios. Lo que a nosotros nos toca es hacer la Voluntad Presente de Dios, que el Mañana ya tendrá su propio afán

pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos

El Espíritu ora en nosotros

Dos dimensiones y una sola realidad vienen a confluir en el Nacimiento del Cristianismo para la Edificación del Proyecto de Formación del Hombre a imagen y semejanza de Dios. De un lado tenemos que la criatura sola no puede romper la frontera de la Muerte y poner su pie en el terreno de la Inmortalidad. Del otro tenemos un Ser Creador que echó abajo ese Muro. Pero no sólo por el mero placer de la conquista sobre un horizonte imposible de alcanzar por la materia sola. Sino que alcanzada esa meta transformó la propia estructura de la vida elevando su evolución de la materia: al Espíritu, haciendo así que la criatura sienta y viva en su ser la fuerza arrolladora de la propia vida Divina, no como algo ajeno sino como realidad propia. De hecho basta enfocar el pensamiento en los tiempos inmediatamente posteriores a la Caída de la Primera Civilización para descubrir en la pérdida de esta Conquista el origen de la esquizofrenia violenta de aquéllos Héroes de la Antigüedad, inventores del sacrificio humano ritual como medio de alcanzar por el favor de los dioses lo que por la sangre sola les era imposible. En la enfermedad descubrimos la impronta consumada de la revolución cósmica por Dios efectuada, desde cuyo Principio fuera el Género Humano creado para disfrutar, a Imagen y Semejanza de los dioses, de la Inmortalidad. Mas sería superfluo encerrar la dimensión del Proyecto Divino exclusivamente dentro del hecho ontológico de la ruptura de los límites de la evolución natural. El Proyecto llevaba en su seno un ente, el Hombre, concebido en la Mente Creadora para ser su Semejante en el Espíritu. La vida eterna dada por sentado, la cuestión era qué haría la criatura con esa vida. Y La Respuesta de Dios fue darle por Razón Natural al Espíritu del Hombre el YO de quien dijera: *YO soy el que soy*. Este Yo, reflejo puro del YO de su Creador, abandonado a sus fuerzas naturales por la Caída, privado de su Sobrenaturaleza, será el que entre en aquella esquizofrenia aguda y violenta, origen del Fratricidio, que extendiéndose por el cuerpo de la Humanidad hundiría a las naciones en la irracionalidad de la que somos testigos al presente y se alzó contra su

propio Salvador al ritmo de los impulsos malignos que ya se habían asentado en los estratos de la estructura sub e inconsciente del ser humano. Enfermedad de la que el Hombre es sanado mediante la promesa de Vida Eterna que el Espíritu Cristiano mantiene viva contra los golpes de viento de los siglos, cual se ve por los hechos desde un confín al otro de la Tierra.

Y asimismo, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inenarrables

Esto sentado, San Pablo, lo mismo que los demás Apóstoles, da un paso adelante y pone al Cristiano delante de Dios con un deseo, es decir: “Pedid y se os dará”. Ahora bien, pedir ¿qué? La propia estructura del YO de quien dijera *YO soy el que soy* pone sobre la mesa una Personalidad consumada en su Consciencia ante el que poner el deseo de nuestro corazón. Y siendo su YO una realidad perfecta el Deseo del Hombre se encuentra delante de dos puertas. Una se llama el Bien y otra el Mal. Y Dios, en cuanto YO ontológicamente perfecto, no puede ir contra sí mismo en base al amor. Usar, manipular, utilizar el amor para usar, manipular y utilizar a la persona que ama es el talón de Aquiles contra el que la flecha del mal, desde la forma más simple a la más compleja, dirige su dardo. Vemos en el Caso Adán cómo este dardo fue utilizado por Satán contra Dios a fin de por el amor obtener de El lo que de Su YO no se podía obtener por la Razón. Superado este trauma y volcados totalmente en la Fe nuestro dilema está en el enfrentamiento entre nuestros deseos y un Ser Divino las leyes de cuya Mente son inviolables e incorruptibles y nada ni nadie puede hacer que El vaya contra Su YO. Imposible, por consiguiente, saber cuáles son las leyes de su Mente sin antes habernos descubierto El su Espíritu. Que tenemos en palabras que llenan el Libro más voluminoso de la Historia de la Humanidad, por su profundidad y extensión, la Biblia. Donde las raíces de ese YO, a cuya Imagen y Semejanza el Hombre fue creado y Restaurado en Cristo, se nos descubren cuando se escribe: “El Espíritu de Yavé, el Espíritu de Dios, es espíritu de sabiduría e inteligencia, entendimiento y fortaleza, consejo y temor de Dios”. Nada puede complacerle más a nuestro Creador que, faltos de esas cualidades naturales a su Ser, nuestro corazón se vuelque en sus manos pidiéndole Inteligencia sin medida para penetrar en el misterio de todas las cosas, descubriendo al amparo de Su luz las respuestas a todos los problemas que azotan nuestro mundo. La implicación es Fe, pero como estamos tratando entre cristianos ponerla sobre la mesa es innecesario. Lo mismo sobre la

Imposibilidad o Posibilidad del Poder de Dios para abrirnos la Puerta de su Omnisciencia. No hay nada que pueda derretir el Ser de ese YO Divino con más garantía de éxito que pedirle aquello para lo que El creara al Hombre.

y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios

Es decir, si del Hombre es pedir lo que no tiene y por lo que su ser suspira, de Dios es dar, porque lo tiene, aquello a lo que su criatura aspira; y como el Hombre pide lo que quiere, Dios concede descubriendo en el que pide el fin al que su deseo tiende. Ahora bien, cristianos, de la Descendencia espiritual de Cristo, la inmaculada raíz del que nos hace nacer para su Gloria ante todas las naciones, esa raíz incorruptible imprime su sello a nuestro deseo y con su impronta obtiene de quien tiene el Poder aquello que en el Deseo con su Gloria Él mismo firma. Al infierno, pues, con la Duda. El mismo que suscita es quien concede. El que pide como el que da ambos son el mismo, una sola cosa, Dios en Cristo, Cristo en Dios, el mismo Espíritu de la eternidad que se derrama en toda la creación para vestir todas las cosas de Inmortalidad sempiterna. "Inteligencia sin medida", nada hay en la Tierra que pueda pedir el Hombre que más pronto obtenga de Dios su respuesta, y su respuesta es un Sí, un Sí bello como una mirada de padre a hijo, alucinante como el beso del alba a la aurora, un Sí todopoderoso y omnisciente que perfila mentes y escribe la Historia de los Siglos desde la punta de los dedos del hombre. El Espíritu que sostiene es el que susurra palabras de sabiduría. Adelante entonces. ¿O acaso siendo malos vuestros padres si le pedís pan os da una piedra? Si Ayer la Duda fue cosa de "valientes", Hoy la Duda es razón de cobardes. En Dios está todo el Poder, sí, pero también toda Ciencia. Su Omnisciencia extiende sus fronteras sobre las costas del Cosmos y penetra en los abismos fundamentales de la materia. Nada hay que la Inteligencia del Creador no conozca. No hay problema cuya respuesta El no haya descubierto ya. Ni ley universal que exista sin su conocimiento. El hombre, cual chiquillo prodigio que abre sus ojos al universo y desde su genialidad precoz, confundido por la visión del infierno, dibujó en la arena de la playa su idea del mundo. Pero Hoy la Infancia del Hombre es ya un recuerdo y su Adolescencia un pasado pretérito. Y en su crisis de Adulto está devorando su propio mundo. Como Ayer sólo Cristo podía impedir que la Civilización se hundiera para no volver a renacer; Hoy es el cristianismo la fuerza histórica en cuyas manos descansa el Futuro de la Plenitud de las

Naciones. Pero no en la fuerza de las armas sino por la Libertad de una Inteligencia sin medida que hace de la Omnisciencia Creadora su Fuente de acción tiene ese Futuro su Mañana. “Pedid, el Espíritu de Yavé, el Espíritu de Cristo, el Espíritu de Dios: sabiduría e inteligencia, entendimiento y fortaleza, consejo y temor de Dios, y Dios os dará lo que desde el Principio de la Creación legó al Ser Humano, Herencia de la que fuimos privados por la Traición, y recogiera en testamento su Hijo para su Descendencia, la que habría de nacer y cuya venida la creación entera ha estado esperando ansiosa, Descendencia nacida para gozar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios”

El plan de Dios sobre los elegidos

Es difícil decir hasta qué punto la obviedad necesita explicarse, hacerse entender, abrirse el pecho de costado a costado y quedarse desnuda a fin de que las inteligencias sin consciencia de su esencialidad lleguen siquiera, pues que no a entender la naturaleza de la verdadera realidad de todas las cosas, al menos sí a captar la conexión entre esa naturaleza y su inteligencia, que duerme bajo las pesadas cadenas de las necesidades diarias. Aquéllos que velaban pero se movieron entre tinieblas en lugar de defender la fragilidad humana usaron el estado de inconsciencia general para alzarse ellos como alguna especie de dioses superhumanos a cuyos pies debían ponerse lo mismo el poder que la gloria. Alzar el pensamiento y ver la verdadera naturaleza del universo en la mente de quien le diera origen y forma devino inconsustancial, en base y sobre todo a que la satisfacción del ego propio convivía mejor con la esclavitud que con la libertad de los pueblos y las naciones a costa de cuyo sudor, contra la ley, hacían su agosto. Tanto más delictivo el caso por cuanto el sudor dio paso a la sangre. La situación, por tanto, en la que a causa de la Caída, tuvo Dios que restaurar su Plan Universal de Formación del Hombre a la Imagen y Semejanza de su Hijo forjaron realidades concretas, específicas, unas veces demoledoras y otras llenas de gracia, sobre cuyo camino la Voluntad Divina tuvo que marcar época.

Ahora bien: sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son llamados.

La Caída no sólo transformó el comportamiento y las relaciones humanas. La conexión entre el núcleo divino y la periferia humana quedó también rota. El efecto a largo plazo de la ruptura entre Creador y criatura se tradujo en la necesidad que el primero tendría en adelante de hacer su trabajo de Formación del Hombre contra la Ignorancia del segundo. La esperanza de los autores de la Desobediencia del Hombre era que esa ruptura no volviera a restablecerse nunca jamás. El Plan de Dios: restablecer su relación con el Hombre, liderar su camino fuera de las profundidades del infierno en que su mundo devino y elevarlo a su altura de su Hijo, consolando mediante esta Libertad sin límites al Hombre que, contra su Voluntad, fuera desnucado por la Muerte con la quijada de un asno llamado Satanás. La oposición del mundo a su propia Liberación estaba garantizada, pues. La Ley tenía que consumarse porque el Delito había sido cometido. Nada ni nadie podía anular la Sentencia sino el propio Tiempo. Pero para cuando llegara el Día de la Restauración, simplemente por inercia milenaria, la lucha abierta contra sus Elegidos, es decir contra los libertadores del ser humano, sería terrible. Uno por uno todos caerían en el campo de batalla. ¿Dónde está el loco que se lanza a una guerra a sabiendas que yacerá cadáver bajo las botas del enemigo? La elección de quienes habrían de Restaurar mediante su Sacrificio el Plan Universal de Formación de la Plenitud de las Naciones a imagen y semejanza de los Pueblos del Cielo, esa Elección no podía ser al azar. El destino de sus Elegidos sería la cruz.

Porque a los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser conforme a la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos;

Muchos siglos mantuvo bajo control todopoderoso Dios sus nervios en fuego. La imagen del estado de sus nervios lo tenemos en la Zarza que ardía sin consumirse. Ni el fuego se apagaba ni la Zarza se consumía. Un control perfecto de sus nervios. Tan perfecto que el mismo enemigo de su Criatura y de su Creación se atrevía a presentarse ante su trono porque le era imposible detectar en el Ser del Creador el Fuego que contra su Crimen devoraba su Mente. La espera había sido larga. La Restauración del Plan Divino de Formación del Hombre a la Imagen y Semejanza de su Hijo se había estado fraguando en su Omnisciencia milenios enteros. Lo vemos en la Biblia, el detallismo perfeccionista de su Autor. Así que cuando el Día llegó El mismo eligió en el seno de sus padres a quienes a su Hora habrían de responder a Su llamada.

y a los que predestinó, a ésos también llamó; y a los que llamó, a ésos los justificó; y a los que justificó, a ésos también los glorificó.

No engañó Dios a los Hermanos de su Hijo. En este orden Descartes no fue más que un pobre idiota. Dios no le mintió jamás al Hombre. Desde el principio tuvo la Verdad en su boca. "Si comes, morirás". Y así fue. Y para que esta vez las Palabras no fuesen tomadas a chirigota, Su Palabra se hizo carne a fin de que sus Elegidos no dijeran: "No sabíamos que la Cruz era el término de nuestro Camino".

¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Y sin embargo el Fin era el Principio de una Nueva Realidad, para los Elegidos porque de las profundidades de la muerte eran elevados a las alturas del trono del Hijo de Dios. Y para el Género Humano porque al precio de Su sangre los hijos de Dios, de la descendencia de Abraham, restablecieron por la eternidad el Vínculo Sagrado entre el Hombre y Dios, firmando con su Cruz una Alianza sempiterna, por la cual la Humanidad en Cristo no será jamás destruida.

El que no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no ha de darnos con Él todas las cosas?

Esta fue la Recompensa, la meta tras la que corrieron los Elegidos y ante la cual, conociendo por la Palabra y la Carne que el precio era la Cruz, ni se amilanaron ni se echaron a temblar, sino que mirándonos a nosotros, el fruto de su Sangre en el Espíritu, se desnudaron y tiraron su carne y sus huesos a los leones y el fuego. Del Cristiano es, por tanto, el mundo y todo lo que contiene. Como se ha visto en los dos milenios pasados y ha de hacerse realidad Histórica en lo que va de siglo.

¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién condenará?

Lo implicaba la Creación del Hombre: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y todos cuanto se mueve sobre la faz de la tierra". Pero fuimos desposeídos de nuestra Heredad y obligados a vivir en nuestro mundo como quien ha caído de otro planeta y el mundo se rebelase contra hijos no nacidos de su carne. Mas lo fuimos por un tiempo, el periodo que durase la Sentencia contra la Desobediencia habida. Pasado ese tiempo el Hombre sería restaurado en su heredad. El Hombre en Cristo, jamás ya fuera de El -se entiende. Justificados pues por la Sangre y el Espíritu el Futuro es del Cristiano.

Cristo Jesús, el que murió, aún más, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros.

Y siendo nuestro Salvador, el Brazo de Dios, Aquel por el que el Todopoderoso ejecuta sus Obras, ¿quién nos impedirá entrar en posesión de nuestra Heredad? Es decir, ¿quién hará que Dios desista de su Plan de Salvación Universal, le cortará el paso y le impedirá consumar la Restauración de su criatura a su Imagen y semejanza?

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?

¿El Comunismo, el Islam, el Socialismo, el Ateísmo, el Materialismo Científico? Todos son movimientos de las tinieblas bajo la luz del Día que amanece y que, como la Serpiente coletea una vez decapitada, se mueven violentamente antes de expirar para siempre. Nadie puede cambiar el Pasado ni borrar del Libro del Tiempo el Futuro que Dios tiene en mente.

Según está escrito: Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos mirados como ovejas de degüello.

Y si ni el dolor de aquéllos a quienes tanto amó hizo temblar Su pulso, tanto menos lo hará el odio de aquéllos que se alzaron contra su Omnisciencia y creyeron que en la Guerra contra el Cristianismo estaba la Victoria de sus fuerzas contra el Mal que tiene aún encerrado entre sus muros a una gran parte de nuestro mundo.

Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó.

Cuanto más nosotros, descendencia de Cristo, para quienes la Cruz no es el término una vez que la Necesidad ha dado paso a la "libertad de la gloria de los hijos de Dios".

Porque persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades,

Toda la razón para nuestro Apóstol. Y el que tenga que decir lo contrario, que no se prive.

ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Y si a los siervos nada ni nadie pudo impedirles alcanzar la gloria, ¿quién le impedirá a los hijos de ese mismo Señor entrar en la Heredad para ellos reservada por Testamento, firmado con Sangre ante todas las naciones de la Tierra y del Cielo?

Sentimientos del Apóstol por los judíos

Os digo la verdad en Cristo, no miento y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo,

¡Verdad...Cristo...testimonio...conciencia....Espíritu Santo! Hay palabras que se inventan para satisfacer la vanidad intelectual, palabras que

salen de las fosas del cerebro con la dureza y la glacialidad de las cadenas, palabras que estallan en el cuerpo de la humanidad como un látigo asesino hambriento de carne, devorando piel y sangre, hay palabras dulces como besos de chiquillos diciendo te quiero a su padre sin tejer una sola letra, hay palabras libertadoras y palabras genocidas, palabras que son abismos en cuyos precipicios se hunden las mentes alucinadas, imberbes, ignorantes y tediosas, palabras que son puertas de sabiduría y ciencia abriéndole al hombre nuevos horizontes, palabras de amor y odio, palabras de amor y tristeza. Palabras que según se juntan forman un castillo en las tinieblas o un sol de victoria despertando en nosotros la consciencia de ese ser humano primordial por amor al cual el universo entero se hizo pájaro recorriendo el bosque de las galaxias en busca de ramitas con las que hacerle en los brazos de su Creador nido y cuna. ¡Qué bello fue Adán! Paseando desnudo entre las fieras, Tarzán divino, con su palabra reinando en la selva, labrando la tierra cual héroe del cielo por toda espada la Verdad y por todo armamento la Conciencia del Espíritu Santo a cuyos pies puso la Creación entera su cuerpo. Dios lo concibió en el seno de una Palabra, la más hermosa, la más amada por su alma: ¡Verdad! La Verdad era su corona, su cetro, su manto de gloria, su alma, su ser, su sino, su destino, su risa y su conciencia. Todo en él era hermoso, su forma de mirar, de pensar, de dormir, de estirar su brazo y comer la fruta del árbol de la vida, su correr golpe a golpe con el león y la pantera, sus pensamientos en el infinito y sus sueños en la eternidad. Todo en él era inocente y puro. En fin, era como un tonto. No sabía lo que era el mal, era un hombre de palabra para quien la palabra era ley, a imagen y semejanza de la de Dios, su Padre. De nadie tenía miedo y nadie tenía por qué tenerle miedo. No tenía nada propio, todo era de su Dios y nada le pertenecía al hombre, pues todo había sido creado para disfrute y gozo de todos. Era un romántico nacido idealista. Jamás mataba, ni para comer ni para imponer su fuerza. El era el Hombre, la revolución después de la gran revolución del Neolítico, orgullo de su Creador y gloria de la Tierra en cuyo seno el Universo cultivara la Semilla de la Vida Inteligente. Con una quijada mató Caín a su hermano porque en la cabeza humana no cabía que de un instrumento para labrar la tierra pudiera forjarse una espada, una lanza, un misil. El Hombre no sabía lo que era la Guerra. La Paz era su Patrimonio. Así que cuando cayeron Adán y su Mundo, el Universo entero se quedó perplejo, atónita la Tierra, pasmado el Cielo, sólo en el Infierno los malditos demonios, una vez hijos de Dios, bailaron al son de los tambores de la destrucción total del Género Humano. ¡Pobre Adán! De rodillas en el polvo sufriendo visiones de terror, sobre su conciencia cayendo el recuerdo del futuro con la fuerza del látigo sobre la espalda de Cristo; de rodillas gritando de dolor con lágrimas envueltas en sangre, la sangre de su hijos y la de los hijos de

su Mundo, bajo los cascos de las fuerzas del infierno, desatado por su Caída, enterrados en un dolor más fuerte que el pulso de la Creación en el núcleo duro del espíritu que al Principio derramó Dios sobre el pueblo de la Tierra. Donde se había escrito gloria se escribiría destrucción; donde se había escrito honor, se escribiría: devastación; donde se había escrito el nombre de la ciudad de Dios, se escribiría: exterminio. Y él, Adán, había sido el causante de la destrucción universal del Género Humano, de su Caída de las puertas de la Inmortalidad a la extinción total de su mundo en el polvo de la Muerte.

que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón

Esta Herencia fue el legado de Adán a Set, que pasó de Set a Noé, de Noé a Abraham, concibió en David la Corona, derramó su conciencia en los profetas, y fue recogida por Cristo Jesús, hijo de María, israelita de nacimiento, para manifestación del Amor Imperecedero Universal de Dios hacia su Criatura Humana y consolación de las naciones muertas y por nacer. En su corazón vivía la pena que en su día sintiera y bajo cuyo peso creyera morirse de dolor y angustia Adán; y sería desde esta Conciencia que Pablo se dirigió a los Romanos. Porque si Adán cayó de rodillas contemplando en visión el fin de su Mundo, el Apóstol, aunque sostenido por el Espíritu Santo, lloraba en visión la destrucción del pueblo israelita, que se avecinaba, y sería tan real como real vino a ser la visión que Adán viviera tras su Caída.

porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne,

Pero como fue imposible detener el curso de la Justicia en el Caso Adán, también era imposible en el Caso Israelita detener el curso del Juicio de Dios, profetizado hacía mucho ya, en verdad, cuando se escribiera: “Decretada está la destrucción que acarreará la Justicia”. Impotente para detener el curso de los tiempos el Apóstol, y porque era Santo, lloraba esa imposibilidad que le rasgaba el alma en razón del amor natural que sentía por quienes eran sus hermanos según la carne y la sangre.

los israelitas, cuya es la adopción, y la gloria, y las alianzas, y la legislación, y el culto, y las promesas;

Por quienes sentía, como no podía ser de otro modo, los sentimientos más profundos. No olvidemos que el mismo que en su pasión cristiana derrama ahora sus palabras como lluvia sobre la tierra de los creyentes, éste mismo Pablo fue el Saulo que con el mismo apasionamiento derramó fuego contra estos mismos cristianos en nombre de esa adopción, de aquella gloria, de esas alianzas, de esa legislación y culto y promesas de las que el israelita se sentía orgulloso, eran su gloria y causa de desprecio hacia las demás naciones.

cuyos son los patriarcas y de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.

Gloria y Honor imperecederos a los que el Dios de Adán, padre de Israel y su descendencia, sumó el Nacimiento de Cristo Jesús, a quien elevó el Dios de Abraham tan alto cuan bajo fuera arrojado su padre, Adán. ¡¡Y qué gloria más alta y poderosa puede alcanzar la Criatura que sentarse a la altura de su Creador!! Pues como bajo cayó Adán, tocando las profundidades del Infierno, desde cuyo fondo viera la destrucción del mundo entero, así de alto elevó Dios a su Hijo y Heredero en la sangre y el Espíritu, según se escribió: "Pongo perpetua enemistad entre tu descendencia y la suya, tú le acecharas el calcañal y El te aplastará la cabeza". De manera que de las profundidades más ignotas del Infierno a las alturas más inaccesibles del Cielo, de esta manera descubriéndonos Dios a todos sus hijos el lugar donde puso el Traidor sus ojos, este mismo Trono en que hacía sentar ahora Dios al hijo del Hombre, hijo de Adán, hijo de Dios, Jesucristo, nuestro Rey y Salvador, nuestro Héroe y Señor, nuestro Padre y Creador. Aleluya. Gloria al israelita, pero mayor gloria la del Apóstol, porque sumó a la de la carne la del Espíritu.

Y no es que la palabra de Dios haya caído vacía, pues no todos los de Israel son de Israel,

Nacido el hijo del Hombre y glorificado por la Resurrección, la ruptura entre lo Antiguo y lo Nuevo se forjó sin vuelta atrás. El que tenía

que nacer con la Maza había nacido y su Victoria se consumó. Cristo Jesús era el hijo del Hombre, el heredero de la Promesa de Venganza contra la Serpiente. Desde El y a raíz de su Victoria, se producía una inmensa fisura en el seno del mundo israelita, que podemos definir diciendo aquello de: Adaptarse o morir. Es decir, avanzar hacia el Futuro o quedarse clavado en el Pasado esperando que el tren sin retorno que saliera de la estación del Presente volviese a pasar. La primera postura fue la del Apóstol y sus congéneres en el Espíritu; la última la de los judíos, que aún dos milenios después siguen sentados en la estación esperando que el hijo del Hombre nazca y les dé el Poder Absoluto sobre todas las Naciones de la Tierra.

ni todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham, sino que por Isaac será nombrada tu descendencia.

La ruptura cristiana en el seno de la comunidad israelita, en consecuencia, procede de la Razón por la que Abraham fuera bendecido por Dios. Y que se enmarca dentro de la Conciencia que lega Adán a su descendencia, por la cual y por su culpa el Género Humano fue privado del Futuro que Dios legó a todas las naciones de la Tierra. Culpa que en su Justicia nos reveló Dios limitada a la Ignorancia de Adán sobre la Ciencia del Bien y del Mal, en virtud de cuya Ignorancia se imponía el Sacrificio Expiatorio en cuya Sangre la Redención reclamada se consumaría y por cuya Consumación se le abriría al Género Humano en su Plenitud las Puertas de la libertad de la gloria de los hijos de Dios, gloria que nos fuera sustraída por la Caída del padre de este mismo Abraham. De manera que a raiz del Sacrificio Expiatorio Universal, del que el sacrificio simbólico de Isaac fue su modelo, los hijos de Abraham serían contados en Razón de esta Conciencia Patriarcal y no simplemente por el hecho de ser descendiente sanguíneo.

Esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia.

Digamos en descargo del judío y buscando su salud, que era imposible para hombre alguno, pues que lo fuera para el propio asesino de Adán y su Mundo, concebir el modo y manera en que el hijo del Hombre, hijo de Adán, le aplastaría la cabeza al Jefe de la Rebelión contra el Imperio de Dios. Ni el mismo Satán, teniendo acceso a la Presencia de

Dios, como se ve en el libro de Job, fue capaz de entrar en la Mente del Omnisciente Padre de todos los príncipes de su Imperio. El hecho es que el Duelo a muerte entre Satán y el hijo del Hombre, o sea, Cristo, estaba anunciado desde el mismo Día de la Caída. Y que queriendo ser el Campeón elegido para medir sus fuerzas con el Asesino de su padre, incapaz de comprender la Razón Divina, Caín mató a Abel en un intento de obligar a Dios, pues que su padre no tenía más hijos, a proclamarlo su Campeón. El juicio misericordioso Divino contra el fratricida expone a la vista este juego de sentimientos en la causa de la muerte de Abel. Quiero decir, el propio Unigénito de Dios se encarnó en la Virgen con el espíritu puesto en la Idea del Mesías al estilo que el Judaísmo posdavídico pusiera en circulación y le costara al reino de los Hebreos su destrucción. El Episodio del Niño en el Templo es el Acontecimiento Histórico que marcó lo que llamamos el Volver a Nacer de Jesús, que devino Cristo al descubrir en su Padre la Verdadera Imagen que bullía en la Mente de Dios. La Maza del Vengador de la Sangre de Adán era la Cruz. Misterio insondable e inefable para sus hermanos de sangre en Abraham, la Cruz sería el Arma con el que el hijo del Hombre le aplastaría a la Serpiente la Cabeza. Atrapados los hijos de Abraham en la misma Ignorancia al amparo de cuya realidad el Enemigo hundiera el puñal de la Traición en el pecho de Adán, ahora eran sus descendientes quienes hundidos bajo el peso de esa misma Ignorancia hundían el puñal de la rebelión contra el Reino de Dios en el pecho de Cristo Jesús, el hijo del Hombre. De manera que esperándolo ambos, tanto los hijos de Dios aliados en la Rebelión de la Serpiente como los hijos de Abraham bajo la corona de los Césares, ignorantes ambos sobre la naturaleza del Arma con la que Dios vestiría a su Campeón, cumpliendo por su Brazo la Promesa: “Te aplastará la cabeza”, ambos se unieron para acometer el mismo acto: La Crucifixión del Mesías. Acto consumado que, aunque ejecutado en la Ignorancia, según la Palabra del propio Mesías: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”, al igual que el de Adán, aunque igualmente acometido en la Ignorancia, tenía que acarrear y acarreó el cumplimiento de la Justicia que decretara la Destrucción del reino de Israel. De la que se salvaría un resto, según las profecías, y a partir de las cuales sólo los hijos de la Promesa serían contados como Descendencia espiritual de Abraham.

Los términos de la promesa son estos: Por este tiempo volveré y Sara tendrá un hijo.

Promesa en la que es obvio ver la Omnipresencia Divina en el transcurso de los milenios el pensamiento puesto en el Duelo Final entre el hijo del Hombre y la Cabeza de la Serpiente. Omnipresencia que se manifiesta omnisciente hasta el mínimo detalle transformando toda autoría

humana en consecuencia de la acción Divina. Autoría que en la risa de Sara y la incredulidad de Abraham nos pone de manifiesto la imposibilidad de la inteligencia humana para por sus solas fuerzas entrar en la Mente del Creador de todas las cosas. Imposibilidad que devendría la causa de la ruina del Enemigo y, por efecto, de la destrucción del reino y nación de los israelitas.

Ni es sólo esto: también Rebeca concibió de un sólo varón, nuestro padre Isaac. Pues bien

Omnipresencia omnisciente -valga el aforismo- que talla en el tiempo la morfología de los acontecimientos hebreos y los convierte en una Obra Universal firmada por el Señor de Abraham y los Profetas: la Biblia. Y esto

cuando aún no había nacido ni había hecho aún bien ni mal, para que el propósito de Dios, conforme a la elección, no por las obras, sino por el que llama, permaneciese,

Es decir, la Batalla Final es entre el Cielo y el Infierno, entre Dios y la Muerte, entre el Reino de Dios y el Imperio del Maligno. La Caída de Adán superó los límites de la Tierra y envolvió la concepción de la Creación entera. De aquí que en respuesta Dios dijera: “he aquí que hago unos Nuevos Cielos y una Nueva Tierra”. Dios refunda la estructura de su Creación. La Caída marcó un Antes y un Después no sólo en la Historia del Género Humano sino también y sobre todo en la propia Biohistoria Divina. Es Dios quien clama Venganza sobre el cadáver de Adán, es Dios quien Reclama Misericordia para la Descendencia del Hombre. Es Dios el que elige a sus siervos y profetas, el que quita y pone, el que hace de la vida de sus personajes bíblicos su Obra. La Biblia se transforma, desde su Inicio, en un Libro escrito con Sangre y puesto en vivo en el escenario de la Carne. Su cumbre, su Apogeo será el Duelo Final entre el hijo del Hombre, hijo de Adán, y la Cabeza de la Serpiente, Satán, hijo de Dios. Este Duelo entre hijos de Dios será su Ultimo Acto. Cierto que la Ley obligaba a Dios a elegir un hijo del muerto, según lo escrito: “De la vida del hombre de la mano de otro hombre reclamaré venganza”; pero siendo un hijo de Dios el muerto la Ley se abría a la Casa del propio Dios, de aquí que siendo un hijo de Dios el difunto, nuestro Adán, la elección de Dios

pusiera su ojo en el de entre sus hijos el más grande, su Primogénito: "Príncipe de la Paz, Dios Fuerte, Padre sempiterno". Esta elección es la que se puso de manifiesto en el Sacrificio de Isaac, y que, conociéndola de antemano por revelación, estuvo en la causa de la Obediencia de Abraham, sacrificando a su propio unigénito a los pies de la Esperanza Universal de Salvación que la redención del Pecado de Adán derramaría sobre todas las naciones del Género Humano. Y esto, como dice el Apóstol, antes siquiera que hombre alguno hubiera puesto sobre la mesa respuesta alguna al Drama de la Humanidad.

le fue a ella dicho: el mayor servirá al menor

De Dios era la Batalla, Suya la Elección y Suya la Ley por la que esta Elección se abrió a su propia Casa. Pues si Adán no hubiera sido hijo de Dios la Elección del Primogénito para Vengar la muerte de su hermano menor, nuestro Adán, hubiera sido contra Ley; ahora bien, si Adán no hubiera sido hijo de Dios la extensión de su Delito a toda la Humanidad hubiera sido un acto contra Justicia, entrando entonces Dios como parte del Delito. Es Cristo Jesús el que desde su Cruz Expiatoria Justifica tanto a Dios como a Adán y hace Justicia sobre el Asesino firmando con su Sangre su destierro de la Creación de Dios.

según lo que está escrito: Amé a Jacob y odié a Esaú.

Lo que puede traducirse diciendo: Amé a Adán y odié a Satán. Amor y odio de los que deben sacarse las consecuencias adecuadas en relación a nuestra propia elección sobre el Bien y el Mal, sobre el Pasado y el Futuro. Pues la Libertad implica que el predeterminismo de la presciencia omnisciente divina -necesaria en cuanto la Ignorancia se mantuvo por Ley- da paso a la inteligencia independiente que desde su pensamiento determina su propio camino en el tiempo y el espacio. Conocer a Dios, a Aquel que dijera de Sí Mismo: "Yo soy el que soy" es, en este orden, infinitamente más necesario que conocer la estructura del universo, la constitución de los tiempos o la naturaleza de los elementos. El Espíritu de Dios ha derramado su Ley sobre toda su Creación y no puede existir en la eternidad y el infinito sino lo que anda a la luz de dicha Ley. Toda la Biblia, en definitiva, no es otra cosa que la expresión en letras de este

Espíritu, desde el que San Pablo le escribe a los Romanos Horas antes de la Gran Persecución Romana, que no sería la última pero sí la Primera.

La justicia de Dios para con los gentiles y los judíos

Estamos viendo cómo la palabra es el retrato para la posteridad de un hombre…cuando hablamos de un hombre de verdad- se entiende. Tratar de captar el ser, la mente de un hombre para quien la palabra es un arma de manipulación y un medio de alcanzar poder y riqueza, es un ejercicio que los sabios reservamos para los idiotas. Desgraciadamente el mundo está lleno de idiotas bailando al son de las palabras de semejantes seres cuya imagen en el espejo debe configurarse partiendo de todo lo contrario de lo que sale por sus bocas, y cuando dicen pan hay que leer hambre, y donde ponen paz hay que entender Guerra, y donde dicen prosperidad hay que darle la bienvenida a la miseria. Seguramente quien sigue estas líneas sabe de lo que estoy hablando, pues confío en no estar derramando mi verbo a los pies de esa clase de necios sobre los que la otra clase funda y arma su gloria. Como dijo alguna vez alguien: para que haya un listo debe haber un imbécil.

Pero para que haya un sabio no es necesario que haya un necio, la Sabiduría se basta por sí sola.

De lo que estamos viendo, nada más contrario a San Pablo que la imagen para consumo de idiotas, elaborada por una raza de necios, en vías de extinción, afortunadamente, y contra la que nos libraremos de colgarle el cartel “en peligro de extinción”. Dejemos que se extinga, y cuanto antes mejor. Esa imagen insana, demencial y bastarda, reflejo de la mente de sus autores, qué duda cabe, pues del agua es la humedad y del calor la sequedad, y así del idiota es la idiotez y como de la tierra la lluvia, el necio y el ignorante se alimentan ambos en concordia. Especialmente cuando en su paranoia infrahumana adoctrinan a su progenie en el espíritu de gloria mundana afirmando que San Pablo y no Jesucristo fue el Autor del Cristianismo, es decir, de la Idea que el Cristiano tiene de Jesús y la Iglesia. Dedicarle una palabra de sobra a cerebros dotados de nivel intelectual subcero es igualarse al loco o al niño en el tema de la disputa; con un niño se razona, no se discute; y a un loco se le da la razón, no se entra en discordia. Pero claro, por naturaleza el necio tiende a dárselas de sabio y el ignorante de intelectual, sufriendo las consecuencias un mundo sujeto a la ley del poder, a saber, la palabra no es el reflejo puro de la esencia del ser humano, sino el colmillo y la garra con la que la bestia

política destroza a los nacidos para saciar la sed y el hambre de poder y riqueza de sus majestades y sus eminencias. Nada, entonces, más contrario a semejante clase infrahumana que la veracidad imperecedera e inmaculada de un hombre que firma su palabra con su propia sangre, no con la del prójimo sino con la suya propia, y por su palabra pone no sólo la mano en el fuego sino el cuerpo entero. Es por esto por lo que la Iglesia viene diciendo hace mucho tiempo, que la veracidad del Evangelio se funda en la sangre de sus Actores, sangre que deviene el mejor documento histórico que investigador alguno pueda analizar a la hora de entrar en el misterio de la Concepción y Resurrección de Cristo, y por ende del Nacimiento del Cristianismo. Para desafiar lo que es evidente, sin embargo, no hace falta más que un necio, un listo y un loco juramentados en alguna organización dedicada al satanismo más utópico, de cuyo tipo, aun proclamando su santonería, existen muchos ejemplos. Entrar en el análisis, por tanto, de la palabra de un hombre para quien su palabra es ley es abrir la puerta a su mente, sin importar la distancia en el espacio y el tiempo, y ni aún la propia muerte. Es la virtud, el don, el poder de la palabra, transmitir comunicar, encarnar el pensamiento, la sustancia y la esencia más profunda del ser. Se comprende porqué los profesionales la usan como escudo de tinieblas detrás de cuyas artes mágicas esconden de la Mirada del prójimo la verdadera cara de sus intereses. La palabra, de por sí, es pura y tiende a hacer su trabajo: pintar en la inteligencia el cuadro de la verdadera personalidad del Ser.

Ahora bien, si hacen falta dos para que haya bien y mal, también es necesario que donde haya un listo haya un tonto. Quiero decir, el enigma de la palabra viene con el poder que despierta en la inteligencia del que escucha, en virtud de cuyo poder transforma la inteligencia del lector en el pintor del cuadro que en su seno porta la palabra desde el punto de partida al punto de llegada. Mas para que se cumpla este misterio deben darse dos condiciones, que las dos terminales sean de la misma naturaleza. Es teniendo en cuenta esta verdad apasionante que San Pedro diría sobre San Pablo que eran muchos los indoctos que pervertían su palabra ante la imposibilidad de sus cerebros para manejar el pincel al punto y perfección que implicaba la inteligencia del autor; impotencia que ocultaban bajo la capa mágica de una interpretación antitética. Que es, en realidad y en última instancia, el resumen del problema de la inteligencia humana ante la Palabra del mismo Dios. Queriendo el hombre dárselas de sabio y no admitiendo que su nivel intelectual pueda de por sí ponerse a la altura de la Inteligencia Divina, se niega a creer que su incapacidad para comprender a Dios se deba a falta de inteligencia, y concluye diciéndose que la falta se debe a que, finalmente, Dios no existe. Como he dicho antes para que

exista un listo debe haber un idiota. Y bueno, que ellos se la pelen y ellos se la coman. Nosotros sigamos dibujando la verdadera Imagen de la Mente y Ser de San Pablo partiendo de su palabra.

¿Qué diremos, pues? ¿Que hay injusticia en Dios? No,

Y en este capítulo y ahora vamos a realizar una primera razzia en la tierra de los predestinacionistas de la nación calvinista. Pues se verá que desviándose del camino de la verdad se llega a la interpretación maligna que el protestantismo en su versión fundamentalista, representada por el eminente Calvino, puso en escena, celebrando su coronación en orgía de asesinatos sin número, ¿porque, qué injusticia puede haber en matar a quien Dios de por sí ya condenó al infierno? Calvino se respondió: Ninguna, la injusticia es permitirle que vivan. Nietzsche, partiendo de la locura para terminar loco de atar, lo dijo a su manera: La justicia se cumple ayudándoles a morir. Y bueno, Hitler no hizo otra cosa que poner manos a la obra, darle un cuerpo a este hit parade, mix entre el fundamentalismo protestante y el darwinismo integrista imperial británico. (Aquí cabe un aplauso para los dos padres putativos del nazismo ideológico en su versión evolucionista. No es obligatorio pero sí queda simpático). Entremos pues en materia.

¿Fue Dios injusto al condenar a un mundo entero por el delito de un sólo hombre?

¿En qué código de justicia leemos que por el delito de un particular deba ser condenado todo su pueblo?

Para alcanzar la respuesta tenemos que arrancarnos la viga del ojo. El Judaísmo pecó de Necedad absoluta, que devino su legado nacional, y estuvo en la causa de su Ignorancia, interpretando la Biblia tal cual la Letra viene en el papel. Dios no es hombre. Y aunque la palabra pueda ser la misma el mensaje es totalmente diferente, más rico en extensión y profundidad. Pues el mensaje de una palabra crece con el tiempo y se transforma con el crecimiento de la inteligencia del ser. De manera que una palabra que en su origen naciera con un mensaje desnudo al cabo de los milenios acaba teniendo un contenido profundo y extenso en lo que es un reflejo de la propia evolución y desarrollo desde la cuna a la madurez de la inteligencia.

La Ignorancia del Judaísmo sobre la verdadera Identidad de Adán y su Mundo, la Serpiente y su Causa, y la verdadera naturaleza del árbol de la ciencia del Bien y del Mal, pasó al Cristianismo en tanto en cuanto los primeros cristianos fueron en su inmensa mayoría judíos de nacimiento y se formaron intelectualmente en esa cultura de Ignorancia cuyo tope sería

la Crucifixión de Cristo. Podemos decir que esa Ignorancia se reduce a Adán en cuanto el Primer Hombre según la carne y al Sexo en cuanto el fruto del árbol prohibido. Partiendo de esta Ignorancia llegaron los judíos al Gólgota y los cristianos a la necedad fundamentalista anticientífica que niega lo evidente y afirma lo irracional, fruto de cuya Ignorancia sería la división de las iglesias y su ramificación ad infinitum, la consecuencia tope de cuyo movimiento ha de ser, si Dios no lo remedia, la destrucción del cristianismo.

¿Hay, hubo, o habrá injusticia en Dios? Pensemos que para un observador sin conocimiento de las causas motoras desde las cuales fue puesta en movimiento la reacción en cadena precursora de las circunstancias de nuestro mundo, extender la condena contra el delito de un particular a todo su pueblo, en este caso el pueblo de la Tierra, no es ya una injusticia sola, es además un acto de despotismo. Tomando esta Ignorancia como modelo de sabiduría la raza del necio hace ya tiempo que puso en circulación su doctrina demencial de ser el Dios de la Biblia un déspota cuya existencia en tanto que Dios es imposible porque Dios es el súmmum del Amor y la Bondad, o lo que es lo mismo, si Dios existe Dios sólo puede ser el Tonto Perfecto. ¿O acaso ser bueno en este mundo no es ser un tonto de las narices?

Al hacer San Pablo la pregunta en voz alta si es Dios justo o injusto lo primero que debe tenerse en cuenta es que la cuestión se dirige a la inteligencia natural de un hijo de Dios, que es la que heredara el cristianismo, ¿o acaso el Cuerpo no participa de las propiedades y cualidades de su Cabeza? Y en tanto que hijos de Dios, lo mismo el que escribía como el que leía, habían superado la Ignorancia siguiendo cuya fuerza irracional los judíos se alzaran contra Jesucristo.

La respuesta, Ayer, Hoy y Siempre es “No”. Es más, Dios hubiera cometido una Injusticia aberrante y maligna de no haber aplicado la Ley en razón del parentesco que le unía a los delincuentes, dando lugar así a la corrupción - por aplastamiento del Juicio prescrito para el Delito de Desobediencia y Rebelión contra su Reino. El Necio no lo entiende y por más que el sabio se lo explique, como el discurso con un burro es ejercitarse en la demencia, la explicación es siempre la caída de un euro en bolsillo roto.

Inútil decir que la Ciencia del Bien y del Mal implica una evolución en el conocimiento de ambas dimensiones, y que viendo hacer el Mal a muchos se aprende con más rapidez las profundidades y extensión de lo que el Mal sea, y si encima lo sufres en tu carne se cumple la ley científica por excelencia que dice que la experiencia es la madre de la ciencia. Y en

tanto que ciencia tiene sus leyes, desde las cuales Dios se permitió decir que Abriendo la Caja de Pandora andando por el camino de la Guerra se llegaba a la muerte. Hay que ser un verdadero necio para negar esto. Y con todo, siendo el Primer Hombre una criatura sin conocimiento de ninguna clase del Bien y del Mal, por qué había de morir de comer del fruto prohibido de la Ciencia del Bien y del Mal, tenía que resultarle un misterio. Ni Dios mentía ni el Hombre entendía. Seis milenios después el que no entiende es porque no quiere entender, es más, no entiende porque tiene en la Guerra su negocio.

El Hecho es que si la Justicia de Dios demostró su Incorruptibilidad al no limitar su Ley a la relación entre el Juez y el Delincuente, nosotros, sabios, damos un paso más adelante y entramos en la propia Mente Divina, que es a la postre el término al que conduce la Palabra de la Biblia.

En el Juicio al Primer Hombre la Ley se manifestó en su naturaleza de expresión todopoderosa de una Realidad Universal existente de por sí y en sí, que trasciende a Dios y en Dios se hace trascendente. Es el propio Dios quien viviera el Bien y el Mal, y de la experiencia eterna hizo Ciencia, descubriendo sus Leyes sempiternas, existentes de por sí y trascendentes a la propia Voluntad Divina, pero Ley con la que Dios se identifica y respecto a la cual se convierte en su Juez para, haciendo Justicia, impedir que sus efectos causen el Movimiento de Destrucción a que por su naturaleza la Ciencia del Bien y del Mal tiende. No es, por consiguiente, una imposición arbitraria la que causa el Mandato de Prohibición. Y no fue un Juicio despótico el que estuvo en la base de la Condena del Pueblo de la Tierra por el delito de un sólo hombre, pues ese hombre era la Cabeza de su Mundo, y muriendo la cabeza tiene que morir el cuerpo, a no ser que alguien encuentre la fórmula contraria y un cuerpo pueda vivir sin su cabeza. Esto hablando a lo bruto. Entre hijos de Dios ahora, el silencio del Juez por orden de Dios en base a Su parentesco con los delincuentes hubiera sentado un precedente sempiterno en razón del cual todos los hijos de Dios quedaríamos más allá de la Ley y tendríamos Poder Absoluto para cometer ese delito que al Pueblo le está Prohibido bajo pena de muerte. Dios no podía, siendo un Padre maravilloso, sentar dicho precedente. El Padre en Dios no se alzó contra el Juez en Dios, ni el Juez esgrimió la Ley contra el Padre.

Así, pues, ¿fue justo Dios?

pues a Moisés le dijo: "Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y tendré compasión de quien tenga compasión".

Más justo imposible. Porque la Ley tiene por misión establecer ante los ojos de todos la verdadera expresión de una Realidad Universal bajo cuyas luces se mueven todas las fuerzas que hacen posible la Vida. Pero en un mundo en el que la ley no es expresión de esta Realidad y sí de los intereses particulares de ciertos grupos específicos esa ley es germen de crimen y corrupción, las dos piernas sobre cuyos huesos y músculos se mueve la Guerra. En este tipo de sistema personal y nacionalizado la justicia sucumbe a la delincuencia, y contra natura diferencia entre cabeza y cuerpo, absolviendo al autor intelectual del delito y condenando al brazo ejecutor, orden destructor que se reviste de sacralidad al extender sobre los forjadores de este delito el estado que los mismos demonios exigieron para sí en el Edén, a saber, Inmunidad e Inviolabilidad de su personas. Dios, en tanto que Padre y en tanto que Juez, dio su "NO" absoluto y eterno a este estado de Inviolabilidad e Inmunidad que sus hijos rebeldes quisieron obtener mediante el asesinato de su hermano menor. Al fin y al cabo teniendo el Poder de resucitar al hombre la Ley se reducía a un simple juego. No le estaban pidiendo a Dios nada que El no pudiera conceder. La transformación de su Reino en un Imperio gobernado por una casta de criaturas más allá del alcance del brazo de la Ley no le supondría a su creación una ruptura de Constitución tal que por ese agujero negro entrase el fantasma de la destrucción total.

¿Debía Dios por amor a sus hijos permitir que el Mal y el Bien conviviesen, que el terror y la libertad, que la Paz y la Guerra fuesen las dos caras de su Rostro? En absoluto. El que quiere el Mal, con el Mal se encuentra; el que ama el Bien y lo hace, con el Bien le paga quien hizo del Bien, puestos ya en el Dilema, su Norte y su Bandera.

Por consiguiente, no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios, de quien tiene misericordia.

Efectivamente, más allá del dolor por la Caída, la propia Creación puso sus ojos en Dios y fue el propio Dios quien fue condenado por su Casa, por cruel y déspota contra unos hijos a los que no les permitió el placer de jugar a ser dioses, inviolables e inmunes frente a las consecuencias de sus actos. Alzar Dios su Bandera y su Estrella en las tinieblas de la Confusión que la Ignorancia en la que hundiera la Caída a nuestro Pueblo, devino Prioridad. Tanto para que sus hijos no de nuestro

Pueblo hiciesen su elección final cuanto para que procediéramos nosotros a otro tanto.

Porque dice la escritura al faraón: "Precisamente para esto te he levantado, para mostrar en tí mi poder y para dar a conocer mi nombre en toda la tierra".

Las circunstancias impuestas por la necesidad Dios puso en escena un Proyecto de Formación del Hombre dentro de un Plan de Salvación Universal que al Principio no figuró en ninguna parte. Si al principio la Naturaleza y el Universo servían a su Creador para despertar en la inteligencia humana el destello de su potencia, una vez roto el Proyecto original, la acción divina hubo de labrar su camino por las aguas de un mundo cada siglo y milenio más cerca del abismo de su destrucción. Forzado a concentrar su acción en una parte en detrimento del todo su puesta en escena debía dar lugar a los efectos más contundentes. Como se viera, cual nos dice el Autor, en el desarrollo de los acontecimientos de los que fueran protagonistas Moisés y el Faraón. La parte del hombre en tanto que individuo quedó relegada a la Formación del hombre en cuanto Género, razón por la cual dice San Pablo:

Así que tiene misericordia de quien quiere y a quien quiere le endurece.

No podía ser de otra forma. Una vez declarada la Tierra campo de batalla entre dos formas de concebir la Vida y el Universo, y siendo los enemigos en estado de Guerra el mismo Dios y una parte de su propia Casa, atrapado el Hombre en el fuego cruzado sobre una tierra de nadie que era la suya sin embargo, la complejidad de la Omnisciencia Salvadora no podía detenerse en las propiedades del individuo en tanto que individuo y por fuerza y lógica debía mirar al Todo en preferencia a la Parte. El Hecho de escribir la Historia del Futuro implicaba la dirección del conjunto escénico en su totalidad, la Mente siempre puesta en la Esperanza de Salvación Universal desde la que el Guión comenzara a ser escrito.

Pero me dirás: Entonces, ¿por qué reprende? Porque ¿quién puede resistir su voluntad?

Ciertamente nadie. Pero de hecho la resiste todo el que quiere. A causa de la Ignorancia, se entiende. Y este entendimiento referido a nuestro Pueblo. Es evidente que la Casa Rebelde se opuso a su Voluntad con pleno conocimiento de causa, razón por la que el Juicio Final contra los hijos rebeldes es el Destierro eterno de la Creación de Dios. Lo cual no quita que una vez conocida toda la verdad la raza humana esté capacitada para resistir su voluntad y seguir el ejemplo de los demonios en desprecio al de Cristo. Resistir, con todo, no quiere decir vencer; simplemente quiere decir elegir ser perdedor con los perdedores. La sola idea de enfrentarse a Dios es demencia. Y la sola esperanza de cerrarle el paso a su Voluntad es locura al cuadrado. La cuestión se centra en conocer esa Voluntad para no encontrarse en la ignorancia delante y debajo de sus piernas, cosa que le incumbe a quien le interesa y a las Iglesias sin excusa de ninguna clase. Pues el mismo que dijera: “Si comes, morirás”, dijo más tarde: “Todo reino y casa en sí dividida será destruida”, y siendo el cristianismo y las Iglesias el reino y la casa de Dios en la Tierra únicamente a un demente se le ocurriría pensar y creer que por ser Casa y Reino de Dios la Ley dejaría de seguir su curso. El demonismo consistió y consiste en creer que la Ley no seguirá su curso en razón del parentesco entre el Juez y el Delincuente. No le conviene al Cristiano seguir ese ejemplo, como se ve por los hechos.

¡Oh hombre! ¿Quién eres tú para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso dice el alfarero: Porqué me has hecho así?

Y, con todo, vemos que la Desobediencia en la Ignorancia estaba escrita. No una sino dos veces. Primero en carne y luego en Espíritu el mismo que dijera que el Enemigo sembraría su semilla maldita en su Reino, insistió en ello al profetizar una fecha para el comienzo de esa actividad maligna. Al final del Primer Milenio, según consta en el Libro.

¿Por qué, entonces, conociendo Dios que de liberar al Diablo se produciría esa Siembra liberar al Enemigo de su Reino y Casa? ¿No hubiera sido infinitamente más sabio, conociendo de antemano que la Liberación del Diablo produciría la división de las iglesias, mantener bajo cadenas al Enemigo del Cristianismo hasta el Día del Juicio Final? ¿Qué contradicción es ésta?

¿Por qué conociendo la naturaleza falible del hombre, ya demostrada en el Edén, y no habiendo sido eliminada la ignorancia de la Fe, volvió a

liberar a la Serpiente? ¿Sabiendo que existiendo un Mandato de Unidad Cristiana Universal el Diablo se lanzaría directamente, mediante la Desobediencia, a destruir de la Obra de Jesucristo: por qué Liberar al Sembrador Maligno?

¿No es un terrible misterio el que venciendo al Enemigo y apartándolo de la escena se le deje libre luego para desfogar su impotencia contra la Casa construida por el Vencedor entre las naciones de la Tierra? ¿Se debe inferir de aquí -como hicieron Calvino y su raza- que Dios mantiene esa injusticia por la que antes de hacer ni bien ni mal es condenado el hombre y en consecuencia la muerte del condenado es legítima a manos de los bendecidos por una elección todopoderosa no sujeta a justicia?

¿Qué clase de sabiduría sino la de un demonio puede alzarse para imputarle a Dios la muerte de sus criaturas y en nombre de esa injusticia que procede del Poder y no de la Ley alzarse como brazo ejecutor de un pueblo abandonado a sus fuerzas? ¿Qué doctrina sino la de un enemigo de Cristo puede atreverse a condenar a una parte de la Casa de Dios para justificar su desobediencia al Mandato Divino en la conducta corrupta que procede de la Ignorancia de esa parte causante con su conducta impropia del delito de Desobediencia de la parte que condena?

¿Un Dios que condena y salva cuando la criatura no ha hecho ni bien ni mal no es un demonio? Y con todo es verdad que Dios amó a Jacob y odió a Esaú cuando éste aún no había hecho ni bien ni mal, como dice nuestro Apóstol. Ahora bien:

¿O es que no puede el alfarero hacer del mismo barro un vaso para usos honorables y otros para usos viles?

Hay dos mundos, hay un Antes y un Después. De una Ignorancia absoluta, total, pasamos, en cuanto género humano, a una Ignorancia relativa, parcial. De manera que aplicarle la ley Antigua al mundo Nuevo surgido de la Resurrección de Jesús es aborrecer lo que Dios hizo y hacer de la Ignorancia absoluta anterior a Cristo la Sabiduría suprema, máxima desde cuyos axiomas anticristianos -por antiguos- refundar el Cristianismo. Obviamente y sujeta la Fe a la Ignorancia, en razón de lo cual dijera San Pedro, hablando de la fe: “Vuestra fe, que se corrompe”, el Plan de Salvación Universal del Género Humano seguía sujeto a las circunstancias no implícitas en el Proyecto Original, y de aquí que la creación del futuro

implicase una constante dirección suprahumana, es decir, pasando por el ser humano, en dirección al Día de la Libertad, cuando todas las naciones serían liberadas de la servidumbre de la corrupción, y por tanto de la Ignorancia. Pero el hombre en cuanto hombre la parte que vive es la del Cristiano, o sea, la comprensión en la incomprensión. ¿Porque dónde está quién sea capaz de abarcar la profundidad y la extensión de la Actividad Divina?

Pues si para mostrar Dios su ira y dar a conocer su poder soportó con mucha longanimidad a los vasos de ira, maduros para la perdición,

La Historia del cristianismo en, en consecuencia, el Descubrimiento del Dios que dijera "Yo soy el que soy". Y para ello Dios mueve su creación entera a fin de llevar a su criatura al Conocimiento Verdadero de su Ser. No basta conocer sus Atributos, su omnipotencia, su todopoder, su omnisciencia…que se pueden deducir de su obra material. Dios no es únicamente Poder e Inteligencia. Dios es Ser. Y el ser implica el "Yo soy". "Yo" que conduce a la Personalidad, es decir, a la declaración del Sujeto en cuanto Personalidad consumada. En fin: "Yo soy el que soy". Y será el descubrimiento "del que es" el Norte hacia el que la Civilización Cristiana hará su camino. Y hará "del que es" la Gloria del Hombre.

Y al contrario, quiso hacer ostentación de la riqueza de su Gloria sobre los vasos de su misericordia, que El preparó para la Gloria,

Descubrir por qué "el que es" es la Gloria del hombre, se puede decir, es la meta final en la raíz del ser cristiano. No olvidemos que el mismo que es Gloria para Cristo es Infierno para el Diablo. Ni tampoco cerremos los ojos a la Realidad, que los mismos Apóstoles, así como su Maestro, fueron siervos del mismo que descubrió su Lado Fuerte y Duro en el pueblo judío, y, por tanto, en cuanto siervos son para nosotros lección viva sobre ese YO Divino contra el que se estrellaran las fuerzas de la Muerte. Y si en el pueblo judío descubrió su Lado Duro y Fuerte, en el pueblo cristiano vino a mostrar su Rostro Paterno y amante de sus hijos y sus pueblos, por amor a los cuales no reprime su Brazo y su Voluntad cuando el Bien de todos así se lo pide. Demostrando en Cristo y sus Hermanos en el espíritu que si el Mal tiene en su YO un Muro insalvable, una Roca indestructible contra cuya solidez se estrella el Infierno; para el

Bien su Yo es un sol que se derrama en agua viva, haciendo renacer los desiertos y levantando a los condenados a perecer en las fauces de las tinieblas al esplendor de quienes han nacido para ser más que Inmortales, ¡eternos!

Es decir, sobre nosotros, los que El llamó no solo de los judíos, sino también de los gentiles…

Duro fue el camino de la Caída a la Redención. La descendencia de aquel Primer Hombre, según el espíritu de Dios, lo mismo que el mundo del que fuera Cabeza, en cuanto Alma Viviente de su Cuerpo, el Género Humano vivió cuatro milenios de pesadilla ininterrumpida. Después de haber sido negada, la Memoria Perdida de aquel Mundo ha sido redescubierta en parte en nuestros días. Semejante a una columna vertebral para una Historia Universal, la Historia del Pueblo Hebreo ha devenido para todos nosotros la Huella Imperecedera de la Actividad Divina a lo largo de esos Milenios. Su Consumación en la Apertura del Nuevo Plan de Formación del Género Humano es lo que llamamos Origen del Cristianismo, cuya Semilla es Cristo Jesús, Roca Invencible e Indestructible a partir de la cual Dios refundó su Casa entre las naciones de la Tierra.

Como dice en Oseas: "Al que no es mi pueblo llamaré mi pueblo, y a lo que no es mi amada, mi amada".

No era algo que Dios escondiera en algún rincón de su Mente, sino que lo anunció continuamente a lo largo de los siglos. Dios no renunció a su Criatura Humana. Le fue arrebatada de las manos en un Acto de Rebelión, con declaración de Guerra formal firmada sobre la sangre de su hijo Adán. Pero siendo Ley su palabra y habiendo quedado paralizado su Proyecto Histórico Universal nada ni nadie podría impedir que el Fin para el que fuera creado al Principio el Género Humano se consumase. La Ignorancia obligaba, y los hijos del Trasgresor, a salvo temporalmente del peso del delito de su padre carnal, tendrían que sufrir igualmente el peso de la condena que sobre todas las naciones del género humano atrajo con su Desobediencia el padre original de Abraham. Mas para que hubiese condena, habiendo Ley, debería darse un Delito a raiz del cual la palabra cobraría carne.

Y donde fue dicho: "No sois mi pueblo", allí serán llamados hijos de Dios vivo.

¿Fue o no fue un delito crucificar a Jesucristo? ¿Y perseguir a muerte, este Saulo de Tarso, para la eternidad San Pablo, el testigo más firme de las tres soluciones finales que los judíos dictaron contra los primeros cristianos, no fue un delito contra el Cielo y la Tierra? ¿Y no fue éste un delito anunciado a voces por sus propios profetas?

E Isaías clama de Israel: "Aunque fuera el número de los hijos de Israel como las arenas del mar, sólo un resto será salvo,

Delito contra el que se anunciaba la condena. ¿O es que acaso se salvaron muchos de la destrucción de Israel por el imperio romano?

Porque el Señor realizará sobre la tierra su palabra cumplidamente y pronto".

Tan pronto como se cometiera el delito, se entiende. Rapidez de la que volvemos a deducir que la Ley es eterna y su Trasgresión es juzgada según Justicia. Justicia incorruptible de la que el cristianismo debe sacar la lección al caso, a saber, que de darse con conocimiento de causa la Desobediencia contra la Unidad Universal pedida por el Mandato, el Cristianismo en cuanto Reino y casa de Dios en la Tierra, será destruido.

Y según predijo Isaías: "Si el Señor de los ejércitos no nos dejara un renuevo como Sodoma hubiéramos venido a ser y a Gomorra nos asemejaríamos"

Y en este caso, no mediando profecía, esa destrucción sería absoluta.

LIBRO TERCERO

Por qué los judíos no admitieron la fe

Recojo el reto en el origen de este análisis del pensamiento de Cristo en Pablo respecto a la relación entre la Fe y las Obras, terreno en el que Lutero y la Reforma encontraron un argumento decisivo para Desobedecer a Dios y romper la Unidad pedida a las iglesias bajo Mandato. En *Lutero, el Papa y el Diablo* traté de dibujar al hombre bajo la carne, y puse sobre la mesa las circunstancias que dieron pie a la reacción del hombre, ante las que cualquiera de nosotros hubiera reaccionado acorde a la sangre en fuego que se merecían los acontecimientos. La conclusión tras la lectura de ambas realidades es que no se puede llegar a un juicio final por nuestra parte en función de la complejidad a que la Humanidad fue sometida a raíz de la Caída. Las fuerzas que se movieron alrededor de los actores de la Historia Universal superaron sus capacidades de entendimiento, y en cuanto sobrepasados por ellas su consciencia respecto a la verdadera naturaleza de sus acciones no se realizó jamás desde un pleno conocimiento de causa. Lo dijo Dios Hijo Unigénito desde su Cruz: "*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*".

Tampoco Lutero sabía lo que hacía cuando puso su verdad sobre la Iglesia y buscó su imperio aún a costa de meterle fuego al mundo entero. Ahora bien, esto no quiere decir que la verdad de Lutero estuviese desprovista de sentido divino, como se deduce de la conquista por el catolicismo de la reforma eclesiástica que estuvo en el origen "de la Reforma". Es una pena que el Papado no moviera ficha sino a costa de la división del reino de Dios. El Señor es quien juzga a sus siervos, pero si por el mero hecho de ser su siervo alguno se cree que tiene licencia para escupirle en el rostro al Espíritu Santo y tirar la Gloria de Dios Padre en el barro de las inmundicias a que acostumbrara la iglesia romana a la cristiandad, que ése se prepara para la sorpresa cuando el mismo que dijera que vendrían del oriente y del occidente y se sentarían alrededor de la mesa

del Señor mientras los propios hijos del reino serían expulsados, que ése se prepare para la sorpresa, porque si los propios hijos de Dios son arrojados a las Tinieblas ¡con cuánto más terror debe conducirse un siervo aquí en la Tierra !

Sin embargo el juego demoníaco de utilizar el Amor contra el Temor debidos a Dios ha sido el arma letal que siervos de todas las condiciones y estratos eclesiásticos han venido utilizando para pervertir la Fe y alimentarse de las propias ovejas hacia las que tienen por Contrato el Deber de apacentarlas por tiernos pastos de salud y vida. El ejemplo del destino de los judíos del Siglo de Cristo debiera ser suficiente para que los pastores de la cristiandad andasen en terror continuo a costa del delito que todas han cometido contra la Unidad Sempiterna a cuyo Orden Sagrado sujetó Dios el Cuerpo de su Hijo, nuestro amadísimo Rey y Padre, Jesucristo. Porque si Dios no perdonó su delito a los hijos de su amadísimo Amigo Abraham ¡en base a qué la descendencia carnal de bárbaros ha de creerse más y, aun imitando al Diablo, ser capaz de escapar a la suerte del Maligno!

Dios sólo tiene una Regla. Su Justicia es Una para todos sus siervos, hijos y naciones. Todos los pueblos de su Reino Universal están sujetos a una misma Ley Eterna. No hay excepción. Cuando el sol sale, sale para todos, sin excepción. Y cuando las tinieblas golpean, golpean sobre todos, sin excepción. El huracán no hace excepción entre cristiano y judío, ni entre ateo y musulmán. Así la Justicia del Padre de todas las criaturas. El mismo que no perdonó a su Unigénito y Primogénito por quebrantar la Ley de Moisés, que obligaba a toda la descendencia carnal de Abraham, delito penado con la Cruz desde los días de Moisés, Ese mismo Dios Eterno hizo cumplir la Justicia contra quienes no escucharon al Mesías cuya Venida ese mismo Moisés les profetizara.

La complejidad de la Mente Divina, pues, será el factor a tener en cuenta a la hora de cualquier análisis del Libro que en su Mente, independientemente del nombre de los escribas a su servicio, ya lo mismo Pablo que Juan, concibiera Dios Padre, el corazón puesto en la Salvación Universal de todos los pueblos de la Tierra. No en vano, por consiguiente, desde su Cruz, dijera su Unigénito: "*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*". Pues cualquiera de nosotros en las circunstancias y situación bajo las que Cristo Jesús viviera, cualquiera de nosotros habría sido actor pasivo en el Drama de la Batalla Final entre los hijos de Dios, y en tanto que actores pasivos hubiéramos también gritado con aquéllos: Crucifícalo, crucifícalo.

Pues ¿qué diremos? Que los gentiles, que no perseguían la justicia, alcanzaron la justicia, es decir la justicia por la fe

Por la Fe de Cristo Jesús, por la Fe de Abraham, por la Fe de Moisés, por la Fe de Adán, quienes, a pesar de los hechos que les rodeaban, mantuvieron viva a través de los milenios la Esperanza de Salvación Universal, en orden a la cual la Humanidad, una vez redimida, levantaría la Cabeza y dada a elegir entre el Cielo y el Infierno, entre el Bien y el Mal, entre Dios y el Diablo: sin pensarlo a su Creador levantaría su alma y haciéndose una sola cosa con Su Salvador desterraría de su carne la Obra que la Muerte construyera en ella a raíz de la Caída. Esta Justicia Divina en la que el Amor infinito de Dios por su Creación se hacía carne en Set y su descendencia, viajando en la sangre de los Profetas desde Moisés hasta Cristo, golpeó a dos bandas sin poder detener el curso de su ley, que de todos los hombres, lo mismo de judíos que de gentiles, hizo juguetes y actores de comparsa de una Batalla Final en cuyo desenlace el Futuro de esa misma Creación entera estaba en juego. No en vano Dios eligió por Campeón de su Causa al Hijo de sus entrañas increadas. Pues todos nosotros no somos más que barro, Pinochos por la sobrenaturaleza de nuestro Creador viviendo el sueño de devenir seres vivos a imagen y semejanza de su padre y creador, nuestro Rey sempiterno Jesucristo. ¡Qué hijo de hembra humana hubiera podido sostener en sus brazos la Maza con la que Dios juró aplastarle la cabeza al enemigo que le había salido a su Reino! ¿Acaso no confiesa la propia Biblia que desde Adán jamás nació hombre alguno que pudiera desatarle la correa de la sandalia a ese mismo Adán? Cuatro milenios después, los hijos de aquella generación y mundo andando por el polvo de la ignorancia infinita a que los condujo la Caída, ¡que entraña sino la del propio Dios Eterno hubiera podido parir al Héroe por el que suspiraba nuestra alma, el Campeón todopoderoso e Invencible que corriendo en tromba se lanzaría contra el asesino de nuestros padres sin ofrecer más misericordia que el pago a tal infernal delito! ¡Qué hijo de hombre sino el que Dios mismo nos suscitara de sus entrañas hubiera podido mirar cara a cara al Diablo, y sin inmutarse siquiera ante la presencia del Príncipe de las tinieblas darle por toda respuesta aquel: “Vete Satán, que tus días se cuentan ya por horas”. ¿Quién, ya entre los judíos o los gentiles, podía imaginarse que Jesús caminaba hacia la Cruz? ¿Acaso los propios Discípulos no corrieron como ratas huyendo del fuego cuando los dos campeones, el del Cielo y el del Infierno, se abalanzaron el uno sobre el otro? De Dios sólo es la Gloria de la Victoria, El dio Héroe y

Maza, Brazo y Hacha. Y a El Sólo le debemos todo Honor y toda Gloria; y sobre cualquiera, hijo o siervo, pastor o fiel, que reclame para sí agradecimiento y fidelidad, sobre su cabeza el delito. Alcanzamos la Fe no por nuestros méritos, sino por la Gloria del Dios de la Eternidad. Si a esto es lo que se refería Lutero cuando pusiera la fe sobre las obras, bendita su boca y benditas las orejas que le dieron oídos.

mientras que Israel, siguiendo la ley de la justicia no alcanzó la Ley

Ni Israel ni nadie hubieran podido alcanzarla, como se desprende de lo dicho y se ve del Hecho de la Necesidad de la Encarnación. Pues si la Victoria hubiera sido posible mediante la Elección no de su Unigénito, en este caso San Pablo no podría firmar lo escrito, y estarían en lo cierto quienes afirman que el hombre puede por sí solo alcanzar la gloria que se les negara a los héroes de muy antiguo. Era imposible que ya Israel ya Roma o ambas a la vez apoyándose la una en la otra hubieran podido aplastarle la Cabeza al Maligno y Fundar el Reino de Dios en el espíritu y el verdadero conocimiento de Dios, es decir, en la Fe. Pues la ley de la justicia revelada en Moisés miraba a la justicia por la fe encarnada en Cristo Jesús, de aquí que al venir el Mesías su Profeta, el hijo de Isabel y Zacarías, se retirara de la escena, figura del final de contrato que Abraham firmó en nombre de su descendencia, de esta manera dando paso una ley a otra ley, ésta infinitamente más excelsa y gloriosa cuando que “el que viene de arriba está sobre todos”.

¿Y por qué? Porque no fue por el camino de la fe, sino por el de las obras. Tropezaron con la piedra de escándalo

Las obras de la ley estaban prefijadas y por su camino era imposible que la Humanidad recibiese otra cosa que el desprecio de parte de quienes nacían bajo su justicia. Desprecio que con el paso de los siglos se hizo parte de la mentalidad del judío y levantó entre judíos y gentiles el muro de enemistad que aún en nuestros días perdura. Pero la Caída implicó a toda la Humanidad y cuando Dios dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza*, estaba mirando a todo el Género Humano. Siendo así que la Ley de Moisés miraba exclusivamente al individuo, Israel, y se despreocupaba del Género Humano, mientras existiese esa justicia de la salvación por las obras de la ley era imposible que el Muro entre el

Creador y su Criatura cayese. Razón por la cual esta Caída había de ser causa de escándalo para aquéllos en quienes el desprecio por la Humanidad había venido a ser parte natural de su conducta. Cegados, pues, por lo que ellos creían el fracaso de Dios para llevar adelante su Palabra: la Formación del Género Humano a la imagen y semejanza de sus hijos, los judíos, sin saberlo, cometían un terrible delito al negar el Todopoder del mismo que los salvara de Egipto. Pues no puede ser que habiendo creado el Universo y siendo la Sagrada Escritura la Historia del Género Humano, sobre cuyas familias extendió Dios su Mano, acontecimiento exterior a la Voluntad Divina pudiera impedir que su Palabra se cumpliese. La locura de los Rebeldes, a quienes les diera Satán su boca, deviniendo él en persona la Cabeza de la Serpiente, estuvo en creer que la Voluntad Universal de Dios podía ser cercenada. Arruinadas sus inteligencias por las pasiones infernales contra las que Dios creara a Adán, sus mentes eran incapaces de comprender que el Todopoder Divino no puede ser limitado por nada ni nadie. Consumada la locura maligna, el replanteamiento del Proyecto Universal imponía unas necesidades históricas vitales imposibles de dar de lado. Israel, una vez asentado en su individualismo nacional, cegado por la ley de las obras, fue profundizando cada siglo más en el abismo en cuyo fondo pusieran la piedra de su ruina los demonios malditos que causaron la Caída de Adán. De manera que al llegar Cristo la ruptura entre Israel y la Humanidad se había hecho tan profunda y vasta que por fuerza los judíos habían de partirse la cabeza contra la Fe de la redención del Género Humano y la Fundación del reino de Dios sobre la Piedra del cristianismo.

Según está escrito: He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo, una piedra de escándalo, y el que creyere en El no será confundido.

Escándalo para los judíos había de ser, ciertamente, que Dios echase abajo el Muro entre El y su Creación, y dando por consumado el Contrato con Moisés, extendiese otro ante la Humanidad, a ser firmado por Cristo Jesús en el Nombre de todas las familias de la Tierra. Cuyos términos salvíficos universales lo acabamos de leer: "El que creyere en El no será confundido". Es decir: "El que cree en el Hijo tiene la vida eterna". ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? Sí, por supuesto. Pero por las Obras de Dios, no por las humanas. Dios es quien dijo e hizo; y su Voluntad era y es "que todo el que ve al Hijo y cree en El tenga la vida eterna". La Ley fue dada para anunciar la Fe, para prepararle el Camino, pero una vez hecha carne la

Ley seguía a Juan, hijo de Zacarías, hijo de Abías, hijo de Aarón, al calabozo donde habría de sufrir Israel la suerte de sus profetas.

Hermanos, a ellos va el afecto de mi corazón y por ellos se dirigen mis súplicas, para que sean salvos.

Ahora bien, la condenación por el Delito de Crucifixión y Persecución quedó sujeto a pena y no a Destierro eterno; algo que ya anunciara el propio Dios en muchas ocasiones profetizando la suerte de Israel y su restauración en el Espíritu al final de los tiempos. No porque el Apóstol hebreo de nacimiento y judío de crianza lo diga, sino porque se deduce de la misma justicia de la Fe.

Yo declaro en favor suyo que tienen celo por Dios, pero no según la ciencia;

Así es. Fue la ignorancia, a la que el mundo entero quedó sujeto tras la Caída, la fuerza que arrastrara a los judíos a rebelarse contra el Plan de Salvación de Dios. Pues la Ley de Moisés garantizaba la salvación del alma a quien viviera bajo su norma, pero en ningún caso prometía la ciencia que viene del verdadero conocimiento de la Divinidad a los hijos de Abraham. No teniendo más justicia salvadora que la que les venía de las obras de la Ley su celo por Dios era animal, puro instinto de supervivencia, en ningún caso fruto del espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de entendimiento y fortaleza, de consejo y temor de Yavé, árbol que por la Fe produce el fruto de la verdadera ciencia del conocimiento de Dios. Y no teniendo más conocimiento que el que la Ley les proveía era imposible que pudiesen conocer la Justicia Universal que en su mente había predeterminado ofrecerle al Género Humano cuando llegase el Día de la libertad de sus hijos.

porque ignorando la justicia de Dios y buscando afirmar la propia no se sometieron a la justicia de Dios

No podían. Lo increíble hubiese sido lo contrario, que el Maligno hubiese triunfado sobre Jesús y los hijos rebeldes de Dios sobre su Reino,

imponiéndole al Todopoderoso su idea infernal de la Creación, o que los Discípulos no hubiesen salido corriendo, o que el mar Rojo no se hubiese abierto y Juan no se hubiese retirado al calabozo para que le cortasen la cabeza. Determinado desde el Principio el Duelo a muerte entre el heredero de Eva y el Campeón de los Rebeldes, Cabeza de la Serpiente, Satán, el Maligno, todos los hombres, lo mismo judíos que gentiles quedaron abocados a ser meras comparsas alrededor del ring donde se enfrentarían a muerte el hijo de David y el príncipe de las tinieblas.

porque el fin de la Ley es Cristo, para la justificación de todo el que cree

Más claro, imposible

Las dos justicias

Pues Moisés escribe que el hombre que cumpliere la justicia de la Ley vivirá en ella.

No es de extrañar que Lutero encontrase en esta doctrina del Derecho Universal a la vida eterna en el Nombre de Jesús la palanca con la que mover el universo cristiano y dividir la cristiandad europea occidental en dos partes irreconciliables. Pablo procede a darle expresión humana a la Revelación de Cristo, cuando dijera que todo el que cree en el Hijo conocerá la vida eterna. Punto y final. Se acabó. No hay más, no se pide menos. Luego podrán venir las ordenanzas, los mandamientos de la santa madre iglesia, el peaje que cada uno quiera ponerle para acceder a esta autopista libre al Cielo. Allá cada cual. Unos ponen diezmos, otros mandamientos, otros odios condicionantes, cada cual impone sobre aquel a quien acerca a Dios su propio peaje, unos invisibles otros tan visibles como cadenas que hacen del libre un esclavo de aquel que le liberara. Digamos en descargo de Dios que tan tonto es quien libera para esclavizar como el que naciendo libre se deja convertir en esclavo después de haber sido hecho libre. La libertad no es el fruto de un hombre, o de una iglesia, sea cual sea, sino don de Dios sobre toda su creación. Los hombres, y las iglesias, son meros instrumentos de realización de este don, que, como una espada sobrenatural, va cortando las cadenas de las naciones encadenadas

por el Infierno al muro de su autodestrucción. Que la espada pida las gracias sometiendo a su sobrenaturaleza a aquel que libera es una nueva idolatría, tanto más sutil cuanto que se adora al instrumento por ser de Dios siguiendo el razonamiento animal de quienes adorando a la Luna o al Sol consideran que adoran a su Creador. Quiero decir, el Poder y la Gloria es de Dios y los hombres como las iglesias son sólo instrumentos de liberación, y en consecuencia, cualquiera que pide peaje, en forma de diezmos, mandamientos o cualquier otro sistema de servidumbre del liberado respecto a su "liberador", es una rebelión contra el Dios que concediera gratis al universo entero el derecho a la vida eterna. El Cristiano, en efecto, únicamente a su Dios y Señor, nuestro Rey Jesucristo, le debe la Gracia de su Nacimiento en Libertad para disfrutar de la gloria de los hijos de Dios. El que libera en su Nombre no es nada. Ni iglesia ni pastor. La gloria de la Liberación no es del siervo, sino de su Señor, y a El y sólo a El, le debe todo hombre, nacido en la Fe, su derecho inalienable a la vida eterna en el Paraíso de Dios, su Padre. Lo cual no implica, ni mucho menos, como Lutero en su disputa con el Papa concluyó, que tengamos que coger al siervo y mandarlo al infierno, tanto más cuanto que el Siervo y el Señor forman una sola realidad un sólo Cuerpo, divino y eterno. Que la espada libertadora sufra el continuo golpe contra las cadenas y por ese desgaste sea condenada al fuego es un ejercicio de ignorancia supina, tremendo y categórico que pone de relieve el olvido de la Sobrenaturaleza del Brazo de Dios. No porque la fe se corrompa, según le dijera Pedro "a los elegidos extranjeros de la dispersión: Por lo cual exultáis, aunque ahora tengáis que entristeceros un poco, en las diversas tentaciones, para que vuestra fe, más preciosa que el oro, que se corrompe aunque acrisolada por el fuego...". No porque la fe se corrompa tenemos el deber, que se impuso a sí mismo Lutero, de coger la Fe y echarla fuera de nuestra alma porque nuestra alma se merece algo más que una fe "que se corrompe". Este sistema de pensamiento que procede del orgullo, es destructivo, esquizoide, y comporta, a la larga, una perversión del pensamiento de Cristo, cuyo fruto no puede ser, según ya se ha visto en el Siglo XX, otro que un comportamiento cainita del que así piensa y se separa de los demás cristianos en base a que su fe se corrompe y la fe a la que él aspira es una fe incorruptible. No hay más que abrir las páginas de la Historia para comprobar la demencia en este tipo de discurso. Y como ya veremos en otro sitio y reconociera el Apóstol en otra Carta, para vivir semejante Fe tendríamos que no estar en este mundo. Mas habiendo nacidos en este mundo y viviendo en este mundo evitar que la influencia de este mundo le afecte a nuestra Fe, es decir, a nosotros, es pretender una locura. Locura tan grande como hacer de la realidad excusa y convertir nuestro defecto en justificación de todos los crímenes que se nos ocurran,

como si mientras conservemos la fe nos estuviera permitido lo que al Diablo le ha supuesto el Destierro Eterno de la Creación de Dios. ¡Nunca! Como todos sabemos la Obra de Dios es que creamos en el Hijo. Sin embargo todo en el mundo está configurado para que esta Obra no alcance su Meta más preciada: Que seamos su Imagen y Semejanza. La Historia del Cristianismo, en cuyos volúmenes figura la Edad de la Reforma, es uno los efectos de esa batalla milenaria entre la Fe y la Ignorancia del mundo. Creer que Lutero marcó un Antes y un Después es un error terrible. Tan terrible como creer que el Concilio de Trento hizo otro tanto. La Fe de Cristo sólo tiene una palabra y una justicia:

Pero la justicia que viene de la fe dice así: No digas en tu corazón: "¿Quién subirá al cielo?", esto es, para bajar a Cristo;

Nadie, ni en la Tierra ni en el Cielo, podía hacer que la Imagen y Semejanza a la que fuimos llamados desde el principio de la Creación de nuestro Mundo, renaciera en nuestro ser. Únicamente Aquel que Dios nos dio como Modelo sempiterno podía impregnar nuestra conciencia de su Realidad mediante la Contemplación en vivo de su Persona. La Iglesia, y el sacerdote en cuanto Siervo, tiene por Deber de Contrato de vida acercarnos a Aquel que es nuestro Modelo, pero es en los hijos de Dios que ese Modelo se hace vida en nuestra vida, o como diría más adelante el Apóstol: "Cristo, que es vuestra vida". Cual recibimos gratis de nuestros padres la vida, de la misma manera recibimos gratis nuestro derecho a la vida eterna, que viene dado en Cristo, nuestra Fe hecha carne para que no seamos sólo de palabra hijos de Dios, sino en Poder y Gloria. ¿O acaso el Cristiano no extiende su bandera sobre el mundo entero?

o: "¿Quién bajará al abismo?", esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos.

Adonde fue arrojado como consecuencia de la Caída el verdadero ser del Hombre. Habiendo sido creados para conocer la libertad de la gloria de los hijos de Dios ¿en qué lugar acabamos y por qué nos encontramos al día siguiente atrapados en la selva de las pasiones infernales que nos han devorado durante estos últimos seis milenios? ¿Qué hombre podía recuperarnos para Dios, qué criatura en el Cielo o en la Tierra podía rescatar nuestro Ser de la tumba en la que fuera arrojado? Es verdad que

bien podía habernos dado Dios por Modelo otro de sus hijos. Pues al decir, hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, implicaba en la Formación del Género Humano a toda su Casa. Nuestra gloria está en que teniendo Misericordia de nosotros, quiso darnos por Modelo a su Unigénito en persona, a fin de que nuestro Ser renaciera tanto más hermoso cuanto más monstruoso había devenido por la Caída. Únicamente El podía rescatar nuestro Ser haciendo de esta manera su Vida nuestra Vida. Y viceversa, ¿o acaso no van unidos eternamente la Imagen y su reflejo? Será de esta manera, sin duda, que Cristo y las Iglesias se hicieron una sola cosa, aunque, como dijimos arriba, esta unión siguiera sujeta a la ley de la corrupción natural al mundo. En suma, a nadie le debe nuestro Ser su vida sino al Hijo de Dios, y, en consecuencia, todo peaje, todo diezmo, todo mandamiento que convierta nuestros defectos en actos pecaminosos, es un acto delictivo contra la justicia de la fe.

Pero ¿qué dice? "Cerca de tí está la palabra, en tu boca, en tu corazón", esto es, la palabra de la fe que predicamos.

A saber: Jesucristo es Dios Hijo Unigénito, nacido de la Virgen María, nuestro Rey Sempiterno, Señor de todas las iglesias, a las que se unió para engendrarle a Dios hijos, su Descendencia en el Espíritu, nosotros, Descendencia Divina, en razón de cuyo nacimiento futuro la Creación entera se mantuvo expectante hasta poder ver con su alma al Hombre liberado y hecho partícipe de la gloria de los hijos de Dios. Esta era la Voluntad de Dios al enviar a su Hijo desde el Cielo para bajar a los abismos, rescatar nuestro Ser y restaurar su Obra haciéndola tanto más hermosa cuanto devenía Imagen y Semejanza de Aquel por quien Dios Padre renuncia a todo y sin quien Dios no puede concebir su Vida: su Hijo Jesús, nuestro Héroe, Rey y Salvador. Esta es la Fe que predicaron los Apóstoles. Y esta es la Confesión que les costó la vida.

Porque si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo.

Nada más fácil. Nada más sencillo. A dos milenios de distancia del autor debemos tener en cuenta que hoy día hasta los loros repiten esta Confesión. A la hora de leer las Escrituras nuestra inteligencia no debe separar Historia y Vida. La Historia sin vida es nada. Y la Vida es de por sí

Historia. Lo podríamos decir diciendo que el texto va en su contexto y cualquier disociación de ambas partes impone una actitud de sabiduría que, de no darse, implica la manipulación del sentido original de la Escritura, desembocando el hecho en perversión de la Doctrina. En este caso la Fe es la misma. No se puede ser cristiano y no creer en la resurrección del Hijo. Y se es cristiano porque se cree en que Dios resucitó a Jesús. Es el Texto. El contexto es que hoy puedes gritarlo en la calle y nadie va a ponerte una espada en el cuello ni a tirarte a los leones. El fruto de la Fe es el mismo en todo hombre, la vida eterna. Sólo que creerse más que nadie por repetir en la calle mil veces al día esta Confesión cuando no existe el Contexto, o sea, la pena de muerte por hacerla, implica cierta grado de demencia.

Porque con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se confiesa para la salud.

Desgraciadamente aún existe en nuestro mundo naciones que sostienen la espada contra la Fe. Es un hecho, no una denuncia. Son millones los cristianos que son sometidos a vejación y tortura por Confesar en privado lo que en público entre nosotros no desata ya ni risa. Entonces, si somos los herederos de Dios, y nos pertenece todo ¿cómo siendo partícipes de la gloria de los hijos de Dios podemos permitir que nuestros hermanos sufran vejación y tortura por Confesar lo que nosotros vivimos libremente? Y lo que es más dramático y terrible: ¿Cómo podemos permitir que nuestros gobiernos y los gobiernos que persiguen y torturan a nuestros hermanos en la Fe tengan tratos sin poner nuestros gobiernos ante, delante y sobre la mesa la Denuncia contra semejante conducta criminal y asesina? Porque, ciertamente, la Muerte de Cristo era de Necesidad; pero nosotros hemos recibido por Deber: Vivir. Y con el deber el Derecho a la defensa de esta Vida, y, estando todos en Cristo, la tortura contra un cristiano es una vejación contra todos nosotros. Pero alguno se dirá: ¿Acaso corrieron los cristianos a defender a los otros cristianos del sacrificio, siendo que tenían el martirio por coronación de su fe? Y yo le digo: Había Necesidad de la Muerte de Cristo. Pero consumada la Necesidad, es anticristiano procediendo de un cristiano: hacer caso omiso del Sagrado Derecho a la Vida de todos los ciudadanos del Reino de Dios.

Pues la Escritura dice: "Todo el que creyere en El no será confundido".

¡Cómo podría ser de otra forma! ¿O acaso Dios nos creó para ser aplastados por las bestias del campo y no “para dominar sobre todas las criaturas”? El Testamento es firme: “Se apoderará tu descendencia de la puerta de sus enemigos”. No hay por tanto confusión para los que vivimos en la Luz de la Verdad. Y la verdad es, en palabras de San Pablo:

No hay distinción entre el judío y el gentil. Uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan,

Lo cual a los judíos tiene que seguir pareciéndoles herejía, y en su herejía incapaces de comprender que Dios es Libre para hacer y deshacer según su Omnisciencia, y esta Omnisciencia desde luego no está sujeta al Talmud ni a la Torah, pues quien escribe está sobre su Obra y puede destruir lo que hace con sus manos acorde a su Ciencia y su Poder. Lo contrario, limitar la Voluntad de Dios al interés de un pueblo, se llama Judaísmo.

pues todo el que invocare el nombre del Señor será salvo.

¿O tendrá Dios que pedirle permiso a su criatura para levantar sobre la Obra de sus manos a quien El quiera? ¿O tiene que estructurar sus Planes teniendo en cuenta los planes de sus criaturas? ¿O sujetar Sus proyectos y determinios a los pensamientos de sus siervos e hijos? ¿Y qué? ¿Qué tiene que decir nadie si El ha querido que la Puerta de Su Reino sea su Hijo, y quien no acepte su Corona y Señorío no conozca las mieles de la vida eterna en su Paraíso? ¿No han vivido en sus carnes durante estos dos milenios los judíos lo que significa rechazar esta Voluntad manifestada en el Evangelio? ¿Acaso tuvo Dios en cuenta que son descendencia de Abraham a la hora de aplicar sobre los judíos la Pena debida al rechazo a su Voluntad Eterna? ¿La tuvo acaso cuando Adán, padre de los judíos, quiso imponerle su voluntad a Dios? Se corrompe la fe, ¿pero se corrompe Dios por amor a sus criaturas? Donde Ayer Dios dijo NO ¿pone El Hoy SÍ? Es evidente que no. La misma Ley sigue vigente, y el Derecho a la Vida eterna pasa por una Puerta sempiterna, que todos conocemos: Jesucristo, lo mismo para los judíos que para los demás hombres de la Tierra.

El Evangelio, predicado a los judíos y desechado por ellos

Regresamos al punto donde espacio y tiempo se encuentran y lejos del cual se produce la dispersión interpretativa a la que nos ha acostumbrado el protestantismo desde su nacimiento a nuestros días. Ya hemos dicho que sacar un texto de su contexto es un acto de lavado de cerebro de quien lo realiza respecto a quien admite por buena esta corrupción del hecho intelectivo. Dos son las fuerzas que confluyen en el movimiento histórico, la mente del individuo y el comportamiento del pueblo dentro de cuyo espacio se mueve el, en este caso, pensador. No olvidemos que el Evangelio no sólo no anuló el Pensamiento sino que lo rescató de la tumba en que lo había enterrado la caída del Mundo donde naciera. ¿Acaso el Pensamiento no existió antes de la Academia de Atenas? Bueno, ciertamente sí, y ciertamente no. Antes de la Filosofía existió el Mito, y sólo con el Cristianismo la Filosofía se hace Ciencia en el crisol de la Teología, y es, gracia al espíritu cristiano, que resucita la Lógica, ahora integrada en el cuerpo cristiano, donde, alimentada por la sabiduría de los san agustines, se fortalece y se independiza en su día, dando a luz al Renacimiento. Antes de Sócrates existía el pensamiento pero al estar enfocado hacia el Mito su fruto no podía generar la Filosofía, dentro de cuyo cuerpo surgiría Ciencia en tanto en cuanto realidad independiente. Es esta realidad la que fue devorada por el fuego de los acontecimientos, mucho antes de nacer Cristo, y sería por obra de la escuela de Alejandría que el pensador científico pasó a transformarse en mito, especie rara a admirar pero en ningún caso a tomar en serio. Es el cristianismo, como se ve en San Pablo, quien rescata del hecho diferencial pagano la Filosofía, y transforma el Pensamiento Filosófico en instrumento al servicio del Evangelio, fusión que había de permanecer íntegra y demostraría su versatilidad en Orígenes, avanzando por cuyo camino se llegó a San Agustín, de aquí a Santo Tomás de Aquino y, por fin, a Galileo Galilei, punto en el que Pensamiento y Fe se despiden y sigue cada uno su camino, contra la voluntad de la Fe, todo hay que decirlo, pero sin poder evitar la Fe que su criatura, el pensamiento científico occidental, se convierta lenta pero inevitablemente en su peor y más terrible enemigo, cumpliéndose así el dicho: “Cría cuervos y te sacarán los ojos”. Mas si alguien puede demostrar que la Ciencia hubiera sobrevivido a la Caída del Mundo Antiguo de no haber encontrado refugio en el Cristianismo, a partir de ese momento declararemos proscrito a Cristo.

Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? Y ¿cómo creerán sin haber oído?

El Apóstol vive, en consecuencia, una realidad suya, personal, que acaba identificando su personalidad en el complejo mundo de las memorias de la Humanidad, singularizando su actuación y haciendo de su figura un eje central de dinamismo histórico sin cuya existencia el futuro no habría alcanzado la propiedad que tuvo a partir de San Pablo. Es decir, tan irracional es creer que San Pablo reinventó a Cristo, como ignorar que sin San Pablo la fusión entre ambos espíritus, el del Evangelio y el de la Filosofía, se hubiera producido a la velocidad que se produjo sin haber mediado su Cristianismo. San Pablo fue la encarnación de un cristianismo sui géneris en cuya particularidad un atónito morfologismo con tendencia a la anulación de la individualidad en el hecho de la universalidad de la Fe encontró su camino y, sin excluir esta universalidad, le abrió la puerta a la individualidad cristiana, tipo Cristo Jesús, donde el Yo y el Nosotros convivieron sin ninguna lucha interna. Contra la tendencia perturbadora judía, que le acarrearía a Israel la destrucción, cuyo eje supremo era la heretización de lo anómalo en tanto que individualidad, profética en el caso hebreo, consistente en hacer de todo hijo de Abraham un clon miserable del modelo corrupto que se habían forjado los sacerdotes y los rabinos sobre lo que el Ser es, Cristo Jesús puso en acción un nuevo Modelo, el Hijo del hombre, el YO como base y techo de la realización de la vida, el Nosotros como cuerpo integrador perenne, indestructible en cuya dimensión conviven estas dos fuerzas sublimes en un todo divino, indisociable, armonizado por un Espíritu Universal que hace del Individuo su Roca de Fundación eterna y del reino de Dios su Templo, su Edificio, su Palacio, su Ciudad, su Mundo. Era imposible, pues, que Cristo Jesús pudiera ser admitido por los judíos como el Hombre en el Verbo de Vida: el Hombre a la Imagen y Semejanza de Dios, una Persona perfecta, completa, existente de por sí y en sí, inteligente, creador, activa, libre. Oposición que encontraría en los Apóstoles, por su origen judío, un fuerte valedor a la hora de mantener el crecimiento del cristianismo en el perímetro interno del pensamiento hebreo. La famosa disputa entre Pablo y Pedro, ganada por el Señor de ambos en bien de todos, puso sobre la mesa aquella terrible confrontación que, de haber perdido Pablo, hubiera supuesto la imposible resurrección de la Filosofía en el cuerpo del cristianismo. Aquí, en esta victoria, no de Pablo o de Pedro, sino del Señor de ambos, pero firmada por Pablo, es donde el cristianismo se echó a andar sin mirar atrás y por el camino, sin quererlo ni pensarlo, cuando ya creía el Filósofo que el imposible era su sino, el Pensamiento alcanzó a la

Sabiduría, se hicieron una cosa y juntos le consiguieron a la Humanidad lo que de otra forma hubiera sido imposible. A saber: La Victoria de la Civilización sobre la anunciada Caída del Mundo entre cuyas paredes se forjara su edificio. El Judaísmo, así las cosas, no entraba ya en el juego de los siglos.

Y ¿cómo predicarán si no son enviados? Según está escrito: "¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien!".

Cualquier interpretación del texto paulino debe realizarse teniendo en cuenta este pensamiento del propio Pablo sobre su realidad concreta, pues la singularidad personal no anula en ningún caso la concepción del cuadro general dentro de cuyo marco se mueve cada cual. Y viceversa. La integración del hombre en el universo de circunstancias del que forma parte no oprime su individualidad ontológica. Yo diría todo lo contrario, que la enriquece. En este contexto justo es decir, ¡qué mayor bien podía hacérsele al Hombre que regalarle el encuentro con su Identidad Ontológica, ver el Modelo Vivo de Ser a imagen del cual fuera pensada su existencia! Era esa Identidad la que fue arrojada al Polvo por la Caída de Adán y su Mundo; fue esta Personalidad la que bajo un cosmos de prescripciones y ritos sangrientos el Judaísmo mantenía en su tumba. Ningún Bien mayor podía hacerle Dios al Hombre que resucitar su YO de la Muerte y darle Nueva Vida. Antes de Cristo éramos animales arrastrando nuestro pecho por el polvo, bestias asesinas devorándonos los unos a los otros sin esperanza de solución ni ruptura de continuidad; tanto judíos como romanos, griegos como persas, chinos como aztecas, todos los pueblos tenían por modelo de Ser un tipo criminal y homicida cuyos pensamientos sólo tenían un fin: Justificar ese comportamiento. Después de Cristo el Ser del Hombre tiene en su Pensamiento el Modelo a cuya Imagen fue creado y encuentra en el tipo antiguo un monstruo, impuesto al Género Humano por la Caída, una bestia asesina tanto más poderosa por en cuanto usaba la Razón Divina para hacer más omnipotente su imperio homicida. Pues la Caída no destruyó la Creación de Dios, sino que el Mal estuvo en hacer del Pensamiento un arma de dominio del hombre sobre el Hombre. Es decir, la Caída le abrió a la Humanidad la puerta de la esquizofrenia más violenta concebible, dentro de cuyo edificio cayó el Género Humano y tras el que se cerró la puerta... hasta que llegara el Hijo de Eva, el Hijo del hombre, según está escrito. La diferencia letal entre el Judaísmo y el Cristianismo es que el Judaísmo limitó la Salida de semejante situación a su posición predominante dentro del Nuevo Mundo

en cuanto Raza Superior, elegida, llamada a Gobernar a todas las Naciones de la Tierra. El Mesías según los rabinos del Templo era un Hitler Divino cuyo Imperio se extendería hasta los confines del mundo y todo el que no se sometiera a su Trono sería aniquilado, exterminado... en nombre de Dios. El Cristianismo de Jesús asumió la locura de semejante concepción mesiánica y la puso a la luz del mundo entero al dejarse crucificar por quienes vieron en sus ojos la locura que a los ojos de Dios era la concepción judía sobre el Hijo de Eva. Desgraciadamente aún se mantiene en pie semejante locura, causa de enemistad profunda entre judíos y musulmanes y muro de separación letal entre cristianismo y judaísmo. Porque si hay un hombre con dos dedos de luces que no vea una locura en la predicación rabínica actual de la superioridad de raza del judío por elección divina y su futuro como Nación Directora de la Plenitud de las Naciones de la Tierra, debemos convenir entre nosotros en que ciertamente las luces de algunos son verdaderas tinieblas. Se comprende, entonces, que los judíos a los que se refiere San Pablo, encontraran en el Bien de todos un regalo del Diablo, y en el Mal de todos el principio de su Hegemonía Universal. El destino de semejante Pueblo, enloquecido por sus rabinos, no podía ser otro que el que la Historia selló.

Pero no todos obedecen al Evangelio. Porque Isaías dice: "Señor, ¿quién creyó nuestro mensaje?"

La verdad no necesita de nadie ni de pruebas que especifiquen su ser. Pero en razón de nuestra ignorancia se deja diseccionar y estudiar, en la esperanza de que viendo la sustancia de la que está dotado su cuerpo aquéllos a quienes se dirige se hagan el favor de mirarse al espejo. Y es que la complejidad de la estructura de los Hechos vino determinada por las Causas y Efectos de la Caída. Como ya hemos dicho en alguna otra parte la Caída tuvo lugar en nuestro Mundo y se sirvió de nuestra carne para declararle la Guerra a un Espíritu Eterno que, por sus Propiedades, era odiado, en razón de esas Propiedades Personales, por los autores de las palabras que mataron a Adán. De la Victoria del Cristianismo o de su Fracaso dependía que los Enemigos del Espíritu de Dios alzasen su Victoria sobre la Destrucción total de nuestro Mundo. Era imposible que los judíos, esclavos de la Ley de sus rabinos, pudiesen siquiera comprender la naturaleza de las Causas que determinaron la elección de sus padres como portadores de la Esperanza Mesiánica de Victoria de Dios sobre sus Enemigos. Y no pudiendo comprender las Causas difícilmente podían entender sus Efectos. Ni aunque oyeran al mismo Cristo.

Luego la fe viene de la audición, y la audición, por la palabra de Cristo.

Dios, por Su experiencia tratando con situaciones límites, digámoslo todo, jugaba con ventaja a la hora de las profecías. Quien ha andado mucho y ha vivido muchas situaciones diferentes al cabo del tiempo es capaz de predecir, por lo que ve, la naturaleza del paisaje que se va a encontrar tras la próxima curva. Inútil perder el tiempo razonando sobre el volumen real de la experiencia divina. Cómo había de afectarle al ser humano la situación histórica creada por la Rebelión de una parte de sus hijos contra su Espíritu, es decir, contra su YO, el YO de Aquel que dice: "YO soy el que soy", los efectos de dicha situación universal sobre el Género Humano no le eran desconocidas, tanto más cuanto El dirigía la línea del tiempo desde Adán hasta el Hijo del hombre, su heredero y Vengador de su sangre. Los judíos, un pueblo del Género Humano, no escapaban a esta ley de la lógica. No saber cuál era su rol en los Acontecimientos Universales sería el principio de la destrucción de su Nación. Que habría de llegar, y llegó, aunque pusieron toda la fuerza de que fueron capaces al servicio de la supervivencia de su Templo. La ley es universal y no hace excepción. El que a hierro mata, a hierro muere.

Pero digo yo: ¿Es que no han oído? Cierto que sí. "Por toda la tierra se difundió su voz, y hasta los confines del orbe habitado sus palabras".

La locura de todo enemigo de Dios, que más tarde se resolvería en locura contra el Cristianismo, reside en creer que se puede destruir lo que Dios es y hace. Aún en nuestros días y a pesar de la experiencia milenaria, grupos de insensatos luchan contra el cristianismo, personificado en la Iglesia, y, cuales bestias dementes que no aprenden de las lecciones vividas, reemprenden el fracaso de tantos otros como si Dios dejara Hoy de ser el que fue Ayer. Antes de que las persecuciones anticristianas movieran un pie Dios ya predecía el triunfo del Cristianismo y la difusión de su Salvación hasta los confines del orbe. Lo cual no implicaba la anulación de la libertad humana para decidir entre Dios y el Diablo, entre su Reino y el Imperio de la Muerte, entre Cielo e Infierno. A la postre, creados a su Imagen y semejanza, la Libertad es el don supremo sempiterno que se nos

ha legado como Bien Humano Imperecedero. Por esta misma Ley aquéllos que nos querían esclavos debían matar al Libertador. De donde se entiende que quien quiera esclavizar a la Humanidad lo primero que deba hacer es eliminar a la Iglesia, es decir, a Cristo.

Pero ¿acaso Israel no conoció? Es Moisés el primero que dice: "Yo os provocaré a celos de uno que no es pueblo, os provocaré a cólera por un pueblo insensato".

En verdad, y como he dicho arriba, una empresa abandonada por imposible, que el pensador le diera alcance a la Sabiduría, para seguirla, se entiende, no para esclavizarla a sus pasiones e intereses, se consumó cuando nació Cristo Jesús. Nosotros hemos visto cómo la Ciencia se ha puesto al servicio de los intereses de clanes de poder y grupos de riqueza, vendiéndonos a todos en razón de una ideología selectiva, pronazi, homicida y geocida. Esta insensatez fue la que operó en los judíos su desgracia cuando quisieron poner a Dios a trabajar, creando para ellos un reino universal cuya aristocracia y trono fuera enteramente compuesto por el pueblo judío. Contra cuya insensatez Dios cerró el castigo que se merecieron al asesinar a sus hijos, nacidos de nuestras hembras, mediante la encarnación del Mesías que le habían pedido, para su ruina, Adolfo Hitler. ¿El mesías que ellos le pedían a Dios que era sino un Hitler judío bajo cuyas soluciones finales serían exterminados todos los pueblos que no se sometieran a su corona universal; es decir, todos nosotros, los pueblos de la Tierra?

E Isaías se atreve a decir: "Fui hallado de los que no me buscaban, me dejé ver de los que no preguntaban por mí".

Predeterminado el momento en que los judíos no se bajarían del carro talmúdico y la versión del Mesías que se darían sería la de un Emperador Hitleriano, la suerte de su Nación quedó decidida. Y el hecho de profetizarla no disminuía en absoluto el efecto a suceder. Según lo escrito: "Decretada está la ruina que acarreará la destrucción a este pueblo". Tras el horizonte de cuya destrucción venía el nacimiento de un nuevo paisaje histórico, como por los hechos vemos todos los que tenemos inteligencia para ver la sucesión de los acontecimientos universales y el Fin hacia el que tiende la Historia en su Plenitud.

Pero a Israel le dice: "Todo el día extendí mis manos hacia el pueblo incrédulo y rebelde".

Lo cual nos conduce a otra pregunta: ¿Qué hubiera pasado de no haber crucificado los judíos a Cristo Jesús, o sea, si hubieran tendido sus manos hacia Aquel que se las estuvo extendiendo durante tantos siglos? Aunque claro, pensar en lo que pudo ser o dejar de ser no es pensar, es matar el tiempo

La reprobación de los judíos no es total

Según esto, pregunto yo: ¿es que Dios ha rechazado a su pueblo? No, cierto. Que yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín.

La estructura de los acontecimientos vuelve a pedir paso. La Justicia Divina según cuyos principios los hijos del Adán que con su Caída arrastrara a los hijos de los demás padres de las demás naciones al infierno de la ruptura entre el Hombre y su Creador, y el consiguiente traspaso de poder de Dios al Diablo, quedando el mundo sujeto al imperio de la Muerte, esa Justicia sólo puede ser reprobada en función del sufrimiento que impone el hecho inevitable de encontrarse nacido dentro de la descendencia y generación sujeta por la Justicia Divina a sus principios. Son los judíos los que deben detenerse a pensar si Dios fue justo o injusto al hacer que por la condena de los hijos de Abraham nos llegase a los hijos de los padres condenados por Adán: la Salvación, es decir, la caída del muro de enemistad que el padre carnal de Abraham levantó entre Creador, Dios, y creación, nosotros, el Hombre. Cerrar la mente al pensamiento dogmatizando sobre la condición animal de todos los hombres, sobre los cuales se alza el pueblo elegido, único pueblo, el judío, que debe ser llamado humano; cerrarle la puerta a la verdad de esta manera, mediante el demonismo causante de la Caída elevado ahora a sagrada escritura, fue la sabiduría determinante que causó la destrucción del reino de Israel y la desaparición del Estado Judío del mapa de las naciones. Pues como se infiere de la psicosis explosiva que hizo saltar por los aires el mundo de Adán, el desprecio por el Hombre, cuyo origen animal habían contemplado

todos los hijos de Dios en vivo, siguiendo paso a paso su evolución desde el barro primordial al reino arborícola y desde ahí al Edén, el desprecio por aquel mono desnudo estuvo entre las causas motrices generadoras de la última Guerra del Cielo. Cuando el judío se impuso por norma sagrada el desprecio hacia todos los hijos de los padres condenados por el pecado del padre de Abraham, atrayendo sobre un mundo inocente el castigo debido a su culpa, siendo que hubieran debido andar, como sus profetas, vestidos de saco y ceniza, aplastados por la conciencia de ser los hijos del delincuente que atrajo sobre nuestro mundo la ruina, cuyo pecado cargara sobre sus espaldas su Hijo, el Cristo, el Hijo del hombre; cuando el judío le respondió a la verdad divina con su ignorancia supina, a saber, todos los gentiles son bestias, ese día, mucho antes del Nacimiento, se selló la destrucción del Estado que había de nacer. Pues recordemos que Isaías vivió antes de la destrucción del reino de Judá. Así que infinitamente antes de producirse el regreso de la Cautividad babilónica el misterio de la caída de los hijos del delincuente, Adán, en el demonismo implicado en el desprecio al género humano, esta Caída del Judío era ya visualizada por Dios y predicha por El para que la lección resultante nos sirviera a todos de sabiduría. Quiero decir, nada más caer Adán la visión que Dios tiene se torna en juicio, ve el futuro del Mundo abandonado a las fuerzas destructivas de la Muerte, y desde esta sabiduría de quien ha visto el fenómeno muchas veces Dios profetiza, o sea, da a conocer el Fin al que conduce la asociación infernal entre el mundo, el demonio y la carne: “Polvo eres y al polvo volverás”. Dios no está hablando de Adán en cuanto individuo sino de Adán en cuanto Cabeza del Género Humano. El mundo, y por extensión todo mundo, abandonado a sus propias fuerzas dirige su futuro al cementerio de su extinción total. Dios se limita a descubrirle a Adán la consecuencia de su delito. Es una consecuencia que deviene destino final de todo pueblo y nación, y por implicación apocalíptica, el destino de la Humanidad. Dios vio mundos sin número seguir ese camino y llegar a ese punto. Y vio cómo el resultado final de la lucha entre el Bien y el Mal es, siempre, la desaparición del mundo en el que ha brotado el fruto de la ciencia maldita: la violencia como medio de conquista del Poder, la muerte del otro como puente de acceso al Imperio. El final de todo mundo atrapado en esta dinámica suicida esquizoide psicótica agresiva es la extinción, que, por multiplicación de esta fuerza en el tiempo, deviene apocalíptica. Adán también ve este destino, lo comprende y huye de la presencia de Dios. Su retirada es la retirada hacia adelante del loco asesino que ve que sólo puede escapar de la ley matando más. Dios lo encuentra en ese estado y su mente ve el resto del camino por el que la Humanidad llegaría a su destrucción. “Polvo eres y al polvo volverás”.

No ha rechazado Dios a su pueblo, a quien de antemano conoció. ¿O es que no sabéis lo que en Elías dice la Escritura, cómo ante Dios acusa a Israel?

Pero... Si la visión fue según Sabiduría, y el Juicio según Ley, la Sentencia fue según Justicia. Contra el protestantismo calvinista, y los predeterministas fundamentaloides seudocristianos, hay que decir que Dios contó con dos cosas a la hora de darle mujer a su hijo Adán. La primera que dejados solos superarían la Prueba de Obediencia a que había sido sometido él; la segunda que ninguno de los hijos de Dios se atrevería a intervenir en el Edén. La libertad, de todos modos, es suprema y, creados a la imagen de Dios, la voluntad del Ser es la Herencia escatológica que determina la Personalidad del *YO SOY*, que, en cuanto hijos de Dios, toda la creación recibe como vestidura de Adopción eterna. La Ley era para todos. Cualquiera que comiera de ese Árbol, moriría. Nadie, bajo ningún concepto, debía alterar el curso de los hechos dispuestos por el Creador, y cuyo resultado dependía exclusivamente de la Libertad de Aquel hombre sujeto a Prueba de Fidelidad. La terrible sentencia de la Ley: “Morirás, de comer”, tenía por extensión la propiedad de erigir alrededor del Hombre un muro todopoderoso, de Defensa contra cuya solidez ningún hijo de Dios debía acometer acción de ninguna clase: bajo pena de Muerte. La confianza de Dios respecto a la Obediencia de toda su Casa se basaba en un punto ontológico decisivo, a saber, que siendo todos sus hijos Inmortales a Imagen de la Indestructibilidad Divina, la Ley únicamente podría cumplirse mediante el Destierro del Transgresor fuera de los términos de la Creación. Con la Confianza puesta en el temor de sus hijos a su Ley y Su esperanza en la Victoria de la Libertad humana, Dios dejó el curso de los acontecimientos en las manos de la propia naturaleza. Contra Su Confianza y sin defraudar Su Esperanza, por en cuanto la Libertad humana fue forzada a actuar contra su voluntad, pues que fue violentada su Inteligencia mediante una Mentira, Dios regresa para encontrarse atrapado en una Trampa Apocalíptica. Si no aplicaba la Ley se daba por sentado que este precedente ponía a los hijos de Dios más allá de la Ley. Por el Amor a sus hijos y en razón del Precedente que la Absolución de Adán aportaría, Dios convertía su reino en un Olimpo de dioses cuyos actos pasaban a ser inviolables, y cuyas personas pasaban a quedar absoluta y eternamente fuera del alcance del brazo de la Ley. Y si le aplicaba a Adán la Ley se encontraba Dios en la posición del que, en razón de la complejidad de su Obra, tenía que condenar a todo un mundo por el pecado de un sólo

hombre. Como ya dijo el Apóstol antes, hablando sobre el prototipo de Cristo, Adán nació para ser la Cabeza del Mundo de los hombres. Quiero decir, Dios dijo: "Hagamos al Hombre...". No se refería a un individuo en cuanto individuo sino al Género Humano en cuanto un Único Cuerpo cuya Cabeza era Adán. Caída la Cabeza, Adán arrastraba en su Caída a todas las naciones de la Tierra. Caída de su Mundo de la que Dios excluyó a Abraham y su Descendencia.

¿Por qué? ¿Por qué excluye a los hijos del delincuente y abandona a los hijos de los inocentes? La respuesta del Judaísmo, que heredaría el Islam, y adoptarían desde el principio algunos círculos cristianoideos, sería una versión del demonismo causante de la rebelión contra la Ley que los hijos de Dios protagonizaran en su búsqueda de la transformación del reino de Dios en un olimpo de dioses asesinos. O lo que es igual: Dios es Todopoderoso y no tiene por qué explicarle absolutamente a nadie el por qué de lo que hace. Porque es Omnipotente puede hacer lo que le dé la gana sin basar su acción y comportamiento en justicia ninguna. La única postura del hombre es arrodillarse y gritar: Dios es y Grande, Dios es Grande.

Este fue el grito de adoración que los llamados ángeles rebeldes quisieron imponerle a Dios, esperando que Dios retribuiría su adoración mediante el paraíso de los dioses inviolables a la propia Ley Divina. Grito contra el que Dios se rebeló aplicando la Ley según los términos escritos y que comprendía en su extensión a todos sus hijos. Porque, ciertamente, Dios no podía absolver a su hijo menor, Adán, en base a la falta de libre voluntad durante el proceso de desobediencia sin proceder a la anulación de la Ley; y su aplicación ponía la Gloria de Dios en entredicho al condenar por el pecado de un sólo hombre a toda la Humanidad. Pero, al no absolver a Adán Su Justicia se elevaba a Gloria sempiterna, en razón de la cual la Muerte exigida por la Ley le era aplicada a la parte rebelde en toda su extensión, o sea, el destierro de los límites de la Creación de Dos, y abarcando ésta en sus fronteras al Infinito y la Eternidad en tanto en cuanto que son una sola cosa con Dios Creador, ¿adónde iría la parte rebelde?

En la estructura de estas consecuencias la parte del pueblo salido de aquel Adán quedó sellada cuando Dios acogió su defensa en función de la fuerza que se le había hecho a su libre voluntad. La Razón Sagrada que individualizaba a la descendencia de Adán quedó recogida en la Promesa del Nacimiento del redentor. Pero sobre el cómo y el cuándo se produciría este Nacimiento y su Redención nada dijo Dios, y por tanto nada podía saber el Judío. De aquí que, conociendo esta ignorancia, dijera el Profeta:

"Señor, han dado muerte a tus profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo solo, y aun atentan contra mi vida".

Estamos viendo que no sólo el pueblo judío sino que cualquier pueblo que hubiese sido sujeto a la ley de sus padres hubiese actuado siguiendo la misma pauta de comportamiento. La guerra que se estaba librando en la Tierra implicaba al Cielo, y en sus Batallas la Humanidad era carne de cañón, actores secundarios destinados a perecer durante la escena sin más gloria que la pasajera atribuida a sus vidas por el director de la Historia. La parte del pueblo judío, aunque principal, estelar en tanto que personal y propia, se ajustaba al guión universal, y dentro de ese guión básico, desconocido para el judío y reinterpretado a su manera por el Judaísmo, que con sus prescripciones quiso borrar el original, no escrito, sino en la Mente Divina, y poner sobre la mesa el propio, interpretando la Historia Universal según su propia inteligencia natural; la parte del pueblo judío era la del asesino de profetas y, finalmente, del propio Redentor. Nada ni nadie podría impedir que el Delito contra Cristo se ajustara al Guión. Al fin y al cabo eso es la Biblia, un Guión. Guión cuya Historia era el encuentro a Muerte entre el Hijo de Eva y el asesino de Adán. Todo lo demás, el resto del mundo entero, incluidos los judíos, eran actores secundarios cuyo papel estaba fijado alrededor de ese Duelo Final de cuyo resultado dependía el Futuro de la creación entera. Como lo reveló San Juan: La Muerte de Cristo era una Necesidad. Y Dios, viendo el Duelo desde su Fuerza, predice el Fin desde antes de producirse la Victoria de su Campeón, como dice el profeta: Para que nadie creyera que no lo había anunciado mucho antes de producirse. La confianza en Su Victoria era el secreto mejor guardado del universo. Y sin embargo escrito: Dios enviaría, para que se cumpliera la Ley, a su Unigénito, quien, encarnado en una hija de Eva, nacería de Eva, y siendo hijo de Dios, podía ser elegido para pedir Venganza por la sangre de su Hermano Menor, Adán, padre de Abraham, padre de Jesús. Cómo, pues, podían los hijos de Abraham conocer lo que era un Misterio para el propio Satán, que se presentaba ante Dios como quien creía que podría vencer en Duelo legal a cualquiera hijo de hombre, pues la Ley era clara: El Vengador tenía que ser hijo de Eva. De locura era pedirle a un hombre mortal que estuviera en el secreto del que un Inmortal, teniéndolo delante, no podía descubrir su enigma. De aquí la respuesta del Profeta:

Pero ¿qué le contesta el oráculo: "Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Baal"

Dios no repudió al Judío en cuanto hombre, sino que repudió su religión en tanto que fue la dogmática animal del Judaísmo la que arrastró a los hijos de Abraham a ponerse de la parte del Diablo, y en cuanto fuerzas del infierno se entregaron a las persecuciones contra los cristianos. Mas, lo mismo el judío que el gentil ambos habían sido y seguían siendo parte de una guerra entre el Cielo y el Infierno que, por fin, se hacía humana en Cristo y abría sus filas al universo de las naciones humanas para unidas en su Plenitud darle a Dios el Sí a su Ley que le negara el Primer Hombre.

Pues así también en el Presente tiempo ha quedado un resto en virtud de una elección graciosa.

El Guión Bíblico daba Fin a una Era y Principio a otra. Y sin embargo si todos fuimos condenados por un hombre, lo mismo el gentil que el judío, era natural que Dios no exterminara a los hijos de Abraham sino que, sujetándolos a la justicia, preservara su simiente para que su cuerpo conociera igualmente la Gracia de la Redención. Si Adán no hubiera caído la Humanidad no hubiera conocido jamás el infierno. Lo otro, exculparse de toda culpa mediante el artificio de hacer descender de Adán, según la carne, a todas las naciones, se llama Judaísmo. Este Judaísmo fue el que Dios borró del mapa de la Historia y dispuso que surgiera en el futuro a fin de que por el conocimiento de su dogmática todos los judíos comprendieran la locura de su exculpación en razón de una elección "no por la gracia" sino por el Poder arbitrario de un Dios que por ese Poder puede hacer lo que le venga en gana, condenar a un mundo entero por el pecado de un sólo hombre, salvar a la descendencia de ese pecador y condenar a la de los inocentes arrastrados al infierno por el pecado del padre de esa descendencia elegida por la arbitrariedad de ese Dios a conocer las mieles del Paraíso, en la otra vida, y en el futuro de ésta la fruta prohibida del Emperador Universal Judío que un día ha de nacer para dominar sobre todas las Naciones de la Tierra. O séase:

Pero si por gracia, ya no es por las obras, que entonces la gracia ya no sería gracia.

No es que San Pablo fuera un gracioso y se tomara a chiste las persecuciones de sus hermanos de sangre contra los cristianos, en las que él mismo participara tan alegremente. La Gracia de la que habla no es esa gracia. Tiene que ver más con esa gracia que se aplica a un condenado a muerte en cuyo delito es hallada una causa atenuante, originada la misma en una fuerza externa mayor contra la que era imposible, por su naturaleza, que el condenado venciese por sí solo. Hallada esta fuerza mayor, el Juez aplica la Gracia, sin anular la pena debida al delito cometido. Lo cual es evidente. El que derrama la sangre humana debe cumplir la sentencia contra el delito, que es la muerte. Mas es el propio Dios quien reconoce la existencia de fuerzas mayores en razón de la cual se puede conceder la Gracia, es decir, no la liberación de la pena pero sí la ejecución de la plenitud de la sentencia. Es de esta manera que al preservar Dios a una parte del pueblo judío, autor de la Muerte de Jesús y sus hermanos en el espíritu de Cristo, la sentencia no es anulada y la destrucción de su Estado y nación debía proceder según ley. Pero la misma causa redentora ponía sobre la mesa del tribunal de los hijos de Dios una razón de fuerza mayor, reconocida en la Necesidad de la Muerte de Cristo, en orden a la cual la Gracia le era concedida al pueblo carnal de Abraham y desde ella se ordenaba la conservación de su vida, que de otra manera hubiese quedado sujeta a la ley de extinción que sigue al delito. Gracias a esta Gracia el pueblo judío tiene al tiempo presente: Vida, Estado y Nación.

¿Qué, pues? Que Israel no logró lo que buscaba, pero los elegidos lo lograron. Cuanto a los demás, se han encallecido.

Obvio, pues era imposible que Dios le concediera a un hombre lo que le negara a un hijo de Dios, a saber, sentarse en el Trono de Dios como rey universal sempiterno. Pero me diréis, ¿es que acaso los hermanos de Cristo no fueron hombres? A lo cual yo respondo: En efecto, porque siendo coherederos del Heredero de Adán a ellos les pertenecía el Reino. Que Dios hizo efectivo al hacer que este Heredero fuera el Señor legítimo de este Trono, Jesús, quien uniéndose por su Encarnación a la Descendencia de Eva hacía partícipe de su Corona a sus Hermanos, los elegidos de entre los hijos de los hombres. Partícipes, pero no dueños. Coherederos, pero no propietarios. Hijos, pero adoptivos. Sólo hubo un Heredero Universal Sempiterno: Jesús, Dios Hijo Unigénito, a quien por derecho Divino le corresponde el Reino de Dios y por Derecho de Encarnación la Corona de Adán, que en David se hizo Universal, adelantando de esta manera Dios, Padre de Jesús, la Revolución sin

precedentes que se produciría en la Creación a partir de la Resurrección. Mas para que hubiera Resurrección había de producirse la Muerte.

Según está escrito: "Dióles Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy"

La misma ley que encerró a los gentiles en los calabozos de la Muerte, pagando el pecado que sólo Adán cometiera, tendría que hacer efectiva su extensión a los hijos del pecador. Si por un tiempo los judíos fueron tenidos aparte, aunque dentro de aquel mundo por su padre carnal arrojado al infierno, la valla que Moisés levantara a su alrededor mantuvo las llamas de ese fuego alejadas de Israel, que siempre tuvo a Dios dentro de su Historia. Pero la Necesidad había impuesto su Ley mucho antes de nacer Moisés y había de llegar el día en que los judíos habían de gustar el significado de vivir sin Dios, abandonado a las fuerzas del infierno sin más medios de defensa que la propia ley humana. Tal es el estado al que fueron arrojados los gentiles por el pecado del padre carnal de los judíos. Viendo la Necesidad dijo el rey de los profetas:

Y David dice: "Vuélvase su mesa un lazo, y una trampa, y un tropiezo, en su justa paga

Nada ni nadie podía detener la fuerza de los elementos desatados por la Caída. Los profetas lo sabían y la Historia les ha dado la razón: la Biblia es un Guión al servicio de la Glorificación del Hijo Unigénito de Dios, en cuya Mano dejó su Padre el Futuro de su Reino y de su Creación entera. Los judíos no podrían vencer el poder de la fuerza de las tinieblas que su padre carnal desatara sobre la Humanidad el día que Dios retirara la protección bajo cuyo sello habían vivido durante milenios. Ahora bien, la Ley es Universal y es el propio David, gloria del Judío, quien se pone a bailar desnudo para escándalo de su pueblo en honor de su Incorruptibilidad. "El que derrame sangre humana por mano humana será derramada la suya". La Ley no distingue entre judíos y gentiles. Y en honor de esta universalidad, celebrando David el Juicio de Dios, bailó desnudo el Héroe; baile que, viendo la Muerte de Cristo, se resolvería al final sobre la tumba de su propio pueblo. De aquí que insista , diciendo:

Oscurézcanse sus ojos para que no vean y doblegue siempre su cerviz

No todos son malas noticias empero. Y aunque se hable así para hacer recapacitar al judío que vive sobre su dogmática fuera de tiempo y lugar, únicamente un ignorante puede olvidar que David estaba bailando sobre la tumba del Diablo y celebrando la Victoria del Hijo de Eva, y con su pluma abogaba ante Dios por el Juicio desde antiguo escrito: “Si comieres, morirás”.

Que se cumpla, pues, Destierro eterno de los términos de la Creación para los que un día fueron hijos de Dios, y entre ellos distribuyera Dios los pueblos de la Tierra.

La reprobación de Israel

Pocas veces se tiene la oportunidad de leer compendiada la historia de la Humanidad entera en unas cuantas líneas. Toda sabiduría humana, sea científica, teológica, o simplemente ideológica, a la postre no es más que un sustituto hecho a la medida de la racionalidad de los siglos, sucedáneo animalesco con el que la necesidad de conocimiento que por naturaleza el Hombre tiene pretende suplir la carencia de la verdadera Sabiduría, aquélla en cuyo seno se tejiera la Idea del Hombre que Dios concibió en carne cuando con su todopoderosa Palabra le dio la vida. Desde el día después de la Caída hasta la Primera Hora de este Nuevo Día la historia de la Civilización humana es un calvario sangriento y estremecedor de Caín en Caín. Como si se tratara de un caldo de cultivo para el pensamiento el golpe en el cráneo hizo temblar el edificio de la inteligencia del Hombre y el fruto de su camino en las tinieblas se resolvió en más razones para matar a Abel, otra vez, una vez más. A esta realidad se redujo la Tragedia del Hombre, a repetir siglo tras siglo y a escala cada vez mayor el fratricidio que dio el pistoletazo de salida a aquéllos seis milenios de guerra civil mundial que, Hoy, expiran. Nadie duda de que aun viendo alborear el Fin de la Tragedia el último tramo del camino lleva en su frente la marca acumulada de las fuerzas destructoras que hicieron de nuestro mundo un espectáculo triste y sobrecogedor. El destino sin embargo está escrito. No desde Ahora sino desde hace mucho. Conociendo al Autor, San Pablo se permite escribir este capítulo de esperanza profética y visión de un futuro en que la nación todavía no destruida y después de ser dispersada

y perseguida regresaría a su origen para ser sujeto de la misma Gracia que el Dios de Israel esparciera con tanta generosidad sobre nuestras casas, nosotros, los hijos de aquéllos padres por el pecado del padre de Israel expulsados de la Presencia de nuestro Creador y entregados al imperio del Infierno sin más ayuda para vencer sus designios antihumanos que las fuerzas naturales alrededor de cuyas columnas maestras fuera tejida nuestra creación. De nadie es pues la gloria y a nadie le debemos nuestra victoria, sino a Aquel que tejiera nuestro Ser en la cuna de su Omnisciencia y antes de nacer nos viera en la plenitud de nuestra Edad para Alegría de su Espíritu y Bien de todos los Pueblos de su Reino. Como quien vive en esa Omnisciencia e hijo de la Sabiduría habita en su Palacio, deleitándose en la estructura de su Pensamiento, San Pablo derrama su conocimiento para edificación de la Esperanza Universal de Salvación que habría de revelarse al final del camino, al alba del Día por el que la creación entera, expectante, aguardaba impaciente el nacimiento de la Descendencia de Cristo. Así pues, entramos en materia.

Pero digo yo: ¿Han tropezado para que cayesen? No ciertamente. Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salvación los gentiles para excitarlos a emulación.

Como hemos dicho, sabemos y nos podemos imaginar la Caída del padre de los judíos, nuestro Adán, fue el epicentro del mayor terremoto que Dios en persona viviera desde hacía edades interminables. La declaración de guerra que una parte de sus hijos le arrojara a su Espíritu Santo al rostro fue el detonante explosivo final que le abrió a Dios los ojos y le puso frente a frente a su verdadero enemigo: La Muerte. La locura que suponía que una criatura albergase esperanza de echarle un pulso a su Creador y salir vencedor no admitía peros ni mases. La Muerte, fuerza increada, sin principio, como la Vida, la Materia y el propio Dios, era el enemigo de la Creación en tanto en cuanto su Fundación y Edificación suponía su destierro de los límites del Infinito y la Eternidad. La Vida y la Muerte, como dije en la Historia Divina, habían existido desde la Eternidad como parte internas de la estructura de la Realidad. El Día que Dios pensó la Inmortalidad la declaración de guerra de Dios contra la Muerte fue un hecho. El caso es que Dios estuvo viviendo la Muerte y la Vida en tanto que procesos mecánicos internos a la propia Fuerza Increadora en el Origen de los Mundos. Desde su Inteligencia Creadora lo único que había que hacer era intervenir en esos procesos, redirigirlos y proceder a la Inmortalización. Durante todo el Periodo de Formación de su Inteligencia

Creadora su pensamiento estuvo trabajando sobre esa base material. Cuando por fin descubrió la llave de la Inmortalidad creyó El que su victoria sobre la Muerte se había consumado, y procedió a la creación de vida inmortal. Según fue avanzando en la materialización de su proyecto Universal los Hechos conocidos como las Guerras del Imperio del Cielo fueron destellos de la existencia de un factor desconocido, imprevisible y que no se sujetaba a su control. Encontró justificación para los Hechos en la estructura de las circunstancias y procedió a la Revolución en cuyo seno sería concebida la Idea del Hombre. Y procedió a su Creación. Creó Dios los Cielos y la Tierra y todo cuanto existe en nuestro mundo y llegó al Hombre. La Idea Madre en cuyas entrañas tejiera nuestro Creador las fibras de nuestro Ser eterno no la conocía nadie. Era algo que se descubriría a su tiempo. Lo que sí estaba claro es que Dios quería marcar un Antes y un Después y estaba dispuesto a ponerle un Fin a la Ciencia del Bien y del Mal, cuyo fruto era la Guerra. Razón por la cual, usando el símbolo como objeto de entendimiento universal, diciendo: “El día que comieres, morirás”, le prohibió a toda su Casa, del Cielo y de la Tierra, bajo pena de destierro eterno de su Reino, comer del fruto a sus ojos maldito. Lo que para Adán significaba la Prohibición estaba claro para Adán. A saber, que la Civilización, de la que él era su Cabeza, se extendería en el tiempo y el espacio, llenando el mundo de la Tierra de un confín al otro, no por la fuerza y la violencia: sino como fruto de la Paz que procede de la Sabiduría. La Caída estuvo en hacer que la impaciencia de Eva arrastrara a Adán a jugar con la Idea de la conquista del mundo por la fuerza de la superioridad que le era innata en cuanto hijo de Dios. Se aceleraría todo el proceso en el tiempo y la velocidad de la conquista del mundo se doblaría en esa razón. La trampa era genial. Pero tenía un talón de Aquiles. El homicida no tenía que hacerse pasar por hijo de Dios, porque lo era, pero sí tenía que manipular la inteligencia de Eva al declarar bajo falso juramento que le hablaba en nombre de Dios, padre común de ambos, Adán y Satán. Esta necesidad implicaba la transgresión del Mandato Divino y, en consecuencia, conllevaba una declaración de guerra contra el Espíritu que le dio vida a la Prohibición. La locura era, por tanto, total. Y en cuanto era total Dios no podía dejar de sentir la muerte de su hijo menor, Adán, sino como un terremoto ontológico que había de abrirle los ojos y ponerle delante el rostro de su Verdadero Enemigo, la Muerte.

Y si su caída es la riqueza del mundo, y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!

Sucedió justamente lo contrario de lo que Dios había planeado. Dios había dispuesto que a Su regreso su hijo Adán regresaría a su tierra natal, Sumeria, y elegido como rey por todas las familias de Mesopotamia, desde esta base madre la Civilización se extendería pacíficamente hacia todos los puntos cardinales. Atrapado en el Dilema de la absolución de Adán por ignorancia de la verdadera razón criminal bajo cuya fuerza cometiera su pecado o la aplicación del Castigo debido al Crimen, aceptando la declaración de guerra contra su Creación y Reino, y ante el descubrimiento que había hecho, Dios actuó como todos sabemos. La Batalla Final entre Dios y la Muerte, por fin, tenía lugar. La Eternidad y el Infinito habían estado esperando esta Batalla desde el mismo día que sin conocimiento de causa final Dios le declarara la Guerra a la Muerte. Hombres y e hijos de Dios, todas las criaturas habían sido atrapadas en la Batalla y, una vez, revelada la verdadera estructura de la realidad: cada cual debía decidirse por un bando o el otro.

Para quien eligiera el Imperio de la Muerte, es decir, un Universo gobernado por dioses más allá del Bien y del Mal, inviolables e inmunes a la Ley, el Destierro Eterno de la Creación de Dios.

Para quienes eligieran el Reino de Dios, es decir, un Universo gobernado por un Cuerpo Divino desde su Cabeza hasta el miembro más humilde sujeto a Ley, como se vio en la Cruz, donde el mismísimo Primogénito de Dios, Cabeza de su Reino, se sujetó a la Ley vigente según la cual cualquier judío de nacimiento que rompiera el Contrato de Moisés con los hijos de Israel tenía que ser colgado de la cruz; de quienes eligieran este Reino, ese Reino.

Y si el Símbolo del Principio fue real, quiso Dios demostrar su Realidad en la Cruz del heredero de Adán, para que por los Hechos se viera que la Justicia y la Ley no se basan en el capricho de un Ser omnipotente y todopoderoso que impone su voluntad en razón de esa misma fuerza, sino en el Amor por la Vida y la Creación que en tanto que Ser y Persona le tiene el Creador a su Reino y Obra. Su Hijo, eligiendo el primero en qué bando quería situarse, si en el de quienes se decidieron por un universo de dioses criminales y asesinos que desde la Inviolabilidad de su Gobierno convertirían la Creación de Dios en un campo de juego para demonios infernales y malditos ajenos al dolor y la libertad de las criaturas; o si en el de un Reino fundado en la Paz, gobernado por la Justicia, y alimentado por la Libertad. Hecha Su elección, le tocaba al resto de la Casa de Dios proceder a la propia, y desde ahí, avanzar hacia el Día en que la Humanidad, por fin liberada de su ignorancia, podría ejercer ese Poder de Elección, libremente y sin coacción, decidiendo en libertad cada pueblo y

nación su suerte. Este es el compendio del Pensamiento de Cristo. Ahora sigamos.

Y a vosotros los gentiles os digo que mientras sea apóstol de los gentiles haré honor a mi ministerio

La suerte de Israel se decidió, entonces, en la fragua de unos acontecimientos respecto a los cuales ningún ser humano estaba al corriente. Y no estando, y pues que la Guerra entre Dios y la Muerte no sólo era imparable dada la aversión del propio Dios Padre a semejante transformación de su reino en un olimpo de dioses asesinos, cuya gloria pretendía basarse en la filiación divina, haciendo así de su Padre la fuente de sus crímenes monstruosos y horrendos... No estando en el conocimiento de la verdadera estructura interna de los Acontecimientos por los que la Creación entera estaba pasando, era imposible que judíos y gentiles no se alzasen contra Cristo y su Casa. Los unos como los otros, todos eran esclavos de las consecuencia de una Batalla Final que se había gestado en la eternidad, antes de que la Increación deviniera en Creación, y alcanzado el punto cumbre del encuentro, pasaba Primero y sobre todo por el Hijo de Dios, cuya decisión debía realizarse ante los ojos de todo el Universo: El era el Único que conocía esa realidad y el Único que podía decidir por sí mismo de qué lado se ponía, de la Muerte o de la Vida. Por esto su declaración: *Yo soy la Vida*, afirmaba su Camino hacia la resurrección, sobre cuya Victoria la Creación entera, como David por las calles, bailó desnuda ante su Señor y Creador.

Hijo de Dios, aunque ausente en carne, en espíritu me sumo a las galaxias de seres que entonaron cantos y desnudos bailaron alrededor del fuego de la Victoria la gloria de Aquel que llenando de gloria el Corazón del Padre de las estrellas del infinito cosmos hizo que de nuestros labios saliera la Palabra de vida eterna que recorriendo las tierras llena el mundo entero y grita incansable su mensaje de esperanza: Jesús es el Rey, Jesús es el Señor, en nadie tienes, Israel, tu Mesías sino en Aquel que se alzó contra la Muerte y ante cuyos ojos el terrible Maligno de nuestras pesadillas no es más que un patán con vocación de loco que se atrevió a soñar con ponerse a la altura de la planta del pie de tu Dios. Escucha, Israel, la voz de la misma Sabiduría que eligió tu carne para proceder a la consumación de la revolución cósmica cuyo origen se remonta a la Eternidad. Como no fuimos rechazados eternamente de la Luz de nuestro Creador, tampoco tú, como ves por los hechos, lo has sido.

por ver si despierto la emulación de los de mi linaje y salvo a alguno de ellos.

Pagaste el precio de un delito dictado por la estructura de una Batalla ajena a nuestro mundo, entre cuyos límites fuimos todos atrapados con la esperanza maligna de acabar todos destruidos, para deshonra de Dios. Tu destino estaba escrito desde el día que tu padre Adán fue conducido al matadero por criaturas inmundas, rebeldes sin más causa que su locura, enemigos de toda verdad, paz y justicia. Todos fuimos actores secundarios en el Duelo entre el hijo de Eva y el hijo de la Muerte. La decisión final es sin embargo, tuya.

Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?

Pues si hubieran conocido la estructura de los acontecimientos, lo mismo judíos que gentiles, ¿quién se hubiera atrevido a ponerle un dedo encima al Unigénito de Dios? Con todo, aquello no era un juego, y la decisión no sería un Sí por ahora y un No para luego; de manera que como la sangre es lo más sagrado para el hombre, por la sangre, lo más sagrado, el universo entero comprendiera que la decisión Final de Aquel que para Dios lo es todo, su Primogénito, fue eterna. Tenía que haber un nuevo Antes y Después, por tanto. De la muerte de un hombre surgiría la resurrección de todos. Era necesario que así fuese; y así se hizo.

Que si las primicias son santas, también la masa; si la raíz es santa, también las ramas.

Lo cual nos plantea, llegado al extremo del camino y delante del nuevo horizonte, la necesidad de la edificación de una nueva estructura de fraternidad entre cristianos y judíos: Abandono de acusaciones, de traumas sufridos por unos y otros, y renacimiento de todos en todos a la luz de un nuevo día que requiere de todos la unidad indivisible e indestructible de quienes, más allá de la carne y sus orígenes, proceden a tomar su decisión personal frente a y delante del Dios de todos. El más fuerte, en este caso, el

cristiano, es quien debe echar abajo el muro de la enemistad histórica que, en la ignorancia a la que todos, cristianos y judíos, quedamos sujetos, fuera erigido, y estuvo en la causa del holocausto que, viviendo al otro lado, sufrieron los padres de quienes Hoy tienen el poder de elegir libremente entre la Muerte y la Vida, entre la verdad y la Mentira, entre el Odio que nace de una memoria herida jamás curada o el amor de un espíritu renacido a la luz de una Esperanza universal que se derrama imparable como un sol de justicia por los cuatro rincones de la Tierra.

Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir, de la pinguosidad del olivo, no te engrías contras las ramas.

No caben, acusaciones por en cuanto todos fuimos pasto de fuerzas contra cuyo poder ningún hombre pudo actuar con pleno conocimiento de causa. Lo que se hizo se hizo desde la ignorancia. Unos y otros, y todos fuimos actores sin estrella en una historia en la que dioses y demonios se jugaron su existencia. El dolor de Israel es el dolor del mundo, pero Israel debe hacer suyo el dolor del mundo. Fue su padre, Adán, quien arrastró a nuestros padres al infierno. Si el mundo judío ha vivido un holocausto, nuestros padres han vivido holocausto por cabeza. El Pasado ha muerto. El Futuro es el que vive. Jesucristo es el Mesías; Ayer, Hoy y Mañana.

Y si te engríes, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.

De nada tenemos que jactarnos los unos y los otros. Hasta ahora hemos sido actores de reparto sin importancia en una Historia Divina que abarca entre sus brazos a todas las naciones de la Tierra. No hay en el guión escrito un apartado dedicado a la supremacía de una nación sobre otra. De Dios es la Tierra y todo lo que contiene y le ha dado la Corona de su reino a su Primogénito. La Plenitud de las naciones, de nuestro mundo como de la Creación entera, vivimos a la Luz de su Cetro por la eternidad de las eternidades. No hay más Rey que Aquel que Dios eligió, de la Descendencia de Adán, judío según la carne, ante cuyo Trono pusieron todos los hijos de Dios sus coronas. Y si así se hizo en el Cielo ¡cómo espera nadie que Dios le quite la gloria a su Unigénito! O ¿acaso Dios quita y pone al estilo del dios de dioses por el que abogaron los demonios?

Pero dirás: Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado.

La respuesta de Dios fue Cristo Jesús. Desde entonces la Iglesia repite esa respuesta para la salvación de toda vida, en reacción a la cual cada cual puede actuar según le dicte su libertad. La Ley o el Terror. La Verdad o la Mentira. La Justicia o la Corrupción. La Guerra es el fruto del terror, la mentira y la corrupción. La Paz es el fruto de la Verdad, la Ley y la Justicia. Todas las naciones hemos sido conducidas ante este dilema: Sí o No, aceptar a Jesucristo como Único Rey Universal, sempiterno, o vivir el destierro de los Rebeldes que prefirieron el terror a la Ley, la mentira a la Verdad, la corrupción a la Justicia. Lo que cada uno decida, eso tendrá.

Bien, por su incredulidad fueron desgajadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme.

Es la decisión final ante la que todas las naciones teníamos que ser puestas, en la libertad que procede del conocimiento de todas las cosas, según ya dijera Pablo más atrás hablando sobre la expectación de la creación entera. La fe de unos y otros no exonera de la responsabilidad final.

Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.

Ni cristiano ni judío, todo aquel que no doble sus rodillas ante el Rey que Dios le ha dado a su Reino, sea cristiano o judío, no entrará en su Mundo. Y todo aquel que la doble ante otro rey que no sea Jesucristo, en la Tierra como en el Cielo, se hace objeto de destierro de la Creación de Dios.

Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con los caídos, para contigo la bondad, si permaneces en la bondad, que de otro modo también tú serás desgajado.

No hay salvación para quien doble sus rodillas ante otro Rey que Aquel que Dios le ha dado a su Reino. Ni la fe ni la esperanza ni la caridad, nada ni nadie puede abrirle la Puerta del Reino de Dios a quien no niegue toda corona. Poner a los pies del Rey que Dios le ha dado a todas las naciones de su Reino el ser, he aquí la Puerta de la Salvación.

Mas ellos, de no perseverar en su incredulidad, serán injertados, que poderoso es Dios para injertaros de nuevo.

Y esta Puerta está abierta a todas las naciones, independientemente de su credo y religión. Y ninguna fe hay en el Cielo o en la Tierra que le dé acceso a nación u hombre que no doble sus rodillas ante el Rey Mesías que Dios le ha dado a su Creación.

Porque si tú fuiste cortado de un olivo silvestre y contra naturaleza injertado en un olivo legítimo, ¡cuánto más éstos, los naturales, podrán ser injertados en el propio olivo!

Y no hay ninguna otra condición, en el Cielo o en la Tierra, a la que darle Obediencia sempiterna, pues en esta Obediencia se resume y compendia el Misterio de la Divinidad entera. Que, como diría nuestro Pablo, está en Cristo, y este Cristo es el mismo Jesús, nacido de María, sobre cuya Cabeza Dios posó la Corona Universal de su Reino. Cualquiera que le dé su Obediencia a otra corona se rebela contra Dios y su recompensa es el destierro eterno de la Creación, su suerte es la de los demonios, sea cristiano o judío.

Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: que el endurecimiento vino a una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones;

Es lo dicho. La Necesidad de la Muerte de Cristo impuso unas leyes estructurales ante cuyo alud desatado ningún hombre o nación podía hacer absolutamente nada sino asistir impotente al desarrollo de los acontecimientos que estaban revolucionando el Edificio entero del Reino de Dios. Romanos y judíos, hablando de aquellos días, al elegir entre un

olimpo de dioses a la imagen y semejanza de Satán, y un Reino a la Imagen y semejanza de Dios, todos estaban abocados a crucificar al Hijo de Dios en el momento en que su elección fuera la que fue. A partir de esta Base la revolución universal seguiría su curso, fijando su horizonte en el Día de la Libertad, es decir, cuando Dios rompería su Silencio y su Sabiduría se derramara sobre todas las naciones para llevar a todas al conocimiento de todas las cosas, sin cuyo conocimiento no puede darse Elección libre de verdad.

y entonces todo Israel será salvo, según está escrito: "Vendrá de Sión el libertador para alejar de Jacob las impiedades. Y ésta será mi alianza con ellos cuando borre sus pecados".

Lo cual, se entiende, depende exclusivamente de Israel, que, en fraternidad e igualdad con todas las naciones ya cristianas, debe doblar sus rodillas ante el Rey que el Dios de Abraham le ha dado a su Reino. Pablo habla desde la esperanza y en virtud de su fe repite lo que Dios profetizara desde antes incluso del Nacimiento de Cristo, a saber, que tendría Misericordia de los hijos de su siervo Abraham y, como la tuvo de los hijos de los gentiles, así la tendría de los hijos de aquellos judíos, autores de la Crucifixión, atrapados en la Tragedia de la Humanidad.

Por lo que toca al Evangelio, son enemigos a causa de vosotros; mas según la elección, son amados a causa de los padres,

De donde se ve que el amor de Dios por los judíos no fue borrado ni mucho menos, como tampoco dejó Dios de amar a su hijo Adán por su pecado. Ahora bien, siendo Juez, y siendo su Ley incorruptible, el dilema del diablo no podía afectarle y tenía que aplicar la Ley según juicio. Juicio que, insisto, no podía borrar el amor de Dios por los hijos de su siervo Abraham, como tampoco lo hizo por el hijo de Adán.

pues los dones y la vocación de Dios son sin arrepentimiento.

Más claro imposible. Dios no ama en vano. Ni tampoco habla en vano. Ni habla ni ama en vano. O ¿acaso por las faltas de los cristianos ha

dejado Dios de amar a sus hijos, nosotros, inocentes de sus crímenes y pecados? ¿Bajo qué presupuestos, pues, dejaría Dios de amar a los hijos de Israel por el pecado de sus padres? Y lo mismo, Dios no podía dejar de aplicarle a los judíos el juicio contra el Crimen cometido contra los cristianos en razón del amor. Porque si el amor corrompe la justicia su destino es convertirse en la puerta del infierno.

Pues así como vosotros algún tiempo fuisteis desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por su desobediencia,

La inmensa santidad de Dios, Juez y Padre, en consecuencia, la observamos en la plenitud de su fortaleza tal cual sale victoriosa del dilema del diablo. Primero hace que el pecado de un sólo hombre lo pague un mundo entero; y después hace que por el pecado de un único pueblo el mundo entero sea liberado del castigo que le fuera impuesto por el pecado de aquel único hombre, curiosamente padre carnal de este otro pueblo único. Las deducciones son vitales. Y su conclusión trascendente. A saber, Dios jamás quiso, al contrario de lo que han pensado, escriben y confiesan algunos, que la Caída de Adán se escribiese en los anales de su Creación. Pero una vez escrito el episodio, primaba lo importante y por esta ley el ser humano, judío y gentil, pasaban a ser actores secundarios. Por la misma Ley que fueron condenados todos los padres del mundo, por esa misma ley fueron condenados los hijos del hombre cuyo pecado diera lugar a semejante situación.

así también ellos, que ahora se niegan a obedecer para dar lugar a la misericordia a vosotros concedida, alcanzarán a su vez misericordia.

De manera que si Dios reservó su justicia para los hijos de aquéllos padres, era de justicia que reservara su misericordia, igual y de la misma sobreabundante naturaleza, para los hijos del pueblo cuya caída fue determinada por la Caída de su padre.

Pues Dios nos encerró a todos en la desobediencia para tener de todos misericordia.

Depende de Israel su obediencia a la Voluntad del Dios de su padre Abraham, y obediencia a la Corona del Rey Mesías, en la justicia que ha consumado el castigo y determina la Libertad en toda su plenitud, libertad a imagen y semejanza de la gloria de los hijos de Dios, o sea, todos nosotros.

¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque "¿quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién fue su consejero? O ¿quién primero le dio, para tener derecho a retribución?"

Llegamos al término de la Tragedia de la Humanidad. Creados a imagen y semejanza de Dios, para gozar de la Libertad que procede del Conocimiento de todas las cosas, todos nuestros delitos se insertan en el agujero negro de la ignorancia a que fuimos condenados el día que, sin saber lo que hacía, Adán levantó entre el Creador y su Criatura el muro de la enemistad que el Espíritu de Dios le tenía a la Ciencia del Bien y del Mal. Este fue el Muro que vimos desnudo hasta su Roca de Fundación en la Encarnación y Resurrección de Jesucristo. Y aquél otro, el que nos separaba de nuestro Creador, el Muro que nuestro Creador, haciéndose hombre, echó abajo con sus manos omnipotentes y todopoderosas. Punto este que ha levantado entre judíos y cristianos, y entre cristianos y demás pueblos, un muro de enemistad basado en la ignorancia de unos y otros sobre la Relación entre Dios y su Hijo. Relación que, creados nosotros a imagen y semejanza de Dios a fin de que en nuestra paternidad podamos entender la del Padre, se resuelve diciendo que a la manera que un padre planea una obra y le da a su hijo el poder de la ejecución, de esta misma manera Dios Padre le muestra al Hijo todo lo que El hace para que haga todo lo que le muestra, siendo así su Brazo, el Verbo todopoderoso por cuya Palabra Dios hace todas las cosas.

Porque de El, y por El, y para El son todas las cosas. A El la gloria por los siglos. Amén.

Amén.

LIBRO CUARTO

MORAL

La Vida nueva

Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional.

Nada más simple que tomar el pensamiento de Cristo, que ve el Ser como un Templo, para entender que todo hijo de Dios está moralmente ligado al deber de verse a sí mismo como tal y como tal vivir aquí lo que se ha de traducir en un acto perfecto en la vida eterna. Acto de perfección que contemplamos en vivo, para nuestra fortaleza y constancia en el camino de la Perfección Moral, en el sacerdote de Cristo. El, San Pablo, es un discípulo de ese Maestro que le levantó al Ser Humano la cabeza del polvo y le hizo verse a sí mismo en la contemplación de su Persona Divina, Modelo a cuya Imagen y Semejanza ha sido engendrado entre nosotros el Sacerdocio Católico. Pues si el Templo Judío tuvo como imagen un edificio de piedra, el Nuevo Templo es un Edificio Vivo, que existirá por la eternidad delante de Dios para mantener vivo entre todos los pueblos de su Creación el Verdadero Conocimiento de la Divinidad, no en palabras sino en la Sabiduría hecha carne en cuyo rostro se ve el reflejo de la Verdadera Imagen Divina. Pues si el Hijo se hizo carne y en El contemplamos al Padre, la Sabiduría se hizo igualmente carne en la Iglesia para concebirle del Espíritu Santo hijos a Dios.

Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta.

Tanto al sacerdote como al pueblo, al pastor como a la oveja, le corresponde el inconformismo cristiano ante un mundo sujeto a una ley homicida, impuesta contra la voluntad divina y la humana, pero vigente hasta la victoria del cristianismo sobre la Historia del Mundo nacido de la Caída. Ayer y Hoy el Dios que determinara la creación del Hombre a su imagen y semejanza da a conocer su Voluntad para el Bien de todas las naciones. Yo, Cristo Raúl, como Aquel a quien se le ha dado el Conocimiento de la Voluntad Presente de Dios y es enviado a proclamarla a los cuatro vientos para el conocimiento de todas las iglesias, lo mismo que aquéllos a quienes por su vocación son llamados a hacerla, todos tenemos el deber de renovar nuestra mente a la luz de la Verdad que inunda con su ciencia el firmamento del Nuevo Día, aquél Día de la Plenitud de las Naciones anunciado antes siquiera de que la Noche de la Plenitud de los Tiempos inundase con su oscuridad el mundo y bajo sus tinieblas se cometiesen los crímenes más horrendos de los que acordarnos podamos. Inconformismo y renovación, pues, que establece la necesidad de la perfección para todos los cristianos, lo mismo siervos que hijos, lo mismo pastores que ovejas, lo mismo pueblo que jefes. Perfección a imagen y semejanza de la Perfección que vimos encarnada en Cristo Jesús, Maestro de todos, lo mismo de hijos que de siervos, de ciudadanos que de jefes de su Reino. El era el Hijo del hombre y en Él el Hombre vive eternamente, renovado espiritualmente por el Poder de Dios para el disfrute de la vida eterna en su Paraíso. Todos los modelos que los hombres pusieron sobre la mesa son modelos animales, bestias salvajes que tienen el derecho por arma de Poder y el deber por ley pesada contra la que la violación desde el Poder es lo que conviene. Fuera de Cristo, la Idea del Hombre hecha carne, no hay hombre, sino animales devorándose mutuamente por una cuota de poder y riqueza. El conformismo ante un mundo surgido de una Caída es anticristianismo cuando el que se conforma es un cristiano, y la negativa a renovar la mente una vez pasada la Noche es una rebelión contra el Cristianismo cuando quien se niega a la renovación es la iglesia, una o todas o en su conjunto tomadas. Cierto es que quien no tiene que temer a los leones y vive en la opulencia se tiene que sentir agredido por la verdad de Cristo; tan cierto como que la renovación de la Mente Cristiana, como el día viene con la luz y es inseparable, así ha de extender su Perfección por el mundo, a pesar y

contra cualquier fuerza que pretenda impedir que brille sobre la Plenitud de las naciones el sol del nuevo día.

Sentimientos de modestia

Por la gracia que me ha sido dada, os digo a todos y a cada uno de vosotros: No os sobreestiméis más de lo que conviene estimaros, sino estimaos moderadamente, cada uno según Dios le repartió la medida de la fe.

Inútil importar actitudes propias de la Noche de los Obispos, cuando creerse más que nadie en razón del hábito, tanto en el mundo eclesial como en el laico, despertó en las tinieblas monstruos de cuyo nombre ni quiero ni acordarme. ¿La estimación del hombre dónde está sino en Dios, y todos en El, siendo todos el mismo y único Ser, que esta en Cristo, el Hombre que El creara y que amó tanto que por ese amor nos entregó a su propio Hijo? El hábito es nada, y todo lo es el espíritu de hijos de Dios que bulle en nuestro ser para alegría de todos y gozo de uno.

Pues a la manera que en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen la misma función

El Hombre es el conjunto resultante formado por todos los pueblos del Género Humano, de aquí que al decir hagamos al Hombre a nuestra Imagen y Semejanza titulase la Historia de este Proyecto de Formación: Historia del Género Humano. Es con este Hombre Universal que el Hijo se hizo una sola cosa, de manera que al unirse a nosotros y atrayendo al Padre a nosotros hizo de nuestra Historia la suya, Cabeza de nuestro Cuerpo, mediante esta Unidad Espiritual garantizándonos la vida eterna en la participación de la Indestructibilidad de Dios.

así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros.

He aquí la Renovación de la Mente que en este Nuevo Día se abre con todo el esplendor de una luz invencible y ha de extenderse, sobre los cristianos primero, pues que son la primicia del mundo nacida de la Fe, y sobre las naciones finalmente, para alegría de todas las almas de la Humanidad, pasadas, presentes y futuras. Sólo hay un Hombre, Cristo, del que todos somos su Cuerpo, y siendo nuestra Cabeza de Origen Divino en su Naturaleza nos hace Dios partícipes de la inconmensurable Riqueza de su Espíritu.

Así todo tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fue dada; ya sea la profecía, según la medida de la fe;

Y cual un cuerpo está compuesto de infinitas células y las células se reúnen en órganos y miembros, pero todos tienen y comparten una misma vida, así todos los hombres, empezando por los cristianos y las iglesias, somos una sola vida, que en el Espíritu de Dios se articula y desde su Voluntad se mueve en la dirección s establecida desde el Principio de la Creación de nuestro Mundo.

ya sea el ministerio para servir; en que enseña en la enseñanza;

Somos muchos y cada cual, sin embargo, es uno, sui géneris, especial, indivisible, lleno de fuerza y existencia, que se derraman en actividad propia y que Dios hace confluir para el bien de todos. La frágil mariposa poliniza el campo y la delicada flor riega con su rocío el campo de los árboles del que se alimenta el hombre. Ninguno de nosotros es pequeño ni ninguno de nosotros es grande, somos una sola cosa, un solo cuerpo en el que cada uno de nosotros, semejante a una célula, trabaja en lo suyo sabiendo que la suma del trabajo de todos produce el bien de todos.

el que exhorta, para exhortar; el que da, con sencillez; quien preside, presida con solicitud; quien practica la misericordia, hágalo con alegría.

¿Se queja el pie de no ser mano? ¿O la célula blanca de no ser roja? ¿El hígado de no ser oreja? Únicamente el ser humano se queja de lo que

es, y su queja procede de la desvirtuación infernal a que nuestra Naturaleza fue sujeta por efecto de la guerra que le declarara a nuestro Creador uno de los hijos de Dios, sobre lo cual no consta decir más de lo que todos sabemos. Basta decir “la Caída” para saber de qué estamos hablando.

Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriéndoos al bien,

Nos corresponde a nosotros ahora, una vez libres de la ignorancia, renovar nuestra mente para unir las manos y devenir un sólo ser, Cuerpo de una sola Cabeza, Jesucristo, nuestro Rey, Señor, Padre, Maestro, Salvador, Héroe, Sumo Pontífice, Creador y Dios. El lo es todo para nosotros y sin El no somos nada. Según lo escrito: “En Él está la vida del hombre, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho”.

amándoos los unos a los otros con amor fraternal, honrándoos a porfía unos a otros.

Tanto más cuanto que nuestra fraternidad es a eternidad y nuestra vida en común está llamada a ser tan larga como el infinito mismo, todos los muros que levantaron las tinieblas durante los tiempo determinados para la Liberación del Diablo, nos corresponde a nosotros echarlos abajo, sin recriminaciones ni desafíos, sin condiciones previas ni póstumas, sino sencillamente como quienes dormidos cayeron en pesadilla y al levantarse se sacuden el sudor y el miedo y mirándose a los ojos se ríen de los tiempos pasados mientras caminan unidos hacia la vida eterna.

Sed diligentes sin flojedad, fervorosos de espíritu, como quienes sirven al Señor.

¿Qué otra cosa cabe? ¿Acaso el que se despierta de su pesadilla se queda en la cama a ver si cae dormido, o no es verdad que se levanta y huye de la noche como del diablo? Como del diablo tienen que huir todos los que se hayan divididos en la Fe y siendo un solo cuerpo actúan como si cada uno tuviera una cabeza distinta a la que Dios nos ha dado a todos, Jesucristo. Porque sin flojedad y diligentemente se despierta quien sirve a

otro, con cuánta más diligencia habrá de hacerlo quien sirve a Dios. El fervor en este terreno, por ver quién llega ante a los pies de su Señor, es el único fervor sagrado y santo que le conviene a todo cristiano; si es hijo porque es hijo, y si es siervo porque es siervo. Pues, como está escrito: Cuando la Puerta se cierre, el que sea hallado fuera, afuera se quedará.

Vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración;

Una vez dentro la Esperanza de Salvación Universal es el alimento que mantiene fuertes nuestras almas y corajudos nuestros espíritus. Tribulaciones con paciencia se vencen, y tentaciones con oraciones, ¿no es eso? Porque nadie ha de creer que estando en la brecha la corrupción a que ha sido sujeta la Naturaleza Humana desde hace milenios deje de la noche a la mañana de hacer lo que le es natural. Y sin embargo el dolor compartido es menos dolor y el apoyo de muchos hace más fuerte al individuo. Divididos somos pastos de las fuerzas destructoras que buscan la aniquilación del Género Humano. Unidos, somos el resplandor de a luz que bate la oscuridad y pone en pie a todos los que duermen.

subvenid a las necesidades de los santos, sed solícitos en la hospitalidad.

¿Quién es santo sino solo Cristo? Es decir, aquél y aquéllos que dejándolo todo se han ido a tierra donde se ha cebado el mal, en todas sus formas, a predicar la Salvación con el ejemplo de su renuncia. El santo no es el que se corona una mitra, sino la monja y el fraile y el hombre y la mujer que se internan entre los desheredados y los abandonados del mundo para compartir sus dolores y aliviar sus penas. Con estos santos y a los pies de estos santos debemos poner nuestra solicitud y compartir nuestras riquezas, para que de sus manos el milagro de la multiplicación de los panes y los peces se repita todos los días. Los otros santos ¿qué son, sino papagayos y loros sirviendo la razón de sus propios designios, buscando la santidad en los padrenuestros y los avemarías y los consejos que pesan en sus bolsas como el oro del que despojan a los débiles de mente? Porque teniendo yo a Cristo por Maestro para qué necesito a hombre alguno en la Tierra para decirme que El es el Salvador del mundo. Tres son los testigos que todo hombre tiene: La Biblia, la Iglesia y los hijos de dios. Los demás,

esos que aspiran a la santidad, son impostores que desvían hacia sus bolsillos la solicitud debida a los santos según Cristo. Sobre ellos el juicio de quien dicen que es su Señor.

Bendecid a los que os persiguen, bendecid y no maldigáis.

Lo dijo el Maestro, lo dijo el Discípulo. De tal palo, tal astilla.

Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran.

La perversión de la naturaleza humana alcanza su degradación más execrable cuando el dolor ajeno se convierte en risa del público y la alegría del otro en envidia de uno. El deber moral de todo hijo de Dios es darle la espalda a cualquier medio que tenga por política el cultivo de semejante moral para bestias. La perfección de la moral cristiana está sobre toda ética social y sobre toda ley comunitaria. Las leyes son referencia para quien vive según normas animales. El hijo de Dios no necesita ley ninguna de referencia porque él es para sí ley, y ley con raíces en la eternidad, es decir, la Mente del propio Dios. Cultivar los frutos del espíritu es tan importante como cultivar la tierra, si abandonas la labor acabas siendo un arbusto salvaje, aunque plantado en la viña del Señor. Y si eres abonado con fertilizantes no espirituales te acabarás asemejando a quien necesita de la ley porque de por sí tiende a sujetarse a la ley de la corrupción: Querer hacer el bien y acabar haciendo el mal. ¿Un hombre así para qué vale?

Procurad tener unanimidad de sentimientos unos para con otros; no seáis altivos, mas allanaos a los humildes. No seáis prudentes en vuestra apreciación.

Siendo todos parte del mismo cuerpo la teoría de encontrarse en la diferencia la individualidad es una filosofía registrada exclusivamente para la esclavización mental de las masas. La Unidad de Pensamiento y de Sentimiento no anula la Personalidad, sino que la fortalece; no extingue el Pensamiento del Yo, sino que lo enriquece. Pero quien busca dividir a los hombres para dominarlos y convertirlos en esclavos tiene por fuerza que ver en la Unidad Universal de Pensamiento y Sentimiento el enemigo de su

política y filosofía esclavista. ¿O acaso el edificio ve en la Igualdad entre sus ladrillos un delito contra la Individualidad de su partes? ¿O no es el pensamiento y el sentimiento de todas las células de un cuerpo el mismo ante una herida, ante un hecho? ¿Acaso porque el pensamiento y el sentimiento de células infinitas sean el mismo hace que este cuerpo pierda personalidad? ¿O es que ya la locura no es el efecto de la división dentro del propio cuerpo, en este caso centrado en la mente? ¿O es que el hecho de la felicidad universal rompe la felicidad individual?

No volváis mal por mal; procurad el bien a los ojos de todos los hombres.

Nuestra Fuerza es nuestra Esperanza y es desde ella que debemos articular nuestras acciones. Sabiendo que nadie es malo por naturaleza y que la ignorancia es la madre de todos los errores devolver bien por mal es nuestro Poder, tanto más benefactor cuando más terribles son las circunstancias para su ejercicio. Pues la Fe viene de las obras del que cree, hechas por Dios en el que cree para la salvación del que no cree. ¡Y qué obra más grande en nuestros tiempos de terror y corrupción que devolver bien por mal! Las ocasiones son de cada cual.

A ser posible y cuanto de vosotros depende, tened paz con todos.

Siempre estableciendo los límites que marca el derecho a la Vida y el Deber de Conservarla contra quien al matarte se mata a sí mismo y ocasiona la muerte de quien podría vivir gracias a la defensa de su vida por ti. Pues considerando que la Necesidad de la Muerte de Cristo se consumó, y porque hubo Necesidad hubo Muerte, los hijos de Dios, una vez consumado el Sacrificio Expiatorio, no estamos obligado a más Necesidad que la de llevar la Salvación hasta los confines del mundo, sin usar la Violencia como recurso, delito que le costó a Adán la Caída y a nuestros padres carnales el Castigo al pecado cometido por aquél hijo de Dios. La Paz, no la Guerra, es el instrumento de viento por el que nuestro Mensaje de Salvación Universal recorre las naciones. Ahora bien, esta Paz no anula el derecho a la Defensa.

No os toméis la justicia por vosotros mismos, amadísimos, antes dad lugar a la ira de Dios; pues escrito está: "A mí la venganza, yo haré justicia, dice el Señor".

Ni ser hijos de Dios arrastra a tomarse la justicia por mano propia o ajena dirigida por nuestra voluntad en nombre de Dios. A la Justicia le corresponde el juicio. Y si ésta falla, más a menudo de lo que se pretende, allá con el loco que quiso burlarse de todos creyendo escapar al Poder de la Justicia Divina. Sufrir el mal con paciencia es la gloria del fuerte en el espíritu y ayudar a quien es más débil a mantenerse firme en esta fuerza, la gloria de Dios.

Por lo contrario, "si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonáis carbones encendidos sobre su cabeza".

Es de Deber, sin embargo, impedir que el Mal se expanda y le eche brasas al fuego de la cólera divina. Por lo cual:

No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien.

¿Y qué mayor bien puede hacer el hombre para vencer al Mal que hacer la Voluntad de Dios?

Obediencia a los poderes públicos

Todos han de estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios; y las que hay, por Dios han sido establecidas,

Aquí entra lo que entra por donde entra y la verdad se alza para que la disposición contra la autoridad injusta no choque en absoluto contra la justicia de la autoridad que pone en su estado ideal el Apóstol. La manipulación del texto se presta tránsfuga a cometer la desvirtuación del

sentido apostólico en esta postura de obediencia sin falta a la Ley que procede de una Autoridad en Justicia. De manera que tenemos que diseccionar esta Obediencia desde dos posiciones firmes, estratégicas y de valor universal en tanto que hablamos de la Autoridad que procede de Dios y no de la Muerte. De un lado tenemos la Doctrina de la NO Violencia que emana de Cristo, se materializa en su Cruz y procede a la renuncia de cualquier Acto de Violencia, aún en defensa Legítima, en razón de la legalidad de las leyes del mundo al que se acerca para predicarle la luz de la Verdad Eterna. Del otro tenemos que la Obediencia a la Autoridad se entiende en cuanto Justicia Divina, a cuya Ley toda criatura le debe Obediencia sempiterna en razón de la imperecedera perfección que la justifica y se establece en Derecho sobre todas las naciones de la Creación. Es decir, no podemos ir a predicarle el Evangelio a una nación pagana empleando no la Palabra sola y sí la Fuerza. La obediencia debida a las leyes de esa sociedad, la mejor a su estado en razón de su situación en el tiempo, impone la necesidad de la legalidad de la actuación dentro del orden establecido para esa sociedad concreta. Pero esto que vale para la predicación y se mantiene como comportamiento dentro de la sociedad cristiana no destierra la Legítima Defensa de la Sociedad Cristiana cuando un poder, externo o interno, la ataca para destruirla. Porque si la Legítima Defensa para proteger la Vida del cristiano y su Sociedad fuera un acto contra Cristo la existencia del cristianismo quedaría al desnudo frente a unas fuerzas no cristianas que desde dentro o desde fuera tienen por objetivo la destrucción del reino de Dios. Y si el propio Dios se alzó contra el enemigo de su Casa no sé cómo podría su Casa mantenerse desnuda frente a quien busca la destrucción de Dios. De donde se ve que la No Violencia es connatural al espíritu de Cristo, que su Obediencia a la Justicia se entiende respecto a Dios y que la Desobediencia se da en la NO Violencia contra la Autoridad impuesta a la Sociedad no por Dios sino por la Muerte. Pues tan legítimo, mirando a la Historia, fue la Revolución de Gandhi como la Revolución Americana, a pesar de haber optado ambas por camino actitudes en apariencia contrarias. La desobediencia dentro de la NO violencia contra quien pretende echar abajo nuestra Sociedad se torna en respuesta bajo Legítima Defensa cuando quien pretende destruir nuestra Sociedad está dispuesto a destruirnos para perpetuar el estado de crimen en el origen de la Desobediencia Cristiana hacia la justicia humana. Y esto que, en apariencia, podría estar contra las palabras del Apóstol, es una oposición, como digo, en apariencia. Es decir, dentro de la Sociedad conformada al espíritu cristiano la obediencia a la autoridad es sagrada, sin por ello anular la conducta contraria a la perversión de la ley por intereses privados no sujetos a la justicia divina; lo que se traduce en una desobediencia NO violenta pero sí activa a fin de perfeccionar lo humano

en virtud de la necesidad de asemejar nuestra Sociedad a la Sociedad eterna. Lo otro, permanecer pasivos ante la perversión de la sociedad cristiana en base a una obediencia ilimitada a las autoridades, esto sí que es una perversión del espíritu cristiano y sumisión al infierno de los intereses privados por sectores alzados sobre el interés universal en la raiz de la justicia divina. Cualquiera que desatiende la complejidad de la doctrina apostólica y pretende sacralizar la obediencia a la autoridad, aun establecida por el diablo, sea desde un trono, desde un púlpito o desde un senado, este es un enemigo del reino de Dios, y no olvidemos que el primero en alzarse en desobediencia contra la Idea de la perversión de la Justicia mediante la sujeción del derecho Universal al derecho privado fue el propio Dios.

de suerte que quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación.

No es una rebelión, por consiguiente, alzarse en desobediencia contra la ley infernal de un grupo privado que impone o busca imponer su ley individual sobre y contra el derecho universal, derecho al que debe sujetarse, en efecto, toda ley y legalidad social. La medida de la desobediencia, sin embargo, será una reacción acorde a la fuerza del que causa la desobediencia con la criminalidad de su legalidad impuesta. Y si tan legítimas fueron las revoluciones india y americana, no menos lo fueron la rusa, la china y la cubana, variando entre unas y otras únicamente la necesidad de intensidad en la lucha por la libertad. Ahora bien, esta legalidad se torna en delincuencia cuando se usa esta legalidad para llevar la Violencia revolucionaria en motor de actuación fuera de las fronteras. Conquistar el mundo con las armas de la Guerra y no de la Paz fue la Desobediencia que le causó a Adán y su mundo la ruina y condenó al Género Humano a vivir una a Historia escrita con la sangre de generaciones sin número. Dios, contra Pablo, pero totalmente con él, no ha dispuesto todas las autoridades de este mundo, a no ser que neguemos que tras Adán le entregara el mundo a su asesino. Pero en verdad Dios hace avanzar las leyes de toda sociedad a fin de que la mente de los tiempos y los pueblos se encuentren lo más cercana posible del Evangelio de su Reino, gracias a lo cual el Imperio Romano se encontraba perfectamente para asimilar el cristianismo, aunque nada ni nadie pudiera impedir el primer choque. Así legalizado el Imperio designado por Dios para albergar su Reino, y expuesta la Necesidad de la Muerte de Cristo, la doctrina de la No Violencia pero la actividad desobediente implícita en la postura social

del cristiano frente a un derecho limitado y sin embargo estacionado en el tiempo era la Obediencia Cristiana que, puesta en práctica, hizo posible la Victoria del Cristianismo, cuya Gesta no fue igualada jamás ni lo sería jamás. Pues si la revolución india de Gandhi se cobró su vida propia, la revolución cristiana de Jesús se cobró la de decenas de miles, demostrándose con esta diferencia que Gandhi era posible en la India pero su revolución frente a un imperio como el romano, de cuya ley distaba mucho el británico, hubiera fracasado antes de nacer siquiera. La obediencia a la autoridad que viene de Dios, pues, siempre; frente a la que procede del hombre y en el hombre ha plantado el Infierno: Revolución permanente.

Porque los magistrados no son de temer para los que obra bien, sino para los que obran mal. ¿Quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación,

Palabras de las que vemos que San Pablo tiene en mente una Sociedad Ideal, es decir, el reino de Dios, regido por una Ley Perfecta, Incorruptible, a la luz de cuya magnificencia y bondad todas las naciones de la Creación andan felices, disfrutando sempiternamente de la Libertad y la Paz de las que la propia Justicia es garante y las autoridades su reflejo para atajar el crecimiento del Mal apenas cae su semilla en el campo de la conciencia. En una Sociedad regida por la Justicia Divina, ciertamente ¡quién será el que le tema a la Autoridad por Dios establecida para mantener el Árbol de la Paz siempre en flor, siempre vivo! Y al contrario, en una sociedad establecida sobre una ley animal que tiene por ciencia el cultivo del Árbol de la Guerra ¡quién será el que no se proclame en desobediencia perpetua! La aprobación de Dios no fue para quienes se estacionaron en el tiempo y le dieron la espalda a la Justicia Eterna, sino que aprobó la Desobediencia de Cristo y rechazó a quienes vivían en temor a la autoridad, una autoridad que El mismo levantó. De manera que basar la Obediencia ilimitada del que cree hacia el que predica, por atenernos a nuestros pastores, en estas palabras del Apóstol es un error tremendo porque saca de contexto la Verdad y abandona en el tintero el Hecho de la Necesidad de la Muerte de Cristo, hecho pasado y que, consumado, inunda el ser de todos los hijos de Dios con la Luz que procede de la libertad. La Obediencia de todo hombre es, pues, para Dios y la Autoridad que El ha elevado sobre todo Pueblo y Nación, su Hijo, nuestro Rey sempiterno. Cualquier otra Obediencia de naturaleza ilimitada es un acto de rebelión contra la Voluntad de Dios Eterno. Toda autoridad, aún establecida por

Dios en el tiempo, es sólo un puente conducente a esta Autoridad Universal a cuyos pies toda criatura ponemos esa Obediencia Ilimitada que algunos pretenden desviar hacia sus pies. Dios, elevando a su Hijo a su trono, anuló la Obediencia Debida de toda criatura a cualquier otra Autoridad que no sea la de su Hijo. Y es esta Obediencia la Vara que mide el valor universal de toda autoridad humana. Si es según esta Ley, entonces ciertamente se da el temor debido:

porque es ministro de Dios para el bien, pero si haces el mal, teme, que no en vano lleva la espada. Es ministro de Dios, vengador para castigo del que obra el mal.

Y cualquier pero es una incitación al mal. Pero siempre entendiendo que el espíritu de Cristo es el Bien en sí mismo y este temor ha sido superado por el Amor a la propia Justicia Divina, de manera que sin anular el Temor su existencia se transfigure en Amor por virtud del conocimiento del verdadero Dios, Padre de Jesucristo, en quien vimos la Naturaleza de su perfección, que rechaza el interés privado sobre el universal y sujeta todo lo individual a lo general, haciendo así que la Sociedad sea gobernada por una Razón externa a todos que sin embargo está en todos, los fundamentos de cuya Razón son la Verdad, la Justicia y la Paz; Árbol de la Vida el fruto del cual es la Libertad. No arrodillarse ante esta Ley Eterna es rebelión contra la Autoridad de Dios. La Desobediencia a esta Ley fue la que le causó a Adán la ruina y a su mundo la condenación. Y la Salvación le vino al mundo cuando la desobediencia a la autoridad impuesta por los rebeldes a dicha Ley se hizo, estableciendo así Dios y su Hijo a perpetuidad la Revolución No violenta contra la Injusticia como camino de Crecimiento del ser. A esta Ley debiera temerle todo el que se rebela contra ella, como se ha visto en tantos casos en nuestra Historia, pues el espíritu cristiano arrastrado a su extremo se revuelve invencible contra quienes creyéndose superior a Cristo intentan aplastar su Sociedad en nombre de falsos conceptos, entre los que la autoridad que viene de Dios y la obediencia ilimitada en función de esta razón es, sin ser el único, uno de ellos.

Es preciso someterse no sólo por temor del castigo, sino por conciencia.

A nadie, pues, le debe el cristiano obediencia ilimitada, a nadie en absoluto, ni en el Cielo ni en la Tierra, excepto a la Autoridad que Dios ha alzado sobre todas las naciones de su Reino. El es el rey, el es el Hijo de Dios, y no hay criatura, en el Cielo o en la Tierra que pueda reclamar para sí esta obediencia sin alzarse en Rebelión contra su Corona y su Cetro. En el mundo nos toca formar la Sociedad a imagen y semejanza de la Sociedad sempiterna entre el Creador y sus criaturas, Sociedad fundada libremente por Dios y basada en el Derecho que le asiste sobre su Creación. Y cualquier desviación de la justicia que nace de la Verdad en razón de imponer un modelo de sociedad no sujeto a la Paz que procede de la Justicia Divina: es un acto de rebelión contra la Sociedad en su conjunto, que se resuelve en su destrucción por socavamiento de los cimientos sobre los que se alzan sus columnas. La Autoridad de la Ley para impedir que esto suceda no puede ser sino a semejanza de aquél del que procede toda Autoridad, es decir, todopoderosa. Si la conciencia de ser sólo barro no detiene al rebelde la perpetuación de la acción destructiva sólo puede ser anulada mediante el castigo que procede de un Poder sin límites para hacer que el castigo caiga sobre el rebelde, sea quien sea el individuo. Este es el tipo de Autoridad Divina que tiene su antítesis en los regímenes que bajo el concepto infernal de obediencia debida e ilimitada hace justamente lo contrario, es decir, gobernar con una ley sujeta al interés individual privado de una casa, o un partido político -por no cubrir todo el espectro de asociaciones criminales que se hacen ley para desde su justicia imponer su régimen de terror sobre un pueblo indefenso y abandonado a su suerte por el derecho internacional no Universal- pensando en Darfour.

Por tanto, pagadles los tributos, que son ministros de Dios ocupados en eso.

Lógicamente el crecimiento social implica nuevos problemas que requieren nuevas soluciones y, con independencia de los choques de intereses, deben resolverse desde la legalidad desobediente de la obediencia natural a las leyes. Lo contrario, que la ley temporal exija una legalidad estacionaria es un delito que convierte dicha legalidad en delincuencia organizada y arrastra a las generaciones a la guerra civil revolucionaria como única salida hacia el desbloqueo de la situación ilegal creada desde la legalidad aplastada por la autoridad. La Carta Magna Americana recoje esta Legalidad Revolucionaria como parte del cuerpo de un sistema social en continuo crecimiento. Lo contrario, como se ve del sistema zarista, no podía conducir sino a una amplificación de las

consecuencias en razón de la continuidad en el tiempo que la delincuencia organizada se mantuvo en el Poder bajo el execrable horror conceptual de una Obediencia Ilimitada Obligatoria, que la iglesia ortodoxa estimuló contra la Ley de Dios, que derrumbó todo Poder para glorificar a su Hijo levantándolo como Rey Universal, desprendiéndose de esta Glorificación que Dios liberó a toda su creación de la Obediencia Debida a las autoridades establecidas sobre los pueblos antes de la Fundación del Reino de su Hijo. Una vez fundado este Reino ninguna Corona tiene su origen en Dios sino, como hemos dicho, la de su Hijo, nuestro Rey por la eternidad.

Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor.

Lo cual nos lleva a diferenciar entre Imperio y Corona Divina. De tal manera que el Poder pasó de imperio a imperio a fin de preparar a la Civilización y conducirla de Derecho en Derecho hasta las puertas del Derecho Divino. Inútil mirar, pues, para atrás y juzgar a las naciones en cuyas manos Dios puso la Vara del Imperio que al final del proceso habría de volver a las manos de su Hijo, de donde no volverá a salir jamás por la eternidad de las eternidades. Establecida, entonces, la sociedad cristiana sobre el Principio Universal del Bien Común, el Deber se une al Derecho para establecer el Bien de todos sobre la base del bien del individuo. Si el Todo está bien y la parte está mal, hay un error de principio. Y viceversa si el individuo está bien y el género humano anda mal, se da un tremendo error de fin. El fin de la justicia es el bien de todos para enriquecer el bien del individuo, repercutiendo el bien del individuo sobre el bien de todos, proceso de enriquecimiento que Dios alimenta mediante el gobierno de las Naciones de su reino por el Consejo de su Sabiduría Infinita

La perfección de la caridad

No estéis en deuda con nadie, a no ser en el amaros unos a otros, porque quien ama al prójimo ha cumplido la ley.

La infinita superioridad de la Moral sobre la Ética procede de este precepto eterno. Mientras la Ética es el recurso de seres que han renunciado a superarse a sí mismos y se niegan a seguir evolucionando al

final del término donde la Naturaleza le abre la puerta al Espíritu y pone en manos de su Creador la Criatura que le pariera su Creación, en función de cuya renuncia a abandonar la ley de la selva la ley ética sustituye la inteligencia del Espíritu por una Razón Animal que establece decretos entre los miembros de la propia especie, resultando de esta imposición a punta de hierro que la obediencia a la ley sólo procede respecto a la inferioridad del sujeto pero no precede jamás a quien ordena la ley y se sitúa sobre ella, invirtiendo el valor de la Ética, que rebaja a la condición del Crimen cuando traduce su precepto máximo supremo en aquella alta razón que subordina al Fin la Naturaleza de los Medios. Así, mientras la Ética se ordena en función de los tiempos y obedece a la razón de los legisladores, la Moral es eterna y establece el camino entre Fin y el Principio sin alternancia recursiva derivada de la capacidad o la incapacidad del sujeto. La Ética ordena matar cuando el fin es superior al medio por el que se alcanza ese fin, cuyas repercusiones hacen del individuo un mero objeto abstracto a los pies del bien político, resultando que la Ética arrastra al Género Humano a los dorados tiempos del sacrificio humano, ahora no ritual, sino jurídico. Efectuado el sacrificio, en efecto, la justicia legaliza el delito, deviniendo en su comportamiento un apéndice asesino del poder ético que, desplazando los valores eternos de la inteligencia, los sustituye por los intereses temporales de un grupo específico. Bajo la ley de la Ética, por consiguiente, el amor al prójimo es volatizado, reventado y en el núcleo donde la identidad entre los seres humanos procede de la propia Naturaleza establece la convivencia mediante decreto, y este decreto arbitrario suspendido sobre la cabeza del hombre en función de la perversión del derecho Natural y Divino que Poder Político establece contra la Sociedad en su conjunto. De donde se ve que la Ética es la moral del Poder por en cuanto es el Poder el que destruye la Ley para imponerle por Decreto a la Naturaleza su ley. No cabe el amor entre los seres humanos y sí, y sólo la convivencia que procede del decreto. Ahora bien, hasta hoy el universo entero ha reconocido en mil formas y ocasiones que el amor no se engendra por decreto y nadie puede amar al prójimo en función de la voluntad de otro. Verdad apasionante y irrefutable que convierte en fracaso el éxito pasajero de quien legitima el sacrificio del individuo al bien del universo, tras cuya retórica no se esconde más que la dialéctica criminal del Poder Ético. Que cada cual le ponga ahora el nombre que quiera a quien por decreto vuela la Moral y pone en su lugar la ley de las bestias, entre las cuales, sí es cierto, la fuerza es la madre de la razón social. ¿Y qué es el Gobierno por decreto sino la fuerza a punta de pistola del Poder? Se entiende, en consecuencia, que no teniendo valor moral su imperio el Poder deba inventarse una justificación social que excuse su sacrificio; a esta justicia se le llama Ética.

Pues "no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás", o cualquier otro precepto, en esta sentencia se resume: "Amarás al prójimo como a ti mismo"

La ley de la Verdad, la ley moral, o sea, la ley del Amor, es más fuerte e infinitamente más poderosa para fundar la estabilidad de la Sociedad en el Espacio y el Tiempo, que cualquier relación basada en el imperio del decreto. Desde la Ética yo no robo ni mato mientras no se me cruce por el camino una causa superior de altura política e histórica infinitamente más grande que la vida del individuo, a cuya consecución el sacrificio del individuo no es sólo aconsejable sino un deber ético que el Grupo de interesados se tiene que imponer si quiere llegar a alcanzar dicho fin específico. Nada hay pues que diferencie la Ética del Poder de la Ideología del Terrorismo, excepto que el Poder tiene la legalidad para el sacrificio y el terror sacrifica fuera de ley de la Ética Política. No estableciéndose la relación entre el individuo, entre el hombre y la Sociedad desde una Fuerza Natural que procede a la identificación de todos con todos en el Origen Universal de todos en un mismo Núcleo, el parche que el Poder, tras destruir este Núcleo, pone sobre la Historia, quitando la Moral, el fruto de ese Origen, y sustituyéndola por la Ley Ética, es decir, por el Imperio de la Fuerza, no es más que un parche en el muro, un dique circunstancial creado a la ligera para contener las aguas de la destrucción de una sociedad atacada desde su interior por fuerzas aniquiladoras que, bajo el disfraz del Derecho, no hacen sino causar la ruina de la Sociedad sobre la que impera mediante Decreto. Por amor a la humanidad se hacen maravillosas locuras, pero por ley no hay en este mundo quien ponga la otra mejilla o le dé sus sobras al pobre que se muere de hambre en la esquina. La ley que viene de la Ética antes la da las sobras a su perro que a ese moribundo, rastrero y asqueroso inmundo piojoso vagabundo. Sólo la ley que procede de la Moral enciende la conciencia, contra el interés propio incluso, y se quita de lo propio - como pudiera ser la felicidad que viene de la comodidad- para compartir con el prójimo el pan, y, ya lo hemos visto muchas veces, hasta la propia vida. El decreto ético es inoperante para engendrar este comportamiento, y desde que es inoperante su ley es inhumana porque mata una de las partes naturales más importantes de la inteligencia, la Conciencia. No vamos a condenar la Ley de la Naturaleza, que es Moral, en razón del comportamiento de unos pocos. No todos los que están, son, como dice el proverbio popular

El amor no obra el mal del prójimo, pues el amor es la plenitud de la ley.

Y no porque lo diga un Apóstol. Basta abrir cualquier libro de Platón para ver a Sócrates poniendo el Amor por las cosas, incluyendo lo humano, como superior a la simple manifestación de las consecuencias a que conducen esta fuerza divina desde una postura interesada o no fundada en una razón ética. Sócrates es sencillamente ero y sólo esto: La superioridad del Pensamiento que procede del Amor al Hombre sobre el Pensamiento que procede de la Pasión por alcanzar una posición cada vez más alta en la Sociedad. Esta Ética del Poder no sólo no puede cumplir la plenitud de la Ley porque en su desarrollo sacrifica a su fin al hombre que se le cruza en su camino y convierte a la propia Sociedad en un mero objeto sobre el que apoyarse para alcanzar su objetivo. La Ética no sólo no puede desatarle la correa del zapato de los pies con el que el cuerpo Moral Cristiano, expresión eterna de la Moral Natural, se mueve, sino que además, estableciendo el sacrificio humano en tanto en cuanto acto legal para alcanzar el Poder, la Ética deviene una ideología criminal que justifica el Medio para alcanzar el Fin. Sin embargo parece que las verdades son menos verdades depende de quien las diga, de aquí que firmándola San Pablo esta Verdad no sea una declaración filosófica con origen en la experiencia más desarrollada adquirida por los sentidos racionales del ser humano. Y al contrario, parece que depende de quien la firme una mentira es más verdad en la oreja de quien la escucha.

El día de la salud está próximo

Hemos entrado en la recta final de este análisis de uno de los textos bíblicos más polémicos; y polémico precisamente por dos razones vitales. La primera por la acusación sin pies ni cabeza que pervierte la inteligencia de San Pablo y la deriva hacia la suplantación de la identidad del verdadero fundador del cristianismo. Y la segunda basada en la transformación de esta Carta en muro de división entre cristianos católicos y protestantes. Aparte del interés de quienes creen que el mantenimiento de este muro de separación entre hermanos en la misma Fe, que es causa de paralización del movimiento de los brazos de Cristo, impidiéndole moverse libremente, y creen que esta división es razón de un servicio muy grande a la Causa del Evangelio, según hemos visto a lo largo de esta radiografía del pensamiento del Apóstol desde el pensamiento de Cristo, estamos viendo

que no hay ninguna fisura entre ambos pensamientos, porque el pensamiento de todo hijo de Dios procede del mismo Padre que nos engendra para el bien de la Esperanza de Salvación Universal que a todos nos alimenta desde el principio de los días del Cristianismo. San Pablo le estaba hablando a cristianos nacidos, creyentes perfectos que se preparaban a seguir a su Héroe y Rey al pináculo de la gloria del Sacrificio. Cuando dice la Justicia que viene de la Fe, que nace no de la Ley sino de la Obediencia a la Voluntad de Dios, San Pablo no está negando el Poder de las Obras hechas por Dios en el cristiano, según el propio Jesús lo dijera mil veces, que la Palabra y las Obras unidas proceden de Dios para la Salvación de todos los hombres. Palabra y Obras que, se entiende, se materializan en el cristiano y tiene por objeto al hombre que aún no ha alcanzado la Fe. Pero que fue por las Obras y la Palabra que Dios engendró en el Hombre la Fe es tan satánico negarlo como de ignorancia absoluta ponerle trabas o pegas. Es por las Obras del cristiano y la Palabra del sacerdote que quien no cree descubre la Fe, es decir, descubre a Dios. A no ser, claro, que su Hijo fuera un mentiroso y afirmando El que se debe hacer lo que los sabios dicen pero no lo que hacen, afirmando de esta manera que el poder de las obras es tan perverso como santo según quien la realice, y que la Palabra sin las Obras no sólo no engendra sino que aleja de Dios a quien oye decir que la Fe salva pero lo que ve hacer al que habla son obras propias de demonios malditos. Dos direcciones claras emergen de la cuestión, por tanto. Primero que a quien tiene la Fe las Obras, ciertamente, no pueden sumarle nada, porque ya está salvado. Pero en cuanto hijo de Dios el cristiano tiene el deber, dentro de su existencia en el mundo, de por las obras hacer que descubra el mundo a Dios. Siendo de esta manera que el sacerdote, que predica la Palabra, y el cristiano, que la pone en Obra, no para su propia salvación, sino para salvar al prójimo, forman por Dios en Cristo un sólo Hombre, con una sola Fe y una sola Obra, a saber, la Salvación de todo hombre. Y la segunda, que la manipulación de un texto bíblico en función de los intereses y la mentalidad temporal es un delito contra Aquel que escribiera su Libro para por las Obras que engendra su Palabra en quien cree atraer a todos los hombres de regreso a su Paraíso. Dicho esto, los pies en la recta final, apretamos el paso y corremos veloces al encuentro de la verdad, diciendo:

Y ya conocéis el tiempo y que ya es hora de levantaros del sueño, pues nuestra salud está más cercana que cuando creímos.

Lo dicho, la conciencia del Apóstol sobre la cercanía de la Primera Persecución Romana, que ya flotaba en el aire sobre las cabezas de aquéllos a quienes les dirigía esta Carta, se deja notar y perfilar y nos descubre al verdadero destinatario de la misma, sin conocer al cual el texto se presta a la manipulación, que Lutero, en su desesperación, encerrado entre las cuatro paredes de una celda, manipuló, sin consciencia visible de la perversión que estaba ejecutando al olvidar que el Apóstol le estaba hablando a cristianos perfectos, educados en los misterios de la Salvación por los mismos Discípulos de Cristo, que es decir lo mismo que el Espíritu Santo de la Sabiduría Divina en persona, que se derramó en los Apóstoles, según está escrito en Pentecostés, para edificar en los Primeros Cristianos el Rebaño Inmaculado que testificaría con su Sangre, ante los ojos del Tribunal de la Historia Universal sobre la Veracidad del Testimonio de los Discípulos, a saber, el Hijo Unigénito y Primogénito de Dios se hizo hombre en el seno de la Virgen de las Profecías, fue crucificado para la Expiación del Pecado de Adán, y Resucitó para la Redención de los pecados de todo el mundo. Y ese Hijo se llama Jesucristo. Y hablando para mentes perfectas la disociación luterana entre Fe y Obras, como he suscrito antes, no cabía en sus cuerpos, ni en el alma ni en el espíritu. Tanto menos cuanto iban a coronar su testimonio Inmaculado con la Inmolación de sus propias vidas. Porque si entre los antiguos poner la mano en el fuego o pruebas similares ponía término a la discusión sobre el valor de un testimonio, los Primeros Cristianos, la Primicia como diría el Apóstol, iban a poner no sus manos sino su cuerpo entero en el fuego. De donde se ve que siendo perfectos hijos de Dios esta Obra no podía sumarle nada a la salvación que con su Fe habían conquistado por Obra y Gracia de Dios. Pero que no hacerla, sin embargo, era una negación de la Esperanza de Salvación Universal mirando a la cual el primero de todos, Jesucristo, puso El mismo su Cuerpo en la Cruz. “La Fe sola” en tanto que la alegría de la Salvación ha sido conquistada y la vida eterna es el regalo del Creador a sus criatura. Pero “la Fe sin las Obras de Cristo”, como bien diría el Espíritu Santo en el Apóstol Santiago, que es decir, el Espíritu Santo en persona: la Fe sola sin las obras es fe muerta. Obras que tienen por fruto no la salvación personal, que se da por hecha, sino la salvación del prójimo. Pues ciertamente ni Cristo Jesús ni sus Discípulos tenían necesidad de morir para salvarse a ellos mismos o enriquecer una Fe que era en todo extremo perfecta. Obraron muriendo para la salud del prójimo. De manera que en este sentido tan perfecto es el protestante que anula la obra como medio de salvación personal, como perfecto el católico que obra, desde la fe, para la salud del que no cree. De donde se ve que la crítica de Lutero a las Indulgencias no sólo fue legítima sino que provenía de la conciencia del Espíritu Santo; porque no eran las obras de las indulgencias las que salvan,

sino las obras de la fe. Y en cuanto a estas Obras, Divinas, Inmaculadas y Perfectas, todo está escrito: Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, socorrer a la viuda y al huérfano... Ver a Cristo Jesús es ver esas Obras en movimiento. Obras y Fe, los dos brazos del mismo cuerpo.

La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz.

¿Acaso no se percibe en el horizonte de estas palabras la visión hacia la que, por Predestinación, se dirigía Aquélla Generación Inmaculada, perfecta, en todo extremo Santa y divina, cuerpo del Espíritu Santo, que el Dios de la Eternidad había encarnado en Cristo Jesús para la salud de toda su Creación, dándole todo el Poder y toda la Gloria para Reinar sobre todos los Pueblos y Naciones del Reino de Dios? ¿Y acaso la noche de la que habla el Espíritu Santo en Pablo no es esa parte del ser que, siendo carnal, en su inconsciencia pospone ese Día, esa Hora, arrastrado por el natural horror al espanto de la propia ejecución? Pablo es directo y con su palabra derrota esa inconsciencia y se levanta él el primero para ponerse a la cabeza de Aquéllos bajo cuya luminosa Gloria, siendo Una sola cosa con Cristo Jesús, el Heredero sempiterno del Dios Eterno, gobiernan por la eternidad de las eternidades el Reino de Dios. San Pablo no profetiza, sino que sacude ese horror inconsciente y anuncia el alba del Día y la Hora para la que fueron engendrados en el Espíritu Santo de la Gloria. El Espíritu Santo estaba en Dios, y era Dios, y se hizo hombre para dejar de ser una realidad invisible y adquiriendo Nombre y Cuerpo Gobernar la Casa de Dios por la eternidad de las eternidades. Si la Fe era la única razón que tenían para poner sus cuerpos en el fuego como Prueba del Testimonio de los Discípulos, Dios, para fortalecer esa Fe les dio su Reino, haciendo asi que por las Obras de la Fe del Espíritu Santo, hecho Hombre, viniera sobre todo su Reino la Salud de Su Salvación.

Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y en libertinajes, no en querellas y envidias,

La Gloria en el horizonte, como esperanza que dirige con su luz los pasos del ser, el que cree vive con los pies en el suelo, en el día a día, y su

deber es para con su Creador y Salvador. No hay ley que prohíba poner en obra lo que la Fe tiene por indigno de la creación de Dios, que nos creó para la eternidad y no para gozar de una vida mortal entre los dos extremos de cuya línea todo está permitido si no está prohibido por las leyes. La Ley de Cristo es superior a la ley humana porque toda ley humana responde a los intereses privados de grupos específicos, pero la Ley Divina mira el bien de todos para hacer que el bien del individuo y el bien universal coincidan en un mismo cuerpo, sin diferencia ni fisura entre ambas bienes. Las leyes humanas, con la excusa de poner el bien universal sobre el bien individual, a la postre no hacen sino aplastar bajo su violencia al individuo. La Ley de Cristo eleva al individuo a la naturaleza del bien universal, haciendo de ambos una sola realidad, un hecho indivisible, aboliendo de esta manera la excusa infernal por la que en el nombre del universo unos pocos aplastan al mismo al que quieren hacer tanto bien. ¿El Modelo sempiterno? ¡Cristo Jesús!

Antes vestíos del Señor Jesucristo, y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias.

En efecto, más claro imposible. Por culpa de la Caída aquélla Imagen y Semejanza a la que nacimos se perdió en las tinieblas de la Ignorancia que levantara el Propio Juicio contra el Pecado de Adán. Pero Dios, que siendo su Verbo eterno es imposible que no alcance su Fin, quiso materializar lo que al Principio el Hombre conoció como Idea: la Idea del Ser, a fin de que viéramos con los ojos de nuestra cara esa Idea hecha carne. De aquí que en otra parte el mismo Apóstol dijera: Cristo, en quien está vuestra vida. Aquella Imagen no fue anulada, sino que por el Amor de Dios hacia su Creación, vino a ser enriquecida cuando su propio Hijo la encarnó. Estando por la Fe en nosotros la Palabra del Espíritu Santo a los hijos de Dios del Primer Día, su Palabra permanece en nuestra Fe para formar nuestro código de comportamiento delante de los hombres y de Dios

Los fuertes y los débiles en la fe

La Moral es una dimensión del Ser y en cuanto tal genera en la consciencia del ente espiritual, es decir, del ser inteligente modelado a la Imagen y Semejanza Divina, una fuerza, un valor, una actitud de confianza

en el YO, comportamiento ontológico del que se deriva una perfección de todos los principios intelectuales sobre los que se basa el comportamiento del hombre frente a sí mismo y sus semejantes. Por eso decimos muchas veces de alguien que tiene una moral como una catedral de grande. Los fundamentos morales del espíritu, en este orden, son la savia que alimenta el árbol de la consciencia, dotando así al ser de las fuerzas que requiere el crecimiento de su YO en el espíritu del Bien a cuya Imagen y Semejanza fue el Ser creado en el Hombre. Pero como ya se ve y se deduce de la propia estructura del Género Humano, la infinita complejidad de la Inteligencia se revela y la descubrimos en la multiforme necesidad que todos tenemos de todos, y aunque en Dios el YO lo tenga todo no es menos cierto que en cuanto Individuo cada uno de nosotros está tan íntimamente ligado a todos los demás que concebir nuestra existencia aislada del Género Humano es un pensamiento sin futuro en ninguna consciencia humana. Únicamente en Dios podemos concebir nuestra existencia como completa, perfecta y ajena a cualquier necesidad de nadie y nada. Ahora bien, vemos que este mismo Dios y Padre nuestro ha querido preservar el Orden de la Vida en su más profunda y extensa manifestación a fin de que la propia Necesidad Vital sea la argamasa que hace de todos los hombres un sólo Hombre, cuya Cabeza, y aquí es donde está la Gracia, es Jesucristo, nuestro Rey y Señor, en cuyas manos ha puesto su Dios y Padre de toda Vida la existencia de todos los seres inteligentes, amadores del Bien, hijos de la Libertad y la Verdad, discípulos de la Justicia y toda Paz, aspirantes sempiternos a la Omnisciencia que procede de la Sabiduría Divina, en cuyas manos toda ciencia, las conocidas y por conocer, crecen como un Árbol cuya copa toca el infinito y cuya raíz se hunde en la propia eternidad. Vana es, pues, la omnipotencia de aquella Razón que hiciera de la Duda su *sinequanon* y pretendiera hacer de la Ciencia una ideología antidivina ajena a la Moral innata que, formando parte de la estructura ontológica del Ser, es el suelo en el que el YO echa sus raíces en el espíritu del Bien, que es el espíritu de inteligencia, que se manifestó en Cristo a fin de que dirijamos los pasos de nuestro pensamiento a la fuente luminosa de la que procede toda evolución: La Omnisciencia Divina. Será pues desde esta plataforma Moral de valor eterno, perfecta e inmutable a la manera que la necesidad así lo demanda en la Roca que ha de sostener con su solidez el edificio a construir, que la Unidad de todos en el Ser sea nuestro Deber y nuestra Fuerza, con la que, despreciando hasta el infinito la ideología malvada y perversa que ha dispuesto que la Igualdad del Ser sea una farsa y del Fuerte ha hecho su elegido, oh Darwin-Hitler, nos ha dividido en dos clases de entes, fuertes y débiles, cuando el hecho es que la Fuerza del Ser no procede de la Naturaleza sino de la confusión creada a partir del dilema de los siglos, y que los sabios de la Guerra, vestidos una

vez de druidas, otra de magos, y ayer mismo y hasta hoy de científicos, quisieron usar como hacha asesina, a saber, existiendo el Mal y siendo Dios el Bien cómo es posible que exista el primero, bla bla bla. La humildad que procede de la Inteligencia no quita la fortaleza que procede de la contemplación del Mal y se alza para abatir la ciencia del infierno. Nuestro Deber Cristiano no es, por tanto, para con quienes en su Fortaleza se asemejan a nosotros sino para quienes en su debilidad intelectual y de espíritu se han dejado confundir por el dilema del Diablo, dejado atrás ahora mismo. Las palabras del Espíritu Santo en Pablo expresan lo que Dios en persona vive, porque de otro modo no nos hubiera socorrido haciéndose hombre en su Hijo, y, de seguir el consejo de los sabios del demonio, hubiera debido socorrer a Satanás y habernos abandonado al Infierno a nosotros. Nosotros somos el mejor testigo sobre la Verdad. Nuestra fuerza es para quien aún cree que hay dilema.

Acoged al flaco en la fe, sin entrar en disputas de opiniones.

Arrojados al infierno del conocimiento de la Ciencia del Bien y del Mal, no como quien conoce en hipótesis sino como quien la aprende a golpes y a fuerza de ver arrasada su alma, si es cierto que lo que no mata fortalece y que el que sobrevive a los golpes se hace más fuerte, de la manera que un hueso roto se recompone para ser doblemente más sólido, justamente de esta manera, porque era inevitable que el Juicio Divino abortase en el seno de la Ley, causando su corrupción un agujero negro en el reino de la Justicia eterna, y ya obligados a asistir a la Universidad de la Vida en el medio del país de las tinieblas, gobernado por la Muerte, quiso Dios hacernos más fuertes y redoblar la fuerza moral de nuestro Ser a la manera dicha arriba. El conocimiento de esta verdad es la base de la fuerza que hace más fuerte, y no dejarse aplastar por el golpe que procede de la Muerte la raíz de la fortalece que vence y hace de todos nosotros supervivientes al Infierno en el que fuimos arrojados porque, sin saber lo que hacíamos, creímos que conociendo el Mal y el Bien seríamos como Dios. Qué no daría yo, oh Dios, por no haber conocido jamás esta Ciencia maldita. Pero dejemos las lamentaciones y volvamos a mirarnos los unos a los otros a los ojos. Somos los Cristianos, somos lo mejor y lo más hermoso que luce al sol ante los ojos de Aquel que tiene el Poder para hacer de todas las cosas lo que mejor quiera. Somos el futuro de toda criatura inteligente, somos los hijos de Dios por los que la Tierra y los Cielos se unieron en abrazo perfecto desde el principio de los tiempos. La debilidad de todo pensamiento procede de la Duda, y la Duda es el fruto de

la Muerte. Dios es el padre de toda Ciencia bajo cuyos principios y leyes se ordena la Creación y siguiendo cuyos caminos crece el Cosmos. Y no hay ciencia en el universo que no proceda de los principios y leyes a los que El ha conformado todas las cosas. Luego vino la Muerte; sí, es cierto, pero para hacer dudar al pensamiento sobre la verdadera naturaleza del Espíritu del Creador del Hombre. Y esa Duda, cuya máxima expresión de perversidad alcanzó categoría de Método, es la savia maligna que alimentó la desviación del pensamiento científico de la Ciencia de la Creación hacia el reino de la Ciencia de la Destrucción. El siglo XX fue su consecuencia, su obra visible más tremenda. Hemos sobrevivido no por nuestra fuerza sino por el designio de quien en su día dijera: Hagamos al Hombre a nuestra Imagen y a nuestra Semejanza, es decir, indestructibles. Y luego se repitiera en su Voluntad, diciendo: Tu descendencia se apoderará de las puertas de sus enemigos. Somos los Cristianos, invencibles por el espíritu que se nos ha dado, espíritu de inteligencia y sabiduría, de entendimiento y fortaleza, consejo y temor de Yavé. Somos los hijos de Dios. ¿Quién se atreverá con nosotros sin cavar su propia tumba? El tiempo, como dice el Apóstol, se acaba. No hay tiempo ya para la Duda. El Universo es nuestro por Derecho Divino. Nuestra batalla no es contra los hombres sino contra la Muerte; dejemos que nos combatan mientras nosotros avanzamos hacia el Siglo que viene y ponemos todas las cosas a los pies de nuestro Rey, Padre y Señor.

Hay quien cree poder comer de todo; otro, flaco, tiene que contentarse con verduras.

La multiforme sustancia que derrama la esencia de la inteligencia de la Fe en nuestro Pueblo implica la diversidad de caracteres, pero no de valores morales, que son sempiternos y tienen en el espíritu del Bien su fuente. Cada uno de nosotros tiene su Origen en Aquel que dijo *Yo soy el que soy*, de cuyo carácter hemos heredado nosotros poder decir: *Yo soy el que soy*, y siendo cada uno un átomo de su consistencia, una rama del árbol de su existencia, cada YO tiene su propia naturaleza, y conocer cada cual cuál es esa, sin duda alguna, es el epicentro básico desde el que revolucionar nuestra propia conciencia a fin de poder mantenernos de pie ante nuestro Creador, que nos creó para correr a dos piernas a su encuentro y no para vivir de rodillas ni lejos ni asustados dándole la espalda. De nada tenemos que avergonzarnos y todas las razones del universo tenemos para alegrarnos por ser los que somos. Comamos lo que comamos, todos somos

uno, el Hombre que creado a Imagen y Semejanza de su Creador llama Padre a Dios, y Dios, mirándole dice: Y tú eres mi hijo.

El que come no deprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios le acogió.

Nada es el momento, sino el hecho. Como en una carrera de relevos donde mientras unos corren otros aguardan su momento y otros descansan, pero la victoria es de todos, la Moral Cristiana implica una concentración del Ser en el Yo que tiene su parte en el Plan Universal de Salvación y corre por la pista de la Historia escribiendo con su Vida la línea que le corresponde. Nadie es insignificante. La insignificancia es para quien duda y no ve al Creador en su Creación, y anodadado por las magnitudes cae en el pozo suicida y homicida de la aniquilación del Ser. El espíritu de hijos de Dios que se nos ha dado y en el que hemos sido engendrados por la Sobrenaturaleza de nuestro Creador, que vimos en Acto aquí abajo en la Tierra, esa Sobrenaturaleza nos alza la cabeza y nos mantiene de pie cuando el terremoto sacude nuestra consciencia, y allá donde otros salen corriendo y se entregan a la Negación del Ser, justificando en la NO Existencia el comportamiento geocida y homicida que representan, nosotros caminamos sobre la carretera del infinito como quien tiene delante la eternidad. El Tiempo y el Espacio no nos asustan, es más, somos tiempo y espacio hecho carne, y sobre esta fusión Dios ha derramado su Espíritu. Nuestro desprecio es el desprecio que late en nuestra sangre contra quienes, diciendo ser sabios, minan el futuro de la Creación. Entre nosotros, los Cristianos, no puede haber sino comprensión y entendimiento, porque la Voluntad de Dios lo pide, y porque todos fuimos mantenidos en la Ignorancia a fin de que por los hechos la creación entera vea por qué odia Dios con tanta fuerza la Ciencia del Bien y del Mal.

¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Para su amo está en pie o cae, pero se mantendrá en pie, que poderoso es el Señor para sostenerle.

Ser Cristiano implica la Invencibilidad. No por la fuerza que procede de las armas, como se viera en nuestra Victoria sobre nuestros primeros enemigos a muerte, romanos y judíos, sino por Legado Divino. Somos Descendencia de Dios. La Confianza en nuestra Victoria es el elemento decisivo que nos hace surcar el mar de los siglos y, aunque en apariencia

los maremotos y las tormentas apocalípticas anunciando la desaparición de nuestro Linaje de la faz de la Tierra hayan puesto en jaque nuestro futuro, la Historia, madre de todos los acontecimientos escritos, nos abraza con sus páginas de éxito y extiende a nuestros pies páginas en blanco para que escribamos en su cuerpo más éxitos. La goma de borrar no funciona en este libro. Es más, allá donde la sangre cristiana se derrama allí se llena el tintero de la Historia para escribir en sus páginas la ruina de nuestros enemigos. Basta abrir el libro de la Historia Universal para ver el fracaso de todos los movimientos anticristianos que se levantaron para exterminar nuestro Linaje Divino de la faz del mundo, y basta mirar alrededor para ver quiénes serán los próximos que se hundirán en el pozo del olvido y solo su memoria suicida quedará recogida para que le sirva de sabiduría a nuestros hijos, y sepan y comprendan que el Cristiano tiene por raíz de su Linaje a la Divinidad y su Futuro no tiene fin. El fin de todos los demás pueblos, en cambio, sí está escrito y a su tiempo se cumplirá el designio del Creador, que ha llamada en Cristo a todas las Naciones, y la que rehúse sea borrado de la faz de la Creación entera. De Dios, en efecto, es el Poder y el Juicio.

Hay quien distingue un día de otro y hay quien juzga iguales todos los días; cada uno proceda según su sentir.

Dejadme ahora que me personalice y diga que yo soy de los primeros. Cada día es un milagro, cada día es una aventura, cada día es un fragmento del camino de una vida, en este caso, la mía. Ahora bien, cada cual tiene su aplomo y su corazón para celebrar un día más que otro, sea el 24 de diciembre como el que sea. De esto, que parece tan tonto, los obispos de las primeras iglesias hicieron un muro de enemistad, llegando incluso a anatematizarse los unos a los otros en razón de ser este día o aquel otro cuando se debiera celebrar la Pasión o el Nacimiento, por ejemplo. Como si en su tontería Jesús naciera o muriera tantas veces como ellos quieran. Nada malo tiene celebrar un día más que otro si es asunto personal, el problema empieza cuando este asunto personal quiere imponerse bajo anatema a todos los que viven el día según su sentir. De donde se ve que si a un tonto se le permite llegar a ser obispo las iglesias, como rebaños que dirigidos por un pastor sin cerebro dirigiera las ovejas hacia el territorio de los lobos, sucumben al pecado y desobedecen el Mandato Divino sobre la Unidad Universal Cristiana. Y vemos, ahora todavía, cómo las propias iglesias siguen enemistándose por razones tan infantiles, por no decir ridículas, como si el bautismo debe hacerse con un chorrito de agua o ahogando al hombre en un río. Cualquiera diría que se tiene más o menos

espíritu según se use más o menos agua; dicho conclusorio que debiera hacerle sentir vergüenza ajena a todo el que entra en semejante disputa.

El que distingue los días, por el Señor los distingue; y el que come, por el Señor come, dando gracias a Dios; y el que no come, por el Señor no come, dando gracias a Dios.

Esto procede de la transformación de la Fe en un poder personal, como si dijéramos que la esclavitud del cristiano al rito de un sacerdocio o pastoreo concreto viniese a ser una prueba del poder propio sobre el Cristiano. Sabemos con todo que el Cristiano no le debe obediencia a nadie sino a Jesucristo. Aquí en la Tierra como allí en el Cielo la Obediencia Universal es al Rey y sólo ante el Rey dobla sus rodillas toda criatura. De manera que si uno quiere comulgar con pan y vino y otro con pan y otro con el pensamiento, la libertad del cristiano está sobre la forma; pues Dios no mide a sus hijos por el número de ritos y sus manifestaciones sino por sus obras, sus pensamientos y sus palabras. Si tú quieres comulgar con pan y vino, hazlo; si tú con una hostia sencilla, hazlo; pero ni el pan ni el vino ni la hostia son algo, sino tus palabras, tus pensamientos y tus actos delante de Dios y de los hombres. Y el que discuta sobre estas cosas no sirve a Dios sino al Diablo.

Porque ninguno de nosotros para sí mismo vive y ninguno para sí mismo muere;

La vida del Cristiano, en verdad, no está enfocada hacia si mismo, sino hacia el prójimo. Es obvio que Jesucristo no vino a salvarse a si mismo, y siendo nuestro Modelo, engendrados en su Espíritu, no hay nada más grotesco que hacer de nuestra vida un camino de salvación personal, cuando por el hecho de Ser Linaje suyo tenemos la vida eterna, en la que, aun siendo mortales y estando sujetos a las cosas de la carne, se mueve nuestro pensamiento.

Pues si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos para el Señor morimos. En fin, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos.

Su Imagen y Semejanza. Y en tanto que hijos de Dios y Discípulos suyo nuestra existencia es una extensión de la suya a la manera que la rama lo es del tronco, y el fruto de las ramas igualmente del tronco. De donde se ve que nuestros frutos son su fruto en nosotros. Nuestra vida en el mundo, a semejanza de la Suya, no tiene más objetivo que el prójimo. A la manera que El no vivió para sí sino para nosotros, su prójimo, una vez nacidos del Espíritu somos El en nosotros para el prójimo. Ved, pues, cuál es la grandeza de nuestro Linaje y por qué Dios nos ha dado la Invencibilidad. Grandeza que amputamos y mutilamos con nuestras disputas e Invencibilidad que encadenamos con nuestra división.

Que por esto murió Cristo y resucitó, para dominar sobre vivos y muertos.

Y lo contrario, que muriera para salvarse a si mismo, se ve que es un error tremendo. Tan grande como es el que limita este Dominio al desgajarse del tronco, en la voluntad, que no en el cuerpo, y despreciando a las demás ramas rompe con el espíritu que mueve al árbol de las iglesias entero en función de cuestiones de primacía o de ritos, mediante esta ruptura limitando el Movimiento Divino de Cristo, el Heredero Vivo del Dios Verdadero y Señor Universal de su Creación entera.

¿Y tú, cómo juzgas a tu hermano?, o ¿por qué desprecias a tu hermano? Pues todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios.

Todos, ciertamente, hemos desobedecido el Mandato de Unidad Universal. Unos rompiendo con los otros por causa de los pecados de éstos, como éstos haciendo que por sus pecados rompan aquéllos. Dios no dijo “todo reino en sí dividido no subsistirá”, como quien excluye de esta Verdad al que con su comportamiento provoca la ruptura de la Unidad; el Juicio se extiende a todo su Reino, por haber dividido el Cuerpo de las iglesias, enemistando a los cristianos entre ellos, causando que Cristo se encontrara en la situación del hombre que está tumbado en el suelo y no puede hacer nada sino ver cómo el mundo sigue su curso. Llamados todos ante el tribunal de Dios no es allí donde debemos acabar con nuestras diferencias sino que, sabios por la Inteligencia recibida, nos ganamos el Juez ante el que debemos presentarnos con la Unidad que procede de la

Obediencia a su Voluntad cumplida, justificando su Gracia en nuestra Ignorancia y su Perdón en su Sabiduría.

Porque escrito está: "Vivo yo, dice el Señor, que a mí se doblará toda rodilla, y toda lengua rendirá homenaje a Dios".

Dulce cosa es doblar las rodillas ante quien tanto nos amó que no perdonó a su Hijo Unigénito, al Hijo de sus entrañas, cuando quiso conquistar nuestra voluntad. El jamás nos abandonó, sino por el tiempo debido a la Necesidad Universal expuesta por la Caída. Ahora bien, ¿cómo doblará la rodilla nuestro prójimo si entre nosotros hay quien no lo hace no obedeciendo su Voluntad?

Por consiguiente, cada uno dará cuentas a Dios de sí.

Hijos y siervos de Dios que somos, es a su Voluntad a la que debemos Obediencia, y es de esta Obediencia o Desobediencia que cada uno de nosotros tendrá que responder ante el Señor de todas las iglesias. Quien Obedeció su Voluntad Unificadora para rendirle Homenaje con su Fidelidad; quien desobedeció para oír contra él sentencia. Pues como hemos dicho y sabemos siendo Imagen y Semejanza de Cristo nuestro deber es exclusivamente para con la Voluntad Divina, y desde ella y según nuestro comportamiento será medida nuestra Fidelidad a la Fe que nos hizo herederos de la Invencibilidad de los hijos de Dios.

No nos juzguemos, pues, ya más los unos a los otros y mirad sobre todo que no pongáis tropiezo o escándalo al hermano.

La Fe es sólo una y el árbol de la vida es igualmente sólo uno y todas las ramas forman parte de su cuerpo, cada una con su singularidad manifiesta, en la sabiduría presciente de ser alimentadas todas con la misma savia. Y sería absurdo y demoníaco si nos ponemos ya al filo del precipicio desde el que se ve el infierno, que una por no ver la savia que alimenta a otra le dijera la una a la otra que no pertenecen al mismo árbol. Siendo la Fe una sola, el Señor de todas las iglesias el mismo Jesús, y el Padre de todos los cristianos el mismo Cristo, en quien todos somos

adoptados por Dios para disfrutar de la libertad de la gloria de sus hijos, siendo esto así es absurdo, como dije antes, que por un rito externo o por una celebración según el sentir, la desobediencia en la Ignorancia deviniera en Rebelión abierta contra la Voluntad Unificadora. Es de mutua responsabilidad doblar las rodillas ante el Dios de todos, dejar las disputas y el que quiera casarse que se case, el que quiera comulgar con pan y vino que comulgue, el que quiera celebrar Pentecostés en el verano que lo celebre. Todo esto es nada, y lo es todo la Palabra Profética del Mesías: "Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estuve desnudo y no me vestisteis, en la cárcel y no me visitasteis, enfermo y no vinisteis a consolarme". En lo demás, que cada cual haga según le dicte la conciencia, que siendo la Conciencia de todos alimentada por la Conciencia de quien es la Cabeza de todos, nada hará nadie que sea reprochable delante de Dios.

Yo sé y confío en el Señor Jesús que nada hay de suyo impuro; mas para el que juzga que algo es impuro, para ése lo es.

¿Y cómo podría ser impuro el Cuerpo de Cristo siendo Pura su Cabeza? También es cierto, el que esté limpio de pecado que tire la primera piedra. De donde se ve que siendo todas las iglesias ramas del mismo Árbol de la vida es imposible que una rama no sea cristiana y otra lo sea cristianísima. Si ganar gloria en un duelo medievalesco a ver quién tiene más fe es digno o indigno de un hijo de Dios, yo no lo sé; yo solo sé lo que he sido enseñado y de lo que he aprendido deduzco que la Fe es la misma en todos y en cada uno se manifiesta con una fuerza diferente en bien de la salvación de todos los que aún no han descubierto a Cristo en nuestra Fe. Y que nuestra división es causa de que este descubrimiento se halle lejos de quien debiera vivir ya en la Fe. No habiendo nada impuro en La Fe de Cristo, nuestra Fe, es imposible que todo El no sea puro a no ser que alguien venga del Infierno, cosa que, como se ve, es imposible teniendo en cuenta que la Semilla del Diablo no puede dar frutos de cristiano.

Si por tu comida tu hermano se entristece, ya no andas en caridad. Que no se pierda por tu comida aquél por quien Cristo murió.

La responsabilidad es universal y nos afecta a todos, pero al fuerte principalmente. Porque si en el mundo el fuerte debe aplastar al débil, dominarlo y sacrificarlo a sus intereses, en el Reino de Cristo el Fuerte es quien debe ceder el paso, conceder a fin de que quien por su naturaleza espiritual es más débil se encuentre a sus anchas, no alzar la voz como quien pretende alzarse como trueno del Omnipotente. Porque ni ritos, ni dogmas, ni tradiciones, ni iglesias, ni comunidades justifica la dominación del cristiano sobre el cristiano. Quien recibe inteligencia al ciento por ciento como quien la recibe al treinta por ciento ninguno tiene nada propio, ambos son nada. El, quien da, Jesucristo, es Todo. Y lo que da lo da para el bien de todos y no para el ensalzamiento de la gloria del que recibe. Si pues a ti te ha dado Dios ciencia y a mí sabiduría nada somos nosotros sino el trabajo conjunto de esa ciencia y esa sabiduría en la búsqueda del Bien de todos. De manera que distribuyendo sus dones y poderes entre todos debemos ceder ante todos, porque no es menos el panadero que el ingeniero, sino que cuando Dios eligió a su Heredero entre nosotros, al Principio de los siglos, lo puso a labrar la tierra, el más humilde de todos los trabajos que conocemos porque no necesita de ninguna instrucción en ciencias y letras. Pues quería enseñarle Dios a su hijo que la gloria es Suya y el que la recibe no la recibe por méritos propios sino por disposición de su Omnisciencia Salvífica; y, desde luego, lo último que debe hacer un hijo de Dios es usar lo que recibe para aplastar a su prójimo. Tal fue la causa de la Caída. Burro, pues, el que vuelva a tropezar en la misma piedra. Si un hombre solo es sabio, dos lo son más, y millones forman un esbozo de la Omnisciencia de Dios. Esta Unidad de todos en uno es el Fin Metafísico desde el que Dios creó el Principio. Y lo contrario, que el orgullo del que recibe por lo que recibe se transforme en muro entre el hombre y Dios, es un delito.

No sea, pues, vuestra buena obra materia de maledicencia

No buscando la gloria propia como quien se ha dado a sí mismo o se ha hecho a sí mismo, negando con esta doctrina para genios que Dios haya dispuesto casa cosa a la par que afirmando que él, no la Naturaleza, ha conformado sus células y músculos. Ése, lo que tiene de genio se lo debe a la Naturaleza, ciertamente, lo que tiene de necio, en verdad, a sí mismo. Es, por tanto, delito, usar la Fe para glorificarse sobre aquéllos a los que se gana para Cristo.

Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo.

¿Por qué el mundo que juzga al cristiano, aunque sobrevivió a su muerte en el mundo cristiano, predica la comida y la bebida para el pueblo y se reserva la justicia y la paz, negándole la justicia y la paz al pueblo mientras lo emborracha y le embota los sentidos con comilonas enemigas de su salud? La bebida es un mal terrible y la comida, por exceso y vicio, otro mal causa de infinitos males del cuerpo. ¿Quien se propone conquistar grandes metas, y aún las más humildes, no se aleja de la bebida delirante y de la comida bruta para poner a punto su mente y su cuerpo? Cuanto más todo hijo y siervo de Dios está sujeto a este dominio sobre su mente y su cuerpo en razón de la meta que nos proponemos: La Salvación del Género Humano.

Pues el que en esto sirve a Cristo es grato a Dios y acepto a los hombres.

Pero algunos dicen: Es que Cristo comía y bebía. A lo que yo les respondo: Sí, y también hacía sus necesidades, y sudaba además la gota gorda. Pero esto no justifica que nuestros hijos tengan que seguir sujetos a las leyes del trabajo a las que El lo estuvo. De donde se entiende que la justificación es maligna y apta sólo para necios. Lo que le conviene a todo hijo de Dios es el alejamiento de la bebida y el uso de la comida en función de la necesidad. El gozo del espíritu eterno que vive en nosotros se complace en la justicia y la paz y no en la satisfacción de unos instintos nacidos de la exposición milenaria de nuestra carne y nuestra sangre a los ardores de los vientos infernales. Mientras un hombre se emborracha una docena cae bajo las ruedas de la injusticia. Mientras un hombre come sin medida diez mueren de hambre. Si no es por la conciencia divina al menos por la humana.

Por tanto trabajemos por la paz y por nuestra mutua edificación.

No hay en este mundo obra ni fin ni empresa que supere esta meta, la Paz, la reconciliación en la fraternidad universal entre todas las naciones. Ahora bien, su consecución es el fruto de la perfección humana. De manera

que como era imposible que un bárbaro entendiera de ciencias y un bruto de leyes, es del todo imposible que una sociedad alcance mediante la corrupción la meta de la paz. La sociedad está formada por aquéllos de quienes depende su perfección, nosotros. Así que empecemos perfeccionándonos a nosotros mismos para combatir la corrupción. Porque la corrupción es el peor enemigo de la convivencia social. Y allá donde la convivencia social es violenta se hallará ser la corrupción su foco. Comenzando por nuestra propia perfección ponemos la primera piedra sobre la que el Edificio de la Paz abrirá sus puertas a las generaciones que nos sucederán.

No destruyas por amor de la comida la obra de Dios. Todas las cosas son puras, pero es malo para el hombre comer escandalizando.

Dos son las razones que aconsejan la perfección de las costumbres de nuestro Yo social. La primera la dieron nuestros filósofos hace mucho tiempo: Mente sana en cuerpo sano, ley que hace corresponder los hábitos de nuestra vida diaria con la salud de la mente entendida en tanto que pensamiento. Y la segunda es de orden divino: Da de comer al hambriento. ¿Pero cómo voy a darle si como hasta reventar, de tal forma que ni los cerdos? Es bueno, pues, que las fiestas se queden para los muertos y para los vivos el paso a paso con el que Cristo hizo su camino.

Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada que en que tu hermano tropiece, o se escandalice o flaquee.

La individualidad, en efecto, es enemiga del YO en tanto en cuanto este YO se aparta del Ser y forma sociedad con su propia barriga. Que es una forma de hablar como otra cualquiera. Somos hijos de Dios ante todo pero seres sociales sobre todo. Nuestro YO no es un átomo perdido en un universo de moléculas sueltas flotando en los abismos de la inconsistencia del ente. Para nada. Cuando yo tiro un trozo de pan, un niño muere en alguna otra parte del mundo. Cada vez que abro una botella en alguna otra parte del mundo suena un juicio asesino contra un inocente. No por beber más que nadie soy el más fuerte ni por comer mejor y más que todos soy el más grande. A la postre, no soy más que un mal bicho. El vino se creó para apagar la voz de la conciencia contra los crímenes propios, pero la Fe es gozo; y la mesa, para convertir a los hombres en perros a los pies de los

poderosos. El Alimento que Cristo tenía y da a los suyos no es pan ni vino, sino Espíritu y Vida eterna. Por esto decía antes que quien quiera celebrar la misa con vino y pan o con hostias benditas, o comerlas de la mano del sacerdote o de la suya propia, que cada cual haga lo que quiera, que ni lo uno ni lo otro es el Alimento con el que Dios alimenta a sus hijos.

La convicción que tú tienes guárdala para ti y para Dios. Dichoso el que a si mismo no tenga que reprocharse lo que siente.

Dios es, en primera y última instancia, quien modela el perfil de sus siervos y de sus hijos. Pero a diferencia de las cosas inanimadas y de las criaturas todas del universo, que obedecen el conjunto de leyes o instintos a que quedara sujeto su comportamiento por decreto natural, nosotros tenemos el Poder de mirarnos al espejo y remodelar esa figura según nuestro capricho, bien por impulso bien por ideología. Dentro de la evolución de cada uno de nosotros la experiencia propone pensamientos y razones que pertenecen al ámbito personal y son intransferibles. El delito comienza cuando esta experiencia se propone como transferencia universal obligatoria. De un lado. Y del otro, cuando se pretende divinizar esta experiencia, llegando al extremo de prenderle fuego al mundo, si es necesario, en razón de probar la superioridad del pensamiento propio. La experiencia y su lección es cosa de cada capullo. Y siendo Dios quien a su tiempo abre la flor y expande su semilla, ¿siendo buena la raíz por qué iba a serlo malo el fruto?

El que, dudando, come, se condena, porque no obra según la fe; y todo lo que no viene de la fe es pecado.

Cerrando este tramo. Pregunto: ¿De verdad cree alguien que San Pablo estaba hablando de la comida que entra por la boca?

Los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, sin complacernos en nosotros mismos.

De siempre y más en este punto del camino de la Historia de la Salvación cuando las fuerzas humanas se han desbocado y galopan hacia el

final consecuente con la ley: "Polvo eres y al polvo volverás", referida al mundo entero, puesto que Adán era la Cabeza del Primer Hombre, que por esto dice San Pablo: el Primer Hombre fue alma viviente, el Último; espíritu vivificante. Y en otra parte: Jesús, prototipo de Adán, descubriéndonos por lo visible lo invisible, por lo presente lo pasado. De manera que, inevitable el recorrido, la unidad en el Último Hombre, en quien vive el Futuro, ha de ser más sólida que nunca, pues lo que hemos de ver no fue visto nunca antes y no volverá a verse después de nosotros.

Que cada uno cuide de complacer al prójimo para su bien, buscando su edificación;

El Mal y todo lo que representa están próximos a su destierro de la faz del Género Humano. Los fuertes en la Fe, aquéllos que vemos el futuro en la Promesa de vida eterna, debemos sostener el pulso y el paso de quienes no pueden comprender qué hay al otro lado de este siglo. Al otro lado existe un Mundo gobernado por la Sabiduría del Dios de la eternidad. Todos los males que arrastran al hombre a su destrucción y gobiernan su destino desde la Caída están próximos a regresar allá de donde vinieron, la boca de la Muerte. Todas las religiones y todas las sociedades secretas, todas las organizaciones cuyo origen es el mantenimiento del crimen y la delincuencia, están prestas a ser borradas de la faz de la Tierra, a fin de que el Hombre se enfrente a su destino cara a cara, sin presión ni fuerza externa que manipule su Libertad para tomar la Decisión Final: Justicia o Corrupción, Paz o Guerra con Dios, la Verdad o la Mentira, en una palabra: el Bien o el Mal.

que Cristo no buscó su propia complacencia, según está escrito: "Sobre mí cayeron los ultrajes de quienes me ultrajaban".

Conociendo este Final, que venía implícito en su resurrección, el Hijo de Dios sufrió por nosotros el golpe maligno de este mundo destinado a desaparecer de la faz del Universo. Nos abrió camino para que nosotros le abramos camino a las generaciones que han de disfrutar de la Victoria de la Esperanza que Dios engendró al principio de los Milenios. El golpe final del mundo salido de la Muerte, y entrado en nuestro Género por la puerta de Adán, como el coletazo de la serpiente antes de expirar para siempre, ha

de ser duro, pero no es menos cierto que pensando en este encuentro Dios nos ha hecho a la Imagen de su Hijo. Lo que tiene que ser, será.

Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza.

¿Y qué Esperanza es ésa sino que el Género Humano, libre de las fuerzas malignas que se alzaron contra el Reino de Dios y convirtieron nuestro mundo en su campo de batalla, tenga la oportunidad de decidir en libertad y con pleno conocimiento de causa entre el Bien y el Mal, entre el Dios de la Creación y la Muerte de la Increación? Nuestra Fe, la Fe de los hijos de Dios, es que libre de esas fuerzas y conociendo la verdad sobre todas las cosas el ser humano dará su Sí a la Creación de Dios.

Que el Dios paciente y consolador os dé unánime sentir de unos para con otros en Cristo Jesús,

La Victoria de la Fe vive en la Esperanza y la Esperanza en Aquel que la concibió en su Omnisciencia los ojos puestos en la Bondad del ser humano, cuya maldad, fruto de la Caída, es una enfermedad pasajera ante Aquel que tiene el Poder de hacer que triunfe su Espíritu sobre la herencia carnal de los siglos.

para que unánimes, a una sola voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

El, Aquel contra quien se alzara la Muerte concibiendo en un hijo de Dios el Imperio del Pecado y del Crimen como estado perfecto de Gobierno del Universo, Ese Mismo Dios, que a Noé y por Abraham se reiteró en su promesa de vida eterna para la Humanidad en Cristo, es el Origen de la Esperanza Universal de Salvación en cuyo seno fuera concebido el Principio después del Fin que procede de la Inteligencia que dice Sí sin necesidad de sufrir el golpe. De una forma abstracta digamos que Adán necesitaba ver para creer que el Fin de todo Mundo y Civilización sujeto a la ley de la Ciencia del Bien y del Mal, esto es, a la

ley de la selva, era la autodestrucción. Dios lo sabía por experiencia, pero ninguno de sus hijos podía comprender por qué teniendo a Dios habría de ser así. Esta necesidad impuso su estructura a los Milenios creando según su progreso dos bandos bien diferenciados, los que sin ver más comprenden que el Fin es el dictado, y los que creen que pueden escapar a ese Fin sin necesidad de abolir la ley de la ciencia del Bien y del Mal. Darle gloria a Dios es creer sin ver. Su palabra es verdad y es vida. Dios no miente. No le mintió a sus hijos: "Si coméis, moriréis". Y en comiendo: "Polvo eres, y al polvo volverás". La encrucijada en que se nos pone es clara: ver para creer o deduciendo de lo que hemos vivido hacer innecesario el desenlace y doblar las rodillas ante Dios y confesar la verdad. El es verídico, no mintió cuando le prohibió a sus hijos cualquier invocación a esa ley maldita como ley de civilización. Quien la hace su ley, muere.

Por lo cual acogeos mutuamente, según como Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios.

La llamada es para todos los hombres sin excepción, y la responsabilidad de todos los cristianos y sus iglesias para que su conducta interna no sea ocasión de rechazo. Pues si por culpa de la división de las iglesias se pierden las almas por las que Cristo y sus hermanos en Dios derramaron su sangre, la sangre de esas almas le será reclamada a las iglesias, pues Dios no abole su ley: De la sangre del hombre os pediré cuentas.

Os digo que Cristo fue ministro de la circuncisión en honor de la veracidad de Dios para mantener firmes las promesas hechas a los padres,

Que tuvieron por núcleo la Revolución que fructificó en la Abolición del Imperio y de toda Corona, en el Cielo como en la Tierra, y el Nacimiento del Día de la Plenitud de las Naciones, cuando el Rey, en la plenitud de la gloria de su Libertad Todopoderosa, al frente de su Casa, había de combatir el Mal y dirigir las fuerzas de su Reino contra el último enemigo, la Muerte, liberando al ser humano de toda enfermedad y carencia. Consciente y porque esta Fe y Esperanza perdió en los hijos de Abraham brazos que la sostuvieran, Dios Eterno no perdonó a su Unigénito -por emplear el símil histórico puesto en escena en el Sacrificio de Isaac,

Unigénito de Abraham- para que por Aquel quien es Dios de Dios, engendrado no creado, de la misma Naturaleza Todopoderosa y Sempiterna que el Padre, la Esperanza de los Padres de Israel encontrase la Fuerza Invencible de quien con su Palabra hizo brillar la Luz en las Tinieblas, liberando a la Tierra de la Confusión en que su Soledad y el Silencio de Dios la destinaron. Desde entonces esa Esperanza ha latido en el seno de la Fe, que es la Iglesia, en quien Cristo Jesús había de concebirle a Dios hijos de su Descendencia, herederos de las Promesas de los Padres, para en alas de la virtud del Espíritu de Dios seguir al Rey a la Victoria de Dios sobre el Imperio de la Muerte. Que así sea.

y mientras que los gentiles glorifican a Dios por su misericordia, según está escrito: "Por eso te alabaré entre las gentes y salmodiaré a tu nombre".

Hijos y siervos de Dios, salid a ver la Luz que derrama sobre la Tierra este Nuevo Día. Lo que había de ser, ha sucedido; lo que ha de ser, está ya sucediendo. La Hora y el Día por el que la creación entera suspiró ha roto aguas y se oye la Voz de la Esperanza dando a conocer a todas las naciones el Conocimiento Verdadero de la Divinidad y su Voluntad Presente. Dejad la timidez entre las sábanas de la Noche de los milenios; a la guitarra, al piano, al oboe, a lo poeta y a lo lírico, con odas y cantos, que bailen las letras y las voces al son del Nuevo Día.

Y otra vez dice: "Regocijaos gentes con su pueblo";

¡Cuánto tiempo, hermanos, ha estado esperando la creación entera este Día! El Día en que Dios se levantaría de su trono y no sujeto ya a más Ley que a la del Amor, desplegaría la plenitud de su potencia su Ser sobre nosotros, el pueblo abandonado a las tinieblas y ejemplo para el universo entero del continente al que conduce la ley prohibida por la eternidad: "El que coma, morirá".

y de nuevo: "Alabad al Señor todas las gentes y ensalzadle los pueblos todos".

Desde las distancias de los milenios, en Su Mente este Día, porque no podía contener en su pecho esta Hora, queriendo compartir Su Alegría, Dios le abrió Su pensamiento a Sus siervos, los profetas, para que se

gozasen viendo el fin al que tendían todos los movimientos del Altísimo. Éramos una visión a lo lejos. Luego se hizo Promesa en el seno de la Iglesia. Y Hoy es ya un Hecho. Dios no abandonó jamás a sus hijos, sino que mirando al Fin de todas las cosas les pidió lo que de otro modo jamás de los jamases les pediría: Bajar la cabeza, cerrar la boca y poner el cuerpo en el fuego. Gloria a los héroes que conquistaron la Eternidad para nosotros. Y toda la Gloria y el Poder a Aquel que tejió sus vidas en el seno, pariendo Israel vencedores natos, conquistadores del Infinito.

Y otra vez dice Isaías: "Aparecerá la raíz de Jesé y el que se levanta para mandar a las naciones; en Él esperarán las naciones".

La espera ha concluido. La expectación ansiosa de la creación se ha satisfecho y la Aurora del Día de los hijos de Dios ha roto sobre el horizonte. A la cabeza va su Padre, Rey y Señor. Este es un gran día para la Humanidad, pero aún más lo es para el Cristianismo.

Que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe para que abundéis en esperanza por la virtud del Espíritu Santo.

EPILOGO BIOHISTÓRICO

Bien persuadido estoy yo mismo, hermanos míos, de que vosotros estáis llenos de toda ciencia, para poder amonestaros unos a otros;

Y hemos llegado a la estación donde la carga de los vagones del tren de este análisis biohistórico del Evangelio de San Pablo a los Romanos encuentra su destinatario, nosotros, la generación en la mente de Cristo y transmitida a sus Apóstoles para fortalecimiento de la Esperanza de Salvación Universal en cuyo horizonte descansaban sus ojos cuando, al caer sobre ellos las tinieblas de los tiempos, los consolaba Dios permitiéndoles ver el paisaje de los Milenios, ¡y al final, nosotros, los hijos de Dios, descendencia de Cristo, nacido para Vencer y enfrentarnos al verdadero enemigo de Dios y del Hombre: La Muerte!

La necesidad que dio pie a este Análisis, dije, partía de la manipulación del Texto de esta Carta, de un sitio, y de la perversión maníaca y reflejo de la nulidad intelectual de sus promotores, según la cual San Pablo y no Jesucristo fue el verdadero fundador del Cristianismo. Si a la primera falsedad, acorde a la cual la manipulación de la Salvación que viene por la Fe y la obviedad de la imposibilidad de por la Ley, pasó a convertirse en piedra de escándalo y punto de arranque para la división del Reino de Dios en la Tierra, haciendo de los hermanos enemigos a muerte, y logrando el Diablo de esta sutil manera atarle al Cuerpo de Cristo los brazos, a fin de saquear la riqueza de las naciones y dirigir su historia al campo de Gog y Magog, es decir, a la IIª Guerra Mundial, -que hubiera debido ser, de no haber previsto Dios este encuentro desde el principio del cristianismo, el final del Hombre en tanto que Hombre-; contra esta obviedad, la Salvación por la Fe sin necesidad de la Ley de Moisés, es decir, de la circuncisión, que es el punto que San Pablo pone sobre las íes y defendió en el mismísimo Concilio de los Apóstoles, contra “la infalibilidad” de Pedro, cerrándole la boca delante de todos aquéllos en los que descansaba su Jefatura; contra la Salvación por la Fe sola, hemos visto que Fe y Obras, es decir, la acción del cristiano en el mundo a imagen y semejanza de la acción del propio Cristo, son las dos columnas sobre las que se basa la Vida del Cristiano. Que el cristianismo nacido de la Reforma entendiera “la Fe sola” tal cual el cristianismo impuesto por la teología de

la iglesia romana a los católicos lo pretendiera es una acusación injusta a tenor de los hechos que cantan por sì solos la grandeza y magnificencia de la labor evangélica de las iglesias protestantes, tanto en casa como en el extranjero.

En *Lutero, el Papa y el Diablo* expuse claramente la etiología del enfrentamiento entre Lutero y el Papado. Vimos cómo la naturaleza malvada de la iglesia romana medieval que, lejos de corregirse buscó hacer imperar sus defectos criminales como parte de la razón de Cristo, dio pie a la tormenta luterana, sin cuya fuerza obligada el obispo romano jamás hubiera abandonado su comportamiento asesino y malvado, más propio de un diablo que de un siervo de Cristo. En este celo de Lutero, independientemente ahora del factor humano, tuvo origen la elevación de la Fe sola, que si San Pablo dirigió contra la Circuncisión, Lutero lo hizo entonces contra la Circuncisión Papal, esto es, contra la Ley Romana según la cual todo cristiano debía doblar sus rodillas ante el obispo de Roma, o perecer en las llamas eternas del infierno maldito creado por el Papado. Este término es el que Lutero buscó al resucitar el buque emblema del Pablo que se enfrentara a Pedro en el Concilio de los Apóstoles y venciera a la Circuncisión con su Frase para la Eternidad: La Fe, sin las obras de la Ley; que Lutero resumió contra el Papado aquél de los Alejandro VI, los Leones con números y los Santos Satanases de los siglos pasados, diciendo: “La fe sola”. Verdad eterna que nosotros hemos querido resaltar en su verdadero contexto, defendiendo a Lutero sin condenar, error de la Reforma, por el pecado de la iglesia romana a la Iglesia Católica. Error que procede de la identificación inmoral que el obispo romano hizo de sí mismo con Dios y Cristo, deviniendo él, en suma, la Iglesia Católica. Error de magnitud, igual a las Negaciones de Pedro, del que poco a poco la Iglesia Católica y el propio obispo romano han ido saliendo gracias al éxito de Lutero. Los flecos aún perduran, pero el gran trabajo de poner al Sucesor de Pedro en su sitio y bajarle los humos teocráticos ya está hecho. La Fe sin las obras de la Circuncisión, del miembro viril o de la mente, por supuesto; pero la Fe con las obras de Cristo, siempre.

sin embargo, os he escrito con más atrevimiento, en parte para despertar vuestra memoria, en virtud de la gracia, que por Dios me fue dada,

Y el segundo punto contra el que puse en marcha este tren tenía que ver con la falsa acusación y perjurio manifiesto de ser este Pablo, nuestro

Pablo, el verdadero fundador del Cristianismo. Honor inmenso que cualquiera quisiera para sí, pero que en boca de quienes lo dicen es un manifiesto de demonización del cristianismo, manifiesto que pretende salvar a Cristo y condenar su Obra con la excusa de no ser la Iglesia cosa Suya sino de este malvado rabino que, desertando de la fila de los perversos judíos, se pasó a las del enemigo para pervertir desde dentro el Evangelio de Dios...bla bla bla. Hay que tener un nivel de inteligencia subcero para darle credibilidad a una consigna de destrucción del cristianismo cuya bondad estriba en salvar a Cristo. ¿Salvar a Cristo, de qué? Cristo ya murió, y no hubo nadie que lo salvara. La demagogia de la filosofía del oscurantismo patatero es manifiesta en la trama paranoica anticristiana dirigida contra nuestro Pablo, este Pablo que vive con el corazón desgarrado porque aquellos mismos a los que ama son los mismos a los que, como Pastor, dirige al martirio. ¡Cómo podrá comprender jamás un adorador de las fuerzas del infierno el tremendo sentimiento de dolor que vivieron aquéllos Discípulos cuya Misión era tanto más dura cuanto no eran sus vidas solas las que debían poner en el fuego y ser servida como carne en el banquete de los circos, sino que aquéllos mismos a los que salvaban, en cuerpo y espíritu, ésos mismos habían de seguirle al Altar del Sacrificio! Las fuerzas oscuras de las tinieblas del gnosticismo, transformado en escuelas teosóficas, rosacruces, masónicas e iglesias de Satanás, de siempre tuvieron la orden sagrada interna de dirigir sus ejércitos contra la Iglesia, a sabiendas que matando el tronco perecen las ramas. Pero para no mostrar la pata bajo la puerta arremetieron contra nuestro Pablo con la voz dulce de aquella Serpiente que vestida de la gloria de un dios llamado Satanás engañó a Eva con su luz inmortal. Nada más lejos de aquel Pablo nuestro que pretender ser el fundador del Cristianismo, porque para que alguien reclamarse para sí esta gloria debiera primero haber engendrado a Cristo, y esto, amigos míos, es cosa del Dios de la Eternidad y sólo de El. Lo que Pablo sabía de sí mismo es lo que leemos, cuando escribe sobre su misión:

de ser ministro de Jesucristo entre los gentiles, encargado de un ministerio sagrado en el evangelio de Dios, para procurar que la oblación de los gentiles sea acepta, santificada por el espíritu Santo.

Nada más ni nada menos. Pues recordemos que los Apóstoles al principio, y porque fueron formados a la Imagen y Semejanza de Cristo Jesús, se ciñeron a los hijos de Israel y de por sí, por el Sello Visible que les había dado Dios, no podían por ellos solos ver lo que había al otro lado

del horizonte de su país natal. Visión que Dios promovió en ellos engendrando a este Pablo, encargado del ministerio sagrado de dirigir los ojos de los hijos de Dios, de la Descendencia de Abraham, nuestros Apóstoles, hacia la Plenitud de las Naciones, donde, en la distancia, brillábamos nosotros, la Descendencia Invencible cuyo Nacimiento la creación entera ha estado esperando ansiosa desde que Dios le prometiera a los hijos de la Fe la Invencibilidad por Norma.

Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús por lo que respecta a Dios;

¡Cómo no! Fue él, el perseguidor de los primerísimos cristianos, quien, consciente del terrible dilema que la Fe ponía sobre la escena de la Historia Universal, miró al Futuro y recibió de quien le abrió los siglos a su mirada la misión de abrirle ese horizonte a sus hermanos en Cristo. Sellados por la experiencia que habían vivido, los Discípulos de Jesús vivían el futuro dentro de los límites de esa experiencia y el Fin del Mundo según ellos lo entendían era para ya. Hijos de Dios a su Padre le competía la formación de su Sabiduría, y en cuanto Padre engendró a nuestro Pablo para extender su Conocimiento al horizonte de la Plenitud de las Naciones, bajo cuya luz nosotros nos encontramos Hoy, dos mil años después.

porque no me atreveré a hablar de cosa que Cristo no haya obrado en mí para la obediencia de los gentiles, de obra o de palabra, mediante el poder de milagros y prodigios y el poder del Espíritu Santo.

La sinceridad no fue nunca la mejor virtud del Diablo. Pero es la más grande en Dios. Según lo reconoce nada se inventó él, Pablo, sino que tal cual se le había mostrado así hablaba, y hablaba porque se le había mostrado, y se le había mostrado por designio omnisciente del Dios de todos. Y quien quiera saber si su doctrina procede de Dios no tiene por qué dirigirse a un pastor o a un obispo, basta con acercarse al Dios que le eligió para ser instrumento de su Conocimiento entre las naciones, pues ¡quién mejor que quien formó su mente para dar testimonio de su obra!

De suerte que desde Jerusalén hasta la Iliria y en todas direcciones lo he llenado todo del Evangelio de Cristo.

Malo es el orgullo, pero bueno es que el hombre disfrute del fruto de sus obras y se complazca en la labor que realiza. Si esto es así entre quienes trabajan para hombres ¡cuánto más satisfactorio es el fruto del trabajo de quien trabaja para Dios! En nada pecó Pablo, ni en palabra, ni en pensamiento, ni en obras, de nada puede ser acusado ante Dios; y si alguno manipuló su pensamiento y su Evangelio, ése se las vea con sus actos. Santa es la mano que escribió esta Carta y no hay en ella una sola letra o tilde que le quite o le añada al Evangelio de Dios predicado primero por Cristo.

Sobre todo, me he impuesto el honor de predicar el Evangelio donde Cristo no había sido nombrado, para no edificar sobre fundamentos ajenos,

El hombre no sólo enseña sino que es el primer ejecutor de su enseñanza. No predica para mandar a otros al infierno, como quien cría mártires para verlos morir desde su palacio. Fe y acción; predicación y obras. La Bendición en el nombre de la descendencia de Abraham era para todas las familias del mundo, asi pues manos a la obra. Y para que nadie lo dude, él mismo se lanza el primero. No crea un nuevo cristianismo sino que le abre fronteras; no trae un evangelio nuevo, sino que extiende su esfera a la plenitud de las naciones. Y aunque para imperfectos y novicios en las cosas de la Sabiduría dijera que no quería pisarle el terreno a nadie, de donde nosotros podemos ver que desde el principio la Fe tuvo que crecer entre abrojos y espinos, el hecho es que el Título de Apóstol de los Gentiles que para su Gloria la Eternidad ha escrito en su pecho es la justa recompensa que se mereciera el fruto de su trabajo. Pues no olvidemos que siendo ciudadano romano de haberse quedado en casa y puesto que la oleada neroniana no alcanzó el Asia Menor, San Pablo no hubiera muerto junto a San Pedro. Su destino sin embargo estaba sellado:

sino según lo que está escrito: "Le verán aquellos a quienes no fue anunciado, y los que no han oído entenderán".

No porque él se impusiera la Gentilidad como área, sino porque ése era su trabajo, el horizonte bajo el que fue engendrado. Hubiera podido

darle la espalda o haber limitado su misión a los círculos donde su vida no hubiera corrido peligro, o hacer como ésos predicadores que en lugar de predicar en tierras ajenas prefieren hacer de pastores robándoles a sus colegas las ovejas.... Hubiera podido vivir confortablemente del cambio de bienes espirituales por bienes materiales y haber muerto entre sábanas de seda, rodeado de dulces ángeles femeninos regando su lecho con el incienso de sus lágrimas. Lo duro era llegarle a un heleno y decirle en la cara: Tu Zeus es un cuento para niños y sólo en Jesucristo está el Conocimiento de la verdadera Divinidad. O a un romano que su Marte no era dios ni de la guerra ni de nada, sino a lo mucho la perfecta excusa para justificar la adoración del poder por las riquezas. Si lo primero sonaba a burla esto último sonaba a insulto. Por algo lo eligió Dios para ser la otra cara de su Mejilla.

Por lo cual me he visto me he visto impedido muchas veces de llegar hasta vosotros;

Y el tercer punto que he hecho centro de este Análisis tuvo que ver con la fecha de la composición de esta Carta. Punto importante porque integra Texto y Contexto en un todo compacto, y nos sitúa sobre la plataforma perfecta desde la cual entrar en la mente del Autor y conocer exactamente qué tenía en la cabeza cuando hablaba de la Fe, la Ley y la Circuncisión. Pablo se dirigía a cristianos hechos, maduros, perfectos, una comunidad romana en la sala de espera de la persecución de Nerón, cuya perfección moral era signo de alabanza en el resto de las comunidades cristianas del imperio. El Autor no necesitaba extenderse ante ellos sobre los prolegómenos de la doctrina que entre ellos ya había sembrado. Quienes leían su Carta sabían perfectamente de qué les estaba hablando Pablo cuando les hablaba de la Justicia de Dios sin la Ley. Y, lo que es más trascendente, sabían perfectamente cuál era el destino al que eran conducidos por la Fe. Por esto esta Carta no podía servirle a ninguno de piedra de división entre cristianos de la iglesia romana y cristianos de la iglesia corintia, por poner un ejemplo. Cuando Pablo les decía la Fe sola, ellos, todos, sin excepción, lo mismo los de Corinto que los de Roma, entendían la Fe sin la Circuncisión. Y jamás, como pretendiera hacer leer a todo el mundo Lutero: sin las obras de la Fe. Sobre lo cual ya he dicho en *Lutero, el Papa y el Diablo* que puesto que la iglesia romana quiso hacer obras de la Fe: las obras de las indulgencias, desde que Lutero rechazaba aquella doctrina maléfica su interpretación era igualmente correcta. Porque como todos sabemos las obras de la Fe son las de siempre: Dar de comer al

hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar al preso y al enfermo, y acoger a los que son perseguidos por la justicia a causa de la injusticia de las leyes de los hombres. Sin estas obras de la Fe, como diría Santiago, la Fe es fe muerta. Y como diría Lutero con infinita razón, las obras de la fe, cuando esas obras proceden de la Circuncisión de la Mente, operada por un obispo o por un pastor, por un profeta, por un iluminado, o por un loco, es lo mismo: es una infamia, una negación de Cristo. Nos tememos, pues, que aquéllos obispos romanos que negaron a Cristo mediante su Pornocracia Institucionalizada y la transformación del Vaticano en una escuela de criminales en masa, a fin de no ceder en sus pretensiones dogmáticas manipularon la tesis de la Reforma, salvando su jefatura a cuenta de la división entre los hermanos en la fe. Lutero jamás quiso decir la Fe sin las Obras de la Fe, sino la fe sin las Obras de la Circuncisión, en este caso del Papa, cuyo cuchillo operaba la perversión del decreto: Toda rodilla se doblará ante Dios, para ponerse él en lugar de Dios, según está escrito en los Mandamientos de la Iglesia Romana del Siglo XVI, en vigor desde el Siglo XII, y que hemos visto perpetuado hasta entrado el Siglo XX, cuando los hijos de Dios tenían que arrodillarse en masa ante el obispo romano, es decir, ¡el hijo de rodillas ante el siervo de su Padre en razón de tener las Llaves de la Casa! Increíble pero cierto.

pero ahora no teniendo ya campo en estas regiones y deseando ir hacia vosotros desde hace bastantes años,

Lo cual nos lleva a la relación entre el que predica y el creyente. Porque ciertamente la relación entre el cristiano y aquél por medio de quien le es comunicada la Fe sugiere un vínculo especial, pero no tal que la Acción del Señor se vea anulada por el trabajo del siervo y éste convierta al hombre en su propio campo de explotación, cual si el Señor le hubiese entregado lo que es suyo a la vez que expropiado a sus hijos de aquello que les pertenece por herencia sobrenatural, el espíritu de la libertad. El que predica engendra para Dios, no para sí mismo; da lugar a hombres libres, no a esclavos al servicio de sus pasiones materiales y sus ambiciones carnales. La paga del siervo le corresponde a su Señor, jamás al hombre, cuya libertad eterna, liberada de todo símbolo sacrificial, sea en forma de animales, de indulgencias, o de diezmos, le debe su Libertad única y exclusivamente a Dios, Padre de Jesucristo. Lo cual, volvemos al principio, no anula el vínculo eterno que se establece entre la Madre y los hijos, a saber, el Amor. Este Vínculo es el que vemos navegando por estas líneas entre Pablo y los cristianos romanos.

Espero veros al pasar, cuando vaya a España, y ser allá encaminado por vosotros después de haberme llenado primero un poco de vosotros.

¿Se sacia el amor? ¿No es un río que necesita beber de su fuente para seguir vivo? La interdependencia del cristiano con la iglesia es, pues, indivisible y coeterna. De aquí que Dios la elevara a la naturaleza del Matrimonio con Cristo, fruto del cual somos nosotros. Lo contrario, punto extremo de la esclavitud contra la que se levantara Lutero, y la Reforma puso en escena, es un manifiesto contra este Símbolo de coeternidad engendrado por el propio Dios, y hace del cristiano y la iglesia: Madre e hijo.

Mas ahora parto para Jerusalén en servicio de los santos,

Este Símbolo será el que hace de todos, hijos y siervos una sola cosa, y todos, como vemos en esta memoria del Autor, un solo cuerpo en el que la necesidad de todos es cosa de todos. En fin, esto lo vimos en el propio Cristo Jesús, quien siendo la Cabeza de todos, hizo de la necesidad de todos su Cuerpo.

porque Macedonia y Acaya han tenido a bien hacer una colecta en beneficio de los pobres de entre los santos de Jerusalén.

Y hoy por ti y mañana por mi todos debemos actuar siempre como si la necesidad del otro fuera la nuestra. Lo mismo Ayer que Hoy que Mañana, y si Hoy se ha enfriado esta Verdad por la descristianización de las naciones, nuestro deber es elevar este comportamiento al lugar del Derecho, pero no de los hombres, que es pura falacia, según vemos a nuestro alrededor, sino del Derecho Divino. Y me dirá alguno: ¿Y cómo se puede hacer eso? A lo que le contesto: Tranquilo, Dios dará, abre los ojos y contempla.

Y lo han querido así considerándose deudores suyos, ya que, si los gentiles comunican en los bienes espirituales de ellos, deben ellos servirles con los bienes materiales.

Cada cual aporta lo que tiene; y nadie espera que el cielo dé otra cosa que luz, y el aire algo diferente al viento. La Iglesia vive del fruto de su Palabra de Dios en nosotros, y nosotros de la Palabra de Dios que la Iglesia ha sembrado en nosotros. Esto en cuanto a la relación de los bienes materiales y espirituales, que algunos pretendieron pervertir hasta el puto de hacer del cristiano un esclavo del don espiritual, de donde se ve que al hacer de la Fe un instrumento de enriquecimiento por este mismo medio pierden todo derecho, pues lo que es material no es espiritual y siendo la fe comparada a un pico y una pala la negación de la fe espiritual se da por consumada. Quiero decir, Dios es el que provee y estando todos en sus manos usar esa mano para explotar a los demás es un ejercicio de maldad que anula el deber del cristiano para con el sacerdote o pastor que se dedica a vivir de la carne de las ovejas. Doctrina que no es mía sino que es la expresión en letras y signos de la conducta de los Apóstoles y las iglesias.

Una vez cumplido esto, cuando les entregue este fruto, pasando por vosotros, me encaminaré a España,

Y otra vez, y para remachar el alejamiento de la Fe sola de Pablo con aquella proclama de Lutero: “Cuando les entregue este fruto”. Ya lo dijo Jesucristo: “El que escucha mis palabras y no las pone por obra...”. Y una cuestión: ¿Llegó a España? ¿O su viaje nunca se realizó debido a que fue detenido en Jerusalén y enviado a Roma para ser juzgado? ¿O liberado fue a España después, de donde regresó para morir bajo Nerón? En fin, estas son consideraciones no doctrinales que le afectan a las memorias de Pablo, sobre las cuales creo que está dicho todo.

y sé que yendo a vosotros iré con la plenitud de la bendición de Cristo.

¿Si fue a España por qué regresó a Roma a sabiendas que le esperaba el fin? ¿Sería por esto justamente que les pidiera a los romanos que rezasen por él, para que su fuerza no se debilitase?

Os exhorto, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu, a que me ayudéis en esta lucha mediante vuestras oraciones a Dios por mí,

Curioso, pues, el hombre, y más que curioso yo diría maravilloso, el Autor, que vivió su drama con la consciencia del propio Niño que a los doce años de edad, en el Templo, descubre la Cruz de Cristo, y ha de vivir hasta entonces con esta Verdad: Yo soy Cristo.

para que me libre de los incrédulos en Judea y que el servicio que me lleva a Jerusalén sea bien recibido de los santos,

Y en cuanto tal toda su vida, viendo venir los acontecimientos, es una continua batalla interior entre la fuerza natural que aboga por la Defensa de la Vida y la Sobrenatural que pide el olvido de ese Deber por un Fin Divino que exige la Muerte. En el caso de Pablo, primero con los judíos, que hacía ya tiempo lo buscaban para matarlo por desertor y traidor a su causa.

para que, llegando con gozo a vosotros por la voluntad de Dios, me recree en vuestra compañía.

Y en segundo lugar contra la fuerza terrible que había de superar quien conocía el lugar de su muerte: Roma.

El Dios de la paz sea con vosotros. Amén

Esta es la Voluntad Presente de Dios

"Unifíquense todas las iglesias en una sola y única"

CARTA A TODOS LOS CRISTIANOS

EL ESPÍRITU DEL VERBO, ESPIRITU DE PARTICIPACIÓN

En el Nombre de Jesucristo: Paz y Salud.

Cristo Raúl, hijo de Cristo, hijo de Dios, de la Casa de Yavé y Sión, de los hijos de Dios del Cielo, por la carne nacido del barro de la Tierra, viniendo de Dios, por quien he sido enviado por el Poder de su Palabra, para traeros a todos los Cristianos el Conocimiento de todas las cosas, las del Cielo como las de la Tierra, en las que he sido formado por Aquel que dijera "Hagamos al Hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza", por quien he sido hecho Ciudadano de su Reino, cuya Corona EL ha heredado de Dios, su Padre, movido por su Espíritu y siguiendo en todo su Sabiduría, por la que EL conoció de antemano el Camino que su hijo habría de vivir en este Mundo hasta alcanzar su meta: llevar el Conocimiento de la Voluntad Unificadora del Padre Todopoderoso a todas las iglesias, contra quien la Muerte habría de alzarse para impedir su Victoria, yo, Cristo Raúl, en todo Fiel a quien me engendró en el seno de su Esposa, me dirijo a todos los que sois de Dios para que hagáis cosa propia hacer la Voluntad de vuestro Creador y Salvador; en razón de lo cual, previendo mi Padre en Dios esta Hora, me ha levantado de las Tinieblas para reunir a todos los hijos de Dios, nacidos del barro de la Tierra según la carne, y llevar a cabo juntos lo que desde el Principio de nuestra Historia fue predeterminado que hiciésemos al nacer el Día en que la expectación angustiosa de la Creación entera llegase a su fin, y el Cielo viese el alba de este Día en que la Gloria de la Libertad del Rey, Jesucristo, y Gloria de Dios Hijo Unigénito, se abriese a la Plenitud de las naciones de la Tierra.

Así pues, sirviendo al Padre de todas las criaturas, las del Cielo como las de la Tierra, cuya Gloria es su Hijo, nuestro Rey, en quien YAVÉ, Señor y Creador del Nuevo Cosmos, que se expande por la Eternidad por los espacios infinitos, Jesucristo, en quien Dios tiene la Plenitud de su Felicidad, en su Nombre y con su Nombre llamo a todos los cristianos de todas las iglesias a Financiar la Traducción de este Libro, escrito a la luz de su Inteligencia, bajo su Mirada, a las lenguas de todas las iglesias esparcidas por todas las naciones. Porque me ha engendrado en su Espíritu me ha sido dado el Poder de hablar en su nombre, Jesús, Rey, Juez y Salvador Universal, y en su Nombre, cuyo Nombre Nuevo llevo, os llamo a todos los que sois de Dios a Participar en el Proyecto de la Unión de todos los Cristianos de la Tierra en el Árbol de la Fe, vuestra Financiación Económica de la Traducción de este Libro a todas las Lenguas mediante, haciéndoos así acreedor de Dios, quien primero os ha dado, y a quien le pertenece todas las cosas, para recoger de vosotros la Obediencia a su Voluntad, haciendo que el Conocimiento Perfecto de su Hijo llegue a todos las iglesias y sus pueblos, pues ¿si no conocen cómo sabrán cuál es el Designio de su Señor?, a fin de que habiéndoos elevado sobre todos los pueblos, pues sois el Pueblo del Rey del Cielo en la Tierra, en vosotros, con vosotros y por vosotros los demás pueblos sean liberados del Poder de la Muerte, el último enemigo de Dios y de su Creación, nosotros, sobre lo cual ya os fue profetizado por el Espíritu Santo anunciándoos esta Batalla Final entre el Creador y su Criatura contra el Enemigo de su Creación, durante cuya espera la Casa entera de los hijos de Dios ha estado en expectación constante, el corazón encogido, a la espera del Día de la Gloria de la Libertad del Rey, y Gloria del Dios Hijo Unigénito, Aquel quien con su Todopoderosa Palabra después de crear la Luz, el Firmamento y formar los Cielos para separar la Luz de las Tinieblas, levantó al Hombre del Barro para elevarlo hasta la Casa de Dios.

Día largo y duro, en verdad, pero Día por el Designio Omnisciente de quien es el Autor de toda Sabiduría, y con su Poderoso Brazo le ha dado al Cosmos una Nueva Forma, YAVÉ DIOS, Señor del Infinito y de la Eternidad, determinado como Día de Gloria y Libertad para la Plenitud de las Naciones de la Tierra.

Día de Participación en la Gloria de esta Libertad que le traerá, sobre la Muerte, el Diablo y su Infierno, la Victoria al Género Humano, de la Mano de quien es su Salvador, Jesucristo, a cuyo Servicio todos estamos, unos como hijos, otros como siervos, pero todos como Ciudadanos de su Reino, pues el Reino de Dios en su Plenitud se ha puesto de pie delante de quien se ha levantado de su Trono, y llama a todos los hijos de Dios y pueblos de su Reino a Batalla Final contra el “último enemigo”.

Día largo y soñado, en cumplimiento del Decreto del Padre Eterno del Rey, nuestro Padre y Señor, Jesucristo, a quien por la mano de su siervo David le dijera Dios: “Siéntate a mi Diestra hasta que ponga a tus enemigos a tus pies”, a cuya Diestra, la Diestra de Dios, se sentó nuestro Salvador y Héroe sempiterno, Cristo Jesús, tras su Resurrección, a la que su Padre lo condujo a fin de mostrarnos a todos su Naturaleza Divina, conociendo la cual el Espíritu Santo le abriera a su Esposa Católica la boca para Inspiraros a todo el Aliento que da la Vida: “Jesucristo, Dios de Dios, engendrado, no creado, de la misma naturaleza Increada que el Padre. Amén”. Confesión sempiterna en la boca de todos los Ciudadanos del Reino de Dios, y quien no la proclama no es de Dios.

Y siendo ÉL quien con su Todopoderosa Palabra dijera “Hagamos al Hombre a nuestra Imagen y a nuestra Semejanza”, habiendo perdido el Hombre esa Imagen, ÉL mismo se hizo Hombre para descubrirnos en su carne la Imagen Divina del Hombre que vive en Dios, por la que Dios creó Cielos y Tierra.

Inmortal, sempiterno, indestructible, Invencible, en Obediencia a la Sabiduría de su Padre Eterno fue a sentarse a su Diestra hasta que su Padre y Dios le pusiera a sus enemigos a sus pies, permaneciendo hasta este Día la creación entera en expectación angustiante.

Ciudadanos del Reino de Dios, ése Dia ha llegado, ése Dia ha amanecido. Nos toca a nosotros, hijos y siervos de Dios, todos Ciudadanos del Reino de su Hijo, obedecer su Decreto de Unificación de todas las iglesias y sus naciones, Unidad que fue rota por el Diablo, quien conociendo que este Día había de llegar buscó en la División la Destrucción de sus enemigos, nosotros, los hijos de Dios, de la casa de Cristo, aun cuando estábamos en el seno de nuestra Madre, a fin de que matando a la Madre no viniésemos nosotros a luz.

Grandes son las preguntas y muchas las cuestiones que han volado sobre vuestras inteligencias como aves de alto vuelo que veis, pero no podéis alcanzar a determinar su especie y su naturaleza. Los siglos han pasado y esas cuestiones han permanecido.

Sabed, pues, que era necesario que Dios Padre liberase al enemigo de su Casa, el Diablo, Satanás, la Serpiente Antigua, a fin de mostrarle a toda su Creación que la Malignidad de quien fuera un día hijo suyo, adoptado, creado, pero amado como hijo de Dios, habiéndose decantado por el Infierno en lugar de por el Cielo, su salvación era imposible. Dios no crea robots, Dios crea seres a su imagen y semejanza, y, como tal, reflejo de su Libertad. Cada hijo de Dios tiene el Poder de Obedecer la Ley que

viniendo de la Sabiduría gobierna su Creación, y la Libertad de alzarse contra esa Ley aún a sabiendas que quien la sostiene es el propio Dios, Creador de las Galaxias sin número que pueblan los espacios y que, como océano que crece sin parar, extiende sus horizontes hasta el Infinito por la Eternidad. Era necesario, entonces, que toda la Casa de Dios viese esta Verdad.

Y así fue. Liberado en el año 1.000 después del Nacimiento del Rey del Universo, Satanás, el Maligno, la Serpiente Antigua, el Diablo, se entregó a la Siembra de su Cizaña Maldita, de la que había de crecer, y creció, la División de las iglesias. ¿No habría Dios acogido en sus brazos al hijo pródigo de haber doblado sus rodillas ante quien en el Día de su Creación lo adoptó por hijo? ¿Si reconociendo la locura en la raíz de sus acciones hubiese pedido perdón y misericordia y doblado sus rodillas ante el Rey que Dios le ha dado a su Reino como su Señor sempiterno no hubiera conmovido el Corazón de ese Dios que es Amor? Era necesario que la Casa de los hijos de Dios viese con sus ojos lo que sin verlo se hubiese mantenido por siempre en la Duda. En efecto, Mil años de Castigo no le sirvieron para nada a quien había elegido antes ser Rey en el Infierno que Ciudadano en el Reino de Dios.

Largo ha sido el Día en que la Creación entera ha visto a su Rey sentado a la Diestra de su Padre Divino. Angustioso, pero por ser mayor la angustia más grande la fuerza de la voluntad de salvación que une Hoy a todos los hijos de Dios del Cielo alrededor de su Rey, a cuya Orden se despliegan por las naciones para Liberar a todos los hombres del Poder de la Muerte, el Diablo y el Infierno.

Así como los del Cielo, los hijos de Dios y Ciudadanos de su Reino en la Tierra tenemos por gloria participar en la Obediencia a la Voluntad de Dios que haciendo de todos nosotros un solo Pueblo y Nación ha de conducir este Siglo a las puertas de ese Futuro en el que Restaurado el Ser Humano a su condición natural divina el Juicio de Dios sobre nuestro Mundo sea según Misericordia, a sabiendas que el Poder de nuestro Juez es Infinito para reestablecer todas las almas de su Pueblo a su Salud Original. Es la Esperanza del Cielo, por la que el propio Juez se hizo hombre para que esa Esperanza sea la nuestra, como así es.

Llamados pues a la Victoria, la Ley del Rey es nuestra Ley, y por ella, amando al enemigo como a nuestro prójimo, en todo debemos seguir el Ejemplo de quien siendo el Hijo de Dios se Encarnó para elevarnos, tanto más alto cuanto que la Imagen que nos puso Dios como Estrella no es la de quien, como nosotros son hijos adoptados, igualmente criaturas del

Barro, hijos de la Creación, sino la Estrella del mismísimo Dios Hijo Unigénito.

Miremos, pues, que al Primer Hombre se le dio por Estrella un hijo de la Casa de Dios, pero a nosotros nos ha dado por Imagen su propio Hijo. Porque diciendo Dios "hagamos al Hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza", llamó al Hombre a ser hijo de Dios. Y llamando, llamó Dios a todos sus hijos, no de este Mundo, a participar en la Formación de la Civilización Mundial con la que había de ser investida la Tierra, y distribuyendo entre ellos las Familias de la Tierra, a cada Pueblo le dio por Imagen uno de sus hijos, lo cual consta en todas las escrituras sagradas de las naciones que fueron de muy antiguo.

Pero tras la Caída de aquel Proyecto Original, y viendo Dios que la Necesidad de Salvación la compartían tanto el Cielo como la Tierra, determinó Unificar todas las coronas del Cielo en Una, y darle el Reino Universal a su Hijo, quien deviniendo nuestro Salvador se alzó como la Imagen Perfecta del Hombre que vive en Dios, por Amor del cual Él mismo subió a la Cruz.

Teniendo pues por Imagen al mismísimo Hijo Unigénito y Primogénito de Dios tanto más difícil es nuestra perfección, cuanto lo es nuestra Derrota ante las fuerzas del Maligno, el Infierno y la Muerte. Pues si por un lado la Perfección a la que aspiramos se ha elevado hasta el mismísimo Trono del Altísimo Hijo de Dios, por el otro nos ha sido dado su Espíritu de Invencibilidad, según la Promesa de Dios a Cristo, nuestro Padre en el Espíritu de Dios, "Tu descendencia se apoderará de las puertas de sus enemigos". Así, si a nuestra Madre, su Esposa, le dio por Promesa su Palabra Todopoderosa de que el Infierno no rompería las puertas de su Casa, a sus hijos nos ha dado la Fuerza Divina para salir de la Casa y lanzarnos a la Contienda, y vestidos de la Invencibilidad de quien hizo nuestra la Promesa a su Descendencia, conquistar la gloria de la Paz y de la Libertad para todas las naciones de la Tierra.

Sin miedo, pues, a la Muerte, a Imagen de quien es nuestro Modelo Vivo, Cristo Jesús, los Padres de la Iglesia comenzaron su andadura por los siglos hasta llegar a nosotros. La Necesidad ya vencida, nos toca a nosotros, los hijos de Dios de este siglo, quitarnos la piel de hijos de este mundo y descubrir en nosotros el espíritu de Obediencia que nos ha sido dado por la Iglesia, Esposa del Señor y Madre de sus hijos, a fin de que deviniendo Uno la Perfección, que el Diablo quiso destruir, se cumpla, y de la Obediencia que nace de la Unidad de todas las iglesias la Palabra del Hijo de Dios sea glorificada delante de todos los Pueblos de la Creación, lo mismo de la Tierra que del Cielo.

Así que Dios nos llama a todos para entre todos hacer su Voluntad. A unos nos da la Inteligencia, a otros la Riqueza, a otros el Poder, a fin de que en todos sea glorificado el Nombre de quien es el Autor de la Obediencia de todos.

Yo, Cristo Raúl, hijo de Dios, de la Casa de Cristo Jesús, Primogénito de Dios, quien siendo Unigénito por el Amor se hace hijo con los hijos de Dios, deviniendo quien es Dios de Dios uno más entre los hijos de Dios, todos creados, sólo Él Increado, de la misma Naturaleza que el Padre Eterno, criatura con su creación; yo, Cristo Raúl, habiendo recibido de Dios el Aliento de su Palabra que da la vida, invito a quien puede y quiere: a participar en la Financiación de la Traducción de este Libro a todas las Lenguas de las iglesias donde los cristianos hemos sido distribuidos para llevar la Salvación del Reino de Dios a todos los hombres, sin distinción de raza, pues todos somos frutos del mismo Árbol de la Vida en la Tierra.

Mucho o poco, poca o mucha tu Participación económica es para con Dios, tu Creador y Salvador, en cuyas Manos pones en Libertad tu voluntad de hacer su Voluntad, pues yo, aunque hijo, soy un ciudadano más de su Reino, y como tal vivo bajo su Ley, no por la imposición de quien vive en el Terror, sino del que vive en la Ley por Amor a la Ley, pues la Ley se vive y se ama en Libertad, y quien vive en ella por el Terror de quien la impone no ama a Dios, su Autor, ni sabe lo que es la Libertad.

En efecto, cada criatura hace según determina su Creador, y en esta Razón, haciendo lo que me compete, sin separarme un milímetro de mi ocupación, pongo a vuestro servicio la dirección en la que puedes sumar tu Participación Económica al Proyecto de la Traducción de este Libro, La Historia Divina de Jesucristo, a todas las lenguas de las iglesias.

No miréis que soy humilde ni ofendáis a Dios despreciando su creacion por pequeña, pues Dios se glorifica en lo que no tiene apariencia para que sea suya la fuerza y la gloria que en su creación se manifiesta, de manera que ninguna gloria le sea dada a la criatura y toda a su Creador, pues en ser hijo de Dios ya tiene su gloria toda criatura. Nada me hace falta, todo lo tengo. No os llamo yo, sino Aquel que, insuflándome su Aliento, dándome a conocer su Palabra de Vida, determina los tiempos y el modo en que para bien de todos deben sucederse los acontecimientos. Nosotros miramos todo hasta donde nuestros ojos alcanzan, pero el Creador del Cosmos y del Universo abarca con su mirada los siglos y los milenios. Su Pensamiento se mueve en la eternidad y el infinito; el nuestro apenas abarca el día siguiente. No es, pues, al hombre al que le compete mover las voluntades, sino seguir la dirección que a su vida le imprime el

espíritu que en Libertad ha recibido para en Libertad vivir la gloria de quien tiene por Creador a quien hablando de sí mismo dice “Dios es Amor”.

No cabe la Duda ni el Miedo a la Eternidad en nosotros, Ciudadanos de su Reino. No cabe la idea de la Derrota ni del Fracaso en nuestro pensamiento; porque hagamos lo que hagamos lo hace nuestro Creador en nosotros, y ¿quién podrá detener al Omnipotente en su marcha hacia la Liberación de su Criatura del Poder del Infierno, el Diablo y la Muerte?

Movidos por este Espíritu no nos queda sino hacernos todos Uno, en cuya Unidad está nuestra Perfección y el Futuro sempiterno de nuestro Mundo, siguiendo en esto la Sabiduría de nuestro Maestro, Jesucristo: “Que sean todos Uno como Tú y YO, Padre, somos Uno”.

Recolecto no para mí, sino para que en todos, por la Obediencia, la Libertad de la Gloria de nuestro Creador se haga manifiesta a todos los pueblos que viven lejos del Conocimiento Perfecto del Hijo de Dios, que quiere que todos seamos Un solo Pueblo: una Única Iglesia, un Único Hombre. Todos en ÉL y ÉL en todos, haciéndonos a todos Uno en ÉL.

No os oculto que la Unificación de las iglesias es el Principio de la Restauración del Género Humano a su Condición Divina Natural. Tras seis mil años de guerra civil mundial nos encontramos en un momento de nuestra Historia Universal en que la destrucción de nuestro Mundo habría de ser el efecto último de la situación determinada por el Pecado Original, cuyo efecto final, conociendo Dios de antemano esta historia, porque ya vivió este tipo de historia durante los días de la Increación, nos lo dio a conocer desde el primer instante en que se desató el Mal. "Polvo eres y al polvo volverás" fue la constatación de un Hecho, el efecto lógico de la situación desencadenada por un Ignorante que pretendió dirigir la Historia Universal sin Dios, arrancarle a Dios, el Creador del Género Humano, la pluma con la que se escribe el Libro de la Vida de la Creación. Aquel Ignorante quiso ocupar el lugar de Dios, quiso ser dios.

Por qué Dios se retiró de la Tierra y dejó al Hombre en plena libertad para escribir su propia Historia, esta es una Cuestión que tiene en la Historia Divina de Jesucristo su Respuesta. Podéis entrar y leer libremente lo que el Libro contiene. Sin embargo, y como todos sabemos, porque hubo Ignorancia el Destino Final al que el Mundo sería conducido por la locura de aquel ignorante vino a toparse en el Camino con Dios en persona, quien, conociendo el Origen y Naturaleza de aquella Locura determinó que el Día antes de producirse el Efecto Final, que por lógica debía sucederse, el Hombre encontrase a su Salvador, quien siendo su Hijo,

de su misma Naturaleza Divina, con su Palabra Todopoderosa escribiese desde su Presente el Futuro de su Descendencia, a la cual le dejaría un Testamento, escrito con su propia sangre, en razón de cuyo Testamento su Esposa le daría al Mundo y a Dios una Generación de hijos, nacidos de Cristo, herederos de su Invencibilidad, quienes en la Unidad del Espíritu de Inteligencia, a imagen y semejanza de la de su Padre, conquistarían las puertas de sus enemigos, con su Victoria llevando a la Humanidad de regreso a las manos de Dios, su Creador, a quien le pertenece escribir el Libro de la Vida del Hombre.

Yo, hijo de Cristo, hijo de Dios, desafiando a la Muerte y movido por el espíritu de quien me ha dado su Nombre Nuevo para en su Nombre, Jesucristo, llamar a todos los cristianos a aspirar a la Inteligencia sin límites, para gozar de cuya Libertad hemos sido llamados, os invito a participar en la Financiación de la Traducción de este Libro a todas las Lenguas de las iglesias, pues este Libro contiene el Conocimiento de todas las cosas, las del Cielo y las de la Tierra, y el Conocimiento de todos el más trascendente sin el cual todo Conocimiento deviene polvo en nuestras manos: El Conocimiento Perfecto y Verdadero del Hijo de Dios.

Nada hay que esté fuera de nuestro alcance. El Miedo a la Muerte es el enemigo. Unidos, lo podemos todo. Divididos, aunque repitamos mil veces, Jesús es el Señor, la destrucción es el lote del Género Humano, ¿O acaso no sabe Satanás que Jesús es el Señor? Y sin embargo su Condenación ha sido firmada y sellada por Dios Padre, y nada ni nadie en este mundo ni en ningún otro mundo puede borrar lo que Dios ha escrito. ¿Cuántos enemigos ha vencido la Biblia en su Historia hasta traernos su Testamento a nosotros? ¿Los recordaré para hacer más grande la Victoria de su Autor? ¿Será menos grande esa Victoria en razón de la debilidad carnal de quienes recibieron en Herencia mantener viva la nuestra? ¿Seguiremos viviendo en la ignorancia para justificar la ignorancia de nuestros padres en la carne, aun sabiendo que será desde nuestra inteligencia que sus debilidades serán excusadas por su ignorancia? ¿Cuántas batallas luchó Israel hasta caer herido de muerte ante los pies de Cristo? ¿Cuántas guerras ha combatido la Iglesia Católica hasta vivir la experiencia de Sara: Dar luz a su vejez? ¿Quien venció, quién vence, Israel o la Esposa de Cristo? ¿No siguen siendo el uno cuanto la otra seres sagrados a los ojos de Dios? ¿Desde cuándo no es de Dios la Victoria? Creen los ignorantes que estableciendo su Poder sobre fuerzas atómicas y genocidios de cristianos derribarán la Fuerza del Todopoderoso en la Tierra. Ha sido así desde el Principio de la Historia del Cristianismo, la Prehistoria de la cual es Israel. ¡Cómo iba Dios a olvidarse de su Promesa de Restauración de los hijos de Jacob en su heredad! Quienes se alzan

contra Israel se levantan contra Dios, pues si fueron castigados por el Pecado contra Cristo, ¿acaso no fueron ellos mismos condenados por el pecado de su padre en la carne, Adán? Y, con todo, porque fue necesaria la Muerte de Cristo, aún en su Ignorancia de esta Necesidad, el portador del Testamento llegó a su Destino, los pies de la Cruz, donde expiró, por cuya muerte resucitamos nosotros, para llegado el Día, por el Espíritu Santo anunciado, participando de la Libertad del Primogénito de Dios, todos, lo mismo el que murió como el que resucitó, nos levantemos y haciéndonos UNO con quien es la Cabeza de este Nuevo Mundo, como lo fue Adán del Viejo Mundo que murió, gritemos Victoria delante de la Plenitud de las naciones para Gloria de nuestro Rey y Salvador, a quien siendo Dios le toca hacer la Voluntad de Dios, pues ¿quién podrá hacer lo que solo Dios a puede si no está en Dios?

Participando en el Acontecimiento de la Unificación de las iglesias, sin cuya Unidad no puede haber salvación para este mundo, condenado a su Regreso al Polvo del que fuera creado, devenimos UNO con Dios, de cuya Naturaleza nos alimentamos para crecimiento personal propio de todos en la Eternidad. Pues siendo Dios Omnisciente y habiendo sido llamados a crecer en su Espíritu de Inteligencia ¡cómo podría un hombre solo abarcar esta Omnisciencia! Por esto se derrama su Espíritu sobre todos, para que en la Unidad de Todos en quien es Dios, Jesucristo, nuestra Cabeza, su Omnisciencia nos conduzca a todos a la Felicidad de quien tiene en Dios, su Creador, toda ciencia y entendimiento, fortaleza y consejo, temor y amor de Dios.

Si a unos Dios nos da Inteligencia, a otros les da Riqueza, y a otros Poder, todos somos Ciudadanos del mismo Reino, Pueblos del mismo Dios, sujetos a la misma Ley, inscritos en el mismo Libro de la Vida por Derecho de Creación. Y teniendo Todos la Responsabilidad del que hereda de Dios, participar en la Financiación de la Traducción de este Libro a todas las Lenguas de las iglesias este Libro, a fin de que todas conozcan la Voluntad Unificadora de Dios, es un Acto de Responsabilidad del que no puede sustraerse ningún Cristiano, Siervo o hijo de Dios, todos, en definitiva, Ciudadanos del Reino de Dios.

Yo, movido por Quien antes de llegar este día determinó que esta Invitación se hiciera oír en medio de las Tinieblas, así lo hago. Pongo a disposición de todos vosotros los conductos por los que podéis hacer llegar vuestra participación financiera, si mucho o poco, de Dios viene todo, lo mucho como lo poco, que lo que viene de Dios, de Dios es, y Dios hará lo que Dios ha determinado que se haga, que quien se resiste a Dios no es de Dios. No diré que Dios mismo se hace vuestro deudo porque Dios no

puede ser deudo de sí mismo. Ni tampoco diré que estando todos en deuda con Dios vuestra participación económica saldará esa deuda; haciéndolo cometería delito contra el Creador de esta Vida nuestra que por Amor ha elevado Dios lo que por naturaleza es mortal a Vida a su imagen y semejanza vida eterna. El Amor es la única fuerza que cuenta, y en el Amor no hay deudo ni deudor. El que ama hace lo que hace por amor. El Amor es superior al Conocimiento, ¿o acaso no sabía Satanás que Jesús es Hijo Unigénito? `

Sí que lo sabía, pues queriendo eliminar la Duda sobre la Naturaleza Divina de su Hijo Primogénito creó Dios nuestro Mundo delante de todos sus hijos del Cielo, y viendo a Dios en su Hijo, cuyo Verbo Todopoderoso creó la Luz, el Firmamento y todo lo que la Tierra contiene, y con su Omnipotente Verbo le dio a los Cielos la Bóveda Constelacional que hasta el día de hoy tienen, por lo que el Espíritu Santo escribió en su Libro: "Al Principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo se hizo carne"; aun conociendo esta Verdad, Satanás, en quien la Envidia había hecho casa sempiterna, se alzó contra Dios.

De donde se ve que el Amor es la Fuerza Omnipresente más poderosa de la Creación, y solo por el Amor los Primeros Cristianos siguieron a su Maestro a la Cruz, dando Testimonio con sus vidas que si el Conocimiento es Bueno, el Amor es Superior, que donde el Conocimiento no llega el Amor lo supera y sigue adelante. ¡Quién se gana a Dios sino aquel que lo ama sobre todas las cosas! Que Dios ante nadie rinde su Corazón sino a quien con su corazón se lo gana! Así pues, de Dios todos somos deudos; pero con todo Dios no tiene con nadie deuda, pues siendo Padre de todos hace partícipe de todos sus bienes a todos sus hijos. Que no heredamos de Dios como quien hereda de un muerto, ni esperamos una herencia de quien está vivo y tiene que morir; al contrario, no pudiendo morir nos hace herederos en vida a todos para vivir nuestra herencia en la Alegría de quien tienen en Heredad al propio Dios.

Y, en fin, que la Libertad está en el Amor, en el que se cumple todo Deber y derecho sin necesidad de explicación.

Cristo Raúl De Yavé y Sión.

Dirección de tu participación financiera en el Proyecto de unificación de las iglesias:

paypal

info@cristoraul.org

Transferencia Bancaria:

RAUL PALMA GALLARDO

IBAN: ES7801822264130201582086

BIC (Swift): BBVAESMMXXX

www.cristioraul.org

El Vencedor Ediciones''

